

FRANCISCO A. SICARDI

HACIA LA JUSTICIA



FIN

DE

“LIBRO EXTRAÑO”



BUENOS AIRES

IMPRESA DE M. BIEDMA É HIJO

BOLIVAR 535

1903

Francisco A. Sicardi

al Doctor J. Agustino
en signo de amistad

14 Dic. de 1904

HACIA LA JUSTICIA



FIN

DE

“LIBRO EXTRAÑO”



BUENOS AIRES

IMPRESA DE M. BIEDMA É HIJO, BOLIVAR 535

1 9 0 2

PRÓLOGO

El libro toca á su término. Ya era tiempo. Ha pasado á través de muchos dolores y ha disecado un gran trozo de alma humana. Los pobres fronterizos que lo han hecho entraron en el sepulcro sin esplendores, ni ruidos, como todos los anónimos, después de haber poblado las noches del escritor, arrulladas por el tic-tac del reloj en la casa honda y silenciosa. Han sufrido y han rezado. Más de una vez el puñal fue la *suprema ratio* y los callejones del suburbio y la ciudad en guerra civil se impregnaron de sangre. Por eso sus páginas tienen aletazos de alma y rugidos de bestia, todo entre las tormentas, los crepúsculos suaves, las madrugadas y las noches serenas de astros maravillosos en el azul profundo de la naturaleza de mi tierra, impregnada de emanaciones de trebolares y cardos, de perfumes acres de alfalfas y sina-sina, de selváticos tu-

fos de ombúes reseco, esos esqueletos que no quieren salir todavía del humus patricio, melancólicas ruinas y amables refugios muertos del corazón vagabundo del pueblo viejo Por eso si algo hermoso tienen sus páginas, reflejo es de la hermosura de mi tierra y todo lo imperfecto que es lo más, reflejo es de la imperfección humana, porque el instinto de arte tiene como instrumento á la lira salvaje y descompuesta con esplendores intermitentes y sombras gigantescas. Por eso también la perfección es un *desideratum* ó talvez una gloriosa megalomanía.

Tengo para mí que para llegar á ella los poetas debieran tragar el humus de los campos, llenarse la boca del barro fecundo y escupirlo á chorros sobre las páginas. Así crearían la selva, la maleza, la covacha de la fiera y el nido y debieran pedirle al eter los colores, á los astros las carolas luminosas y al océano el misterioso idioma de las mareas, el zumbir de las borrascas y la tranquila y solemne elocuencia de sus calmas. De esa manera la estrofa estaría llena de la ansiosa vitalidad de la naturaleza. Sería la verdad y sería lo digno. Porque mientras los escritores hagan servir el divino arte para la miniatura insulsa, y los lánguidos desmayos y el númen de la fuerza que conforta y levanta no agite y sacuda las cuerdas del plectro, esta virginal tierra de

América no tendrá nada que agradecerles. Han despreciado sus bellezas vigorosas. Es una diosa que quiere parir y no encuentra quien la fecunde!

A veces uno piensa que no hay virilidad intelectual. Todo es medido y pequeño. El artista gigante que esculpa la verdad en los granitos y en los mármoles de la montaña no existe, ni el poeta que revele las alegrías y las lágrimas de las cosas. Parecen en el pasado visiones espectrales los grandes muertos! Ellos auscultaban á la madre tierra, ellos sabían el alma del ritmo, mientras aquí los colores están impregnados de luz purísima, nacen, viven y se van sin dejar nada en el pincel humano, como una estéril tristeza. Late el corazón; las generaciones se mueven. En vano el primero es cítara de cuerdas sangrientas con amor, con dolor, con hondos ensueños que narran la leyenda generosa y describen las sombras del delito y en vano orquestas son las muchedumbres, que ruedan á través del tiempo en una marcha interminable consolidando sus ídoles, grabando etapas históricas, en pos de objetivos distintos. En vano! Sus clamoreos se pierden, sus cánticos de gloria se dispersan; sus retrocesos desaparecen en las tinieblas. Nadie escribe el poema de nuestra marcha en la odisea del presente. Será porque ya no hay patria, porque ya no hay mundo, ni

tiranos, ni esclavos, ni ergástulas políticas. De manera que los pobres electos que aman la libertad pueden morir! La desventura no se socorre, ni la mano está hecha para acariciar la mejilla macilenta del que sufre hambre. Por eso hoy, después de tanta peregrinación de siglos, en presencia de las razas sanas y fuertes, hemos vuelto de nuevo al madrigal. Cantamos la poesía de las blancas pelucas y los afeites de los abades elérgantes y lascivos! El himno al sastre triunfa y endiosamos los perfumes acres de las casas de modas y de las peluquerías. O sinó los artistas escriben el lupanar. Se han apercibido que si no hacen eso, el hambre los va á devorar y los hijos que no tienen la culpa de haber nacido serán miserable ludibrio, si hombres y carnes de dolor y de infamias si mujeres. Y la degeneración ha llegado hasta olvidar su propia psicología. Usan la agena estética y roban el alma agena y si por casualidad pasa algún salvaje de melena hirsuta y ojo revuelto que marche como un sonámbulo solitario y derrame de su pluma tinta con olor á macho, los efebos y estetas deliquescentes arrugan la nariz y exclaman:

—Puff! Porquería! para volver y para siempre al regazo esteril de las marquesas en decadencia, transformados en perritos lanudos y concupiscentes. No haya miedo! No serán

fecundadas porque no tienen ovarios El
progreso ha creado la laparotomía para arran-
carlos!

Por eso he pensado que los sanos y los fuertes siembran en la estepa. La semilla no cuaja y el árbol no retoña. Así sus libros tienen la vida precaria y llenos de tierra, rotos y manchados de mohos y de humedad desaparecen en los rincones de la casa del escritor. Los pocos amigos que no saben esto lo ven pasar y lo saludan como á una esperanza; los demás usan con él alta conmiseración y siguen ganando plata. Mientras tanto el alma se encoge y se llena de enconos sordos; la telaraña envuelve y mata las alegrías ingenuas y las fruiciones de la creación y la mente se acostumbra á creer inútil la virtud. Ya no estima á las madres que se encierran para amar y sufrir, ni elogia el trabajo pertináz y silencioso que forma la casa. Lo que sabe es que el triunfo acompaña á la etaira semidesnuda de pechos procaces. Esa es una pródiga. La concepción no la deforma y el artificio da esmaltes á sus carnes, agranda el ojo y ennegrece la pestaña, mientras las otras palidecen y encuentran la vejez prematura. Han alimentado á los hijos y no duermen para velar su sueño. Tristes criaturas, como los escritores que hacen la obra honesta y profunda! Menos mal si detras de

ellos hay un alma de hierro, de esas que no quiebra la indiferencia, ni la diatriba conmueve, ni el elogio vulgar y mentido tuerce en su nativa fertilidad, una de esas almas resueltas hasta morir por las viriles energías de su credo de arte, porque entonces las malas pasiones se hacen pedazos en su coraza de caballeros, el sendero se abre y en la hora de la vejez ó de la muerte se llega al triunfo sin discusión, á la apoteosis consentida. No siempre es así. Los aristarcos suelen triunfar. El corazón á ratos es fragil como el cristal; la indiferencia y la injusticia deshilachan sus carnes de seda; el desaliento amarga los soliloquios sombríos del artista quebrado y la mente saturada de aristócratas delicadezas sucumbe al estrujón de la mano áspera y plebeya. Ah! esos canallescos insuficientes, corolarios de rameras y de innobles truhanes! Yo los conozco. No tienen sangre roja en las artérias. Son puro hígado. El genio los desazona. Se enfurecen y se trastornan. Usan lívido el pólén y la pluma grosera como vidrio de papel de lija. Se sientan á escribir. Tuvieran siquiera la grandeza de los iconoclastas, fueran sectarios de esas colosales revoluciones de pueblos ó heraldos de las nuevas ideas! Nada. Lo que quieren es destruir. La envidia los agujonea. Hay que matar en germen las iniciativas, no consentir que los jóvenes escri-

ban, que tengan ideas y sensaciones, que amen y sufran, para que lo hidalgo y las tentativas audaces y todo ese orbe caliente y agitado del alma juvenil se agoste batido por la frase siniestramente simiesca ó se aletargue en la fría ponzoña de la crítica maligna. Si habrán amado alguna vez estos degenerados, si se habrán sentido alguna vez égida de cosas nobles, amparo de bellas criaturas ó sombras robustas de purezas amables y delicadas! Por eso muchos escritores mueren jóvenes, cuando el latigazo cae demasiado pronto y hiere las fibras virginales de la corola naciente. Acostados en los sarcófagos, larga y blanca la persona, lamentan hasta la vejez extrema aquellas fantasías acariciadas y muertas en plena frescura, los pobres versos en amarillento papel, los bocetos de verdes naturalezas tirados en el rincón más obscuro de los roperos. Son luego remordimientos. Suenan como una reprehensión, como una falta dolorosa al deber. Esa es la obra de los verdugos. Así queman muchas páginas de gloria estos traidores á la patria, que destruyen los bloques marmóreos destinados á formar más tarde su monumento, y á darle efigie honda y vigorosa. Por eso los escritores que no buscan el elogio y ven pasar la diatriba con un vigoroso sacudón de hombros, blandiendo la pluma con ahinco más salvaje todavía y escribiendo porque

- son persona y voluntad, deben enviar á los jóvenes artistas la palabra de aliento y de esperanzas y concitarlos á ser! á nutrir su Yo y á agigantarlo. Deben saludar á estos formidables que bajan al estadio para la lucha, á los perseverantes, á los inquebrantables, á los irreductibles y á los buenos que estrechan la mano de los que empiezan la vida intelectual y los acompañan en el difícil camino, porque son los jóvenes los que han hecho esta tierra, muriendo en los combates y derrochándose en el trabajo y en la vida pública. Oh! jóvenes! Es necesario ser! Los aristarcos desaparecen ante la tenacidad y la fuerza. Es necesario ser porque la patria quiere que nadie se esterilice y desea hombres para el porvenir. . . .

Y ya van faltando. El momento presente es gelatinoso. Los gobiernos son blandos; los pueblos son blandos. No hay la educación constante y tenaz. Por eso cuando se hace una manifestación de energía, eso se llama revolución, que resulta un corolario enfermizo porque después el músculo se agota y el alma también. Así se explica que crezca con lujuria la maleza y abrase y mate la planta juvenil. Así se explica que lo podrido se acumule y triunfe en Dinamarca! De aquí la ne-

cesidad de las letras viriles y del apostolado frío de todos los momentos, porque es necesario que los escritores se convenzan que no serán persona en esta tierra, mientras no sean combatientes. Ya es bueno que cese la risa sardónica de las insuficiencias que ocupan las alturas y no es la primera vez que los gavi-lanes negros de la pluma se han trocado en catapultas. Si no hacen esto no gozarán derechos y si se quejan de la injusticia ó mengua en que se les tuviere, eso se dispersará entre el rumor de cualquier carcajada compadre ó en la vulgar lástima de los sibaritas triunfantes. Menos madrigales. Es necesario que la pluma sea temida entre y se revuelva entre las carnes sangrientas. Es necesario empujar al país hacia la honra! Detrás de nosotros hay un pasado que puede servir de ejemplo! Hay monumentos en las plazas de la República, trozos de bronce pardo, que bajo el gran sol escriben el poema de la gloria honesta y hay esfuerzos de trabajadores diseminados en todo el territorio, que dicen á grito herido que esta es tierra capaz de grandezas, y puede ser cuna, fragua y crisol de civilizaciones, alma de desamparados, savia para estériles y resurrección de tristes. Por eso yo afirmo que las páginas que se escriben con lodo no entran en el ciclo de nuestra marcha y los truhanes no forman en la corte de las realezas de nues-

tra historia. Son manchas que no empañan, basuras que se apartan con el taco, caracuces que se tiran á los perros! El gran sol de los cielos brilla siempre aún á travéz del nubarrón que cruza por delante.!

Pero es bueno que no pululen. Para eso el culto al pasado, á lo que queda en la historia, á todo lo que sin mancha traspone los tiempos y cubierto de polvo vive todavía salvado por el recuerdo. Oh! la eterna primavera de las ruinas! Oh! niñez de mi ciudad natal! Todavía hay cercos perfumados que limitan los callejones del suburbio, trenzas oscuras de moras y corolas de rosas selváticas. Adentro de ellos viven los cuices, la lagartija curiosa que sale al camino y espía, canta el jilguero, procrea el sapo y la ratona gorjea la alegre melodía. Por lo mismo que es un mundo que se vá, vosotros que amaís esta tierra, sacaos el sombrero cuando pase Genaro con su guitarra de cantor del suburbio á la espalda, porque la reverencia no es al hombre, ni al que escribe, sino al pobre y melancólico símbolo de ese mismo mundo, al extraño y dulce poeta de las viejas cosas adoradas, para que nunca mueran los ombúes, ni los sauzales, ni las alhucemas, ni los roperos de cacba, que guardan todavía ricas sedas, encajes y peinetones, con que vistieron sus carnes las que ya pasaron. Inmortales así mismo! A través del silencio, cuando las

campanas tocan ánimas en la tiniebla, como si fueran voces del infinito desasosiego humano, bajo el cielo obscuro y sobre los esplendores de las calles iluminadas, en la hora en que los niños juntan las manos para rezar, entran en la casa solariega las viejas abuelas, las compañeras de la fuerte raza, las hembras castas y venerables sobre cuyo corazón durmieron los guerreros patricios.... Porqué después ellas envolvían en los grandes rebozos de espumilla perfumados de cedrón y de retamas el cuerpo herido de los héroes y paso á paso camino de la Recoleta siguieron sus féretros, iluminados por su mirar grande y sereno. Á esa hora entran en la casa solariega las viejas abuelas, las hembras castas y venerables de los caballeros de la fuerte raza!! Porqué si es cierto que todas las cosas tienen estrofas en la entraña, son de granito las que conservan las edades fenecidas, almas vivientes de los dioses tutelares y sollozando van hacia el olvido tristes historias de dolor y de querer, hondos sonidos de lágrimas que no se ven y virtudes de sacrificios silenciosos. Por eso Genaro es un canto de reverencia y la suprema piedad de un espíritu! En la niñez esos panoramas enriquecieron nuestra retina y los bálsamos de los pastos enriquecieron nuestra sangre. El ombú nos dió su sombra y los callejones oyeron el estrépito de los juegos y reyertas

infantiles. La mente vagabunda abierta á las sensaciones se formó entre los estremecimientos del fecundo suelo, vivió en pleno sol, con la visión de los charcos lejanos, mirando con asombro la mancha escarlata de los hornos en inigción. La leyenda de la viuda ese fantasma blanco, ese nocturno y gigantesco caminador de los callejones oscuros y el cuento de Juan sin miedo en la cueva del campanario entre la mueca y los besos glaciales de un ejército de cráneos, eran el misterioso terror de las noches sin sueño, la arcaña trepidación, la pavorosa sospecha de muchos más allá, la adivinación casi de los peligros de la edad futura. Así estos recuerdos tienen en sus átomos fragmentos, gritos é impetuosas sensaciones de la grande y eterna alma de niño, y serán como ella inmortales, aunque su larva material vaya desapareciendo. Por eso también el poeta escribe la tierna despedida con los latidos lentos y profundos del corazón melancólico, el adiós á las lágrimas de las cosas viejas de nuestra tierra adorada. Adiós madres de nuestra ninez, alma naturaleza de las afueras! La religión del recuerdo os salve oh! divinas cabezas blancas desaparecidas! De cuando en cuando se oye todavía el tañido de una guitarra y tuerce su copa algún ombú á lo lejos porque el Pampero pasa. Entonces esos murmullos suenan en la casa silenciosa como un crujir de cunas, como

cadencias de amables nenias y el poeta repite las palabras de la elegía:

— Adiós Genaro! Adiós madres de nuestra niñez, oh! divinas cabezas blancas desaparecidas!

Porque el progreso transformó al erial en ciudad y sustituyó al alma de la naturaleza por el alma del hombre. Las manzanas se cuajaron de casas y la callada orquesta de las soledades fué vencida por el estruendo tartáreo de las máquinas. Sobre las raíces secas, sobre las linfas quietas y muertas, sobre las alfalfas podridas en los prados y las ciénagas ponzoñosas pobladas de carroñas, al lado de la tapera, de los cercos de moras y sina-sina arrancados de cuajo y tirados de traves en los callejones estrechos, sobre los esqueletos de la arboleda hachada y sobre el frío de nieve del cementerio que cubre los restos del mundo viejo,—el sol que alumbra los techos y hace chispear los vidrios, que calienta el agua azulada de las bateas y resplandece sobre la cabecera de las cunas y la gloria del músculo que se contrae y crea, las viriles energías de los corazones trabajadores en marcha, los polvorientos huracanes de antaño asoladores y bárbaros, detenidos por las paredes de ladrillo rojo, como baluarte de civilización, las plegarias

de misteriosas voces y el arcano salmo de la naturaleza desierta vencido por los rosarios, que la familia reza en los nuevos hogares, el grito humano más sublime que el treno sin palabras de los mundos, la sensualidad de la fuerza sana en triunfo, el día sobre la noche y la vida sobre la muerte! Y á pesar de haber desaparecido casi las formas materiales, la vieja raza pendenciera y brava deja sus gérmenes dispersos en la República. Por eso en el tercer tomo D. Manuel de Paloche escribe el poema del trabajo y Desiderio el poema de la revolución. En él la ciudad crece y se agiganta, las razas bregan y sudan; sus índoles y sus familias se confunden; cambia y se vigoriza el organismo y del choque fecundo surge un arquetipo de hombre físico y va formándose el ciudadano de los nuevos tiempos, la fresca y sana civilización que ha creado la Avenida de Mayo y necesita el cuarto de baño. Por eso Paloche megalómano é iluminado hacia el porvenir es un símbolo y Desiderio apóstol del pasado es un símbolo, un emblema de la mente fosca y sanguinaria de la edad bárbara, dos creaciones monstruosas que guardan en el tórax ancho y en el intelecto potente muchos años de evolución argentina, dos sombras que agitarán siempre la vida de nuestra tierra, mientras haya trabajadores que plasmen y sectarios de la revolución que destruyan, porque hasta ahora esa va siendo

nuestra historia de adentro y una generosa utopía la paz. Por eso D. Manuel de Paloche es una tendencia, el deseo de la perfección social y la voz misteriosa y profunda que suena en la mente de los que desean el triunfo de la civilización política. Su martirio significa la muerte de muchos ideales que se quieren para la patria talvez demasiado pronto y sus visiones proféticas son el esplendor futuro. Y termina como los precursores en medio de la hornaza que ha querido evitar y su burla amable cruza todo el libro como un rayo de sol fecundo.... Déjenlo marchar. Puede ser montero nervudo que derribe la selva á hachazos y entre en la luz y montaña que trepe y no se canse como un áspero y formidable espectro que busque la cumbre.

Después el libro de Carlos Mendez; la historia de un redimido por el hogar, un poeta suicída que encuentra estrofas en los gritos de las chimeneas prendidas y canta las quimeras, los ensueños y las esperanzas de la familia en marcha. Ese libro cuenta las bregas del trabajo, el esplendor de los días de sol en los patios floridos y narra los estrépitos de los niños que apuran el crecer lozano y suena al revelar las hondas canciones de las cunas, detrás de las cuales está el Angel de la Guarda

con las alas extendidas.... Así el poeta escucha los besos en la penumbra y escribe los pensativos y castos amores y así también va narrando el dolor del hogar envejecido y el descenso del trabajador hacia la muerte. En esa odisea de años algunos árboles se secaron; los muebles de roble cambiaron de color; la casa ha perdido mucho reboque; hay verdin en las paredes y la yedra se ha encaramado hasta el techo con su colchón verdinegro; faltan algunos seres queridos que ya no volverán y los roperos están llenos de recuerdos entre las alhucemas marchitas. Carlos Mendez está triste y fatigado. Tiene arrugas en la frente y canas en la cabeza. Fue bueno; por eso tiró su cuerpo en la pelea sin mirar para atrás, intrépido sin jactancias y de él se apoderó la vejez prematura, porque esta es tierra que ama á los jóvenes como los dioses griegos y los mata por eso en edad temprana. Con este sacrificio es permitido aquí formar casa, tener hijos é incrustar apellidos nuevos en su historia.

Estos tres libros nacieron de un tronco común: el primer tomo. Ha sido hecho á lá diabla. No tiene pian, el último capítulo antes que el primero, un borbotón de palabras, de cuadros, de olores y de sonidos, una zinguizarrá brutal de la mente calcinada como un volcán, un hervidero de escorias y de metales, un

vértigo de creación en que fueron lanzados al estádio cuatro familias de psicópatas, suicidas como Carlos Mendez, homicidas como Genaro, locos morales como Valverde, megalómanos, perseguidos y místicos como la familia de don Manuel de Paloche. En este empiezan las horas juveniles los personajes y el suburbio se inicia con el espectáculo de sus estaciones, con sus naturalezas, sus pájaros, los cielos azules y serenos y el estruendo fulmineo de sus tormentas. Allí está el rancho y el ombú y los largos y hondos callejones llenos de pantanos bajo la lluvia copiosa. Los eucaliptus de alta y negra cimera, las pitas, los alambres que dividen las quintas, los cercos de mora y sinasina detienen en su carrera bellaca á los vendavales que suenan, rujen, mujen, zumban y gimen en el largo y furioso ahullido. Aquí el labrador de camiseta á cuadros guía el arado con las botas entre el humus bajo las bandadas de gaviotas que siguen y picotean los vermes del surco, mientras más lejos hacia la ciudad surge la casa de dos piezas, donde viven los albañiles y los carpinteros. Este libro señala la primera etapa de la evolución que tiene por casa el rancho, mientras Genaro, Paloche y Mendez construyen la ciudad de ladrillo que llega en la Avenida de Mayo á la exímia forma. En el primero hay todavía un gran abuelo heróico, de esos que mordieron heridos la

cuesta de Chacabuco y los llanos de Maipo; en los otros ya van sonando las alegrías y las elegancias de las nuevas civilizaciones—el viejo del Rio, un cruzado cuyo emblema contenía el color del cielo con el fulgurante sol que alumbró las batallas de nuestros homéridas y don Manuel de Paloché enamorado del asfalto, del mosaico y del cristal, y cultor de las profundas y amables concepciones del espíritu nuevo, la misma psique generosa modificada por la savia de años y por el alma de todas las razas de la tierra.

El último libro será para los que sufren y delinquen porque son pobres. Estarán en él las nuevas formas que precipitan al mundo en pos del ideal de justicia y católicos, socialistas y sectarios del anarquismo harán en él el drama doloroso. Es el libro de los cruzados modernos. Puede ser que sus páginas tengan el consuelo de las profundas conmiseraciones y que la noción del perdón se extienda por él un poco más en la conciencia humana y es así como en toda la obra se asiste á la metamórfosis sucesiva del alma nacional y como los jóvenes del primer tomo llegan envejecidos y caducos á escribir su libro antes de la muerte.

Siquiera porque ya no existen es bueno ser amables y contentarse con haberle negado en vida el agua y el fuego y aunque fuera

alrededor de su sarcófago reconocer que un alma zaliareña de artista sacude todas sus páginas y que se ha cumplido el granítico aforismo del testamento de Bohemio (1) de que «el arte envejece cuando los hombres le arrebatan las adustas energías de la vida libre, para encerrarlo en los burdos liminares de la imitación y de las escuelas. Que sea licenciado y loco antes que ser esclavo!». Así ha sido, tal vez licenciado pero no tiene huellas de esposas en la muñeca, ni arrastra grillete. Ha sido iconoclasta sin quererlo, libre como el Pampero, apasionado como el corazón indomable de la tierra y puro como sus éteres como que fue escrito con estos amores, con la pluma mojada en el humus, en las turquesas del divino cielo y en las linfas y clorofilas de sus praderas y de sus bosques! Y á fin de no quebrar la pluma para siempre, puesto que dos mil páginas de psicología humana y de psicología de pueblos no han logrado convencer, sería generoso que siquiera desde que mucho amó el libro, le sea mucho perdonado. Amén!

(1) Véase 1^{er} tomo.

EN INVIERNO

La casa no había quedado sola. Todo hablaba allí del gran corazón de Mendez. En la mesa del comedor, su asiento vacío parecía esperarlo y el sillón estaba cerca de la estufa como en las noches de invierno, cuando él conversaba de sus trabajos y de sus torturas de médico. Cual si fueran heraldos de su vuelta, en todas partes se oían écos de la voz de Carlos como si quisiera todavía acompañarlos á vivir y á esperar. Eso sucede cuando hay familia. Los muertos tardan en irse. Siempre hay reflejos de cabellos blancos, frentes serenas y amables pupilas llenas de dulzuras. El viejo reloj seguía andando; la leña crepitaba en la estufa en ese invierno crudo; mojados estaban los vidrios de la ventana, que él solía secar á veces para ver las ramas desnudas de los perales viejos y sobre su mesa de escribir, un poco en desórden, los libros y los papeles bor-

roneados no se habían tocado. Todo esto era un santuario y una religión. La familia de rodillas rezaba al Señor para que diera resignación á los pobres que muertos los padres, tenían que deshacer la casa. Que el destino ahorre á todos ese dolor! Porque no es bueno que manos extrañas, se lleven las cunas donde durmieron los niños, ni el comedor, mudo testigo de tanto diálogo de amor y de virtud. Son como hijos esos silenciosos fantasmas que se envejecen con uno, los sillones, los cuadros que adornan las paredes, las alfombras y cortinas que entibian los cuartos y la arboleda que da frescura y perfumes. Así tal vez fuera útil que los hermanos llevaran consigo lo que pudiesen para que se transformaran en los nuevos hogares en mensajeros de las dulces memorias, en eslabones de la tradición. Después, es claro; ellos también se van; pero antes dejan allí los poemas recogidos en la vida del gran abuelo, su fortaleza, su ecuanimidad y benevolencia, sus caridades ó sus hazañas, los ímpetus de ardor juvenil y las robustas esperanzas. Porque así se consigue que la historia de las familias sea un libro sin páginas rotas, ni capítulos manchados, puesto que lo que escriben los hijos tiene siempre algo que fué del padre, la trama ó el estilo y muchas cosas del alma. Por eso si no fuera porque los viejos entregan cada minuto su

psicología, ellos no llenarían tanto la casa y cuando se van, habría menos soledad y menos tristezas.

Esa tarde cuando el sol invadía el estudio Ricardo y Angélica revisaban los papeles del padre. Era un informe monton de sobres de todos colores, cuentas, cartas, cuadernos y folletos. Después de haberlos leído, muchos se guardaban, otros iban á la llama de la estufa, donde se retorcían gimiendo y resoplando para carbonizarse. Algunas cartas les costaba mucho leerlas. Se detenían y se miraban los dos hermanos con los ojos llenos de lágrimas. Eran de los pocos agradecidos que escriben al médico sus gratitudes. Otras se las pasaban en silencio, conteniendo los sollozos. Eran versos del médico escritor. Hablaba de sus hijos. Bendecía al hogar que lo había redimido. Al revolver los papeles saltaron algunos retratos; Angélica y Ricardo cuando eran chicos, Dolores cuando era novia. Tenían manchas blancas de humedad; las caras estaban desvanecidas. Detrás había escrito Mendez; pero la tinta se había borrado en parte. Apenas se entendía. Todos estos recuerdos los envolvían en papeles de seda para conservarlos, mientras lo indiferente caía á la estufa á quemarse en largas llamaradas. Llegaron á

un pequeño bulto, envuelto en un pañuelo de espumilla. Era un retrato de Catalina y sus cartas. Tenían olor á cedrón. Estaban perfumados por una ramita llena de hojas secas. Con la unción con que se arrodillaba á rezar, abrió Angélica aquellas cartas y leyó en ellas toda una vida de madre santa. Después las besó en silencio y alrededor de aquel retrato las fué colocando.

—Pobre papá! exclamó la niña un rato después. Que bueno era!

—Tines razón, añadió Ricardo con voz grave. Pero yo le he dado muchos disgustos.. Cómo siento! Soy un maldito!

Los dos hermanos se abrazaron. Ricardo besó el cabello de Angélica, mientras Dolores entraba en ese momento con un sobre de luto que tenía lacre negro. Era el testamento de Cárlos Mendez.

Se confesaba cristiano. Hizo todo el bien que pudo. Perdonaba á los que lo habian herido y pedía á su vez perdón. Quería á sus hijos y no deseaba morir con la esperanza de darles mayor bienestar; pero el trabajo y las pasiones habían demasiado pronto esclerosado el corazón y los músculos. Por eso se iba aunque fuera con el alma triste hasta la muerte como la de Jesús. Dolores era una esquisita

y había en ella una delicada alma de mujer. Era buena; por eso tenía talento, porque la bondad es la amable consejera, la solitaria estrella del derrotero virtuoso. Siempre se conservaba así. Si no hubiera temido herirla, él habría dicho que tal vez eso fuese una deliciosa forma de su instinto. Le aconsejaba al hijo que si se casaba, respetara siempre y fuera amable con la compañera, porque la mujer buena, decía, hace en la casa los inviernos tibios, sin cielos grises y sin cierzos y ofrece veranos perfumados y frescos. Es el decoro, la forma cortes y el hondo aliento que conforta la marcha, Nunca pudo complender á los hombres que no les piden disculpas, después de sus arrebatos. El la había tomado muchas veces de las manos, la había mirado en los ojos y besado la frente en silencio. Recién entonces estaba contento. Hablaba de sus hijos. Ricardo iba á ser todo un hombre. El tiempo encauzaría su exhuberante naturaleza porque tenía condiciones fundamentales. Era honesto y leal. Amaba á sus padres. De la hija no decía sino esto: «no me ha causado nunca un pesar. Es Angélica. Hablaba de su patria y decía: «Ha respetado siempre la dignidad humana. Vence para civilizar no para hacer vasallos. Sus hombres de Estado, creándola magnánima han dejado resuelto el problema de su grandeza. Todas las razas son herma-

nas y los nacidos aquí, vengan de donde vinieren, encuentran anchos senderos para marcha, pueden ser fecundos, fundar familias y grabar en la historia apellidos. Cumple con los destinos del Continente, llamando á su seno y cuidando á todos los pobres de la tierra, dá esperanzas al desaliento, carnes á las familias estenuadas por hambres seculares y resurrecciones á los que tienen en el espíritu la desesperanza suicida de muchas generaciones de abatimiento. Sentía morir, cuando la evolución que iba á dar formas y efigie á la nueva nacionalidad no estaba acabada. Todos sus libros eran para la gloria de esta metamórfosis y los esplendores del porvenir no resultaban una visión profética, sino el corolario profundo y lógico de la base existente. Porque aquí hay, dígame lo que se quiera, mucho respeto por los principios y la libertad humana se cuida hasta donde es posible, porque eso es tan absoluto como Dios ó como el derecho. Los que dicen lo contrario no saben comparar. Consideraba ese respeto como fundamental y agregaba que los pueblos que por ser fuertes olvidaban eso conquistando ó sojuzgando creaban en su propia entraña un cáncer, destinado tarde ó temprano á devorarlos. Hacía á su país una crítica. Eramos imprevisores. No veíamos las acechanzas de los codiciosos de nuestras riquezas. Señalaba á Chile como el más ávido,

pensando que sus tendencias eran claras. Primero todas las costas del Pacífico y después parte del otro Océano, porque creía que estas naciones viven de las sávias Europeas y era necesario para sus progresos estar lo más cerca posible de ellas. Así muchas veces sufrió por las indolencias de los hombres de estado y fulminó á las revoluciones que rompían nuestras energías. Se imaginaba á ratos que no era sinó un pobre soñador. Acaso él estuviera viviendo en la utopía. En sus libros aquí y allá aparecían estos recelos, pero apesar de escribir tanto, había permanecido anónimo. No había experimentado amarguras por esto, ni había dicho palabras acres. Era un resignado. El país tiene que trabajar; la vida es apurada. Aquí todo es acción y no hay tiempo para leer. Confiaba á pesar de todo en la justicia. Para su hijo había escrito sus sensaciones de arte, las alegrías sanas de los trabajadores, los silenciosos cariños por la religión de sus padres, su amor por la humanidad, y su caridad por los pobres, estudiando los problemas que les mejoraran la vida. De alma indomable, sus poemas eran salvajes como las selvas primitivas, abruptos como los barrancos por donde se azotan los torrentes. Era casi un institivo. Esas armonías habían nacido con él. No sabía de reglas, ni de ritmos; por esto tenía sentimiento de no poder

satisfacer á los críticos. Estas cosas significaban la mejor herencia que dejaba á sus hijos. Lo demás, los bienes materiales, deseaba fueran distribuidos, obedeciendo á la ley y aunque para obtenerlos se había envejecido en su vida un poco agitada, no sufría por eso, habiendo pagado tributo á su orgullo de hombre y á su altivez de trabajador. Hablaba de Elbio Errécar, y lo recomendaba, encargando á Ricardo leyera alguna vez la biografía del viejo Errécar escrita por él, si quería saber cuales son en el mundo los resultados de la vida honesta. Concluía su testamento, repitiendo que sus bienes se dividieran, obedeciendo á la ley y de nuevo se confesaba cristiano!

Quando se acabó la lectura, los dos hermanos habían abrazado á Dolores para decirle que todo era para ella, que ellos nada necesitaban. Después la acompañaron á su aposento, llevándola de la mano. Ella había llorado. Para esto venía la noche. La sombra y el silencio alejan los ruidos; algunos de ellos se hacían más intensos con la desaparición de casi todos. Las locomotoras silbaban más fuerte; el zumbido del trowley se oía mejor. Los pocos carros, pasando al trote, dejaban distinguir chasquidos de herraduras, tableteos violentos de ruedas á saltos. Había en la calle cantos de cuando en

cuando, ruidos de pasos y diálogos animados de peatones que se mezclaban al roce grave de los trenvías sobre los rieles y el tañer de las cornetas en las boca-calles. Los rumores seguían huyendo y se sentían á lo lejos como un largo y monótono rezongo. Ricardo se quedó solo en el patio con los brazos cruzados. Pensaba en el padre muerto y sintió penetrar en todo su cuerpo algo como una austera hombría. Era una transfiguración de su mente, los dolores del deber, una sensación honda y severa que le arrebatava en un instante la juventud del corazón. Se sentía padre él también de las dos mugeres que sollozaban en el aposento. Era un triste y un fuerte en aquella noche fría y espléndida entre las penumbras aglomeradas alrededor de su cuerpo inmóvil, bajo la glacial hermosura del cielo tachonado de astros serenos. El patio estaba oscuro. A lo lejos se veía como un fulgor en el horizonte: La ciudad se había iluminado en momentos en que las campanas de la iglesia tocaban ánimas. Se entreveían las ramas yertas y desnudas de los perales y la curva de hierro de la parra se hundía adentro. Eran las plantas amadas que por años dieron á la familia primaveras y frutas, y el arco del algibe se divisaba sobre su brocal tapizado de baldosas azules. Por cuánto tiempo sus aguas cristalinas extinguieron la sed de todos! Cómo se complacía Carlos de aquella

agua rica y pura! Por primera vez entró en su alma una extrema dulzura. Hubiera querido arrodillarse y rezar con la melancólica plegaria de las campanas, así cerca de Dios, allí mismo en esa casa, tan llena todavía del espíritu del padre. Le parecía que sobre el pecho tenía una cruz grabada y de rodillas sobre la baldosa, con la cara levantada hácia las estrellas, esperaba aquella grande y melancólica sombra desaparecida para que lo armase caballero. Recibió esa noche la Eucaristía. La Fé entró á raudales con todos sus estasis y todas sus energias á lastimarle el torax. Su corazón cantaba apurado el himno de la metamórfosis celeste y los misioneros llegaban en tropel á través de las penumbras para armarlo caballero. Ricardo Mendez sintió entonces una profunda alegría y cuando entró de nuevo al estudio, entre los libros del padre, una robustéz juvenil calentó su alma aterida. Su pecho tenía una coraza de hierro. Era un cruzado. Se disponía á la vida nueva, serenamente, dentro de aquella metamórfosis fuerte y tranquila. Eso sucede en la desventura. Crece el amor del bien, se borran las pasiones pequeñas, se exacerban los afectos y se suelen tomar las resoluciones heróicas, como si los que se van para siempre de la familia fueran ramas podadas del árbol fecundo que dejan á las que quedan más linfas y más lozanías para

rejuvenecerlo y hacer la planta rica y frondosa. En adelante él formaría entre los obreros de la Iglesia como un apóstol del Catolicismo y se iba á lanzar á la lucha contra los socialistas que perturban y la anarquía que esfacela y mata. A Jesús le pedía fuerzas; á la plegaria ardor de misionero. Estaba consagrado. Su alma impetuosa descansaba en la resolución heroica. El humilde había adquirido en ese fervoroso un sosten y un baluarte, y las pobrezas de todos iban á ser mitigadas. Así pensaba esa mente de luchador, votado todo entero al sacrificio, habiendo despertado la muerte del padre todos los místicos poemas escondidos en su psicología ...

En las tardes siguientes vino mucha gente á visitarlos. Amigos pocos. Indiferentes que cumplían un deber social muchos. Hasta los que lo criticaban en vida acudían presurosos. Los muertos no incomodan y no desalojan. No perjudica por consiguiente su recuerdo, ni molesta elogiarlos. En esas conversaciones resultaba Cárlos con muchas virtudes, un diagnosticador poderoso, un gran escritor y un poeta gigantesco en medio de su desaliño montaráz. No era lo mismo antes. Desde que escribía, era incapaz de ser médico, como si observar una naturaleza ó un momento del alma humana no exigiera las mismas prerogativas y el mismo ímpetu intelectual que la observa-

ción de los enfermos. Tal vez es mejor y conviene más perder sus noches en los gari-tos, embriagarse en la orgía, con tal que al día siguiente sepa uno tomar el pulso con serie-dad nigromantica. El muerto era bueno. Siem-pre es así aunque en vida todos los epitetos soeces hayan zumbado al rededor de su cabe-za. Bien es verdad que su espíritu era un poco intolerante y que su alma sagaz penetra-ba las cosas misteriosas de muchas almas im-beciles y criminales, porque hay inteligencias, que son sentinas y psicologias que tienen olor á barro de estercoleros. Por eso el disgusto de lo real, lo había hecho misántropo. Eso no le fué perdonado. Marchó erguido sin do-blar el torso jamás. La línea recta le había parecido el decoro y no recogió en el camino ninguna mancha de lodo. Heria á ratos con violencia y despedazaba al adversario mal tre-cho; pero en la hora de la muerte de los que han sido fuertes, dentro del silencio que rodea al cadáver estirado é inerte sobre el sarcófago de ébano, mueren también muchos rencores y el dolor de los sobrevivientes encuentra á su paso reverencias. Después se fué la casa quedando sola y solamente los más cariñosos acompañaban á la familia.

Martín Errecar iba siempre á visitarlos. Sa-

bía poco de usos sociales, como que toda su vida no había hecho sino trabajar para educar á sus hijos. Era sencillo y fuerte. Cuando vino de Europa, muchachón de veinte y cinco años, tenía el pecho robusto y los brazos musculosos, muchas esperanzas y alma bravía. Agachado sobre su banco de carpintero, cepillaba todo el día y se le veía darle á la sierra arriba y abajo, serruchando tirantes y alfajías. No gastaba. Nunca se acercó á los almacenes, ni jugó. En las horas de descanso, cuando llegaba la noche, su talento de narrador jovial entretenía á los compañeros. Poco á poco, merced á los ahorros, pudo comprar un taller para trabajar con más bríos. Se enamoró de una mujer y se casó, no sin que esta pasión despertara en él algunas sensaciones de artista. Escribía versos para ella, unos pobres pensamientos que le brotaban de la pluma sin ningún arte, con la fluidez límpida de un manantial. Eso nadie leía sino la compañera de su vida, para la cual, aun muchos años después, tenían misteriosos encantos aquellos papeles amarillentos guardados en la cómoda. Trabajaron los dos hasta comprar un terreno. Sobre él edificó una casa de madera, donde nacieron sus hijos, y á medida que ellos crecían, en el alma del padre entraba hondo el cariño por la tierra hospitalaria, tanto que al recordar á veces la nativa aldea, los dos amores se confundían

y se estrechaban en una sola idolatría. Donde había construído su casa era entonces el suburbio; uno que otro rancho, con grandes intervalos baldíos; muchos huecos, llenos de basuras y de podredumbre; muchos cercos de moras, largas hileras de pitas é higos de tuna y algunos ombúes tupidos y seculares; calles sin empedrar, polvaredas en los veranos secos, hondos pantanos en los días lluviosos. Algunas veces, cuando los ciclones se desparramaban como locos para hacer pedazos lo que cayera entre sus vórtices, él ponía puntales á la casa, que ya empezaba á crujir como si fuera á caerse. Los niños dormían en las cunas de madera, luego era necesario cuidarlos. Ella, levantada desde temprano, arrojando un montón de viruta en el fogón, prendía fuego y la llamarada calentaba la pava negra y redonda abrazándola por todos lados. Al rato hervía el café para los peones. Después vestía á sus hijos y se arrodillaba con ellos para rezar, y en momentos en que Martín pasaba cerca para su taller, los miraba en silencio, haciéndose el nombre del Padre. Al rato el cepillo mordía la madera, la viruta se enroscaba como una víbora y caía en el suelo, y se sentían después los golpes del martillo. Había allí el rico perfume del cedro y el olor acre del quebracho, deijos desagradables de cola en ebullición y emanaciones de pinturas de todos colores. Los

muebles estaban en la pieza que daba á la calle, esperando al comprador; grandes roperos rojos, con hedores de barniz, colchones de cotín, rellenos con lana bien escarmenada, catres, bateas y camas de hierro pintadas de azul. En el suelo, unos sobre otros, largos bebederos para los animales en las secas desolantes de la campaña, y colgando del techo, sostenidas por ganchos clavados en los tirantes, sillas de todas clases, con asientos cribados de esterilla, de madera negra ó de paja amarillenta. Después la mujer cocinaba el almuerzo. Venían los muchachos á narrar á los padres las peripecias de ese día de escuela. Se comía el sabroso puchero y en las tardes lavaba y remendaba la ropa. Era fuerte, rosada y sana. Cuando llegaba la noche, sentados en el patio, mientras los hijos dormían, ellos conversaban largo rato, pensando en su porvenir y esperando que de hombres serían buenos, ilustrados y felices. Elbio iba á ser médico y á Carlos le darían carrera. Eran altos y delgados. Martín temía por la salud de ellos. No podían ser trabajadores; pero él era robusto y se bastaba. Entonces se dispuso con la compañera al sacrificio, y de rodillas, antes de acostarse, los dos rezaban el rosario y le pedían á Dios conservara á los chicos que dormían en los cuartos de al lado.

Fueron creciendo. Se criaban por el espa-

cio abierto, en el espléndido sol del suburbio, el día entero en movimiento, rosadas las mejillas bajo el riego de la rica sangre bermeja, vigorosos los músculos y calientes en las brascas atropelladas de los juegos infantiles. Mientras se oía la sierra dividir crujiendo la madera, ellos en la calle cubierta de polvo jugaban á la *rayuela* y al *rescate*. Después, entre las pandillas de distintos barrios, había sus enconos. Se formaban batallones y se empeñaban verdaderos combates. Las piedras se cruzaban zumbando; corría sangre entre los gritos del odio; alguno caía con la frente partida. Eso arreciaba el ardor. Los peleadores, cada vez más cerca, llegaban al pugilato; salían de los bolsillos los cortaplumas y entraban en el vientre desapiadadamente, hasta que la derrota, dispersando á uno de los grupos, lo echaba en todas direcciones hacia sus casas. Sin saber ellos mismos, hacían en el rescate y en esas reyertas la miniatura de la guerra, como que el macho quiere ser conquistador del suelo que pisa, y este amor del peligro, la necesidad del dominio sobre los otros y el temerario arrojo de los primeros años son necesidades del sexo, los inconscientes sobresaltos de la virilidad en embrión. Los chicos tienen mucha inquietud. Los fascina el misterio de lo desconocido. Por eso Elbio Errecar, en pandilla, corría por los callejones del suburbio,

entre los pantanos, á toda carrera sobre cualquier caballo, apedreando pájaros y arañándose las carnes por entre los cercos de moras. Era como el jefe de todos ellos, un alma valiente y audaz en su temerario coraje. En las peleas estaba siempre al lado de los más chicos para defenderlos. Daba todo lo que tenía: pan que traía de su casa y los cobres escasos eran de todos para los almuerzos á la sombra de los ombúes lejanos. A veces en esas correrías encontraba viejas agobiadas bajo las cargas de leña recojidas en los cercos. Elbio las ayudaba á llevarlas, y á los harapientos que cruzan los callejones del suburbio con la mejilla marchita y la nariz roja de alcohol y de pobreza, él les daba pan de su casa y sacos viejos para que se abrigaran en invierno. Se quedaba largo rato escuchando la vida de los miserables. Ya desde entonces comprendió que en el mundo había injusticias y dolores no merecidos y germinó en su corazón el odio contra los que oprimen y la piedad hacia los oprimidos. Muchas cosas le contaron sus hambrientos del suburbio. Habían sido felices en sus mocedades y habían tenido su hogar; pero envueltos en la melancólica odisea de esta trabajada tierra, todo le entregaron, riquezas y sangre para venir á menos y entrar apellidos ilustres en el silencioso anónimo, donde ya no hay pan, ni techo, ni amistades, porque la po-

breza queda solitaria y la cubre el frío del abandono. Conoció muchas tragedias de las tiranías; supo muchos crímenes de las revoluciones. Los viejos que recibían sus dádivas le narraban terribles cuentos de desolaciones y de muerte, y cuando él volvía á su casa llevaba en el corazón una lúgubre sombra. Cuántos dormían en inmundas covachas, que habían nacido entre sedas y espumillas! Qué fortuna desventurada la de esas familias, decoro antaño de la tierra y destinados á desaparecer bajo las cicutas y las polvaredas del suburbio! Por eso Elbio sintió desde niño la necesidad de la protesta. Su lenguaje era violento y lleno de caridad humana. Amaba á los humildes, y al lado de la madre rezaba en la noche por ellos y mientras les llevaba pan y ropas viejas de su casa pobre, Martín Erreacar seguía cepillando al lado de su banco y ahorrando para sus hijos y en la noche sudorosa, sentado al lado de la compañera, bajo la higuera del patio, hablaba de ellos, lleno de fuertes esperanzas. Sin embargo, el dolor y la desventura no lo respetaron. Las revoluciones lo hicieron retroceder, y mientras la miseria abría más de una vez las puertas de su casa para entrarse, su alma bravía no cedió en la lucha. La sierra seguía cortando tirantes; el cepillo mordiendo la madera y los sudores empapaban su robusto pecho de trabajador. Así los obreros han res-

pondido siempre á los rumores y á la sangre de los combates. Miran el desgarramiento de los héroes y asisten á estas convulsiones de muerte que destruyen á través de las luchas fratricidas la obra honesta y generosa y contemplan los funerales del alma vieja destrozada por los cañones. Ellos siembran la tierra pisoteada por los ejércitos y transforman en vivienda útil el escombros que las artillerías desmoronan y levantan el taller sobre los cementerios para que la vida fecunde otra vez los fúnebres polvos. Pero.... hay que tener cuidado! Las casas se visten de luto; el pan escasea; las enfermedades acechan á los que comen mal; muchas almas se abaten, obligadas á contemplar eternamente las rebeliones sacrílegas. Por eso Martín algunas veces levantaba el puño hacia el techo, sacudiéndolo vigorosamente, y preguntaba, en sus foscos soliloquios, porqué lo empobrecían, porqué daban tristezas á su mujer para que á sus hijos les diera también leche triste, y en vez de tener sanos los colores, fueran facos y enfermos? Oh! qué importa eso? Quién nos obliga á hacer grande la patria? Por qué no hemos de ser la gloriosa nación suicida y las madres no han de dar á sus hijos leche contaminada por la tristeza?

Por eso se enfermó Carlitos y fué entonces que Martín llamó á Mendez para que lo asistiera. En ese invierno llovió mucho. Casi todos los días corren bajo el cielo tropas de nubes plumizas, gruesas nubes apresuradas, mientras el viento vuela haciendo silbar los alambres. A veces garua; otras cae el agua á cántaros mansamente implacable. De cuando en cuando sopla una racha y las gotas oblicuas hieren el rostro á latigazos, se precipitan sobre las combas de los paraguas ganan su hueco, mojan las ropas y las hacen sopas. El cielo está plumizo y termina á trechos en el horizonte en una enorme mancha negra amenazadora, dentro de cuya masa reventan y fulguran unos tras otros los relámpagos sin hacer ruido. Amanece sin sol. El día avanza, se agranda, desciende y muere en el ocaso gris, siempre sin sol. Así meses, de la mañana á la noche. El alma de los hombres se transfigura bajo el temporal tétrico. Las casas están obscuras, húmedo el ambiente, los cielos rasos manchados y súcios, mojado el papel de las paredes, que se prepara á desprenderse en colgajos. En vano en la madrugada se abren las celosias, para que penetren los esplendores de un sol, que no sale nunca, ocultado por la muralla del cielo color ceniza que mira con su apagada pupila á los hogares tristes, á los palacios de las ca-

les estrechas, que van tomando relieve entre las penumbras. Los obreros, los pocos que tienen trabajo, caminan bajo la llovizna fastidiosa con las botas llenas de barro con el único traje empapado sobre las carnes que tiritan. Caminan sin paraguas deslizándose á lo largo de las paredes cual delincuentes que quisieran ocultarse, resbalan por las veredas, hacen saltar el lodo de los charcos y llevan el corazón blasfemo como moléculas desheredadas y malditas. Llegan al taller donde las máquinas chirrían bajo la luz amarilla del gas que ilumina las estrechas zahurdas contaminadas por las hediondeces de rancias grasas, tufos de carbón y podredumbres de venenos de cuerpos súcios y sudorosos en los impíos hacinamientos. En esas casamatas trabajan los pobres y piensan que en la casucha miserable donde viven los hijos, están los techos rotos y se llueve como afuera, y del piso de ladrillo mana agua negra del pantano que hay en el subsuelo. Gipen no más, muéranse tuberculosos, bestias de carga, gusanos anónimos de todas las naciones! Con esa fria piel de sapo, con ese asco que da vuestro cuero calloso y hediondo encerraos melancólicos parias, destinados al *espoliarium*! Antes estaba Dios para defender vuestros amores, la alegre alma de los hijos y la casta religión de la compañera arrodillada; pero hace tiempo que

el también está arrepentido de su divina obra. Ya no tienen sol los trabajadores. Hace meses que el cielo de plomo quiebra sus dorsos; hace meses que llueve y que las compañeras de los pobres tienen tristezas. A lo lejos asoma el hambre con su máscara de espectro y camina á saltos haciendo crujir las canillas. Sus largos brazos y sus manos de esqueleto echan por delante generaciones enteras de demacrados que ahullan con lúgubres lamentaciones y piden pan. Qué importa que alguna vez la pluma del escritor grave la palabra de la protesta y señale á la piedad cristiana la familia que perece? Los llaman iluminados, les dicen profetas. Tienen en contra del acento y de las varoniles palabras de consuelo capítulos de ciencia. Son neurópatas! Están clasificados! Mientras tanto oh! melancólicos parias, pobres de todos los pueblos, hermanos de Jesús el sol ha muerto; los talleres están sombríos; las aguas inundan las casas y las arrastran y despedazan entre el cieno y cuando el escritor narra con sangre de dolor las angustias de los miserables, los pseudofelices de los palacios que tienen el deber de velar por los pseudofelices de los conventillos no impiden que el hombre construya chiqueros para el hombre, piara vagabunda no nacida como ellos á imágen y semejanza de Dios! Cuidado! Muchos muladares, llamadas casas por error,

existen diseminados en la ciudad. Los charrones aumentan sus gangrenas y sus podredumbres y los microbios pululan y se enardecen en esos maravillosos caldos de cultivo. De allí parten ellos en falange necrófila y cuando en el palacio separa la gente las cortinas para contemplar como llueve sobre los pavimentos de madera—esa lluvia aburrida que no cesa y la obliga á un encierro de presidio, la falange va llegando con su siniestro serpear homicida á moder la garganta ó los pulmones de los hijos señoriales. Mientras tanto los albañiles no pueden trabajar; la obra está allí entre el barro mirándolos: las paredes á medio concluir parece que van á caerse como ruinas cansadas de esperar el sol que seque la mezcla y trabe al ladrillo, y los marcos de las puertas esperan inútilmente también que los batientes cierren su vano rectangular. Sigue lloviendo. En cada hueco cuadrado destinado á ser cuarto alguna vez, hay un pantano de cal y de tierra. Los albañiles no trabajan y no tienen que comer. Los hornos no se encienden; el cono truncado está bajo la lluvia como una masa inerte; las canchas son lodazales; mojados están los cardos que sirven para el fuego; las yeguas se alejan á paso lento flacas, con el pelo aglutinado entre pelotones de barro; el pisadero está hecho una laguna. No hay nada que pisar. Los

peones no trabajan y los dueños de las manadas no ganan plata para mantener los animales á pesebre. Ya no hay praderas, porque todo está bajo el agua. El cielo tiene siempre color plomo viejo aun en las treguas en que no llueve. Son breves. Al rato no más se pone negro en esa quietud; hay truenos y centellas y el agua vuelve á caer sobre techos y calles con su rezongo monótono. Las tierras están fangosas y las raíces de los pastos se disgregan y se pudren. Las yeguas no tienen que comer. Son puro hueso y caminan lentamente bajando el hocico para roer alguna mata de pasto verde que encuentran de trecho en trecho, para seguir después su marcha á través de los pantanos de las calles que reflejan los esqueletos vagabundos. Pero la lluvia sigue; las yerbas están cargadas de lodo. Entonces empiezan para esos animales las largas y fúnebres agonías. Se recuestan contra los cercos de sinasina ó de alambres; pasan los días flagelados por los chaparrones, condenados á morir bajo el látigo que les lastima las úlceras de la inanición. Poco á poco pierden las fuerzas; sus miembros se quiebran y dan en tierra con la osamenta. No se levantan más y llega la muerte á darles descanso y silencio, mientras por ahí cerca no más alguna compañera que ha entrado á un fangal, ya no puede salir. No tiene fuerzas, da manotones y coces y cada vez más se

hunde poco á poco en la torva sima tragada por el abismo. Desaparecen las patas; el vientre se va hundiendo por pulgadas cada vez más hácia abajo en el lúgubre itinerario, hasta que las vértebras se esconden y el animal despa- vorido queda con la cabeza de fuera y mira á uno y otro lado como implorando. Allí permanece poco tiempo. El hambre y la asfixia lo acosan; cae el hocico al fin y muere en un supremo esfuerzo, presa de las convulsas desesperaciones, que hacen saltar el lodo á lo lejos en el horrible remolino. Por ahí cerca las quintas están inundadas; el agua surge de la tierra como si fuera de manantial y corre llevándose las semillas y los pobres ven de adentro de los tugurios irse hácia los bajos el pan de los hijos. Los pozos están llenos; vierten fuera del brocal de ladrillo agua cristalina. Esta en aquel diluvio pasa los techos y encharca los pisos de tierra, mientras los ventarrones rompen las ramas de la arboleda. Nadie trabaja. Siguen los días turbios y melancólicos y si se abre el cielo alguna vez y dentro del ambiente claro sale el sol, el vaho caliente aprieta los pulmones, no deja respirar y cuando se espera que eso va á durar y la evaporación permita sembrar de nuevo, no tarda en verse que aquello no es posible, que hace demasiado calor y que es precursor de nuevas lluvias dolorosas ese sol de bochorno que sale y entra

detrás de negros nubarrones suspendidos y meciéndose lentamente como si los estremecieran las tormentas que guardan en la entraña. Estas estallan muy pronto y transforman á las calles en lodazales, donde se hunden y se encajan los carros, y sobre los adoquines del centro se extiende una capa de lodo. En el suburbio hay una mar de barro blando por donde nadie puede pasar. Así se ve caminar á pié á los vendedores con la carne al hombro, sudando bajo el inmenso peso, con canastas los panaderos, atravesando las boca-calles con el fango á la rodilla. En la ciudad los empedrados están detenidos, los obreros no trabajan; está el machuco, las barretas y las carretilas acostadas por ahí sobre el agua y los adoquines aglomerados en montones, mientras en las chacras nadie vende sus verduras, porque no las pueden llevar á los mercados. Sigue lloviendo y sigue el hambre su marcha de víbora á través de las casas pobres, húmedas y oscuras, bajo el cielo de plomo. Para esto los arroyos crecen, no basta su cauce y se desbordan. Quietas y terribles al principio las aguas invaden las calles, penetran á los sótanos, entran á los cuartos y se encaraman con un silencio homicida y se llevan poco á poco los reboques y ablandan los cimientos de las casas. A pesar del peligro nadie quiere abandonar los pocos muebles y los tra-

pos de los hijos. Todos están en la calle, cargan á los niños, conversan con los vecinos y toman lenguas de lo que sucede, pálidos de miedo, indecisos por las incertidumbres de un porvenir funesto. Las aguas suben lentamente bajo la lluvia espesa á través de la atmósfera en calma y cuando llega la noche las casas se vuelven ansiosas, se duerme mal, con el oído atento á los ruidos de afuera en los dormitorios donde se ve vagar la luz mortecina de las velas de sebo. De repente la lluvia arrecia con un largo rumor; aturde su estruendo sobre los techos; el vendabal atropella las calles con su mugir funerario y brama rompiéndose en todos los ángulos como si le apuñalearan el vientre. Entonces las aguas abandonan su trágico y lento subir; se azotan de aquí para allá como si le espoleasen la entraña con acicate de fuego, salta el barro de los pisos y se revuelve en remolinos; en momentos en que se empiezan á mover hacia los bajos con ese fragor sordo y lejano preñado de espantos. Quiebran los postes, arrastran los alambres, debastan y arrollan los sembrados, escarban con garra frenética las raíces de la arboleda y la tumban, arrebatan la hacienda, la tuercen y la matan en los remanses, desencuadernan, desgajan y destruyen los ranchos miserables y ahogan en el furioso oleaje á los niños, que los padres llevan sobre sus cabe-

zas para salvarlos. Así la inundación transforma á la campiña en un mar de muertas desolaciones, sobre cuya superficie erizada boyan á millares las osamentas del ganado y los palos de los ranchos hechos pedazos. Ya no hay familia; ya no hay estancia; el puesto no existe; los trigales han sido arrebatados; el mar está formado por las lágrimas de una provincia empobrecida! Los animales que se han guarecido en los albardones no tienen que comer; están destinados á morir... y sobre la loma secular la estancia, que antes vibraba en la amorosa emoción de la familia, está solitaria como un viejo castillo abandonado, como si su destino fuera transformarse más tarde en el silencioso mausoleo de toda aquella cohorte de cadáveres, que se mecen y chocan todavía en esa cuna del mar agitado y parece anunciar de lejos que la miseria va ser mucha, que ya no hay campos y se ha secado la ubre que alimentaba á la nación. En la gran marisma despues, cuando el sol de verano caliente su limo va á empezar la gangrena de los pastizales, de las semillas y de las hojas revueltas. Entonces sobre las praderas perfumadas de otros tiempos se levantará una densa bruma cargada de hediondeces y de vahos mefíticos. Es lo podrido que apura su desaparición; son los muertos pastizales que abren sus fauces de muladar; es el lenguaje que usa

la materia sin sangre y sin linfas en su frenesí de metamorfosis y el eterno poema del esfacelo que transforma los campos en paludes necrófilas, mientras al rededor de ellos una horda de hambrientos va á arrastrar sus esqueletos lívidos, lamentando las fortunas perdidas y los hijos muertos y se desvanecieran en las infecundas soledades los dolorosos ahullidos. Tal vez sean esteriles los ayes como las plegarias y las rogativas de los templos cristianos, por que parece la nuestra tierra impía, condenada á llevar por años una cadena maldita! Mientras tanto no se trabaja. La miseria asoma por las casas con su escualido espectro, inmundo de harapos y de roñas y en los barriales contaminados las miasmas germinan, pululan los microbios y preparan carnes para el osario. Aquí, allá y más allá las epidemias se apoderan del hombre que pide pan en el ardiente delirio, pobre morador del mechinal estrecho, donde se condensan las hediondecas de la calle, el tufo de las paredes y de los pisos húmedos, destinado á morir entre las ponzoñas del estercolero!

Las aguas han empezado á subir en el suburbio, los arroyos á desencauzarse. La casa de Martin Errécar, mordida por la corriente ha perdido su reboque. Adentro pasan los largos

días de angustia al lado de la cama de Carlos enfermo y cuando Mendez llega á observarlo, suele retirarse entristecido, moviendo la cabeza en silencio. En las horribles noches de invierno, mientras el niño tose y la madre descansa un rato, Martín mira á su hijo fatigado y le cubre el cuerpo con su único saco. Afuera zumba la lluvia y cruje la tormenta de agua sobre el techo de zinc, que resuena en un largo y espantoso fragor, en momentos en que el padre reza y con su áspera mano de trabajador se seca las lágrimas en silencio. La vela de sebo prendida aletea en el aposento, ilumina apenas el bulto de las cámas, donde duermen la madre y Elbio y de cuando en cuando se ve luz sobre el rostro arrugado de Errécar. Tiembla la casa á ratos en las furiosas arremetidas del viento y los relámpagos se entran fulgurando y alumbran la figura ansiosa del viejo que se acerca y tantea las paredes, como si temiera fueran á desplomarse. Las horas de la noche son tristes en las casas donde hay enfermos, sobretodo bajo el temporal, sin una sola estrella en el cielo pavoroso. Este encorva su masa oscura sobre las luces de las calles y las zahurdas del suburbio, donde no hay un farol prendido y los caminantes que atraviesan el barrial á tropezones no tienen más antorcha que la llamarada brusca y fulmínea de la centella que los deja ciegos y hace sal-

tar por un momento en el aire luminoso, casas, lagunas y pantanos. Entre el chirriar del viento parecían oírse gritos humanos llenos de desesperación. Hay ruidos de pasos apurados de gente, que corre en todas direcciones y estampidos de puertas que se abren y se cierran. Algunos ginetes pasaban vociferando. Martín abrió el postigo y vió á los lejos, en la luz de los relámpagos, un gran mar que se le venía encima y un tropel despavorido huyendo á la carrera. Le golpeaban la puerta, lo concitaban á levantarse á los gritos de terror:

—La inundación! La inundación!

—Dios! Dios! dijo Martín apretando los puños levantados hácia el techo, mientras la muger y Elbio, ya de pié, esperaban la decisión del padre y Carlos extendía fuera de la cama los pobres brazos enflaquecidos para que no lo fueran á dejar. Llovía á torrentes. Todas las calles se inundaron y llenos los sótanos, el agua entraba en los aposentos en esa noche ciega, bajo el frío brutal. Algunas paredes son derribadas, vuelan las chapas de zinc, se tuercen los eucaliptus y el mar viene cada vez mas alto con no se qué sorda y siniestra voz en la entraña. Sigue el tropel; ya es muchedumbre que huye. Los muebles son arrojados fuera de las casas y la gente desatinada echa por delante á los hijos y los viejos entre exclamaciones:

maciones de miedo. La casa del carpintero se llueve. Una chapa de zinc arrancada vuela en el aire y se estremece el techo sobre su cabeza. Al lado de él la muger y Elbio miran al padre, que no sabe que hacer con el enfermo, que abre los ojos en la semi-obscuridad. Mientras tanto Martín ve en los relámpagos una horrible escena. El mar crece y se acerca y los vecinos huyen. Toda su casa cruje. Andan botes á dos cuadras y los ruidos de la tormenta son dominados por los alaridos de los fugitivos. Entonces no titubeó mas y derribó de una patada la puerta:

—Elbio! le gritó al hijo. Cuida á tu madre y sígueme!

El joven sacudió la cabeza melenuda con una brusca fiereza, estremecido todo su cuerpo por un escalofrio de macho y salió afuera. Apoyada en su brazo la madre iba detrás de Martín que caminaba lentamente por el barro, cargando al enfermo, cubierto con frazadas, la cabeza tapada con su saco viejo de trabajador. Así largo rato bajo el cielo negro, á través del hielo de la noche negra, entre lá lluvia copiosa entraron en las calles de la ciudad en medio de la muchedumbre que había abandonado sus hogares. Siquiera hay luz. Los faroles de gas iluminan el *matete*. Una cohorte de harapientos los rodea por todas partes, mujeres y chicos á medio vestir y robus-

tos trabajadores, llevando al hombro colchones y frazadas. Iban con destino desconocido, buscando en el sendero la caridad cristiana, sin encontrarla, sollozando por los hogares destruidos y temblorosos de frío y de miedo al futuro incierto y desconsolado. La creciente se lo lleva todo. El Maldonado, ese cajón puerco y fangoso del estío, transformado en torrente sigue de atrás levantando sus aguas, las azota más lejos... más lejos contra la casa construida con el hambre y la desnudes del ahorro, y por donde quiera que pasen en la peregrinación siniestra, se oye el clamoreo de la muchedumbre que sale de los tugurios, arrastrando lo que puede para taparse y mira hacia atrás en la fuga las nuevas gentes que llegan huyendo de la amenaza. En las calles casi en tinieblas el viento arremete furioso, sacude de aquí para allá á la turba famelica y la tira desencuadernada entre el llanto enloquecido de los chicos, la carcajada histérica y los lamentos que parecen ahullidos. Hay allí un silencio de abandono; las puertas están cerradas; los pisos son rias sucias y sobre ellos marchan en remolino todos ateridos, sin que nadie alcance de las casas un poco de alcohol para calentar los miembros yertos, bajo la catarata huracánica que se desploma del cielo. Por ahí vagando el espectro de D. Manuel de Paloche, iergue por

el medio de la calle su largo y escuálido fantasma para vociferar el sermón sempiterno:

—Qué gran país este! Aquí la gente se ahoga. No hay duda. Estamos muy civilizados. Somos un país muy rico; pero estos pobres diablos ni saco tienen. Y después habrá quien niegue que la gran metrópoli está metida entre el barro!.....

Entonces en medio de aquel tumulto se levantó una voz que estremeció á todos. Era de un hombre joven. Su cara se veía á ratos en las súbitas brillazones. Su piel estaba lívida y macilenta, el ojo feroz y con insolencias de burdel. El crimen enronquecía la palabra que, tenía un eco estridente.

—Estos miserables se ahogan, decía. Están muertos de frío y de hambre. Ellos tienen la culpa. Debían esterminar á esa burguesía cochina, que está metida entre las sabanas y robarles las casas. Y esos ricos que no han hecho nada por serlo, con qué derecho tienen calor, comida, hembras y vino, mientras el pobre ajado arrastra á sus hijos en el lodo y la miseria? Esas herencias debían ser de todos. Ellos están gozando lo que robaron los padres, una manga de gauchos salteadores, una turba de asesinos. Después nos insultan con el espectáculo de sus riquezas, con las sedas y los perfumes de las rameras que tienen en sus palacios, con las cuales no hay que meterse.

Son ricas, luego son virtuosas, aunque deshonren á los maridos mañana, tarde y noche. Son ricas, luego se les perdona todo hasta lo malo que hacen en las envidiosas malediccias. Son muy religiosas. Eso sí. Sermones, retretas, eucaristias; sino no se vale en esta tierra. Cumpliendo con esos preceptos ya uno puede ser adultero, robar á sus pupilos y al estado, arruinar al projimo en todas las formas, no servir á la patria y ser un degenerado sexual. Es rico, afirman. Luego hay que callarse, porque con el dinero todo lo corrompen en provecho propio. Qué recua de imbéciles son estos hombres del pueblo! Trabajan como burros sin tener un cobre nunca. Cansado estoy de decirles que hagan de una vez la hecatombe. Ahí está. Ahora se han quedado sin casas, sin pan y sin ropas. Sigán trabajando animales, para que los ricos vivan del trabajo de ustedes y los dejen sin tuétanos!

A la luz de un relámpago brilló en las manos del orador un tubo de bronce y cuando hizo un ademan como para tirarlo en medio del tropel, muchos retrocedieron en fuga precipitadamente. Era una bomba de dinamita. Habian visto al anarquista que andaba por el barrio hacia tiempo, haciendo prosélitos en la sombra y concitándolos al rencor homicida. Y cuando el joven se retiraba dejando en su alre-

dedor una siniestra sensación de asco, Martín lo conoció.

—Guárdate! le dijo á Elbio, que se acercaba con la madre. Ese miserable es hijo de un cínico. El padre era una basura infame. Se llama Germán Valverde!

Elbio sintió entonces un salvaje escozor, como un deseo de abalanzarse sobre Valverde; pero la madre lo contuvo y su gran pupila serena se dilató en la sombra, siguiendo los pasos del anarquista. Ya sabía quien era y después de entrar á la casa de Mendez que se había abierto para todos; el enfermo tuvo cama y calor, abrigo y alimento los pobres y cuando se distribuían, Elbio salió afuera y buscaba todavía a lo lejos la siniestra silueta del bandido.

El niño siguió mal. El hielo de esa noche se ensañó contra el pobre cuerpo. La pulmonía le daba mucha fatiga y mucho sufrir. Mendez y Dolores no lo abandonaron un instante, mientras los padres lloraban porque lo veían morir. Cuando Carlitos, algunos días después, á media noche, cesó de respirar y las manos se le pusieron de escarcha, la madre lo tenía en las faldas y le mojaba el pecho con lágrimas, mientras Martín de rodillas rezaba y ofrecía á Dios el dolor de su compañera. Lo estendieron en la madrugada en el cajoncito de ébano. Dolores trajo muchas flores del jardín para

rodearlo y Errécar sintió que le rompian las fibras del corazón..... Mendez siguió al lado de su amigo hasta el cementerio. Entre los dos llevaban al muerto á traves de aquel hondo y doloroso silencio, por los senderos desiertos y cuando lo bajaron con cuerdas al sepulcro, Martin se asomó por la portezuela y con el dorso de la mano secó dos grandes lágrimas que resbalaban por su mejilla.....

GERMÁN

Germán desapareció en la sombra, llevando consigo todos sus rencores. Odiaba á los hombres, sobre todo si eran ricos, porque era hijo de cortesana y nacido en conventillo sucio. Había tenido una niñez fría y desolada, contemplando trapos corroídos y almas viciosas. Era un producto del hacinamiento, el corolario del lupanar, y su cuerpo, en el ambiente escaso de oxígeno, con muchas horas de hambre y de sed, había crecido largo y endeble. Conservaba recuerdos dolorosos. Le pegaban mucho cuando chico. Lo estropearon muchas veces. El frío lo hizo vivir horas acurrucado con su cuerpo semidesnudo en los rincones del conventillo. Alguna vez pidió pan, sin conseguir más que sordos gruñidos y algún puntapié que lo echaba á rodar, como si fuera un sarnoso. En los cuartos de al lado había madres, y se oían en la noche cantos suavísimos de

amorosa melancolía, en el momento en que, agrupado en su covacha sobre el colchón de paja, dilataba los ojos en la tiniebla. En el otro rincón roncaba la vieja que le daba de comer: un montón de carne fétida cubierta de andrajos, un deshecho del burdel, una venal rufiana, que escribía, deshonorando doncellas, el último episodio de la mala vida. Para él nunca un beso, ni una palabra de perdón! Por eso se ven desfibrarse muchos corazones abandonados y tristes, carnes para el osario anónimo, ángeles solitarios sin cielos en la vida, sin cruces en la muerte. Eso es injusto, porque no ofendieron á nadie con nacer esas precoces, destinadas á empañar temprano la flor de la castidad y esos pequeños galeotes que preparan el tobillo para las cadenas del presidio. Ojalá se quiebren todos en la niñez y los acuesten muertos en las cajas de pino de la caridad humana, antes que ser profanadas ellas y antes que ellos tengan alma homicida, para que así recoja el cielo cristiano entre sus alegrías á los pequeños desterrados, á los hijos de la miseria culpable! Pero otros acumulan amarguras desde chicos y miran con odio á las cosas. Entonces huyen como Germán Valverde y se hacen vagabundos. No tienen casa. Duermen en las zanjas Comen zoquetes y desparrraman los cajones de basura como los perros y roen las pocas carnes pegadas á los huesos

y las legumbres marchitas. Pero ellos se vengán. Deshacen los nidos, lastiman á los pequeñuelos, hieren á los caballos moribundos. Son crueles y fríos. Hacen daño sin remordimientos. Esa fué la vida de Germán mucho tiempo. A veces asistía á reuniones de criminales, en los antros tenebrosos donde se estudia y se medita el delito, donde beben el odio las almas desarrapadas, en esos zaquizamíes de que está la ciudad llena, manantiales de todas las depravaciones, donde la moral ha muerto. Sobre ella ha caído un crespón. El ocio ha transformado á esos seres esquivos en larvas siniestras. Odian todo lo que brilla y luce; aborrecen todo lo que trabaja y crea, no porque esto sea un reproche que ellos no podrían conocer, sino porque la envidia los encoje, los llena de ira y los transforma en bestias hurañas y siniestras. Por eso en sus diálogos contaminados hasta el extravío, se imaginan que los otros son felices porque los pobres trabajan para ellos y son ricos por la injusticia divina. No entienden los corolarios de la labor virtuosa. Se creen insultados. Suponen que para los ricos ellos son miserables gusanos de las podredumbres de la sentina humana, y cuando los ven en el coche lujoso por los parques de la ciudad y contemplan luego su propia miseria y los arambeles de que están cubiertos, asoma en el pensamiento

sombrío la idea de la venganza por el exterminio colectivo. Eso ha creado la bomba de dinamita!

Después es necesario ver lo que resulta la historia á través de esa psicología. A Germán lo arrancaron un día de la vida errante y bestial, para ponerlo en un colegio. Pagaba un desconocido que se decía su padre. Entró allí con su espíritu amargo y sombrío. Tuvo lengua malvada. Cuando uno de los muchachos quiso un día probarlo y le pegó un puntapié; Germán saltó como un tigre y le metió los dientes en el gañote. Desde entonces lo dejaron quieto. Estuvo algunos años. Ya en lo último no leía sino libros que estudiaban la vida de los criminales y los que por defender á los pobres predicaban el desorden y la anarquía. La historia se transformó en su cabeza en una larga brega llena de sangre entre verdugos y víctimas. Los proletarios eran siervos; los proletarios eran los soldados del trono ambicioso. Para que éste viviera en el fausto dorado en medio de la danza alegre de las cortesanas, ellos morían en las batallas, y las talegas de sus tesoros llenas estaban de los ahorros de los obreros. Para eso inventaron el impuesto. De los reyes era todo, cabañas, sembrados y doncellas. Los hogares vivían contaminados y los templos del Dios bueno no

servían sino para el sacrilegio. Las cortes eran lupanares; sus mujeres elegantes prostitutas semidesnudas y los acontecimientos á veces corolarios de las embriagueces caprichosas. En las locas orgías, acostada en el florido triclinio la hetaira de pecho marmóreo y lábio húmedo y ardiente, tenía á veces la fantasía funeraria. Quería el ataúd. Soñaba con el sarcófago. En pleno sol miraba á través de los anchos ventanales del palacio, mientras sobre el negro cadalso el alfiler de oro hería el corazón de la rival voluptuosa ó la espada tronchaba alguna varonil cabeza. De esa sangre de mártires hay mucha en la historia. Los reyes no aman la libertad. La cárcel está abierta para encerrar generosos y las largas melancolías del destierro entristecen la vida de los pobres, que alguna vez se acordaron que tenían derechos. En cada página escrita por ellos hay infortunios, y de las grandes desolaciones se salvaron siempre con el sacrificio de los miserables. Cuando hay carestías, los tironos visten de seda; los ricos escarnecen á la turba famélica, mientras una multitud de esqueletos lívidos, con calaveras huecas y largas y desnudas canillas, mujeres, hombres y niños vagan por los campos desiertos, con las pupilas en la demencia imbecil, para morir á millares cayendo los unos sobre los otros y sonando las costillas casi mondadas como

siniestras arpas, y sobre el horror de la carnicería, entre la náusea de todas las putrefacciones, el festín de los reyes de lejos resplandece de diamantino fulgor y los cantos de la bacanal borracha llegan al vasto cementerio en la noche de los tristes y de los moribundos. Una ira sorda se apoderaba en aquellas lecturas del corazón de Germán. Era violento, irascible, indisciplinado. Más de una vez fué á dar al calabozo y en el cuartujo estrecho bajo la luz escasa de una ventanilla; las horas enteras seguía leyendo sus libros. Estaban prohibidos en el colegio; pero la astucia le servía para ocultarlos. Así se apasionó por la blasfemia. Los autócratas necesitan un cómplice y lo eligen á Dios. La religión es hermana de las tiranías; el auto de Fé es hermano de la prisión de estado; los obispos se dan la mano con los generales de artillería, y en el fondo de la mansedumbre de las congregaciones se descubre la avaricia sórdida, la avidez del oro y el deseo de apoderarse de la conciencia humana para dominar el mundo. La educación es el medio que usan; la salvación del alma al pretexto; la verdad profunda es la tendencia á transformar á los hombres en catecúmenos. Hoy necesitan luchar más porque ya no tienen la fuerza. Los tiempos modernos crearon la energía popular, y la necesidad del monarca de conservarla para sí, los arrojó del

gobierno; pero ellos, serpeando silenciosos como los reptiles, entran en los hogares y se apoderan del alma de la mujer. Esta le entrega los hijos para que sean de Dios. Con ellos crean el colegio, se hacen ricos y se preparan para la revancha. Ejercen misión especialmente en la familia aristocrática. Con tal que les den el cielo, ésta da el dinero. Por eso siempre marcharon juntos, en la historia que está llena de horrores en las guerras religiosas. En el nombre del Dios bueno fueron destrozados los pueblos, quemadas sus casas y asolados los campos; el destierro abrió sus desiertos senderos y el hambre fué dejando esqueletos diseminados en nombre de la Cruz. En el mundo la acción del clero fue igual á la de los monarcas. Después aquél inventó la tortura, que fué una degeneración de la justicia, y éstos inventaron la cárcel perpétua, el hielo obscuro de la mazmorra, donde las almas bravías y los espíritus más egregios morían en la mortal angustia de las soledades. Ni madres, ni esposas, ni hijos, ni epistolario siquiera! En la noche alta se acostaban sobre la dura piedra, oyendo á lo lejos los ruidos del mundo, y viendo á través de la estrecha ventana sucia la luminaria de las libres ciudades. En los rincones de la ergástula, por donde se deslizan las ratas y la humedad crea el sapo, están los fragmentos de las liras rotas; están

las paletas desgarradas; está el mármol informe hecho pedazos y las páginas del libro se han borrado y yacen sobre el piso transformadas en inmunda papilla. Ellos hicieron morir al arte. No quieren la luz que ilumina los cielos, las praderas y el mar, ni la estrofa, ni el encanto de las diosas de mármol, ni la melodía que suena en todas las cosas, mientras los filósofos, sentados sobre los escombros de los monumentos, consagrados á la libertad de la mente, hueraños anacoretas, se dejaban morir antes que manchar su emblema y rechazaban todas las tiranías en los anatemas fulmíneos, para acostarse en los féretros como caballeros antiguos, vestidos de la armadura bruñida, adornada la coraza de blanco y puro cendal. Ni el clero, ni los reyes, ni los ricos, tienen un capítulo para la virtud, y sobre esos cadáveres y sobre esos crímenes consolidaron sus tiranías!

En nuestra tierra es lo mismo. La odisea de los parias tiene tanto dolor como en las viejas naciones. La desnudêz acompaña al hombre primitivo de alma salvaje, bruto de músculos, con la mente llena de instintos. Son negaciones. Viven y mueren como los vegetales y los cadáveres se pudren en los desiertos vastos, sin que en vida hayan sido nada en la

marcha humana. Estériles y desventuradas sombras! Ha vagado la horda por siglos, muerta de hambre y de frío entregada á todos los desenfrenos, con todas las hediondecas de la piara agusanada y presa del lúgubre ardor de la matanza. Nunca tuvo alma, nunca tuvo derechos! En nuestra tierra pasaron como aglomeraciones informes y en vez de parecer hombres, parecen hondos silencios de épocas caóticas, una fúnebre marcha sobre la pradera enorme de gigantescos esqueletos sin historia y sin arte. Oh! Yo estoy seguro, pensaba Germán leyendo, que han habido tiranos allí también y sacerdotes y que los humildes sufrieron y que las mujeres fueron recua vil!

Estamos en la conquista. La hacen á sangre y fuego. La niñez muere á manos de bandidos, y á los viejos les destrozan las vísceras. No hay respeto por los que se rinden en aquellas hecatombes colectivas. Los sobrevivientes huyen al desierto desolado, los otros se transforman en esclavos de los déspotas, mientras se planta la cruz entre un charco de sangre y los brazos á un lado y otro tendidos sobre otros charcos echan su sombra. Entonces los guerreros arrodillados oyen misa de campo bajo el cielo infinito y comulgan. Oh! divinas Eucaristías! No valen esas albas purezas increadas para redimir el crimen impenitente que hizo casi desaparecer una fuerte raza secular!

Oh! obispos mitrados de violeta sérica vestidos, obispos de la mano blanca! Han cruzado los tiempos las sacrílegas bendiciones! Porque iluminó el celestial esplendor de la amatista las corazas contaminadas? Cuando ya no fueron enemigos, sometidos á trabajos superiores á sus fuerzas, siguen pereciendo los parias de hambre, de miserias y de insomnios y encorvados en las villanas faenas los altivos salvajes de la llanura y los bravíos montaraces acuestan el cuerpo moribundo sobre la nativa tierra, para que los cementerios los escondan en silencio bajo el humus esclavo! Obispos mitrados, obispos de la mano blanca! Porque iluminó el suave esplendor de la amatista las corazas contaminadas? Solamente uno protesta, Las Casas y queda en la historia como una gloria humana. Han destruído la raza. Hay que buscar nuevos esclavos. Llegan los negros de Africa, vendidos como bestias. Sigue la esclavitud. Los blancos se enriquecen con el hambre y la desnudez. Tanto los ultrajan, y los vejan, se alimentan tan mal y tienen tan poco abrigo, que de generación en generación esos robustos robles se van contaminando, pierden vigor y concluyen mordidos y muertos por la tuberculosis, donde otros gruñen por ahí como animales, embrutecidos de alcohol y de miserias. Así los ricos y el clero han escrito en su libro de oro esas dos destrucciones,

cuando talvez hubiera sido posible una aplicación más benigna de la conquista y el Evangelio manejado por místicos enfermos, resultó hoguera y potro, pudiendo ser paz, amor y caridades.

El rencor se acumulaba en esas lecturas en el corazón de Germán. No era compasión para las víctimas; eran ódios feroces para los opresores que se agigantaban por la mentira y las exageraciones de las pseudohistorias. Los libros son muy capaces de modelar almas y ese corolario del lupanar y del cinismo que tuvo niñez triste, se hizo á través de aquellas páginas un adolescente tétrico. Fué un fascineroso, creyéndose un vengador; fué un espíritu satánico, creyéndose predestinado á redimir generaciones deprimidas por seculares oprobios. La luz se apagaba muy tarde en su cuarto del colegio y la madrugada lo encontraba muchas veces sentado, recibiendo en el rostro lívido y entrando á través de sus funebres pupilas las primeras claridades. Ni un rayo de alegría en su corazón, ni un movimiento de amor hácia el despertar del mundo! Tosía á ratos para volver á bajar la cabeza sobre el libro abierto. Entonces seguía leyendo los horrendos crímenes. Veía la destrucción de muchas civilizaciones, los reyes de América fusilados y el alma suave de muchas razas amigas del Sol, volverse torvas por la contem-

plación de las muertes inícuas y de la deshonra. Todavía desparramados en el vasto suelo yacen los trozos de las antiguas ciudades, enormes macizos abandonados entre los matorrales llenos de polvo, torsos hechos pedazos de dioses y columnas y altos pórticos rotos de templos, desmoronados por los iconoclastas sedientos de oro y de sangre. Las ruinas cantan los estridentes poemas. Hablan de la familia destruída, del amor ultrajado y de las vírgenes estupradas por la hórda salvaje y dicen, á los desamparados silencios de las soledades nunca más pobladas; el rugir feroz de la matanza y las nébias largas y hondas de las lágrimas despavoridas. Huyen las generaciones atropelladas por la sombra de la Cruz; las espadas de los antiguos caballeros pierden la honra y se transforman en hachas de verdugos y los templos consagrados por la pureza del culto á la divina naturaleza, á la alegría del sol fecundo, á los mansos rocíos del cielo azul, se bambolean en el huracan de la conquista y son sustituidos por la capilla húmeda y sombría. La religión fué una cosa torva. Hasta entónces había sido un cántico de gloria y una excelsa veneración á las maravillas de los mundos. La religión se llamó tortura y los sacerdotes eran los ministros de esa inícua forma. Mientras tanto las madrugadas de la naturaleza cantan sobre los escombros el himno eterno, más in-

finito que las cosas materiales, más inmortal que la criatura humana. Hechas de sol y de humus trepan las plantas alrededor de lo destruído, agarran con sus barbas á los macizos solitarios, cuajadas de polen y de perfumes, para rodearlos bajo el peplo verde obscuro de sus lujuriantes malezas. Las ciudades muertas y ocultadas al brazo humano en las tupidas trenzas de la selva salvaje, tiemblan en susultos al paso de las sinfonías del alba y beben con mística plegaria su luz eucarística y el susurro del éter estremecido y cubiertas cada vez más las ruinas dentro de las frescuras del ramaje sombrío, viven á pesar del hombre, salvadas bajo el peplo de la piadosa naturaleza. Los mediodías calientan los gérmenes allí acumulados y las savias, con olores de macho en celo, penetran los helechos y los algarrobos que irgen sus tallos y sacuden las altas melenas verdes en la cópula fecunda y las semillas virginales se abren, crepitan y derraman licores que entregan á los besos de la madre tierra.

—Esa es la antítesis, gritaba en la noche German, amenazando al cielo con el puño. La espada y la cruz pasan dejando en su camino desolaciones y transforman en estepas los campos floridos, mientras el alma angélica de la naturaleza ama, protege y crea sobre el sepulcro de los parias desaparecidos en el crimen

de la conquista. Aquellos son mis odios, mis torvos odios!

Después leía los poemas de la tarde en las soledades tan llenas de la religión del dolor y las Ave-marias de las ruinas calladas, cuando vaga y solloza por la sombra que va llegando el amor del buen Dios. Entonces se oyen como gemidos de arpas escondidas en la espesura y un glorioso trinar de bandadas, pero así . . . á lo lejos como saludos tristes, como el ale-tear del pañuelo blanco del peregrino que abandona los nativos alcores. Parece que en esa hora, en que las cosas anhelan el descanso, surgieran de aquellos restos las memorias de la vida antigua, un desfile de amor y de heroismo y una serie de hogares en marcha, nobles por la virtud y el trabajo y parece también que sobre ellos arrodillados en piadosa cohorte dejaran sobre el tapiz de musgos los besos dolorosos los viejos moradores y humedecieran los adorados fragmentos con la caridad infinita de sus lágrimas. Por eso es tan triste la Ave-maria de las ruinas porque cada piedra forma parte de un féretro y estos, son tristes en su funebre silencio. Allí hubieron casas y templos, virgenes y soldados, donde ahora se tiende la tarde melancólicamente á través de la serena religión de la selva. La luz huye poco á poco, abandonando el corazón de la espesura. Las ruinas se van

borrando, mientras los gorjeos son cada vez más callados. Entra una dolorosa quietud. Alguna cosa flota en el ambiente que parece una angustia de nostalgia, una pena de infortunio eterno, como si la luz fuera la alegre novia de las malezas que caminara en triunfo arrojando rasos y aromas y la risueña cantora de los madrigales en el día apacible. Así los monumentos rotos sollozan en la intensa paz de la noche que llega. Se oyen cantos de grillos, los mismos que ganaban los huecos de las paredes cerca de la lumbre en las noches de invierno, mientras los monumentos sollozan en la intensa paz de la noche, que corona la frente del *Angelus* de las ruinas con las primeras estrellas. A flor de suelo y entre el ramage brillan las luciérnagas; saltan por todas partes las chispas de luz. Ya no hay gorjeos. Los pájaros y las fieras duermen en el vasto silencio. El alma salvaje de la maraña se ha acostado en la sombra, sobre los escombros de las ciudades destruidas y sobre los cementerios de las viejas generaciones, bajo el quieto azul oscuro, entre el divino misterio de las cosas, mientras la mente de German ve vagar en cohorte los esqueletos temblorosos de los diezmados á puñal y aparece en el horizonte la hoguera roja, dilatando el horror de la carnicería que no acabará nunca á pesar del paso de los

siglos y de las mansedumbres celestes de las religiones.....

Sigue leyendo su libro y cada día que pasa crece el rencor contra los ricos. En el colegio á él no lo visita nadie. Envidia á los compañeros que reciben besos y alegrías. Las madres llegan con sus hermosos trajes de seda, con la opulencia de la carne feliz y las hermanas llenan los corredores, rien, y conversan del brazo de los hermanos. Es una fiesta. Son los quince años de las ricas, dichosas bajo los sombreros de paja de Italia con ramos de cerezas. Todas hablan á un tiempo como una bulliciosa bandada de primavera. Los muchachos están contentos. El domingo van á salir y á comer con los padres. Tendrán libertad ese día y el abierto y embalsamado aire de los jardines. Las calles dilatadas serán de ellos. Entonces vaga solitario por los corredores sin que nadie se le acerque. No había recibido nunca besos. Es una sombra silenciosa en medio del vaiven de la muchedumbre de visitantes. Por eso él no quedaba mucho rato. Le hace mal el bienestar ajeno y aborrece todo eso que es amor y él cree liviandad inútil. A veces piensa lo más inicuo. Si la deshonra echara un crespón infame sobre esos apellidos! Entonces se retira al estudio para volver á sus

autores sombríos y el pesimismo demoniaco le aferra de nuevo el corazón. De cuando en cuando tosía. Una vez sintió un gusto salado en la boca. Era un esputo con sangre. No hizo caso y bajó de nuevo la cabeza sobre sus autores sombríos.

No concluyen jamás los dolores para los parias en esta tierra. La raza fuerte y vagabunda nacida después, quiere ser libre. Aprende eso á través de los campos sin fin, en la rica comarca entre el relincho, el retozar frenético de los baguales y las carreras bravías del toro de erguida nuca y narices humeantes y dilatadas. Tiene la sangre llena de fibrina y glóbulo rojo levantisco, la sangre férrea calentada en las lujurias de las praderas desiertas. Nace el *Vir* de la ferocidad castellana enjendrado en cepa aborígene en plena naturaleza y los muchachos maman cuajada de pechos cobrizos de nómades tolderías. Domina el *Vir* sólo el peligro de los desamparos y se transforma en dueño del suelo, conquistado con el caballo y toma su alimento á lazo limpio, entrando á cuchillo á través de las carótidas y se oyen entonces en la pampa sola, alrededor de la res desplomada sobre los pastos, los lamentos lastimeros de las compañeras. Ve que la sangre es fecunda y se hace el amante frío de la

matanza que lo consagra soberano señor. Empieza á comprender que el extranjero no es ya dominante por derecho humano y no cree que las tiranías puedan heredarse. Además se pretende arrebatárles las tierras que sojuzgaron con su coraje y reducirles el pan y las ropas. Entonces en muchas partes á la vez, en los suburbios de las ciudades, en los ranchos y taperas de los campos, los parias inician el alma rebelde; la nación retoña aquí, allá y más allá, fresca y potente de juveniles energías y el fusil de la conquista los derriba con el pecho roto y los presidios abren su ponzoñosa entraña para asfixiarlos. Los ricos llegan siempre tarde. Tienen miedo. Guardan los títulos de sus propiedades bajo los pisos de sus mansiones. Para qué modificar las cosas? Qué tienen que hacer estos iconoclastas que exacerbán las iras de los conquistadores por derecho divino? Pero la marea se agita, los iconoclastas triunfan y la borrasca formidable azota sus furias contra los diques y los despedaza. Entonces los ricos de un salto se colocan á la cabeza de la innovación revolucionaria para salvar sus vidas y sus dineros y los parias siempre detras mueren en los combates ó arrastran los cuerpos escualidos de hambre y de sed en las marchas penosas.

—Mandrias los ricos rugia Valverde, golpeando al libro, mandrias siempre!

Miraba de nuevo la pseudohistoria y seguía leyendo. Hay muchos muertos. Quedan innumerables familias en el desamparo, porque para sostenerse venden sus predios á vil precio; pero los sobrevivientes conocen su fuerza á través del humo del combate y entre la embriaguez de la victoria. Entonces la plebe quiere el gobierno propio. Nada de procónsules. Que mande el más fuerte. Para saber quién es, es preciso probarse, porque todos son hombres y á todos agita la libertad con su alma bárbara y sanguinaria. He ahí la razón de las guerras civiles. Los héroes vueltos á su tierra temen volver á la esclavitud. Luego faltos de educación política, llegan al desenfreno. Los ricos y el clero que pudieron conducirlos se asustan, esconden sus personas y sus dineros y los abandonan. Uno que otro queda en la brecha no por amor al humilde, sino por bajas y ambiciosas pasiones. Entonces lo de la anarquía. De punta á punta epilepsia y sangre á fusil y á cuchillo. Nada de honor, nada de moral. En la entraña de cada provincia, batallas; en la nación alma de exterminio; en el hogar la deshonra; en la propiedad el robo homicida; en la ley una sombra; en la familia los hermanos contra los hermanos; los padres contra los hijos; la noción de la patria perdida; perdidos los esfuerzos por la independencia; cementerios aquí y

allá y más allá, venenosos de visceras corrompidas y sobre la pampa, á través de las cuchillas escuetas y entre las trenzas del monte inextricable, las furias de un vendabal de muerte; los ricos asustados, los frailes asustados y el deseo de llegar á la paz á través de un monarca.

—Es demasiado pronto! rugía Valverde. No se ha de cerrar á pesar de ustedes el ciclo. Hace muy poco que hemos arrojado á uno. No queremos otro. Es necesario que mueran muchos parias todavía. Esperen. Ya viene para vuestras cobardías el chucho de miedo que hace dar diente con diente y temblar las piernas. Ya vienen los que confiscarán vuestros tesoros y os cortarán la cabeza!

Germán volvía á sus pseudohistorias, mientras el silencio de la noche alta penetra las cosas en el universo. El colegio duerme. En sus vastos corredores no hay un sólo ruido. Es una negra y quieta mole el vasto edificio y él desde la ventana de su cuarto contempla los patios oscuros. Ningún hijo de rico estudia á esa hora. Duermen hondo, porque no tienen ásperos recuerdos de pobreza pasadas, de hambres y de andrajos. Siente á lo lejos los rumores de la ciudad que se divierte y vé en el horizonte el reflejo de sus iluminaciones, como si fuera una diáfana cortina de polvo de luz, esparcida bajo el cielo. Él está sólo

en medio de la noche como un siniestro angel, ocupando el vacío de la ventana con su larga línea de fantasma. Extendió su brazo en la tiniebla. Tal vez cruzaban por su corazón graznando los buitres del rencor y arañándole las fibras con la aguda zarpa! Había un aire tibio de primavera; había en la noche una celeste paz y bajo el cielo lleno de estrellas susurraba aleteando apenas la brisa leve como en concierto angélico. Un grillo modulaba sobre su cabeza el grito monótono y los rumores de la ciudad se iban apagando. Germán levantó los ojos y había paz; miró alrededor en la sombra, los bajó hacia la calle. Ningún caminante. Había paz! La calle iluminada se perdía á lo lejos y las casas cerradas estaban en silencio. Hasta el convento de enfrente callaba con su alto paredón de fortaleza, con su único ventanal obscuro, espiondo como una apagada pupila. Bajó los brazos el anarquista. Estuvo agitado un rato en un acerbo soliloquio. En la naturaleza había paz!!

—Solamente yo no duermo, pensaba. Me arde la cara y tengo fiebre. Me duele el pecho. Esta tos me lastima las entrañas; pero estos dolores míos dan vigor y hacen hombres, mientras la dicha que da el sueño, enerva, la dicha que no necesita buscar alimentos, disminuye la virilidad y empequeñece la naturaleza humana. Oh! los ricos están muy cerca

del manicomio! Después de dos ó tres generaciones sus rostros pierden la expresión, el ojo se apaga y con el labio caído gruñen como los idiotas. Asimétricos! En esta tierra, donde el pueblo ha sufrido tanto, ya va á llegar quien os ha de cortar la cabeza!

Y abrió de nuevo su libro y el silencio de la noche alta seguía penetrando las cosas en el Universo.

Han triunfado los más astutos y los más fuertes; pero la violencia exige la violencia. En cada provincia un déspota; en la tierra nuestra un banquete constante de orgía babilónica. Días tétricos y noches pavorosas! No hay alma popular. La demagogía, villana escoria, golpea con el facón las puertas de los que duermen, de las trenzas arrastra á las señoras, del pescuezo á los ricos que por cuidar tesoros abandonaron á los inexpertos á su suerte. Peor para ellos! La avaricia cobarde no los ha salvado. El relámpago de una cuchilla de carnicero les desarticula la cabeza; sus mujeres son deshonradas; el vientre de los hijos entra hasta el mango en los puñales asesinos. Lástima es que con ellos mueren muchos hombres del pueblo, generosos que se sacrifican así mismo por sus verdugos. Los matan en monton, sin lástima, fieles como perros de cova-

chas sarnosas, mientras las barricadas de alquitrán arden en las esquinas y devoran chirriando grasa y huesos de cristianos arrancados de los sótanos. Uno que otro rico salva el honor de la casta. Muere en los combates. Acepta el sacrificio sin deliquios femeninos, sin viles rogativas, sacudiendo la nuca, como los formidables, vigorosamente; pero es bueno observar que éstos ya habían sido héroes, cuando querían encauzar las anarquías dementes. Llega el terror. Hay fugitivos que cruzan la noche como sombras, que se ocultan de día y renuevan después los galopes nocturnos. Detrás de ellos la mazmorra. Hay tiros en las tinieblas y horribles blasfemias de los perseguidores. En esa caza jadeante se desploman muchos para siempre y muestran después el obscuro canal del degüello sobre la garganta llena de sangre. En los hogares no se duerme. Ya no hay amigos; los sirvientes traicionan á los amos. Son espías de los poderosos. Muchos ricos mueren asesinados. Al fin! La canalla se venga. Demasiado tiempo la han ultrajado y escarnecido. Tiene en el rostro los cardenales de la bofetada y en los cuartos la equimosis de la coxa salvaje y cuando sombrero en mano, imploraba piedad y pedía los dineros ganados con el trabajo y pedía justicia, el rebenque del rico se levantaba sobre su dorso y hería sin lástima, mien-

tras los seides del juez lo empujaban maniatado al presidio á que pereciera de hambre y frío. El pobre no tenía honor, ni hogar, ni propiedad, ni familia, ni nada! Es la bestia de las cocinas y el limpiador de todas las mugres señoriales, miserable asno apaleado, si hombre, cuyo destino es morir podrido de tubérculos, en el desamparo de una cama de hospital, manceba, si mujer, de los lupanares insonmes, sierva de criminales, ahogada bajo el aliento impuro de los borrachos impotentes! Al fin ellos tienen el gobierno. La hora del terror ha llegado. La noche de la nación es lóbrega. En la calle poca luz; están desiertos. Hay una profunda tristeza y los escasos viajeros caminan mirando á los costados con desconfianza. Los negocios se cierran temprano; pero en las casas no duermen. Cualquier agitado rumor sobresalta, el zumbir del viento, una puerta que suena adentro sacudida contra el marco. Todos de pié escuchan en silencio y cuando el padre y los hermanos no llegan, rezan el rosario é imploran la divina misericordia, mientras en la profunda quietud siguen tañendo dolorosamente los relojes de los campanarios y á los lejos ahullan los perros, como si pregonaran lastimeros augurios. De repente un tropel; los encerrados huyen á los rincones. Un estampido! Es una puerta derribada; son rumores de lucha y agudos gritos de

dolor y una cohorte de pretorianos patibularios, arrastrando un cuerpo muerto por las piedras, atado á la cola de sus caballos y al galope patatán! patatán! va dando tumbos el cadáver y dejando sobre el suelo lonjas sangrientas. Los caminos antes desiertos se llenan de desterrados. Sobre la soledad, la angustia del exilio, la funesta sensación de perder la patria y llegar á tierra extraña con familia y sin bienes. Transformados en miserables, los ricos tienen que trabajar, sus mujeres que coser. Ahora viven en tugurios los moradores de las viejas mansiones señoriales. A veces hay hambre y fríos, como en las taperas de los parias. Se mueren muchos chicos.....

—Mejor! exclamaba German. Así aprenderán á ser humanos en la hora feliz. No harán muecas de desprecio. Lo único que se le puede consentir es el trismus de dolor, en frente del infortunio que no se acaba, en frente de los tiranos que retoñan, florecen y se consolidan. Para algo sirven siquiera estos taciturnos bufones! Para nivelar la raza humana sirve esta impía piara, que arroja el chiquero y el muladar sobre las sedas, alimañas que hosan en los cementerios de sus víctimas y gruñen, husmeando nuevos crímenes, con el hocico arriba lleno de estiércol! Benditos sean! El buen Dios conserve tan preciosas joyas, aunque vivan borrachos, aun-

que sean sátiros de orgías nefandas, crueles maestros del disimulo y bandoleros. Todo por el bien de la patria, afirman ellos. Vulgares histriones de máscara mónstruosa, á quienes los Aristófanes de suburbio cantan ditirambos! Dios conserve tan preciosas joyas!! Siquiera estos taciturnos bufones sirven para nivelar la raza humana....!!

Una extraña expresión tenía en ese momento el rostro de Germán. La vela iluminaba su cara pálida, contraída en una guiñada diabólica, mientras por la ventana abierta llegaban hasta él los mil rumores indecisos y lejanos de la ciudad dormida. Respiraba hondo el anarquista el aire de la noche, un aire de ciénaga con olor á tierra y emanaciones de súcios pavimentos. Tosía á ratos. En ese momento por la calle desierta sintió pasos que se acercaban. Eran dos borrachos que escribían un zig-zag bajo el farol de la esquina y hablaban con calor.

—Me tiraron los muebles á la calle, decía uno, dando traspiés. Qué culpa tengo si no puedo pagar el alquiler.... Allá fueron catres, colchones y ropas remendadas ... Trabajo como un animal, amigo; pero la plata no alcanza. Mi mujer también. Todo el día lava. Dele al lado de la batea y echa cada año un chico á la calle. Pobres marranos! Ya van seis. Siento amigo por ellos.... Ve usted? La

na ya tiene quince años.... Está sirviendo en una casa y sucedió que el hijo mayor de esa familia.... Ya sabe.... Ella me contó que estaba sola.... pero ellos son ricos.... qué se hace? Si no fuera por estas copas de caña ya me había muerto!

—Tiene razón amigo, contestaba el otro borracho. Ya es así. Ellos son ricos. Yo no los veo trabajar. Por qué serán ricos entonces? Yo ando en la mala también. El otro día se me murió tísico un muchacho. Estaba en el hospital.... Dele sangre, gargajos y sudores!.... Se consumió como una vela de sebo.... Y qué ganas tenía de vivir!.... A la madre que estaba llorando la consolaba, por qué el decía que iba á trabajar después cuando sanara, para que ella pudiera comer y descansar. Al revés fué.... A nosotros no nos dejaron entrar, cuando se moría.... Como sufrimos amigo, pero hay un reglamento que para los pobres no tiene corazón!.... Entonces fué que anduve tres días chupando?... La pobre mi mujer me reta pero yo digo: que le queda que hacer á uno, cuando anda en la mala?

Siguieron los borrachos perdiéndose lejos, como bultos oscuros en marcha bajo los faroles, mientras Germán apretaba los puños sobre el libro abierto, pensando que á esos hombres la pobreza ya les había deshecho la hombría. Ni una protesta siquiera. Tenían el

cuerpo doblado bajo los garrotazos é iban hacia la muerte resignados como los brutos. En frente, en el convento, parecía agitarse alguna cosa. Llegaban hasta él largos y monótonos rezongos, como si rezaran el rosario. De repente se oyó la melodía de un órgano, una melancólica sordina, impregnada de dulce y religiosa armonía. Parecía un salmo. Talvez el canto de algún pueblo desterrado, llorando por las selvas nativas, por la cabaña destruida y por los campos asolados en la guerra; una triste plegaria al Señor, que alimenta con lluvias los prados y ampara á las familias en las horas de dolor. La música llegaba por ráfagas, callando de repente, pero era siempre la nota mística, como una idolatría hacia Dios y una esperanza de beatitud celeste. De repente, la ventana se iluminó cual un grande ojo brillante y Germán vió un ataúd desnudo. Las monjas, cubiertas de velo negro, lo llevaban á pulso. El canto se hizo más claro. Era el *De profundis* con que acompañaban á una novicia muerta. El anarquista se estremeció. La ira hizo centellear sus pupilas. Se levantó, apareciendo su cuerpo en la ventana como una sombra.

—Quién sabe lo que se lleva ésta al sepulcro, pensó. Pobres mentecatas! El culto hipócrita les enseña que deben ser castas; es decir, la religión en contra de la naturaleza y

de Dios, puesto que esta es su obra. Y se amontonan allí en las celdas oscuras, para sufrir hambre y herirse las carnes con el cilicio, en el sacrificio estéril, como si la novicia estuviera, más que la novia, cerca de Dios, como si la monja estuviera, más que la madre, cerca de Dios. Desnaturalizadas! Cuántos crímenes en esos cuartujos estrechos, con humedades de sótano; cuánta deshonra! Religión sublime de amor! Los hombres practican esta degeneración: el culto homicida!

Germán bajó otra vez la cabeza sobre sus pseudohistorias y siguió leyendo aquel libro que no tenía en sus páginas una palabra de perdón. Lo había escrito talvez un alma enferma, un luchador de abajo, de juventud triste y dolorosa y virilidad escéptica, obligado por la suerte á vivir entre el mal, al conocimiento de todo lo artero y lo inconfesable, sin saber nada de la virtud. Así como esas psicologías son las páginas esquivas y así también es venganza lógica lo que es delito para una mente equilibrada. Por eso el elogio satánico de las tiranías; por eso ese libro no entendía la reacción.

La describía á su modo, siempre en perjuicio del harapiento. Los ricos dirigían desde el destierro las primeras conspiraciones, que

concluyeron diezmando á los que no tenían plata; el motín á metralla y las asonadas á punta de bayoneta. Cuántos valerosos murieron! Cuántas familias desamparadas han caído en el anónimo infame y se han disuelto en las deyecciones de las hajos entresuelos! Los descendientes andan por ahí dispersos, luchando con la miseria, apellidos heróicos, perdidos en los conventillos, nietos de viejos soldados con la señal roja del alcohol en la nariz, ludibrio de los pilletes, teniendo en los ojos el reflejo atónito de la máscara idiota. Los que no murieron en las batallas de los despotismos, fueron ilotas de los ricos, apésurados en apoderarse de la tierra para hacerlas feudos. Así se concentró cada vez más la fortuna en pocas manos, mientras los parias seguían muriendo y en la guerra nacional y en las civiles cambiaba el alma de esta tierra; porque antes era lujo y honor servir á la patria, ser artista, hacer caridad ó cuidar con acerada pasión el renombre de los dioses tutelares. En cambio hoy se adora al becerro de oro. Tenía que suceder. Todas las decadencias se distinguen por la zoolatría. Aquí el becerro. Menos mal. Podía haber sido cualquiera ave de rapiña, tantos despojos hubieron, tanto ratero impune que usa frac, da comidas y tiene salones y mira de arriba abajo á la turba andrajosa, restos miserables de una cohorte inmaculada que

ha ido entregando de generación en generación, á través de las décadas, sus virilidades y sus noblezas!

Y la odisea sigue á pesar de todo. Antes tenían el sepulcro en los campos en el aire libre y grande siquiera; hoy se hacen pedazos en los atrios, sirviendo lascivias ambiciosas de capitanejos barbiralos. Viven en los clubs políticos, donde acarician el cascarón aborígene de los candidatos insuficientes. Y la mayor parte están en las fábricas, tumbas ponzoñosas que beben minuto por minuto la vida de las células, largos tugurios escasos de luz, que saben á roñas de hacinamiento y sienten á sudores de enfermos, á grasas rancias y vapores malsanos de maquinarias. Pasan el día entre el hedor de las suelas podridas, manejando tabacos y respirando nicotina, envenenados por las emanaciones del plomo, mal pagados, mal comidos, obligados al sueño escaso, con el espectáculo de los inviernos sin pan y sin calor. Mala escuela el hacinamiento! Los sexos están cerca. El corolario es el vicio precoz. Por la calle se ve caminar una turba de muchachuelas de piel terrosa y cuerpo enflaquecido, vestidas de sarazas, maestras antes de la pubertad de todas las degeneraciones sexuales, más que ramera corrompidas, que entregan sus carnes venales en cada esquina á la salida de las fábricas, como si

esas pobres larvas fueran la ofrenda para la bestialidad humana. Así, estas contaminadas por el escándalo, ángeles dolorosos caídos en el cieno, llegan envejecidas á la adolescencia. Han dejado en el camino, hace rato, los inocentes candores, botones marchitos y sin perfumes antes de ser flor, corazones manchados por la crápula, vírgenes muertas en la infancia, deshonestas que nunca más tendrán primavera! Así, de peldaño en peldaño, van hacia la obscura zahurda del lupanar. Si madres, por casualidad, meditan el crimen, y siquiera sea en la intención, se hacen infanticidas; si mujeres de algún desarrapado, llegan á la casa sin honra, para seguir dando tumbos, de adulterio en adulterio, hasta la basura moral!

Lo mismo los muchachos. Se contaminan en las fábricas. Toman las primeras copas. Oyen hablar del delito. Conocen esa funesta aureola que lo rodea y el nombre de los delincuentes que se pronuncia en baja voz, esos perseguidos de la justicia, fugitivos de la noche, que marean la mente inexperta con el prestigio de las hazañas fascinerosas. Viene la imitación. Se carga el primer cuchillo y salta en la pelea la sangre espesa y roja, con su olor de crimen. Luego el calabozo, los diálogos con los galeotes empedernidos y el odio á todos los que tienen aseo, ropas y pan. Entonces se hacen holgazanes y salen á la calle esos

cachorros feroces, sabiendo el robo é idólatras del exterminio, cuando en las celdas no han aprendido lubricidades solitarias ó servido de pederastas en la infamia de la sodomia. Ellos después desparraman por todas partes los germenés de la rebelión y del vicio, porque no saben de ningún respeto, no tienen religión y entregan para siempre el cuerpo y el alma al desorden y á la protesta. Puede ser que hayan entrado á los talleres con todas las alegrías de la infancia angelical, sabiendo rezar el Padre Nuestro, con la mejilla humeda del beso de los padres, enamorados de los juegos violentos y pensando en sus trampas de arco y en los jilgueros cantores, que los llaman en la madrugada al aire abierto y á los libres y dilatados espacios. Por qué muchos son buenos, estos pequeños batalladores de las calles que nutren cerca del hogar al corazón de savia generosa; pero la miseria los encierra; les quita el aire, les arrebatata el espectáculo del cielo y los fija en la fábrica—en las diez horas de trabajo, respirando sucias moléculas—á ellos que son los fuertes vagabundos de todo el día, pobres pájaros, encerrados en montón en la jaula estrecha, que miran á cada rato entre los alambres al eter lejano, que ya no es de ellos y piensan en las verdes alfalfas de las afueras, cuyos perfumes ya no reciben! Pronto la mayor parte vuelven á sus casas pálidos y tris-

tes con las alas quebradas, quejumbrosos como arpas envejecidas y acuestan para siempre, sobre el pecho de la madre, la cabeza muerta al lado de las trampas de arco colgadas de la pared. Tal vez sobre los cajones chicos; forrados de coleta azul—en la noche del velorio— canten asimismo los jilgueros en voz baja, como si dieran el adios, lleno de pena, al compañerito que les ofrecía alpiste todos los días y ponía agua fresca en el vasito de cristal. Ya no lo oyen hace tiempo. Ya no lo ven. A sus jaulas llegan los quejidos de la enfermedad, hasta que sobre la mesa cubierta con una sábana blanca, allí debajo de ellos extendieron una noche su cuerpo inerte, cubierto de hojas de cedrón, con un ramo de rojos claveles entre las manos. Por eso mientras los padres rezan el rosario, ellos conversa en voz baja con el alma del compañerito que les daba alpiste todos los días y ponía agua fresca en el vasito de cristal!... Así la vida encierra en los talleres á los que tendrán sepulcro prematuro, cuando en la casa rica, florecen las mejillas rosadas, los pectorales se robustecen y se desarrollan los huesos, preparados para la longevidad.

—Den pues un poco, ricos sordidos! pensaba German. Den para que los talleres tengan grandes ventanas, pisos secos y estufas en invierno, para que no se mueran de frío los

que trabajan y no se asfixien tragando inmundicias de conventillos! Eso no es indiferente para ustedes! Mañana las niñeras, que cuidan á vuestros hijos, los besarán con los labios partidos por la sífilis hereditaria mal cuidada, y al lado de ellas las criaturas respiraran alientos de podridos tuberculos. Mucho cuidado! Eso no es indiferente. La pobreza que no se cuida y mejora es como los pantanos de barro negro, donde hierve desde siglos el esfacelo de muchos vegetales. No los sequen y verán la cortina de muerte que se vá á extender sobre vuestras viviendas!....

Las noches seguian rodando sobre la cabeza hirsuta del anarquista. El se quedaba en ratos pensativo, con las pupilas fijas hácia arriba, sin ver la paz infinita del cielo abierto y sereno. Su cuerpo se había enflaquecido y tiritaba en plena primavera, como si estuviese enfermo. De cuando en cuando se sentía en el fondo de su garganta como un redoble de tambor. Era un acceso de tos seca y estridente. Algun espectro batía la marcha fúnebre en su toráx estrecho. Sentado al lado de la ventana, leía siempre el libro de alma ponzoñosa y ruda expresión, en cuyas páginas iban dejando los ilotas de esta tierra la ira de sus miserias y los crueles propósitos de sus venganzas,

en esa larga y salvaje odisea, por lo mismo que se acerca la hora de la redención y porque fué verbo, en la aurora del siglo, el respeto por los derechos del hombre y verbo, sangre, religión y Dios conductor ha de ser en su ocaso el respeto por los derechos del pobre! Así los hombres que trabajan en el campo y que mueren en las faenas peligrosas, con la aorta herida y las clavículas rotas, se levantarán airados contra los feudatarios de las estancias, que viven y tienen mansiones por el sudor de sus trabajos. por los cansancios de sus músculos, por el hambre y la desnudéz de sus ranchos y mueren á los cuarenta años para multiplicar sus riquezas. Estas muertes prematuras caigan sobre sus conciencias! Los hijos, mantenidos en la miseria intelectual, para que no dejen de ser siervos,—allá abandonados en las soledades desiertas, sin escuelas y sin Dios—han de preguntar más tarde porqué violan la natural tendencia de las familias á mejorar y porque no contribuyen educando al progreso humano! Estéril es la peroración. Los salarios son escasos. La lucha con el toro es bárbara y el potro se hace pedazos por las cortaderas, arrancando los costillares del ginete, abandonados sobre el pasto en el fúnebre magullamiento y la Naturaleza, que no tiene confines—sin árboles y sin montañas en la dilatada estepa—se azota sobre las taperas de los pobres, con

todas las supremas bestialidades de su furor. Por eso el hielo sin fuego y sin ropas; los ciclones sin baluartes para detenerlos en sus frenesíes de devastación; las lluvias sin reparos y sin sombras, el estío con su llamarada implacable y por eso la familia se vuelve raquítica, los niños perecen á montones y los adolescentes empobrecidos, sin tener nociones del honor y sabiendo que no terminará nunca la pobreza, porque vieron fallecer á los padres sobre los jergones súcios, sin médicos y sin alimentos de enfermos, beben la caña de las pulperías y se transforman en larvas idiotas y en negaciones en el libro de nuestro progreso. Pobres tontos! Todavía no se han apercebido que los salarios son escasos y que para ellos ha muerto el porvenir! No conocen nada de sus derechos; no saben leer ni escribir. El deber más que una altivéz, como es en los conscientes, resulta en ellos un corolario del yugo, una especie de paciencia de bruto manso y la resignación pasiva de las almas esclavas. Así recua seguidora y enfermos de supersticiones, son arrastrados como cosas por los caudillejos melenudos, que tienen el calabozo para los pocos rebeldes ó por el feudatario, que amenaza con el hambre al que se atreve á no ser humilde. Para los recalcitrantes no hay pan, ni techo, ni derechos, ni ley! Algunos austeros se hacen vagabundos. La perse-

cución los destierra y el encono, fúnebre consejero, les carga el trabuco ó les afila la punta del puñal. No eduquen, ricos todopoderosos! No hagan conocer á Dios. No enseñen que hay una patria. No enseñen que la tendencia del hombre en todos los pueblos civiles es á transformarse en *Vir*. No les digan que son ciudadanos. No mejoren la familia del proletario. No prediquen el aseo y el descanso periódico, para que no haya en este país longevidad sana, porque talvez para vuestros nobles caletres, el muerto de los cuarenta años, hace la misma cantidad de patria, que el octogenario virtuoso, el bisabuelo robusto y fecundo, de piel aspera y rojiza, el creador de la casa solariega, de blancas barbas, erguidos pectorales y fuerte corazón de patriarca. Permanezcan en la edad media; enciérrense en los privilegios de casta, como en castilló, enhiesto sobre abruptos despeñaderos; miren desde sus torreones el dorso encorvado de los labriegos de la gleba; no los paguen y si llega la huelga amenazadora á los fosos, ordenen á los arqueros la destrucción de la villana plebe. Vivan en la edad media, sin observar las conquistas de la civilización humana. No miren que todo tiende á la nivelación y que el concierto no es posible sin que el rico dé al pobre parte de su bienestar y el ilustrado dé sus conocimientos, para que aquel á su vez entregue con bue-

na voluntad los frutos de su trabajo virtuoso. Sean políticos de la legua, haciéndose idólatras del campanario y no sepan que antes que eso está la nación y más antes todavía el mundo, que en todo el siglo ha bregado por la independencia individual á través de la riqueza honestamente adquirida. Sean ciegos. Crean que lo que dirige es el frac y el escote marmoreo con olor de lirios y no sientan el clamoreo de las fuerzas populares que marchan ganando con el trabajo el derecho de ser felices. Ilusos! Las multitudes son las conquistadoras finiseculares. Los grandes fastos y las poderosas nacionalidades constituidas se hicieron á hombro de atletas, regados los campos de batalla con sangre de héroes anónimos, iluminadas las maquinarias del taller á chispazos de pueblo. El error está en creer que son los hombres de Estado los creadores. Estos no han triunfado, apelamos á la historia! sino cuando fueron símbolo y síntesis de las sensaciones colectivas. Hay siempre, antes que el hecho, un designio y una voluntad anónima. En ella se apoyan los dirigentes para la victoria. Una alma italiana había ántes que Italia y ántes que Alemania, una alma alemana. Hasta en las fiestas que el mundo celebra, en los areópagos universales, se ve la tendencia á la igualdad positiva, no la de la ley escrita, que es estéril casi siempre, sino la de las leyes

naturales, que establecen el respeto y las recíprocas consideraciones entre los hombres. La estirpe va siendo un artículo de calidad inferior. Ha sido derrotada por el mérito intrínseco. Ya se les pide cuenta á los herederos del uso que han hecho de la noble herencia. Un libro escrito, una industria consolidada, una riqueza por esfuerzo propio, un descubrimiento científico, ó una obra de arte cualquiera, son títulos que dan soberanía y las almas caritativas que cuidan la niñez, aman á los pobres y recojen al viejo desvalido para que muera entre sábanas limpias, son superiores á los blasones pálidos, á los cuales el tiempo desvaneció el color y la esterilidad quitó hidalguías. . . . Así mismo los emblemas hacen el supremo esfuerzo. Se han reunido al rededor del altar, y en vez de buscar las alegrías de la luz, que calienta el sudor de los trabajadores, en vez de caminar mezclados á las energías que mueven el mundo, han preferido, melancólicos anacoretas, vivir sin sol, en los augustos misterios de las viejas hazañas gloriosas, en el silencio de las mansiones frias, donde ya no hay jóvenes primaveras, aislados é inertes entre el fervor de las ciudades. Así han venido á menos. Tienen delgados los músculos, la piel fina y azulada. La salud con ímpetus de sangre roja ha ido desapareciendo. Poco de hombre hay en ellos, mucho de escuálida larva y lo que crece en

esos mausoleos en medio del bullicio de las calles son mentes estrechas, cultores todavía de la fórmula triste: Dios y mi blason! Así el caminante que pasa al lado de esas criptas, donde no se vive sino para adorar los restos de un mundo muerto, siente olor á lirios marchitos, dejos todavía salvajes de encinas decrepitas y rotas, emanaciones que salen de los escombros de fracturados castillos y suenan los alaridos de los tronos, hechos pedazos y el rugir moribundo de leones y leopardos, que huyen y mueren sobre los emblemas incinerados y así también el caminante tropieza con una montaña de panoplias mordidas por el orin, una revuelta confusión de armas, yelmos, corazas, guanteletes, troncos de alabardas, astillas de viejos espadones, mosquetes y culebrinas, un cementerio de hierro muerto al lado de las rubias cabelleras que todavía adornan calaveras de castellanas, entre la elegía de los laudes rotos, el canto fúnebre del último juglar y la mueca estridente de enanos y bufones, degeneraciones y espectros que cierran la marcha de la columna de siglos ya desaparecida en la noche. Mucho dolor de pobres se han llevado, y hambre de siervos, y sangre de somatenes, mucha humillación de dignidad y mucho crimen de grandes. La injusticia ha durado ya demasiado tiempo y la hora de la igualdad positiva se acerca. Teman los que quieren

volver el alma de la civilización hacia sus fuentes primitivas. Cuánta lástima hay que tener por esa última cohorte de vencidos, por estos adoradores atávicos, lívidos penitentes, que rezan las oraciones del desierto, en frente de las fraguas que funden el hierro, del arado que rompe los campos y de las aleluyas que cantan las formidables remezones de la turbina, que acercando á la humanidad, va á destruir las suspicacias y los odios abonados por la falta de consorcio y de conciliación, corolario del alejamiento y va á predicar mejor que el Evangelio, la religión de la paz y del perdón. Teman los que no remuneren el trabajo, los que no enseñen la libertad y el aseo, los que no protejan la inocencia, los que no ayuden al humilde. Aquí sobretodo donde la avaricia no ha dado todavía la civilización á la República y donde el viajero del interior no ve sino la soledad del desierto, el tugurio de barro ó el toldito de cuero plantado á flor de tierra. Allí debajo duermen casi sin ropas, como salvajes, las familias, procreando los padres al lado de las vírgenes; gente que se alimenta como los cerdos de bellotas y se sacian de yerbas como los baguales, razas primitivas que no han aprendido ni una docena de palabras. Allí están como hombres de la naturaleza. Ven pasar los torrentes á saltos, sin que sientan la necesidad de sacarse la mugre. Por eso

los sexos se unen allí, sin más altar que el bosque, sin más sensación que la brama instintiva, mormones vagabundos, que desparrraman la semilla sin tener la noción del hogar y de la familia. No son religiosos en el alto sentido de la frase. Viven de ridículos terrores y de agoreras supersticiones. No hay escuelas. No conocen la patria, ni saben de los derechos del trabajo. Gipan por la comida, el día entero en los latifundios como los glebarios de antaño. Si hubiera ejército de ciudadanos, talvez pudieran ser traídos á las capitales y ver entonces pavimentos, universidades y cuartos de baño; pero el enganche lo ha transformado en refugio de criminales ó en legión de mercenarios. Así nacen, así viven abdicando en manos ajenas sus iniciativas, mansas bestias colocadas bajo el yugo de una disimulada esclavitud, sin más horizontes que el que le quieran mostrar los pocos ricos que les arrebatan las savias raquíticas. En el interior hay una edad media disimulada. Por poco que uno escarbe sale el feudatario y la ley en todas sus formas es cosa acomodaticia. Se cumple cuando conviene. En todas partes se asiste al triunfo del latifundio, sin que los sórdidos Schyloks tengan siquiera la lúgubre grandeza del personaje, míseras criaturas, ignorantes del ímpetu de caridad universal, que agita la hora presente, reptiles infecundos de

escamas de oro, destinados á morir! Con el siglo que se va desaparecerán ellos, arrebatados en el estertor de su gigantesca agonía, quedando suprimida la injusticia de la riqueza oligarca por la justicia del bienestar de los más, acompañados en su despeñadero por los emblemas apolillados, el crujir macabro de los tronos moribundos y el chasquear de las mitras, al zambullir en la nada eterna!.....

Cerró el anarquista el libro, mientras la noche cobijaba en la ciudad las cosas dormidas. Tanta paz en la naturaleza y tanta salud, al lado de ese hombre enfermo! Por la ventana abierta entraba el fresco de la suavísima penumbra y lejos la vista se tendía sobre las chimeneas y los campanarios en la sombra. Los faroles de la ciudad al horizonte arrojaban como un esplendor en la serena quietud nocturna. De cuando en cuando había un extraño ruido. Un carro pasaba veloz. Su cuarto parecía moverse en el violento tableteo de las ruedas. Después el tañido de una corneta de trenvía y en las huertas cercanas un piar de pájaros en voz baja, algo como el principio del despertar en la ciudad, alrededor de la obscura mole del colegio. Un poco más de brisa en el aire y emanaciones de yerbas húmedas y así todo alrededor más ruidos como en largos círculos excéntricos. La luz de los faroles empezó á desvanecerse. Llegaba la

aurora con su color rosa pálido del horizonte y se veían sobre los techos más claros chimeneas, alambres y campanarios. Uno que otro caminante y peones de saco al hombro. Germán se había asomado á la ventana y pensaba que esos miserables empezaban temprano á aumentar la fortuna de los ricos. De repente vió venir apurada una mujer en la semiclaridad de la calle. Parecía una diosa de pálido mármol, con el cabello rubio en desorden. Huía perseguida por un elegante calavera de pelo canoso, y cuando la alcanzó, ella dijo con voz sofocada:

—Déjame. Te odio, miserable. Estoy harta. Ya no te acuerdas. Yo tenía doce años, y aquí fué, en esta misma casa, y señalaba un palacio.

Germán oyó claramente las palabras y apretó los puños.

—Donde entrarás ahora, replicó el hombre tironeándola de los brazos.

—No entraré! No entraré! contestó ella forcejeando. Ni mujer era, agregó. Por favor te pedí me dejaras ir á casa de mi madre y tú, cobarde! me sofocaste sobre la cama y me hiciste llorar.... Te odio! y le rompió el abanico en la cara.

—Goga, suplicó con ira el hombre. Entra. Había abierto la puerta y la arrastraba.

Entonces Germán abalanzó su cuerpo fuera de la ventana y gritó con voz de trueno:

—Déjela, déjela! No sea canalla!

El hombre entró, cerrando con un portazo que sacudió la casa y Goga levantó su rostro hacia Germán. Era un divino rostro marchito y un esbelto cuerpo de diosa, envuelto en su traje de seda celeste. Sus ojos húmedos tenían una inenarrable dulzura.

—No se quien sos, le dijo. Te agradezco. Has tenido lástima de esta pobre basura. Con todos, pero con éste nunca! Adios.

Germán la miró hasta que no fué sino una mancha á lo lejos y colocó la mano abierta sobre la pseudohistoria, como si meditara en silencio un rencoroso juramento.

LA MALA VIDA

Un día recibió un legajo. Era un manuscrito. Sobre la tapa decía : memorias de Enrique Valverde para su hijo ⁽¹⁾. Entonces supo quién era y de dónde venía. Se pasó muchas noches leyendo y volviendo á leer. Cuando concluyó, abrigaba nuevos odios, más crueldad y más ironías. Eran capítulos feroces esas memorias, medio borradas, con los bordes de las páginas corroídas, con manchas á trechos verdosas y viejas—el poema de un abismo moral, los castigos á la humanidad por un alma depravada....

Deseo que mi hijo, empezaba el manuscrito, sea igual á mí, que no he respetado nada y no he perdonado nunca. En este estudio de la vida no he encontrado sino hipócritas. La virtud suele ser el ropaje; el fondo de los hom-

(1) Véase Tomo 1º.

bres es un lodazal hediondo. No tienen más norte que el interés sórdido y no conocen el honor sino para mancharlo. En todos los gremios se roba y se falsifica. A la estafa le llaman negocio. En esto los de abajo imitan á los de arriba, que viven de la coima inmoral. A esto le llaman Gobierno. Este podía ser un hecho augusto; pero cuando uno ve que no hay libertad, que no se elige, que los dineros populares se despilfarran, que la sorna y la ironía acojen las generosas protestas, que no hay más Ley que la fuerza, entonces está tentado uno de pensar que Gobierno es sinónimo de deshonra y tahures son en la esencia los que lo dirigen, puesto que juegan con la riqueza pública, impasibles, con cinismos de ruleta tramposa. No se contentan con esto. Juegan también con la dignidad. Reducen al hombre, que se dobla bajo el látigo ó el infortunio y pasa á través del muladar resignado y triste, inferior al asno que suele fracturar de una coz las costillas del arriero que lo lastima. Dejémonos de geremiadas! El error está en creer que el hombre vale algo. Los observadores saben que muy poca distancia hay entre él y el bruto. Quiero que mi hijo los conozca desde temprano. Es bueno que entre á la vida sin ingenuidades y le ruego me escuche con mucha atención. Para que se vea toda la insuficiencia que hay en ellos, diré que respetan cuan-

do tienen miedo. Si saben que uno es capaz de atravesarlos de una estocada ó de despachurrarles el cráneo de un tiro, lo dejan marchar, lo favorecen y hasta lo adulan. Así se explica la aureola que rodea al duelista vencedor, no siendo los duelos, en general, sino asesinatos disimulados. Es cierto que el homicida inspira horror; tal vez se vea después en el mundo abandonado y solitario; pero si se acerca á pedir, le dan, y cuando encuentra resistencia, no tiene más que arrugar el ceño. Llega luego el terror y obtiene lo que desea. Por esta razón también los guerreros, que pueden herir ó matar, son eficaces, mientras los filósofos predicán en desierto y sus fulminaciones ó apologías son estériles. Para ellos el adagio aquél: «Se les oye como quien oye llover». Conozco muchos artistas. Hacen obras inmortales. Apenas si en la brega de toda la vida logran modificar un poco la estética. Un general de caballería, que llegue á tiempo, se lleva en una carga por delante y destruye poemas, mármoles, cuadros y armonías, la obra de un siglo, el esfuerzo de los más eximios en una nación y arrebatá civilizaciones bajo el relámpago del sable, con el encuentro del corcel en furia, para arrastrarlos por el lodo y vuelve las cosas, si se le ocurre, á los primitivos embrutecimientos. Es bueno que mi hijo aprenda temprano á hacerse temer y no descuide las

armas. Sepa también que los hombres, por la vida difícil, por la brama de fausto y de ostentación, van cayendo con los años, peldaño tras peldaño, hasta la sima infame y se vuelven perversos y arteros. Son capaces de robar si pueden ocultar el robo, y no temen la deshonra de la familia, hasta hacer mancebas de sus hijas, si eso no trasciende afuera. Conozco algunos, que prostituyen sus mujeres, alegres y pacíficos bicornes, que digieren bien á pesar de eso, sin ser ludibrio de los demás; mientras en la casa todos comen esa plata de la ignominia y engordan plácidamente. He visto, en mis correrías de médico, mujeres histéricas y pervertidas exigir el macho con todas las rabias de la lascivia y maridos complacientes acercarlo á la alcoba y empujarlo sobre el cuerpo ansioso y desnudo de las barraganas que guardan en sus casas. Entonces ellas se tranquilizan y los dejan en paz. A ratos les tiran á los maridos con mendrugos sucios. Y decir que estos lenones han sido creados también á imagen y semejanza de Dios! Yo he desconfiado siempre de las mujeres castas. O son anafrodisíacas ó saben ocultar muy bien lo deshonesto, estas aburridas del eterno «lo mismo» estas inquietas enfermas de curiosidades pecaminosas. Mi hijo no debe creer en el angel. No existe. La necesidad del sexo se manifiesta á cada rato. Por eso se busca el

calor de la danza, la trenza y el vértigo loco del wals. Es preciso saber lo que significa entonces un brazo musculoso y peludo que rodea la cintura, el roce de una rodilla y el choque de dos vientres que giran, saltan y tropiezan, en el calor de los salones, entre los perfumes embriagadores y el bullicioso clamoreo de los diálogos, bajo el esplendor y las reverberaciones multicolores de los regios lampadariés. Está seguro, hijo mio, que de todo esto no resulta el angel, sino el abandono del cuerpo á las sensaciones naturales y cuando llega la madrugada y palidecen las luces, hay en los salones muchas más corolas marchitas, que las que están en los ramos. Hay petalos en el suelo arrugados y llenos de manchas de humedad enfermiza, cuando todos abren paso y saludan á las que entraron vírgenes y bajan envueltas en tapados de pieles, tiritando de frío las marmoreas escalinatas. Si existiera el angel, debiera este fijarse en los ojos hermosos y en la belleza del corazón. No es así, hijo mio. Prefiere miembros de estatuaría y torsos de atletas. Puedo asegurarte que ellas han visto muchas otras cosas, antes que ver la frente! Yo soy un observador frío. No debo engañarte. La mujer del poeta es una; la del psicólogo otra. Podrá ser la primera rayo de sol ó flor de ideal primavera, la del segundo es sexo! Nada más felino; nada más lujurioso. Cómo

descienden! Las he visto ser ministras de las más bajas abyecciones y sacerdotizas bramosas de cultos bestiales. No hay aberración que no cultiven estas pervertidas elegantes. Conozco mujeres enamoradas de otras mujeres con rabias y celos de fúrias. Sé que buscan sus cuerpos en la noche y cuando nadie sospecha por la igualdad de sexo, se confunden y extenuan en lascivias inconfesables, entre las sábanas tibias, con los miembros convulsos en sus abrazos de culebras desnudas. Oh! Esto no es nada. Hay muchas que aborrecen el cuerpo aseado del marido, para acariciar con la imaginación sombría y voluptuosa al muslo aspero y sudoroso del obrero que huele mal! No inútilmente entra uno á tantas casas ajenas. Es cierto que no le muestran lo malo; pero esto es á veces tanto que el menos observador lo ve. No creo en la sublimidad de la mujer madre. Ninguna tiene placer en tener hijos, si eso le ha de costar unos cuantos calambrés. A esto se debe el triunfo del cloroformo. Y después el chico chillón y sucio incomoda de noche. Afuera con él. Venga la hembra mercenaria, para que la madre no se marchite, entregando la leche de su cuerpo y no pierda sueño, para conservar mórbidas y juveniles las formas. Qué importa que las amas suelen ser brutales y flagelen los cuerpos delicados? Las madres se despiertan en pleno día en las

anchas camas, se desperezan, estirando y contrayendo brazos y piernas y gimen de placer. Han dormido toda la noche, mientras llega el marranito de la bohardilla, con olor á ubre sucia y á sudor de aldeana rechoncha. Después á la calle con él, que esté lejos todo lo que se pueda. No tienen que incomodar á la señora, que hace su tocado, delante del espejo, que la refleja semidesnuda, ni al peluquero que tiñe la cabellera ó á la modista que prueba y toca todas las audaces curvas. Tal vez el contacto con los cuerpos inmundos de las sirvientas, que no se bañan ó tienen úlceras y botones sífilíticos, transformen á los chicos en larvas lívidas y ulceradas. Eso no importa. Las madres tienen sus tardes. Visitan. Recorren los salones, ávidas de chismes y maledicencias, mientras los niños andan por calles y plazas, vagando con las niñeras y aprendiendo el lenguaje de las caballerizas y de los cuarteles. Muy sublimes las madres! Pero no pára en esto. Llega la noche. Es hora de la comida. Venga el escote. Es necesario que muestren que tienen mamas, aunque ese apéndice no les sirva para nada, que no sea suscitar lascivias. Habria que preguntar cuantos chicos conocen el grueso de sus pardos pezones y cuantos duermen arrullados por la canción materna. Diablos! Por qué han de perder el teatro ó el festival de moda? Acaso no han de triun-

far una vez más, arrojando sobre las otras el lujo de sus sedas y encajes y han de renunciar al choque de sus grandes vientres de jamonas estacionadas, con los ángulos huesosos de los jóvenes calaveras y elegantes? Han soñado pues en sus casas con ese cuarto de hora de perversión y necesitan ese poco de delito que no tiene castigo, ese rato de degradación pecaminosa, esa mezcla de sensualidad y de champagne, que las haga olvidar del hastio, que les producen los maridos, ese eterno lo mismo. Y los chicos? Duermen solos, como trapos abandonados, mientras las niñeras mezclan sus muslos malolientes, con el sudor acre de los obreros borrachos, en los zaguanes oscuros ó se pierden lejos bajo las arboledas de las plazas en la media noche solitaria, transformadas en frescos lupanares baratos. Muy virtuosa la mujer! Muy sublimes las madres! Y no pára en esto. El trabajo del hombre suele no alcanzar. Gastan ellas más de lo que se gana, aturdiditas y locas en las vanidades ridículas. Entonces las deudas aumentan; pero ellas no renuncian á sus fiestas. Se precisa la casa señorial. Hay que tener muchos vestidos para todas las horas del día. El encaje es muy rico con su adorable filigrana. De mañana debe salir la diosa marmoreá y fresca, envuelta en el largo peinador de seda blanca, abierto adelante para que asome en cada paso

la babucha recamada de oro, en medio de los flotantes encajes. Y después trajes para salir; trajes para comidas y espléndidos atavíos nocturnos; el palco en el teatro y la lluvia de brillantes que fulguran desde la cabellera, desde los brazos, collares, anillos y diademas, una mujer tesoro, una deliciosa constelación muy cara. Mientras tanto las cuentas se amontonan. El marido no paga. A cada rato la campanilla estrepita con insolencia, mientras los sirvientes, que husmean la pobreza del amo, los miran con sorna, ensayan la risa irónica y la indisciplina llega á la desobediencia. Estas vulgares depravadas nada respetan, en frente del sombrío silencio del que pasea con la frente baja y las manos detrás de la espalda y la diosa corrompida ya no estima al trabajador, que no le trae dinero para gastar. Ella olvida al pasado deslumbrador, olvida que es la que ha escrito la tragedia. Entonces lleva su cuerpo afuera y lo tira sobre la cama del rico que puede dar oro, se hace manceba de la caja de hierro y vuelve á su casa con las blondas en arambeles y su traje de seda manchado. Ese día tal vez el hombre solitario, en la triste mansión, ha caído sobre la alfombra de la alcohada deshonorada, con un gran agujero negro en la sien derecha y largos hilos de sangre se han cuajado en su rostro y por el suelo desparramados blanquean

pedazos de cráneo. Sér sublime la mujer, hijo mio! No conozco ninguna que se alegre de la dicha agena. Envidian todo en las demás, el garbo, el continente, el traje, la belleza, todo! Así es que si alguna es feliz, debe esconder eso, como si fuera un tesoro. Si lo revela, está perdida. Pronto va á sentir el hielo de una mano cadáverica posarse sobre las blandas y alegres tibiezas de su bienestar. Va á sentir que algún cariño se enfría. Por ahí cerca anda talvez la calumnia batiendo sus alas de murciélago. Entonces los hogares se vuelven infelices, sin saber porqué; los esposos se separan; los hijos maldicen de los padres y en los rincones de las casas se sientan los dolores para acariciar su crucifixión en el silencio solitario. Más de una vez el idilio cantó, hijo mio, el glorioso poema de vivir. La naturaleza vió pasar la pareja enamorada, alegre como las claridades del éter. Dió para su sendero las flores, una alfombra de pétalos y un nimbo de embriagadoras esencias, y para sus pupilas el cielo azul. A lo largo de la ribera de un mar verde, he visto yo una vez un poema así. Las olas murmurantes escribían, en la playa con espumas parleras, los amores de las glaucas marinas y las brisas cuajadas de olores salinos aleteaban en el triunfo de sus frescuras. El sol con su centella meridiana calentaba el divino idilio. Sentada en la playa la pareja miraba lo

infinito, soñando.... bajo los cirrus blancos hamacándose, bajo el vuelo de la gaviota rauda y blanca. Se daban la mano. Eran felices. La tarde los encontraba así hablando el lenguaje de los madrigales, cuando los pescadores llegan á tierra, cuando las vacas que pastan en la colina, lentamente caminan con el morro agachado hácia las casas, en la quietud suprema del sol muriente, en la melancólica agonía de la luz fugitiva, bajo la esquila de las campanas lastimeras, narradoras de endechas tristes y de dolorosas historias. Los encontraba juntos la Ave María cristiana, hecha de amor y de penumbras, de hondos soliloquios, místicos como la paz de los altares y como las oraciones del mar que seguía yendo y viniendo, yendo y viniendo como un símbolo de eterna gloria. Y la noche también los encontraba juntos, bajo las estrellas entre la sombra, acariciados por deliciosos murmurios de diálogos marinos. Paseaban como blancos fantasmas! Ese amor incomodó mucho tiempo. Eran demasiado felices, hasta que un día la calumnia rompió el lazo y una mano áspera lastimó el idilio. Eran un solo cuerpo; eran una alma sola; pero fueron demasiado felices. Ese es un delito que debe castigarse. Así una tarde tormentosa, desde un arrecife batido por el oleaje en furia, ella se arrojó, cabeza abajo en la sirte, besada, aca-

riciada por las aguas que la acostaron para morir en el fondo, sobre un lecho de algas y el que la había abandonado, se hizo después borracho y arrastró por el lodo de los prostíbulos á la elegante envidiosa que había deshecho el poema! Tú ves, hijo mio, como es el angel. Y no es todo. Otras son más sombrías. Tienen ferocidades homicidas. Meditan el delito y lo consuman. A menudo contra el marido; menos contra el amante; mucho más contra las rivales, tristes furias enfermas, satánicas emanaciones del abismo moral. Yo he visto esto en mi vida de médico. Soy un observador. Siento mucho no poder decir lo contrario. Y después muy rateras. Oh diablos! Enamoran al tendero para robarlo y al viejo verde que busca aventuras entre los claroscuros para arrebatarse el reloj. No hay que descuidarse. Angeles hasta por ahí! Si supieras hijo mio! La carne sana tiene olor de fruta en sazón. Cuando te acerques á alguna mujer, huélela! Muy feliz has de ser, si de ella se desprende algún aroma sabroso, si no hiede á enervantes mixturas de peluquería ó no se lleva en las ropas los gérmenes puercos de los barrios bajos. Guárdate. Pasa una cocina con sus olores de grasa rancia y de carbón. Es una gentil vestida de seda, que deja un reguero de mugre en la atmósfera! Hijo mio! Hay que clasificar al angel! La mitad de ellos saben á

mala vida y á ropa sucia. Son las diosas del harapo, á veces vírgenes del tugurio estrecho, casi siempre siniestras flores del charco corrompido, mejillas para el beso de los truhanes, cuerpos para podrirse en el abrazo pecaminoso. Por eso yo te digo en verdad que no respetes á las que se te atraviesen en el camino. La mayor parte de ellas han de buscar tu juventud. Esa es la miel rara y fascinadora. Déjalas que liben y oblígalas aunque sea con un poco de violencia. Sábetete que esto quieren ellas y no te asustes. No seas nunca el casto José, ni te dejes tirar de la capa. Sé audaz. Es la forma de no aparecer ridículo. Antes más bien es preferible ser temibles, porque siquiera por esto guardarán el secreto de tu derrota. Yo he conocido hombres muy deficientes, que creen en el honor y estiman la virtud. Cuando sepas de la vida te aperci- birás que solamente los inferiores aprecian estas quisicosas. Puedo asegurarte que estos infelices ni novia encuentran, célibes, á pesar de ellos, forzados á pagar lo que la naturaleza ha desparramado para tomarlo. No veo motivo para que el hombre necesite el matrimonio, para fecundar esas encantadoras fragilidades. A pesar de esto, lo inventaron so pretexto de moralidad y de orden. Es lo especioso. La verdad está en que era necesario proveer de algún modo á las nece-

sidades g^{en}ésicas de los tontos. Si no existiera habria talvez menos hastiadas y más felices. Y establecieron en su alta sabiduría que el lazo fuera eterno, á pesar del disgusto y del odio reciproco, obligados á contemplarse siempre á todas horas, mientras ella vive enamorada, como una rabiosa gata, de los pálidos calaveras, que pasan por la vereda de enfrente y él ha violado á la mucama joven, arrojándola sobre el atado hediondo de ropa sucia y ha rodado con ella en el espasmo epileptico sobre las basuras del piso de ladrillo. Curiosa idea la del matrimonio. Yo pensé siempre que eso era una ridícula parodia y un pretexto para dar plata á la Iglesia. Los virtuosos han creado la institución. Curiosos tipos! Qué cerebrales inferiores son. Viven enfermos del reglamento: Han suprimido el ímpetu de la pasión, lo necesario de la multiplicación de la especie en su brutal ingenuidad: en su potente brama Crearon el matrimonio. El hombre contesta, desde las cuatro paredes de la alcoba obscura, con abrazos raquícos y babosos al orgasmo salvaje y terrible de la fecundación en el seno de la naturaleza. Después sucede hijo mio que la juventud se va. Empiezan las arrugas y las canas. Las mujeres se hacen rotundas, marchan con cierto indolente andar de fragatas con rumbo abierto y su piel toma un olorcillo

de jabón rancio. Es bueno que sepas que la mayor parte de ellas no mejoran con la edad. Si supieras lo que les pasa. Beben esas venerables, hijo mio, beben! Las mejillas se ponen escarlatas, el lóbulo nasal es un rubí con venas negruzcas y la cara un espejo purpúreo! Diablos! No se puede hacer poesía sin faltar á la verdad, hijo mio! Es una lástima; pero qué se ha de hacer? Esas cincuentonas beben y sus borracheras tienen una grotezca amenidad. Vuelven al idilio. La copa de alcohol triunfa! Otras ya no salen de la Iglesia. La mayor parte ha tenido sus pecados solitarios de solteras en perpétuo acecho de un marido que nunca llega. No pudiendo hacer otra cosa viven genuflexas ante el cirio pascual. Hay la confesión, después la Eucaristía, luego las novenas, lo pasan con un tufillo de sacristía crónica y mueren en olor de santidad. No hablo de las más peligrosas, esas viejas cazadoras de la carne joven, enfermas de sensualismo, que arrebatan los hombres á sus propias hijas, corruptoras de adolescentes inexpertos, noctámbulas agitadas de los callejones oscuros, acariciadoras lascivas de borrachos que se tambalean de vereda á vereda y obscenas galopadoras de los barrios siniestros, apurando la frenética decrepitud de la demencia sexual. No te rias, hijo mio. Usan un admirable disimulo para ocultar sus degeneraciones. Se acercan á

las casas cubiertas con el manto de la religión más fervorosa. Cuidado! Son corruptoras peligrosas! No te hablo tampoco de las que se dedican al cuidado de sus dineros. El día entero viven sumando. Es una rabia de adquirir y de no gastar. Se aislan cada vez más, imponiendo á los suyos el sacrificio del hambre y del desaseo. Lo regular es que la mugre destile por allí sus grasas y sus hediondeces. A veces fingen fiestas de caridad, loterías, rifas para quedarse con el dinero, con una astucia de Harpagones Luis XV. No te hablo de las histéricas. Qué tomos! Casi todas son un poco. Mienten como gazcones en ayunas. Son intrigantes. Capaces de simular la mayor virtud, padecen los vicios más bajos y dominadoras por naturaleza, tienen siempre el recurso del desmayo ó del gran ataque para producir miedo y obtener lo que pretenden. En las casas todo lo llevan revuelto. Donde están no hay felicidad. Volubles, caprichosas y maldicientes, no hay para ellas familia que sea honesta, ni reputación que sea buena. La artimaña y la perfidia es tan sutil, que escapan siempre al castigo. Siendo verdugos, tienen el arte de parecer víctimas. Han producido graves males, roto muchas venturas, enlutado hogares y han llegado algunas veces hasta simular el suicidio, consternando á los padres en las más sombrías desesperaciones. Qué

lejos está del angel de los poetas, hijo mio, este degenerado y perjudicial animalito! Cuidado! No te fies! Una histérica ha sido seguramente la que inventó el matrimonio. Fuera de lo que consiguen á fuer de pillas redomadas, han querido así mismo ser amparadas por la ley. Si después de leer todo esto, crees todavía en la castidad y en la virtud, te declaro un perfecto cretino hijo mio!

El alma de Germán se trastornó toda. Entonces sus ensueños de adolescente eran quimeras y en ese vago despertar de su nueva vida no estaría la bella diosa soñada. Los libros que hablaban de la mujer angel mentían. No habia más que sexo y la verdad estaba en esa vagabunda Goga marchita, en la belleza de oro de sus cabellos, en la vida enferma de su boca procaz. El la veía caminar entre la seda crujiente y fascinadora, hacía los barrios oscuros, letal como una ponzoña, dando su cuerpo á cada paso y arrancando al honor y para el delito á los jóvenes. Era una lasciva cruel, Goga, una hermosa homicida, sin más puñal que el beso interminable, que seca las fuentes de las energías nativas y agosta las sávias del bosque en sazón. Oh! Acostarse con ella, sentir el mareo de su piel blanca echarle los brazos á la cintura, como un par

de tenazas y desaparecer después. Así bajaba á la media noche su cabeza cansada sobre los antebrazos, y empezaba á soñar. Eran paganas historias de amor y leyendas de harems, pobladas de marmóreas circasianas anhelantes, divanes de terciopelo negro en la penumbra, sobre los cuales dormían las diosas desnudas; los margilés tirados sobre tapices de Persia y la humareda del ópio en los vastos salones embriagadora y quieta, un susurrar de besos lejanos y gritos de pasión. Y en esa deliciosa fantasmagoría, aparecían bosques y jardines y faunos peludos persiguiendo en las sombras á las ninfas asustadas que detenían la carrera entre los brazos acariciadores, allí sobre el césped mezclando sus fecundidades á la fecundidad de la madre tierra. Y nidos calientes escondidos entre las copas y bramas calladas de hombres y mujeres á lo largo de la ribera sobre la playa nocturna, en las estrelladas noches serenas, delante de las mareas oscuras cantando los largos epitalámios. Y Goga! En todas partes Goga. En el harem sultana y en el bosque sus espaldas desnudas! Entonces sentía la sensación paradisiaca y despertaba.

El espectro del padre estaba allí en esas memorias perversas. Los hombres tampoco tenían virtud. La avaricia sórdida movía sus acciones. No eran generosos. Querían dinero, más dinero! Precisaban el coche, la mesa opu-

lenta, los vinos ricos y el teatro deslumbrador. No importa la trampa, el juego cínico ó el robo que pueda quedar impune! Son idólatras del becerro de oro. Falsifican y engañan. No hay almas abiertas. El disimulo reina é imperan todos los latrocinios, hasta el de las ideas, si éstas pueden producir dinero. En la vida agitada se ve la lucha sorda y profunda contra los demás. No tienen piedad y son capaces de extrangular á los hermanos, si incomodan sus intereses. No conocen el honor del hogar, ni sus ternuras, ni saben de la hombría que los arroja adelante en el porvenir. El animalito lúbrico cuida á la querida y le quita á los hijos para que á ella le sobre y en vez de seguir las leyes de la naturaleza, las insulta con el escándalo del fraude ó mete el hocico en el estercolero y hosa como los cerdos. La patria es un nombre vano. No titubea en traicionarla. Hará cualquier cosa si le dan oro. Por eso en las desgracias colectivas, ellos triunfan, estos criminales indiferentes. El que penetra un poco la esencia humana no tarda en descubrir la bestia. Las cárceles y las policías son muy civilizadoras. Sin ellas la vuelta al estado primitivo sería fácil y aún los más aristócratas en cualquiera situación emocionante tienen la lengua blasfema y muestran la garra atávica. Hay que desconfiar de los generosos. Detrás hay siempre algún designio oculto, alguna baja

lascivia de dinero ó meditan la deshonra de la mujer, á la cual favorecen. Al amigo lo roban y á la madre le quitan dinero para las cortesanas ó los nocturnos tahures de las mesas de juego. Entiende, hijo mio, que te hablo de los que parecen mejores. No tienen compasión de la niñez. Ay! del muchacho que no tenga padres y esté obligado á servir á otros! Lo han de tratar á rebencazos y lo han de hacer sufrir hambre y frío. Da pena ver esas criaturas macilentas, con las ropas en andrajos, vivir en los patios y dormir en las cuevas sin piso entre el tufo malsano. Harían mucho más, si no fuera el miedo á las cárceles. Te repito, que te hablo de los mejores. No sé si la pluma tendrá ímpetus y colorido para describirte la tierra baja. Oh! los hombres, hijo mío! Son capaces de las mayores descensos, para servir sus ambiciones. Se les ve en los comités políticos adular á los plebeyos, acariciar borrachos y mantener ladronzuelos. Son hermanos cuando los necesitan para llevarlos á los átrios, salen del brazo con ellos y los acompañan en sus libaciones. Para esto han llegado hasta allí, después de haber pasado á través de todos los partidos, medrando en cada uno, desleales siempre, reducidos, resbalando de peldaño en peldaño á la miseria moral y después que han perdido en la jornada los últimos mendrugos del pudor, juglares miserables de los podero-

sos, cosas infames que les sirven para todas las ignominias. La vida de estos hombres es una perenne abdicación. Son de juventud haragana y perversa. Para ellos el trabajo no tiene noblezas, ni encantos y virtud el estudio, ni el Sol alegrías, ni la patria glorias, ni la humanidad ideales. Son los buhos nóctambulos, sin más horizontes que las cuatro paredes de un garito ó el reboque descascarado y el piso sucio de puchos de los comités políticos. Allí aprenden la coima, inventan el negocio deshonesto, estudian la estafa sutil contra los que mandan y meditan todas las abominaciones. Porque son juvenes tal vez podría creerse que alguna pasión juvenil tuvieran. Es exacto. Aman á las rameras, se alimentan con sus prostituciones, robándoles á bofetadas los dineros de la deshonra. Forman aquí un gremio. Usan sombrero claro y blando de anchas alas, botín de charol, saco negro y pantalon ancho. A veces de flor en el ojal y prendedor de oro en la corbata. Viven de lo que ellas trabajan, estas cazadoras nocturnas, que pasan entre las penumbras de las calles, revolcándose en las posadas de la vengidad con los incautos clientes. A la salida ellos las esperan para arrebatárles el dinero ganado y las empujan de nuevo en pos de otros hombres. Si lo niegan, la bofetada les ensangrenta la boca y las coces les llenan los cuartos de equimosis.

Viven aterrorizadas. Esos proxenetas son asesinos ó vlgares y siniestros ladrones. Más te voy á decir. La ciudad est llena de lupanares. Hay mugeres que se pasan los años en la esclavitud deshonesta. La protesta es inútil; la ley no llega hasta ellas para ampararlas. Semidesnudas viven en los cuartos alfombrados, entre perfumes acres, bajo los espejos resplandecientes, sirviendo para las más bajas lascivias, entregadas á las más monstruosas y puercas degeneraciones. Es el reinado de la bstia y la lujuria abominable de Lesbos; son las obscenidades priapescas; son los himnos infames de nuestra Sodoma, que cruzan la noche con los chasquidos del espasmo lúbrico; es una cohorte de animales desnudos de curvas blancas y satinadas, que corren en cuatro patas sobre las alfombras, en medio de los claroscuros, jadeando entre los muslos convulsos con frenesies, gritos y ahullidos dementes. Y los hombres? hijo mío. Por ahí andan también buscndolas, presa de la lujuria sombría, alargando el hocico y viboreando la lengua en pos del húmedo muladar, trenzados después como espectros en la penumbra, rodando de aquí para all entre susultos orgacos, para escribir en el chiquero perfumado el maravilloso capítulo de la humana desvergüenza, la oda funesta de los refinados sadismos! Cuántos conozco que van después

á besar en la noche á la esposa, que está cansada de trabajar y á los hijos que duermen en sus pequeñas camas. Oh! los hombres! Deben estar hechos sin duda á imágen y semejanza de Dios! Qué Dios pequeño!

He visitado muchas veces de noche las cárceles de la ciudad. Que sombríos y fríos corredores, en la escasa luz del gas mortecino. Allí están hacinados los criminales, tirados en el suelo con las ropas en pedazos y la piel llena de mugre, aceitosos y hediondos, con los ojos insolentes, abiertos en la penumbra, la boca procaz y blasfema. Los himnos del cinismo suenan y retumban á lo lejos en las largas casamatas. Narran los poemas del vicio. Describen los descensos de las juveniles energías y en vez de las frescas maravillas del alma sana, fascinerosas historias cuentan de noches lóbregas, de brillos de puñales entre la luz sucia de los faroles, de angustias y estertores de caídos y de gritos de misericordia, historias de corazones en podredumbre, lamentos interminables de la moral muerta. Y siempre el ataque al hombre, á su dinero, á su vida y honra, á la casa inviolable! Más que personas así tirados sobre los pisos desnudos, buscando el sueño que no llega, ó durmiendo inconcientes sobre sus delitos, parecen espectros con el rostro y el cuerpo escuálido en sus funestas demacraciones, una legión de larvas

que no hubiera tenido nunca semblanza humana, los deshechos vivientes de un mundo que hubiera desaparecido, la tétrica concepción de un Dios demente y brutal. Yo he sentido hijo mío, visitando esas cárceles todas las sátnicas soberbias. Allí los hombres retan á duelo á las leyes. Han robado, y estuprado; son asesinos y tienen las jactancias insolentes. Contra todo y contra todos! Han perdido la libertad del cuerpo; pero no se resignan y saturada de enconos, la mente bébe la ponzoña en los diabólicos conciliabulos, protesta y amenaza. Ay! de los hombres el día que el sol les caliente las carnes. Ay! de ellos el día que hayan roto la cadena y el aire libre los envuelva! No habrá sido estéril la educación recibida en las puercas zahurdas de los presidios, ni los días largos y solitarios, sin familia, obligados á ver siempre la mueca hostil de los carceleros, sin más melodías que el paso del centinela cerca de las puertas, el estampido de la culata del fusil al caer en descanso y el rechinar de los llaveros oxidados. Y han de recordar, en las horas de libertad, el hielo de los inviernos grises, que filtran apenas á través de los polvorientos tragaluces, y los eternos silencios de las noches tenebrosas, llenos de bruscas pavoras y de visiones. Recordarán los piés frios, las orejas frías en su incipiente gangrena, la en-

fermedad sin medicamentos, las hambres sin más esperanzas, que el puchero lardáceo con ascos de carnes y de legumbres en putrefacción; porque en la cárcel desaparece el hombre y se transforma en una cosa sin dignidad y sin perdón. Por eso en ese salvaje sufrir, las fuerzas del delito se multiplican, las psicologías que llegan todavía allí con algún rayo de sol de bondad, se entenebran y lo que tal vez pudo ser corregido y mejorado por las benevolencias, se exacerba por el látigo y adquiere en la amoratada equimosis del grillete la crueldad incompatibile. No te enojés, hijo mío. Los que castigan son iguales á los que delinquen, porque el hombre ha nacido para oprimir al hombre. No te entusiasmes por los apóstoles, que predicán los divinos problemas de la caridad, el amor á los niños y el respeto por la vejez caduca. Qué han conseguido? Pasaron sus catilinarias sobre la testúz de los conductores de pueblos, sin dejar retoños. Estos no se han incomodado, ni acercado siquiera á lamer las úlceras de los prisioneros para la cicatriz limpia y sana y aunque heridos alguna vez por el grito de la justicia, han abierto, apesar de eso, las fauces, para precipitarse sobre la desventura delincuente y desgarrarla. Así las cárceles están llenas de muchachos desamparados, que duermen al lado de los grandes criminales. Yo los he visto.

Uno me cuenta que los padres á bofetadas lo arrojaron de la casa. Robó un pan parâ comer. El dueño lo amenazó y el defendía su pan, cuando le enterraba el cuchillo en el vientre. Quién le enseñó á trabajar? Alguien le habló de Dios alguna vez? Por años la cárcel se cierra sobre su cuerpo. Allí nadie le dice que es preciso trabajar. Cuando salga volverá á tener hambre y á enterrar el cuchillo en otro vientre.

Aquel ha salido de la inclusa. Está solo en el mundo. Es hijo de los hulevares. Duerme sobre los umbrales, con los miembros contraídos, hecho una bolsa de trapos y camina después á traves de las madrugadas de la ciudad y sigue caminando á través de las calles vagabundas, atónito de hambre y muerto de frío con su máscara súa de imbécil. La cárcel se cierra sobre su cuerpo periódicamente y allí, á tragos intermitentes, bebe las nociones del mal. Ya hombre está preparado para el delito. Es un galeoto. Tal vez termine en el cadalso ó desaparezca para siempre en los húmedos sótanos de un presidio. Le habrán enseñado á éste la virtud para que sepa practicarla?

Aquel me dice que lo entregaron á una familia. No le daban ropa. La comida era escasa y el trabajo mucho. No había amanecido y tenía que fregar los patios, barrer y limpiar la co-

cina, siempre descalzo y mostrando pedazos de su cuerpo mugriento, á través de las ropas rotas. Los patrones vivían enojados, porque estaban pobres; pero él era alegre y juguetón. Tenía una linda voz y cantaba como los pájaros. Había aprendido á silbar como ellos y se entretenía en llamarlos. Por eso le cruzaban las espaldas con un rebenque, lo azotaban contra las baldozas, lo herían y maltrataban, sacándole sangre. Entonces huyó á la carrera, atropellando y jadeante. Se perdió por ahí de día y de noche. Comía los pastos en las afueras, porque le habían enseñado á no robar. Una mañana lo encontraron en una zanja lívido y la cárcel se cerró sobre el vagabundo. Pobre delincuente! No era mejor que los mastines de las quintas le hubieran mordido la carótida?

Ese otro que he ido á ver está enfermo en el cuadro. La sífilis le ha llenado de úlceras la nariz y la boca. Así lo engendraron los padres. Como no traía plata, porque nadie quería tenerlo, lo echaron á la calle. Entonces se perdió. En la prisión lo contaminaron. Era instrumento de perversas sensualidades. Está moribundo. Su destino será fallecer en una cama de hospital, sin haber sido niño siquiera, arrojado fuera del consorcio humano, siempre solo en el mundo, mirándole todos las lacras cenicientas con horror, sin que

ningún bálsamo le mitigue el sufrir, ni palabra alguna endulce sus soledades. Después un cajón de pino sin cepillar, para la miserable basura de su cuerpo muerto. Así desfilan enflaquecidos y sucios, mezclados en los corredores á los grupos patibularios con la ropa en andrajos, teniendo algunos de ellos corazones llenos de bondad, ladrones otros, pervertidos los más, dados al vicio bajo y procaz.

Una vez ví á uno que estaba enfermo, sentado en el suelo cerca de la pared, donde se apoyaba. Sus ojos eran azules, rubio el cabello, la piel fina con venas azuladas. Tosía y tenía fatiga. Todos lo querían en la prisión. No decía blasfemias nunca. Era un alma dulce y amable. Tendría quince años y cuando lo interrogué, me dijo que el padrastro brutal había lastimado á la madre. Entonces él le rompió el pecho de un tiro y lo dió vuelta. Por eso lo metieron en la carcel. Lo ví desaparecer después en una cama del hospital, sereno y sonriente, sin quejarse, rodeado de enfermos amigos, á quienes él había fascinado con el perfume de su bondad, con su resignación suavísima de predestinado á morir temprano.

Así desfilan con el cuello partido por las cicatrices de la escrófula, con la nariz roja de alcoholistas precoces, éstos que fueron vagabundos de los figones y de los súcios lupanares, sin

más techo que un tramo de cielo, sin más habitación segura que los esfacelos de un pudridero. Y los conductores no ven nada, ni se puede exigir transformaciones á inteligencias sibaritas. Es inútil enojarse, inútil el anatema. Las cárceles son oscuras y escuelas de vicios y la niñez sin amparo—los pobres pequeños, que no tienen la culpa del crimen, seguirán entrando y saliendo de los mechinales estrechos, para recomenzar la eterna y desolada historia de la tierra baja, donde hay muchos tristes y muchos abandonados. No te enojés y no te preocupes de mejorar á los otros. No podrás modificar la bestia. La niñez ha de ser ultrajada, porque no puede defenderse. No te preocupes. La inclusa tendrá noche á noche sus párvulos y la carcel seguirá cerrándose sobre los pequeños cuerpos, macilentos de hambre, desazonados por el desamor humano, inquietas moléculas, destinadas á desaparecer, sin conmiseraciones, con sus alegres almas muertas por el salvaje cinismo! Se te podrá ocurrir talvez que la niñez solitaria necesita asilos y que las hermanas de caridad podrían ser amorosas madres. Tendrían pan, abrigo y jardines y de noche en el silencio de los dormitorios tibios, en la penumbra de las veladoras tranquilas, ellas arrodilladas con sus azules vestidos burdos y las largas tocas blancas, rezarían al señor de los humildes y de los

desamparados, si el señor de los humildes existiera, para que protegiese á los chicos dormidos que no tienen madre. Talvez alguna de ellas, de las pocas que suelen amar las cosas de la tierra, se inclinara sobre ellos á espiar sus respiraciones, y se inclinara á soñar, melancólicamente pensando, para esos hijos de la piedad dulcísima, los alegres futuros y los paraísos de las almas salvadas. Así podría ser grande la nación que cuidara á la niñez solitaria. Si tal te sucediera, serías bueno. Ese es mi temor. Mejor es que mueras hijo, si no has de llevar á la vida todas las bárbaras audacias del mal, si has de tener deliquios ó escrúpulos. Mejor es que mueras, si el conocimiento de la humanidad no te mantiene el corazón frio de piedra. Estas memorias tienen por objeto ponerte sobre aviso. Temo el atavismo, porque tu madre era buena. Si tal te sucediera, prepárate. Serás como ella víctima y los verdugos te maltratarán con saña. Eres hijo de una mujer, á la cual yo perdí. Se llamaba Clarisa Paloche. Te revelo su nombre porque me bato hoy con Carlos Mendez y puedo morir. No seas bueno como tu madre. No hagas degenerar la prosapia de los Valverde. Hemos sembrado el camino con la desgracia agena y nuestro apellido suena en la ciudad, como una nota de terror. Guárdate! No seas tú virtuoso, en el sentido vulgar de

la palabra. No degeneres. El día que cualquier canalla por tu culpa se compadeciera de un Valverde, se habría roto un salvaje y vigoroso molde, se habría entodado una tradición!! Adios!

Vuelvo ileso. Lo he herido á Mendez. (¹) Lo merecía por romántico y redentor. Creo lo habré curado de su manía de defender á los humildes y de predicar contra las injusticias. Este es un ingénuo, que supone se pueda mejorar la bestia. Quiere modificar el mundo. Te lo recomiendo. Has de encontrar á sus descendientes en el camino y no les perdones. Han de ser como él orgullosos é ignorantes de la naturaleza humana. Ahora voy á concluir estas memorias!

Las cárceles encierran muchas mugeres. Están allí en montón, como los hombres, sobre el piso sucio, entre el aire confinado, ojeras de insomnio y de cóleras sordas, mezcladas las sedas de la señora delincuente con las zarazas de las callejeras empedernidas. Es un ejército vocinglero y procaz, inquieto el día entero, narrando sus desvergüenzas y sus vagabundas lascivias. Hay hermosos y juveniles rostros y ojos azules que han perdido el candor; tormentosas fisonomías con chispeante y oblícuo mirar y, pieles terrosas de largas inanicio-

(¹) véase 1^{er} tomo.

nes y rojas efigies de alcoholistas, que han dormido mal, con la pesadumbre pavorosa de las nocturnas visiones. Entre ellas, alegres cantoras de quince años, flores de la depravación temprana, que tienen gentil la persona, la voz fresca y la pequeña alma contaminada, ángeles de alas rotas, destinadas á barrer el lodo de los barrios oscuros. Ellas cantan asimismo, en las crujiás, las obscenas baladas del burdel y la brama de las orgías desnudas y cruzan, á través de la atmósfera encerrada, los gritos de la bacanal. Cantan la carcajada perpétua y la inconciente hilaridad del mal, los fantasmas de las borracheras festivas y las sordinas delirantes de los tálamos convulsos y venales. En ese hacinamiento hay la historia de muchas inocencias mancilladas y rotas por la violencia, después de largas horas de resistir al cinismo lujurioso, cediendo al fin en los abandonos sin amparo, bajo la máscara torva y bestial del hombre. Hay odiseas penosas en pos del pan que falta, hediondeces de cuerpos, amontonados en los tugurios y que no duermen de frío, muchachas que disparan y manos desesperadas abiertas, implorando en las esquinas al caminante corrompido que dá dinero para quitar honra, mientras otras cuentan que el padre borracho las violó una noche y ellas cedieron sofocadas y tiritando de miedo. Aquellas no saben como

fué. Se enamoraron, hasta que un día, la luz demasiado, cercana les quemó las alas y el polvo de oro desapareció en aquel último día virginal, en el último beso inocente. Allá en un rincón, bajo aquellos vidrios sucios, mientras los carceleros pasan y distribuyen pan negro y carnes verdosas, están reunidas las que salieron á la calle á buscar hombres, azotadas á la ventura por el fuego sensual, una cohorte de locuelas precoces, que no supieron nunca rezar y que no aprendieron la virtud. Entregaron el cuerpo á cualquiera en la irresistible violencia de la carne joven y los hombres las despedazaron como furías y las precipitaron en la vida con la sangre contaminada. En la frente se les ve una corona. La sífilis la buriló con colores cobrizos y bajo las sedas manchadas de vino, serpean las úlceras, llenas de pus y de ponzoñas. En ese grupo de ojos procaces y lenguas desventuradas, cuentan ellas las anécdotas de la ignominia y escriben la historia monstruosa de las más bajas aberraciones, los descensos morales de los pseudo-hombres, entregados á los bestiales cultos y á las afrodísias infames y narran la vida de una cantidad de elegantes degenerados. Es un grupo locuaz. Divierten á las silenciosas con el mádrigal chavacano. Son las sacerdotisas del carnaval lujurioso é impenitente y hablan todas las insolencias del vicio gárrulo.

Te imaginarás tal vez, hijo mío, que alguna vez en las horas aburridas, ellas puedan pensar en una vida más sana, que quieran vivir una semana siquiera en el sol puro, en la divina consagración de una virtud cualquiera, que sean capaces de comparar sus turbulencias enfermizas con la robusta marcha de la mujer honesta. No te equivoques. Ellas no saben sino aquello y no podrán sentir estas nostalgias; saldrán á la calle, enloquecidas en la libertad recuperada, siempre buscando hombres para caer de nuevo, una noche cualquiera bajo las bóvedas sombrías de la cárcel, salir de nuevo y volver á entrar y durante muchos años, hasta que la sífilis ó la tuberculosis les gangrene las vísceras y las mate. Mientras tanto han diseminado por la ciudad gérmenes mortales. Han depravado á muchos, en las tristes correrías nocturnas, trabajando siempre para los proxenetes, que las esperan en las esquinas para robarlas. Así esas sedas, manchadas de vicio y de lujurias, fascinan al pasar con el brillo enfermo y esas psicologías dejan aquí y allá un reguero malsano, que corrompe inocencias y pudre organismos. Pero no te aflijas. Todo es inútil. Alguna cosa fatal cruza el camino de esas sombrías viajeras y las arrebatada. Inútil es contraponerse. Los compasivos que trataran desviarlas serían mirados con estrañeza. Acaso han aprendido

ellas una vida mejor? Sigamos. Por eso muchas casas de trabajadores se han vuelto lóbre-gas. Una noche faltó la muchacha y en la mesa quedó un asiento vacío. Los hermanos con los puños crispados miran á los platos sin comer. En un rincón llora la madre y el viejo sacude desesperadamente la cabeza, como si el trabajo y los ahorros de toda la vida resultaran inútiles. El tubo de la lámpara á kerosene se ha ennegrecido en su base. Parece un carbón luminoso en aquella penumbra triste. Tal vez es un hogar detenido. El alcohol, que consuela quebrantos, arrojará á los hermanos en banda de vereda á vereda y el padre se morirá de pena arrugado y súcio en un rincón cualquiera. En otras partes seguirán comiendo. Para que eso sucediera la habían educado. El marido era un blasfemo; la mujer una libidinosa. Creció entre el ejemplo deshonesto y nadie sufrió en aquella casa el día del abandono. Así rueda el mundo. El estrépito de las ciudades se dilata y oculta los gemidos anónimos. Quién vá á saber que hay un hogar que sufre, quién á señalar con el dedo una deshonra más? Apenas si, de cuando en cuando, en el subir constante de la marea contaminada, el miedo á la asfixia reúne á los hombres para deliberar. Los écos de la orgía golpean las puertas y pasan zumbando por los balcones, donde están las jóvenes ino-

centes. A reprimir pués! Los lupanares se cierran y vuelve la cárcel á estar llena de locas desarrapadas. Inútil todo! Germinan á lo lejos, retoñan y saltan de nuevo á la luz del sol, brillantes, fascinadores y obscenos y el mundo sigue rodando con las mismas formas y con los mismos estrépitos. Inútil todo! El cuerpo muere por enfermedad y las sociedades por contaminaciones colectivas. Así como hay fuerzas y virtudes inconcientes que empujan á los pueblos á la grandeza, así hay degeneraciones posteriores que los precipitan. No tienen mérito cuando ascienden, ni son criminales cuando caen. El instinto produce los dos fenómenos. No entra en ellos ni la razón, ni la voluntad. Por consiguiente es menester guardar los panegíricos y los anatemas y creer que, á pesar de los siglos, el *fatum* antiguo guía y conduce las acciones humanas. Por esto muchas mujeres se hacen adúlteras, arrebatadas á pesar de ellas. El *fatum* las arrastra. No son tranquilas. Encuentran aburrida la vida del hogar quieto, y los elocuentes silencios del hombre que trabaja. No han nacido para estar contentas, en la dulce y amable poesía que canta el amor de las cunas y narra la historia de la familia, que conversa en la noche reunida alrededor de la mesa, en el alma augusta del comedor tibio. Los aromas de los floreros no tienen perfumes, ni el helecho

del centro de mesa tiembla, en sus esquisitas fragilidades verdes. El dormitorio está allí con su gran cama de caoba y el que llega es siempre el mismo, un trabajador sudoroso ó un neurasténico debilitado. El abrazo es frío; el espasmo es convencional. La inquieta piensa en el placer acre y violento que hace estremecer sus carnes de elegante delincuente, en la fuga hacia las posadas oscuras, á través de las trepidaciones de las calles luminosas, ó en los crepúsculos vespertinos de las alcobas escondidas para el pecado, abrigadas con alfombras de Esmirna y cortinados de terciopelo rojo. Así algunas usan la complicidad de los sirvientes. Carta vá y carta viene. Viven subyugadas con la obligación del silencio, con el miedo de la delación canalla, en el peligro constante y cuando se apoderan del macho, después de muchas horas de deseo enfermo, se entregan con toda la rabia del espasmo lúbrico, escribiendo su cuarto de hora de furias dementes. Llega entonces el ódio al marido á esa cosa tonta, que se mueve é incomoda en la casa y no vé la silueta del corrompido que pasa por la acera de enfrente, arrastrando por el suelo su honra, hasta que llega un día en que él sabe y ella huye ó la precipitan en una mazmorra. Y así va rodando el mundo, hijo mío, entre hogares que se forman y hogares que se deshacen, en una interminable marcha

de creaciones y de ruinas, contestando al epitalamio que canta el perfume de los azahares y el pudor del velo nupcial, con los gritos de la naturaleza bruta, que quiere las embriagadoras fecundidades, con el mareo de las fragancias del pólen, el único dios del Universo, lleno de zumos, de carpos húmedos y de cortezas, de troncos y hojas calientes, á través de cuyos vasos narra la linfa el poema de la necesidad sexual. Paso pues! A qué viene la ley? Porque no impiden que en pleno sol, bajo el infinito cielo, la semilla se rompa en el humus para entregarle sus carnes virginales? Así también podrían decirle á la tierra que no la fecundara entre su negra cuajada. Porque no lo hacen? Porque no impiden que las fieras se desgarran en las noches desiertas y manchen con sangre las arenas y que las aves se cubran para esconder sus besos en las espesuras fragantes? Pero entonces sobre la ley, sobre los decretos, desde que han querido con el matrimonio circunscribir el derecho de las criaturas, la naturaleza vencedora, á pesar de todo, escribirá las sinfonías de las libres procreaciones, el zumbido de las selvas abrazadas en el himeneo gigantesco, los gemidos de la madre tierra, hinchada para parir. Y sobre las hipocrecías de una virtud que necesita códigos, la gran sinceridad de la naturaleza vencedora ha de establecer en los tiempos, que el

hombre que no es sino una de sus formas, como las demás formas, tiene el derecho á los libres espasmos, buscando á la mujer donde quiera que esté para fecundarla, como los átomos todos buscan á los átomos en el eterno vértigo de metamórfosis. Y porqué la ley es artificiosa se producen los adulterios, que son sus desviaciones, y que no resultan sino vasallajes á las leyes naturales. El mundo está enfermo, hijo mío, por el exceso de reglamentos. Todo cae bajo la acción de los virtuosos y de los sábios, un grémio perjudicial, que ha destruido la sinceridad, pretendiendo establecerla y que obliga á los humanos á vivir de la mentira y en la astucia hipócrita. Porqué ha de ocultarse la mujer que ama á otro hombre que no es su marido? Acaso porqué se oculta no se produce lo que los virtuosos llaman delito? Con estas teorías, te contestan, todo se lo lleva el diablo. No te aflijas, hijo mío. Puedo asegurarte que así como están las cosas, hace rato que el diablo se lo está llevando todo.

La observación te va á dar la prueba de esto. Se ven muchas cosas, hijo mío, caminando por la ciudad. Yo no puedo olvidar su hora vespertina. La penumbra cae y todo lo invade, mientras el dilatado zumbido diurno se va desvaneciendo. Hay cuadras muy obscuras, rincones tenebrosos, que

serven para citas de amantes y mientras las campanas de las iglesias avisan, que el Angelus reza la oración del perdón para todos, las adúlteras pasan, entre la luz escasa, como sombras agitadas. Es la hora peligrosa. Las penumbras siguen cayendo y se amontonan en todas partes, mientras aquí y allá se iluminan los negocios. Aparecen después los faroles con luz y se agitan sobre el piso sus siluetas. Pasan debajo los coches y los trenvías se deslizan zumbando sobre los rieles. La noche del cielo está muy obscura. Las estrellas tardan en brillar, como si no sirvieran para nada en la vida de la ciudad, como si hubieran sido creadas solamente, para alegrar las soledades de los campos, veladoras de la infinita paz nocturna. Poco tienen que hacer, porque las adúlteras que se arrugan en el fondo de los carruages con cortinas bajas, no asoman para mirarlas. En esa hora han muerto muchas honras y se han satisfecho muchas lascivias en las posadas oscuras. Las rufianas acechan y arrancan á las niñas del conventillo y de la casa pobre para precipitarlas en el abismo. Es una triste procesión infantil, es un dolor que marcha hácia la infamia. La piedad cristiana no las ve pasar y no las salva. Sirven á las lujurias más desventuradas, sin perder muchas la flor de la inocencia, tan niñas son, mientras las más vuelven á sus casas

con todos los candores marchitos. Por todas partes, donde se sospeche una pobreza y donde los padres no cuiden demasiado á sus hijas, se siente el dejo malsano de los buitres dispuestos á desgarrarlas. Por eso hay tanta chiclea de mirada cínica y de rostro procaz. Son las que devuelven á la calle los zaguanes oscuros. Cuando crecen después siguen despeñándose. Caen en manos de los mercaderes miserables. Tienen un precio distinto. En los clubs que éstos poseen en la ciudad, se rematan sus cuerpos y se transforman en moradoras de las casas obscenas, para servir al ludibrio libidinoso entre las bofetadas y el escarnio. Vendidas como esclavas, ya son cosas. Instrumentos del vil negocio, valen por lo que pueden producir, mientras el club prospera y se enriquece con esas que poco á poco van muriendo, mordidas por todos los cuervos, los que sacian sus lubricidades y los que sacian sus avaricias, blancas osamentas arrojadas en inmunda sentina y dilaceradas en vida. Ellas pagan los anillos que los lenones llevan en los dedos; el alfiler de brillantes que adorna sus corbatas y el champagne de las orgías bulliciosas. Por otra parte, mientras tengan ellas vestidura juvenil y lozana serán esclavas. No pueden huir, ni amar, ni arrepentirse. El terror las tiene encerradas y el desprecio de todos y el abandono las hace vivir en un inmenso

desierto, sin oasis y sin aguas cristalinas. Jesús perdería aquí su tiempo. Las Magdalenas que pudiera encontrar, serían las que ellos arrojarán á la calle, con la piel lívida y el cuerpo encorvado en las decrepitudes prematuras. Ay de la que busque independencias! Los lenones reunidos decretan su ruina. Las acosan, las ultrajan, las comprometen en todas las formas. Les incendian las casas y las abofetean hasta que la pobreza y la cárcel las reducen de nuevo á las más sombrías humillaciones. Entonces vuelven á la liga tenebrosa á pagar de nuevo el champagne de la orgía ó desaparecen para siempre. Y este es el siglo de la libertad y así Jesús perdió su tiempo, queriendo dar á la mujer persona, sin darle al mismo tiempo la fuerza que es necesaria para imponer respeto! Oh! yo puedo contarte muchas historias! He visto mujeres con pasiones salvajes implorar la libertad á gritos. Abrazadas del hombre adorado hasta el frenesí, enfermas de ese amor imposible, trezadas con él, entre besos y sollozos, ellas serán cualquier cosa, esclavas y bestias de carga, la sumisión sin palabras, un ser atónito y dócil y le entregarán su cuerpo para que se atore en sus bramas de animal, con la única condición de salir de allí! de salir de allí! de esa atmósfera fría de crimen, lejos de la mirada oblicua y súcia de la barragana, que ha adivinado su pasión. Es

entonces que el rufian pasa con su torva y siniestra psicología, en momentos, en que el macho le ha abofeteado la mejilla y la hace rodar como un fardo sobre las alfombras, con un hielo de osario en el corazón, con una infinita soledad de muerte en todo su cuerpo. Es inútil. Por una Magdalena de éstas, cien más permanecen abyectas, mancebas de esos harems inconfesables. Y sobretodo, es necesario que los miembros del club sean ricos, que beban champagne y tengan orgías, enfrente de las sociedades civiles, y á pesar de ellas que buscan para la vida las alegrías honestas. Hay acaso alguna ley que los moleste? Si la hay, no se cumple. Entonces ellos siguen vendiendo y comprando esclavas y éstas derrumbándose de burdel en burdel, hasta que llegan al fin á las súcias zahurdas, á los pisos de ladrillos, á los cuartos sin cielo-rasos y sin ventanas, transformados en un miserable andrajo para los soldados noctámbulos y borrachos.

Todo termina al fin. La vejez sacude los cimientos de los lupanares. Estos crujen, se destartalan y empiezan la danza macabra hácia el abismo. Es un rechinar de honras rotas, una larga lamentación de juventudes marchitas y una horrible sinfonía de lascivias y de dolores sordos. Zumban en el aire y van pa-

sando las sedas podridas, los encajes deshilvanados, los terciopelos desteñidos y un enjambre de miserias parleras, que acompañan á las diosas envejecidas y enfermas, y desparan en el camino tufos de cuartos húmedos y alientos de roñas vetustas. Y sobre las orgías pasadas, la crucifixión de las pobreza presentes. Y detrás de los días alegres, la sombra de las noches sin fuego y sin luz! Así viven, rezando funerales á las embriagueces que ya no vuelven. Es una desventurada procesión. Los ojos no tienen brillo; las carnes están flacas, y arrugadas, la piel llena de úlceras y de costras. Tosen. Se fatigan. Algunos enormes vientres de yeguas hidrópicas se balancean en las filas. Otras marchan sobre angarillas. Las compañeras las llevan á pulso. Son paráliticas. De cuando en cuando el grito estridente de alguna loca, los bujidos sordos de las histéricas convulsas, los temblores y el vómito hediondo de las borrachas de vino y de caña. Aquí y allá en el seno de la siniestra cohorte, caminan las niñas, que van á ser corrompidas, para alimentar las vejeces de las ramerías decadentes, frescas flores ya manchadas en el lodazal. Y blasfemias, rugidos y carcajadas! Una horda cínica desfila, cantando las baladas lúbricas é infames con extertores salvajes, donde suenan todavía las imprecaciones de las últimas y moribundas

lujurias. Por todas partes el mal, la enfermedad y el asco! A medida que avanzan hacia la sombra, acompañados por el estruendo de los prostíbulos fracturados y el volar horrísono de las alcobas pecaminosas, arrancadas de cuajo y azotadas hacia el abismo, á medida que avanzan, se oyen los llantos y las desesperaciones de los hijos abandonados y el chasquear de las placentas, empapadas de sangre y de estiércol en los abortos criminales. Por todas partes el mal, la enfermedad y el asco! Así á medida que se despeñan, se van alojando en las camas de los hospitales, donde pasan la noche lóbrega ó duermen en los conventillos, donde las gentes les conocen la dolorosa historia ó se desparraman en los cafetines inmundos de la ribera y se acuestan en los más bajos tramos de la inmundicia. Después mueren esas pobres solitarias y las arrojan sin ataud, patas arriba, entre las carnes gangrenadas del osario. Allí amontonan la podredumbre, que tiene fétido aliento, entre los músculos corrompidos, al lado de la papilla negra formada de harapos y líquidos mefíticos. Una oleada malsana salta fuera de la inmunda huaca, como una lúgubre protesta de muerte, como una sombría bofetada. Parece que en aquel silencio se agitaran las manos sin carnes, buscando culpables para estrujarles la mejilla y mientras

el esfacelo roe los huesos, los gusanos se alimentan y engordan sus carnes nacaradas, resbalando apurados los unos sobre los otros, serpeando y deslizándose, bajando y subiendo en un hambriento frenesí de lascivia procreadora, que los destruye en el barro común, en la hedionda y fúnebre sima! Al fin la paz! Al fin el descanso de la vida vagabunda sin dolor, sin hambres y sin crueles inviernos! Al fin las flores enfermas encontraron la tiniebla para marchitarse y morir, mientras otras siguen retoñando detrás de ellas! Vestirán los hombres de sedas sus cuerpos juveniles; para desflorarlos y manchar hasta la muerte la piel fresca. La orgía os espera infortunadas hetairas! El mundo quiere las precoces estenuaciones, quiere mataros pronto, para recomenzar los lúbricos homicidios. En rededor de esa cohorte en marcha, los lenones muestran los dineros ganados en las bacanales y caminan ellos también hacia el abismo, con sus máscaras truhanescas de delincuentes enflaquecidos en los garitos nocturnos. Esos sultanes del prostíbulo van dejando en el sendero sus oropeles y se transforman, bajo las imprecaciones de las rameritas moribundas, en una legión de enconados, que arrastran el hocico en el fango, donde terminan las vidas miserables, en el siniestro y frio silencio, donde desaparecen las almas canallas. En esa odisea se confunden

con sus víctimas, heridos por ellas á zarpazos en el rostro, de donde manan podridas linfas, asfixiados por el vaho mefítico, dentro de ese turbión humano, que gira y gira hacia el pudriero de donde ya no se vuelve. Al rededor de ellos el estridente ulular de los ladrones, que bailan la danza macabra y la sombría guiñada del asesino herculeo. Se mueven con sus cárceles, dando tumbos y meditan el delito aun en la hora postrera, sin conocer el mal que han hecho, fríos inconcientes, mal vestidas por el andrajo las carnes flacas, llenando los senderos de purulencias tuberculosas. Borrachos é idiotas, estos onanistas caminan hacia la muerte, cantando los himnos de la perversión de Sodoma, un ejército degenerado que deja un reguero malsano. Aquí y allá, por todas partes, la tierra baja confunde, en el supremo estertor, á las casas abyectas con las inmundas crujiás y la gangrena devora á estos hermanos del delito y ramerás, ladrones, rufianes, falsarios, adúlteros, arteros y asesinós, toda la hediondez humana escribe capítulos feroces y muere al fin la tierra baja y contamina todo al morir—acostada la persona llena de úlceras saniosas, con la calavera tirada de través en su mueca pavorosa. Y alrededor de esos muertos, que buscan el eterno silencio, hay un ejército de vengadores que blanden en alto la dinamita. Ellos son, hijo

mio, los que protestan contra el dolor, los que zahieren las injusticias y justifican las deshonras que de pobreza seculares derivan, los que castigan el ultraje á la niñez, matan los despostismos y gritan en las calles los derechos del pobre. De cuando en cuando brilla un puñal ó suena el estampido de un tiro. Una bandera negra se agita en el aire. Un tirano ha muerto y un apóstol paga en el cadalso sus osadías de hombre. Ellos marchan, arreando la turba desconsolada y á grito herido anuncian la hora de la venganza definitiva. Les llaman anarquistas. Es un error. Debían llamarles jueces. Ya no sufrirán los pobres tanto. Los niños no han de morir niños, por las miserias y el trabajo, ni la mujer necesitará la deshonra para vivir. Los ricos darán lo suyo á los menesterosos equitativamente. No habrá autócratas, ni soldados, ni proletarios. Si no, es bueno que la humanidad sepa que existe la dinamita. Y al despedirme de tí, hijo mío, yo te digo en verdad que entre estos está tu acción. No perdones, ni manches con vulgares deliquios la soberbia homicida de tu prosápia!!!

PRÓDROMOS

Cuando concluyó su lectura, la aurora de primavera ascendía gloriosamente, borrando las estrellas y dibujando en el éter techos y campanarios. Él se asomó á la ventana con los ojos turbios á contemplar la madrugada de la ciudad, cuando la sombra huye en derrota y se llena el ambiente de zumbidos. Una ira sorda se apoderó de Germán. Esa luz iba de nuevo á iluminar los quebrantos de todos. Los desgraciados salían de sus casas á trabajar para los que viven en el palacio y duermen. Veía pasar muchachas mal vestidas para las fábricas, carreros cabeceando todavía y trenvías al trote y mientras el bullicio aumentaba en aquella alegre fuerza del día que empieza, Germán se sintió enfermo. Quería irse, porque la imágen de Goga cruzaba por todas partes. Él la iba á buscar. Era la compañera de sus imaginaciones súcias. Era su alma lúbrica. La necesitaba para sus desenfrenos de bestia pri-

mitiva y para tenerla huyó del colegio ese día y se perdió por mucho tiempo. Entonces el génio del mal empezó á girar por las fábricas. Se oyó el himno del ódio entre los trabajadores y en sus correrías nocturnas encontró á Goga. Vivió con ella. En las horas solitarias en su chiribitil estrecho, la fascinó con su elocuencia homicida. Fué un duo de rencores y de miserias, que duró años y entre los frenesíes del abrazo prepotente, más de una vez se dijeron que no habían tenido niñez, que no habían tenido amor materno, ni techo, ni pan. En la adolescencia, en la hermosa primavera, ellos encontraron el frío y la congoja. El cuerpo de Goga fué pasto de buitres; el abandono y las soledades del colegio lo habían transformado á él en un espectro y mientras aquella siguió tirándose para todos, á fin de alimentarlo, apasionada y salvaje en sus borracheras de lujuria, cada día se incrustaban más el uno en el otro y las dos psicologías formaron al fin un ódio gigantesco, como una enfermedad de exterminio. En ese camino los acechaba la muerte de lejos. Lo sabían; pero muchos iban á quedar en el camino, antes que ellos entraran en su gran calma y en su pavoroso silencio! Qué les importaba, si no habían hecho otra cosa que ir muriendo? La virgen no había existido nunca; la mujer era una loba en su despeñadero. En todas partes encontraban el

desprecio y el asco. La marcha era oblicua y esquiva; el sendero tétrico, como camino de cementerio. Pobres funestos, que vagais solitarios, lúgubres peregrinos! La muerte acecha de lejos á los que no han hecho otra cosa en la vida que disgregarse para morir!....

El trabajaba como podía, tosiendo á ratos. Escupía sangre. Entró en muchas fábricas, siempre irascible y violento. Adulaba á los obreros, y los concitaba contra Dios y contra los hombres. Les enseñaba las agenas riquezas y el brillo de los festivales en las casas ricas. Mientras tanto ellos estaban llenos de hijos y de miserias, sin esperanzas, fatalmente votados á una desaparición temprana. Todo su dinero lo entregaba para los chicos enfermos y les decía á los obreros, que se enfermaban porque eran pobres, porque vivian en zahurdas y comían mal. Era necesario entonces obtener por la violencia el bienestar.

—Porqué se les han de morir á ustedes los hijos? exclamaba. Siempre al lado de las fraguas, como animales, sudando para los demás, ó metidos en los talleres sin aire, sin luz, sin fuego. Es una injusticia. Por el trabajo de ustedes, los patrones tienen manjares y banquetes y sus mujeres sedas y amantes. Ahí pasan, miren, en los carruages descu-

biertos, acostadas como odaliscas, vestidas de rasos y adornadas de encajes, al lado de vuestras mujeres que piden limosna en las esquinas y de vuestras hijas, que caminan paso á paso hacia las cuevas de los malos barrios! Porqué no las salvan? Que están esperando? No obtendrán nada sin la revolución social. El terror hace ceder á los hombres.

La indisciplina empezaba. Los obreros se volvían indolentes. Eran irrespetuosos y abandonaban el trabajo. Se oían amenazas. Y cuando los patrones, apercebidos de la funesta prédica, lo arrojaban fuera de la casa, Germán proseguía su obra, esperando á la gente en la tarde y concitándola á la huelga y al incendio. De cuando en cuando se le veía con bombas de dinamita. Era un fascinador. Su palabra enérgica se oía en todos los grupos y cruzaba el ambiente como una ponzoña. Había algo de delirio enfermizo en esas oraciones de media calle, saturadas de ódios y de sarcasmos, en ese apostolado del desórden. Los trabajadores lo rodeaban. A los carpinteros les decía:

—Ustedes no ganan más que tres pesos, las mujeres uno y medio. Tú tienes cuatro hijos. Tú seis y tú ocho. Cómo viven, pues? Uno encima de otro, comiendo carne malsana y escasa y bebiendo leche ágría. A tí la sierra te llevó un dedo. Quién te pagó la cura? Acaso los patrones? Se acordaron ellos del mes y

medio de trabajo perdido y de los chicos que quedaban en la miseria? Te alcanzaron dinero acaso? Sin embargo, esa herida se produjo en el trabajo, para los lujos de sus familias. Y tú estás encorvado, le decía á otro obrero, y no tienes cuarenta años. Te has agachado demasiado sobre el banco y para los demás. El trabajo te ha vuelto tísico y cuando ya no puedas, quién va á cuidar de tus hijos? Por qué no te permiten que te cures? Acaso eso va á suceder, mientras tu vivas encerrado en el taller, dentro del frio del invierno? Por qué no vas tú también á las sierras, donde dicen que hay aire puro y rica leche? Pero ellos van allí á sanar con los dineros, que han ganado con el trabajo de tus manos y las enfermedades de tu cuerpo. Eso es inícuo, inícuo, inícuo! Qué esperas tú? Serás de los nuestros, pues! Hay que arrancarles, aunque sea con la vida, el robo que atesoran, á través del sepulcro de los obreros, que mueren para que ellos sean felices. No harás tú como ese que está allí, agregaba Germán con gesto hosco, señalando un viejo sentado en el cordón de la vereda. Ha estado cuarenta años en la fábrica. No tiene un centavo. Ahora ya no hay fuerza. Y los hijos? No tenía plata para educarlós. Están en la cárcel, mientras las muchachas tiran su cuerpo de burdel en burdel. Y sabes por qué? Ellas cosían y lavaban; pero él no podía cui-

darlas. Entonces dos truhanes de noche las zamarrearón de los pechos, las hicieron caer en la zanja y las hicieron llorar . . . Ah bueno! Estás abriendo los ojos! Ahora vive borracho el viejo y los patrones lo arrojaron á la calle. Pide limosna. Tú no has de querer esa suerte. Y después, honor no hay más que uno, agregó Germán con voz sorda y tomando de un brazo al obrero.

Este le estrechó la mano en silencio. Cuando se retiraba para su tugurio, pensaba con ira.

—No. Yo no quiero esa suerte. Honor no hay más que uno! Mejor es morir en cualquier cosa antes que perderlo.

Ya en su casa, en el claroscuro de una vela de sebo, prendida en un rincón, vió á la hija de catorce años y profundamente le miró las pupilas alegres y juveniles. En seguida la apretó contra su corazón y le mojó el pelo con lágrimas. Una dulzura infinita corrió por aquel cuarto. Ella sorprendida abrió grandes los ojos. Tenían aguas claras sus iris azules y toda su persona un casto perfume. Era como una corola, llena de candor y una amorosa gentileza y había rezado por el padre un momento antes la oración de la tarde. . . . Un grito lo despertó:

—Hoy no has trabajado. No hay que comer!

La voz era un rugido. Dos ojos agudos se fijaban en él como puñales. Era la mujer. La

miseria la había enloquecido. Esa noche también como siempre le despedazaba su última alegría. Al día siguiente volvió á las reuniones de Germán, para repetirle que él no quería la suerte del viejo borracho

Lo encontró en medio de un grupo de pintores. Estaban flacos y pálidos. Algunos tenían las manos temblorosas y los brazos secos por la parálisis. Otros tosían. Todos hablaban irritados. No ganaban sino tres pesos y medio por día. A penas para comer mal. Germán gesticulaba como un endemoniado, caminando de aquí para allá. Aconsejaba la huelga. Pedirían más salario; sinó formarían parte de las logias tenebrosas. Y después el incendio de los talleres y los cuerpos lúbricos de los patronos rodando á través de las llamas!

—Ustedes esperan demasiado tiempo, agregaba. Porqué? La hora de la justicia ha llegado. Es necesario saltar á la calle para exigirla. Qué has sacado tú del trabajo de toda la vida? preguntaba á un obrero con la ropa en andrajos y llena de manchas verdosas de pinturas. Qué has sacado? repetía. El plomo se te ha ido á las tripas. Te duelen. Te las está hiriendo. Antes que encojerte así porqué no te resuelves? Sé de los nuestros. O es mejor acaso que á cada rato entres al hospital, dando alaridos de dolor y pases diez días echado de barriga sobre la cama súa y apretándote el

vientre. Esos cólicos traen la gangrena y matan. Yo lo he leído. Y tú tienes veinticinco años, tu madre vive y hay una muchacha que te ha calentado el corazón! Y tu padre? Ahí está delirando. El plomo le ha mordido la cabeza. Eso es lo que ha hecho en toda su vida: trabajar para volverse loco. Ve visiones. Ha entristecido toda la casa. Valía la pena. Yo lo he visto, con sus fantasmas, correr de aquí para allá, dando ahullidos, desgarrarse la ropa, tirarse contra el suelo, morderse la lengua en la epilepsia, y echar de la boca espuma colorada. Y qué dolor cuando canta! Yo no sé como no lo has vengado. Lo han creído loco. Es el plomo! Es el plomo! Yo sé lo que te digo.

En el silencio que siguió á las frases violentas, se oyó un canto desgarrador. Era el viejo loco. Lloraba y le temblaban los brazos. Se le oyó gritar:

—Hay que darle al pincel de arriba abajo. Echále minio. La culpa no es mía. Se me ha podrido la boca y los dientes están podridos porque no se hace pintura sin aceite hediondo. Ay! ay! Y lo peor de todo es que mi muger me rechazó. Qué culpa tengo si soy pintor? Quise besarla porque esa muger era mía y me torció la cara porque yo olía mal. Entonces me acurruqué en el rincón del cuarto porque el amor es triste! el amor es

triste! A ustedes les va á pasar lo mismo, agregó el viejo con la mirada en delirio y avanzando con impetu hacia el grupo. Yo me voy á reir á carcajadas. Ya los veo caminando por la calle con la cabeza agachada, porque el amor es triste si no lo acarician. Ay qué dolor, aquí adentro del pecho! Me lo ha arañado mi muger. A ustedes les va á pasar lo mismo y si tienen hijos, el tarro de pintura los va á envenenar. Qué bocas podridas!

Las muchachas del barrio dicen en voz baja:

--No. No queremos. Tienen aliento de pesebre. Son pintores. No podemos amar los huecos de basuras y si se casan las mugeres les arañarán el pecho. Tienen un corazón ustedes no? Prepárense y vístanlo de luto para cuando ellas les tuerzan la cara y se lo lastimen. Ven esta mano? y la enseñó.

Estaba seca y descarnada. La piel era lívida y se arrugaba en los movimientos del brazo como si no tuviera vida. En la muñeca había un tumor. Algunas venas negruzcas corrían por el dorso. Los dedos, doblados sobre la palma, parecían garra de animal carnicero, tan aguros eran.

—La ven? repitió. Primero me empezó á temblar. Después la muñeca se puso gorda, como la carne echada á perder, como un bofe de osamenta. Entónces ya no moví la mano

y se me secó. Siempre estuvo sucia de pintura y eso es veneno! eso es veneno!.....

El viejo se alejó, mientras los obreros se miraban los dientes con horror. Ya estaban enfermos. El saturnismo bordeaba sus encías con su siniestra espiral negruzca. Ellos comprendieron que el trabajo los iba á matar.

—Entónces vamos á morir, exclamaban. Esto es estúpido. No queremos morir! Con qué derecho nos piden este sacrificio? Hemos de pasar la vida apretándonos el vientre, para gangrenarnos, ó concluir en el manicomio y hemos de tener este horrible miedo del veneno, que corre con nuestra sangre, para no ganar sino tres pesos y medio y no tener un cobre nunca y nuestros hijos han de ser raquíticos y hemos de dar asco á nuestras mugeres? No! No! Y todo para los ricos. Perros sarnosos! Rodearon á German. Este tenía en ese momento fría la mirada. Ningún músculo de su cara impassible se movió. Sus palabras cruzaron el alma de los obreros como puñaladas.

—No se quejen, les dijo. Ustedes merecen eso. Cansados estamos los hermanos de la lógia de decirlo. Son cobardes ustedes!

—No somos! imprecaron muchos á la vez. Hable German. Qué hacemos?

—Qué hacemos? preguntó éste con violencia. Y la huelga? Qué esperan? Que les dupliquen el salario. Que el obrero sea socio del pa-

trón. Que muestren los libros de sus escritorios esos tramposos Que les hagan casas aseadas! O el sol es de ellos no más y ustedes tienen que vivir entre el estiercol de los conventillos? Hagan la huelga y no se detengan en eso. Parece que ustedes no supieran que en los almacenes hay aguardiente y petróleo! Hasta cuándo? por Cristo! No es solamente con los pintores. A ustedes les digo que son tipógrafos y se lo pasan el día entero componiendo imbecilidades. Tienen vómitos ustedes eh! Se mueren de diarrea. Echan los bofes á pedazos como los tísicos. La sangre se les envenena. El hospital los espera si siguen trabajando. Allá se meten á ahullar como perros apaleados, con esos manchones color pizarra que tienen en la cara. Sigán no más. No van á durar mucho tiempo! No hagan la revolución social. Con ganar tres pesos y medio por día van á resolver el porvenir? Y estos otros, seguía Germán con violencia. Mírenlos, se lo pasan el día entero manejando el fósforo. Tienen la boca llena de maleza. Parecen monstruos. Las mandíbulas se les caen á pedazos. Están pálidos como la cera, envenenados y sin fuerzas. Pierden sangre por todos lados. Y se están quietos y siguen tragando fósforos, vomitando como cerdos y con las tripas hechas pedazos. No se quejen, pues, si se mueren. Hacen todo lo posible para eso. Sigán á los

católicos. Sigán trabajando con las pobres mujeres. Buena familia van á formar. Ahí andan los muchachos enclenques, dando lástima. A ver si los rosarios les van á dar la salud que necesitan!

Concluyó de hablar con los ojos abiertos y grandes, y la mirada fría de piedra. Su cuerpo tenía la rijidéz de un espectro y su cara una torva inmovilidad. Estaba insensible, mientras pintores y tipógrafos le estrechaban la mano vigorosamente, como si eso fuera un juramento silencioso. En la ciudad feliz y rica, entre los rayos alegres del sol meridiano, á esa plaza llena de sombra, que se aplastaba temblando sobre el piso, desde las copas opulentas, muchos obreros fueron llegando. Eran más tipógrafos y albañiles que dejaban el trabajo á las doce, con la cara sucia de cal, zapateros de las fábricas de manos negras, callosas y grietadas y herreros que iban á sus casas á almorzar. Rodeaban al anarquista sin moverse. No tenían hambre. Por la mañana habían bebido en los almacenes los malos alcoholes, que queman el estómago. Eso les bastaba para seguir viviendo; pero había muchas caras pálidas y muchos organismos flacos, bañados de caña y de ajeno. Con el cuerpo enfermo, iba rodando el alma enferma de esos trabajadores. Los seducía la diatriba violenta y la aventura peligrosa. Se olvidaban de la labor continuada y honesta

la única generosa y fecunda. En frente de ellos, la Avenida de Mayo abría su límpido y luminoso cauce, por donde corrían á torrentes los soles de oro del medio día, sobre el asfalto bruñido, entre las columnas pardas en hilera larga y sinuosa, quebrándose la luz en los globos que ocultan el arco voltaico y chisporroteando en los cristales de los palacios. Una infinita alegría de vida sana agitaba la calle y por todas partes se erguían casas y más casas, talleres y más talleres y así hasta muy lejos los trabajadores vigorosos seguían escribiendo el libro del ahorro, con que se ha edificado la ciudad bulliciosa; una historia de virtud y de actividad que tiene cien años y que hace cien años no ha encontrado más formas de progreso que la que deriva del constante trajinar y del ahorro constante. Venían á esta tierra los inmigrantes en busca de las nobles eucaristías del trabajo con recompensa. Poco tiempo después construían las casas pequeñas y esos formidables musculares entraban allí con la compañera del brazo, para transformarlas en santuarios. Las noches del suburbio, las frescas noches, llenas de estrellas y de fragancias de alfalfas, escuchaban los besos y los gritos sofocados de la transustanciación potente. Cantos de bodas eran esos de ritmo cotidiano y de impetuosas procreaciones y cada año ella, sentada en

el umbral, tenía en la falda un nuevo chico prendido del pezón gordo y oscuro. Eran ricos y copiosos los chorros de leche, fuerte el esqueleto de los niños, bermeja y viváz la sangre. La familia numerosa y robusta coronaba la vejez del obrero, del albañil de la gran ciudad, el cíclope que ha construido sus bloques interminables. Otros ganaron los campos para cultivarlos. Rompieron el cesped y rastrillaron su polvo negro y fecundo. Crearon las colonias y construyeron los ferrocarriles para unir á los ciudadanos de la República. Eran fisiológicos de cuerpo y de alma y la obra resultó un prodigio. Son leguas de trigo y leguas de viñedos; es una multiplicación lujuriosa de haciendas. La pampa sola y salvaje se entregó á todas las razas, para que la poblaran de aldeas y de virtudes. Eso sucedió porque los jornales eran siempre suficientes y no se discutían. Se bebía menos y se trabajaba más. El resultado fué el bienestar de muchos y Dios nos perdone el error, de casi todos. No se pensaba en la açonada, sino en ahorrar. El obrero era el colaborador del dueño y no su enemigo. No se sabía la importancia de la frase rotunda: « Es necesario que el trabajo luche contra el capital » y la vida de los jornaleros de entonces tenía olor á fruta fresca, á mies sazónada, á vírgenes linfas. Era la primavera humana, llena de

renuevos verdes y lozanos. Sudaban, comían bien y dormían hondo, después de haber rezado el rosario bajo las noches quietas y serenamente solitarias. Oh! benditos trabajadores, que no habeis conocido el otoño y que os habeis acostado en el sepulcro llenos, de amor y de fé! Nunca tuvieron los ojos de ellos un crepúsculo gris, ni el encono empañó el alma cristalina de esos viejos atletas. Fueron buenos y fuertes, creyentes en los beneficios de la labor sin degeneraciones. Qué grandes son y qué páginas brillantes escribieron estos creadores de las casas de dos piezas y cerco de rojo ladrillo! Por eso el corazón de nuestros padres vaga aleteando, como una amable larva, alrededor de los hijos inquietos, los desazonados y tristes del día moderno y va cantando al obrero, que llega á su casa en la noche alta borracho y enfermo, una melancólica historia de amor, la dulcísima melodía de las madres que remiendan la ropa y cantan meciendo con el pié la cuna, mientras él cuenta á los hijos mayores la laboriosa jornada y habla del porvenir y de su fé inquebrantable! Oh! nobles viejos desaparecidos! Oh! corazones vigorosos de verdad! Entonces en esta tierra no se conocía esa gangrena que se llama huelga. La Europa decrepita la inventó. Sobre ella pasaron seculares dolores y muchos hambres de generación en generación destruyeron

sus energías. El espectáculo de innumerables delitos cometidos por pueblos contra pueblos, por reyes y aristócratas contra pueblos, enconó el alma de los sometidos. Aquella de Europa no fué historia, sino sucesión de nefandas turpitudes, en que no se respetó el derecho del hombre, ni el honor de la familia. Sus capítulos están manchados con estupro y una larga cohorte de crímenes, una lúbrica orgía de homicidios, de esclavitudes, de ergástulas, de devastaciones y de incendios, no el caminar de hombres sobre la tierra, sino la marcha autropófaga de un orbe de instintos, entristeció la salud moral del obrero. Estos comprendieron que el trabajo era inútil, porque las guerras y las exacciones destruían sus beneficios y vieron que la violencia empañaba el honor. El cadalso era el premio de la libertad y la miseria el premio del trabajo. De abuelos á padres y de éstos á hijos y nietos se transmitió el escuálido espectáculo de las familias enflaquecidas de carestía y de inanición, á pesar de todas las virtudes. Luego la revolución contestó á las tiranías canallas, y merced á la huelga se quiso por la fuerza el bienestar, que no habían obtenido nunca la labor y el ahorro. Entónces se pensó que el miedo haría ceder á las avaricias señoriales. Así en todas partes se echa á la calle la horda, compuesta de dolorosos hereditarios y pide á grito herido su

parte de vida feliz. Ellos exigen primero. Si los que pueden dar no escuchan, hieren, incendian ó matan porque la huelga es enfermedad convulsionaria, es la epilepsia de la patología humana. La sombra de la anarquía conduce sus pasos y enorme debe ser el crimen de los que sojuzgan, cuando eso da lugar á tanto crimen de sometidos. Bueno sería por otra parte no ser demasiado duros contra los que protestan y la pluma del escritor, que ha grabado á puñaladas anatemas y abominaciones sobre la memoria de las formas económicas y políticas malvadas que han dominado y todavía pretenden dominar al mundo;—la pluma del escritor, hecha una catapulta que reduce á polvo todas las degeneraciones de épocas nefastas, no ha de manchar sus negros razgos, hiriendo el alma de los que sufren y ha de encontrar en el sano ímpetu las robustas deprecaciones por la justicia! Allá no hay más remedio. Ese cuerpo de la Europa está agotado. Hay demasiada gente y poco espacio. Ya no caben. Entonces, no pudiendo marchar juntos, se destruyen. Y deben estar muy comprimidos, cuando se ve que los pueblos se lanzan fuera de sus confines en un imperialismo enfermizo. Necesitan lo ageno para vivir y cuando no pueden tomarlo y aumenta la miseria, retoña de nuevo la anarquía, resurge el desorden con sus pavorosos remoli-

nos y renace la psicología homicida de los corifeos. De cuando en cuando ellos tronchan una alta cabeza, se produce una sensación de miedo en las plutocracias y el calofrío de la matanza corre por el corazón de los siniestros diseminados en las capitales. Pero no todos los siguen y lo que estos ignoran es que la mayor parte de los proletarios condenan el crimen y se alejan de ellos. Quieren aguas más límpidas en que bañarse y aires más puros para respirar. Necesitan una moral que los tranquilice y luchan por mejorar, buscando formas más ecuanimes. Se han convencido que la dinamita y el puñal no logran perfeccionar al mundo. Por eso muchos han dejado los sombríos sótanos, donde se conspira y se medita el incendio y el delito y se han cobijado bajo la cruz. Han formado sociedades católicas. Rezan; cantan; son peregrinos. Hacen procesiones y visitan santuarios. Son los amigos de Jesús, en cuyo seno eucarístico restauran sus fuerzas los cansados, recobran energías muchos mártires del tedio y esperanzas los castigados por la fortuna y los heridos por la injusticia. Cuando tienen un dolor, ó pierden sus bienes, ó las enfermedades matan á los hijos y los hambres hacen sufrir á la familia, de rodillas al Señor le piden alientos para el trabajo y fortaleza para su Fé y como la razón por la cual se reunieron en congregaciones, es el temor del

desgajamiento universal, decretado por los errores de la anarquía, ellos se robustecen en el pensamiento de la resurrección de todos, en la eterna vida y en la eterna dicha. Allí van á asistir al triunfo de la virtud que trabaja y á vivir en el gran santuario celeste, en plena luz, en la paz de Dios, en el amable é infinito misterio de su bondad. Por eso la sensación trágica y universal de muerte, inspirada por el anarquismo, desparramado en todas partes con su bandera roja de terror, con su bandera negra de desesperanza, este nuevo milenario, en cuya tiniebla iba á caer la civilización y á bambolearse el mundo en horrible y destructora apocalipsis, la sensación trágica de muerte creó el alma de los nuevos cruzados y los catecúmenos se multiplicaron. El obrero católico ha renacido y ha formado ejército. Va hacia Tierra Santa bajo las banderas del trabajo. Es la nueva fé. El cláustro medioeval ha desaparecido. La sustituye el taller que inicia y concluye la labor con una plegaria. Y marchan y se consolidan los nuevos fuertes con la cabeza cubierta por el glorioso solideo de los trabajadores. Así aquellos pregonan la destrucción del trono y estos combaten por la restauración del Papa-Rey. Aquellos son iconoclastas y quieren el ateísmo, estos son apóstoles y sectarios de la idea cristiana. Los primeros son los blasfemos; los segundos son

los místicos. La anarquía no se detendrá ante ningún extremo; arrasará con lo existente, para dar vida á la fantasmagoría demoníaca de su psicología enferma y crear á carrera frenética lo que ella reputa la vida nueva, la constitución de la nueva sociedad, con la utopía de la riqueza, del bienestar y de la felicidad para todos. Y como los tiempos no se modifican con el apresuramiento deseado, porque es así como marchan las cosas, ellos buscan los culpables é hieren entonces lo que está más encumbrado y ven más, hieren á los jefes de pueblos á los cuales acusan de impedir la metamorfosis. Por su parte, el obrero católico colocado en la antítesis, no se parará tampoco ante ningún extremo. Por más que las ideas se hayan modificado estos caballeros de Jerusalem no detendrán su camino hacia Tierra Santa. A lo lejos está Roma, que sigue siendo para ellos la capital cristiana. Allá van. Para esto están dispuestos á todos los sacrificios y si posible fuera, si existieran los circos de antaño, llenos de rugidos, dilatándose sobre la púrpura de las arenas rojas de sangre, ellos reharían en el siglo presente historias de mártires, muriendo con la sonrisa en los ojos de la fé divina. Extraño antagonismo! Los anarquistas, sinceros equivocados, matan por querer la brusca conquista del porvenir, los católicos, sincros idólatras, quieren el dominio

del presente y del porvenir, arrastrándolo hacia las ideas del pasado. Las cohortes de los primeros se componen de desheredados y sus tribunos aman la blusa y el tugurio, símbolos de la pobreza, mientras los apóstoles de los otros son la aristocracia y los plutócratas de todo el mundo cristiano. En los buenos tiempos de Jesús eran apóstoles los pobres pescadores de los lagos de Judea y los labriegos. Vivían en chozas y las catacumbas eran refugio y templo de los perseguidos de la era ne-roniana. Quizás por eso triunfaron. Hoy tienen tesoros. Viven en palacio y educan á todos los hijos de ricos. La disciplina, el orden y el talento los han hecho poderosos. El objetivo es la salud moral del obrero y es la reconquista de esa hermosa ciudad de Roma, que ellos consideran el hogar de todos. Según el concepto católico han sido de allí desterrados; luego viven con la nostalgia del retorno y se olvidan que antes que capital del mundo cristiano fué la creadora de las instituciones civiles. El foro todavía resuena por las aclamaciones del alma libre del pueblo y los nuevos tiempos han triunfado sobre todas las hierocracias. Llegarán á Roma estos cruzados á esa grande y monumental tristeza, á la gloriosa seductora de las Estancias, la inmortal primavera plástica y volverán á sentarse sobre el Coliseo en ruinas, en la tarde muriente

y desvanecida en la melancolía honda del Angelus? Han crecido mucho. Aquí son una fuerza. Construyen templos y colegios por todas partes. Los obreros afluyen y rodean á los que prometen el cielo, porque la fé y la oración mitigan sus amarguras y consuelan sus pobreza. Dan parte de sus ahorros para el óbolo, como darían su sangre en la cruzada redentora por el Papa-Rey. Han contribuido á este crecimiento los años de arte canellesco que han escandalizado al mundo. Los escritores usaban estiercol para escribir libros. No encontraban la belleza sino en el pantano. Sus descripciones olián á esfacelo; sus personajes eran la síntesis de la humanidad ruin y malvada. No se oían sino elogios á la desnudéz procáz y ditirambos á las pornografías más infames y á todas las bestiales aberraciones. En cambio de rayos de sol, las páginas estaban llenas de inmundos vómitos. La carroña triunfó sobre las sanas naturalezas y cuando no era la gruesa inmoralidad, las lascivias aparecían á través de tules transparentes, con la intensa seducción de la forma esquisita. El asco agarró el alma de casi todos. Los hombres huyeron de ese montón de basuras y buscaron un refugio. Cada uno había tenido un hogar, donde se rezaba. El Evangelio estaba allí con su virtud sencilla y fuerte, con mucha paz y mucho aseo. Poco costó para que los

hijos pródigos volvieran al hogar paterno, cerca de las ancianas que los esperaban siempre, para las amables adoraciones de los dioses tutelares. Por eso, arrojados lejos de la sociedad, por las repugnancias de un arte sin belleza, sin amor y sin moral, la idea católica reconquistó muchos soldados. Sus centros se multiplicaron y se notó en seguida en las naciones la tendencia á lo místico. No importa que los civilizadores hayan consagrado á Roma Italiana. Los neofitos no aceptan eso en sus entusiasmos. Velan las armas como los antiguos caballeros, hasta que llegue la hora de la batalla. Este crecer constante ha puesto á todos sobre aviso. Tienen muchos enemigos y más de una vez en sus reuniones han sido atropellados. Inquietan. Las otras asociaciones temen sus autocracias y aunque es muy posible que ellos hayan modificado la índole de antaño y no piensen seguramente en hacerse inquisidores, sino más bien marchar dentro de ideas de relativa libertad, no por esto el antagonismo es menos violento. Entre los anarquistas y ellos, la batalla ha producido alguna vez sangre. Están desafiados. Tal vez algún día el choque sea cruento, porque parece que los católicos de hoy no usan mucho la resignación. Quieren la victoria con la menor cantidad de martirio posible y no olvidan que tienen ceñida al cinto la es-

pada de los combatientes. Y así como muchos son anarquistas, porque nacen homicidas, muchos hay hereditarios de la locura mística, que pueden ir al delito, convencidos de servir á Dios. La mujer es la gran triunfadora. Forma ella también en sociedades. Rezan y trabajan para los pobres. En la aristocracia esto es de buen tono y de allí salen las propagandistas más ardorosas. Son las elegantes de las peregrinaciones, las ricas que dan de comer y visten á muchos menesterosos.

En la ciudad tienen un gefe. Se llama Ricardo Mendez. Está enfrente de Germán. El espectro y el santo van á encontrarse alguna vez en las calles sacudidas por la matanza y asoladas por el incendio. Cuánto rezó el joven convertido después de la muerte del padre! Qué metamórfosis tan profunda esa de su espíritu! Ya no vivió sino para hacer penitencia. Su cuarto fué celda. Los libros profanos fueron arrojados. El no leía sino la vida de los predicadores y de los mártires, embelesados en la plegaria, bendiciendo el cilicio, las hambres y las vastas soledades, tan llenas y elocuentes así mismo por el espíritu de Dios. Del padre heredó alma de poeta. Escribía. Sus versos tenían sabor de Evangelio. Eran himnos á Jesús, á esa terrible y dulce magestad, el enamorado de la mujer caída, el fuerte morador de la Cruz. Eran naturalezas tristes las suyas, escuetos y

desolados yermos. Había mucho ímpetu en sus creaciones y mucho dolor. Quería la gracia para todos los hombres, porque pocos se daban cuenta, que el paso sobre la tierra era de prueba, mientras los más morían en la ciénaga pecando. Inferiores eran en esto á las yerbas del campo que por amor á Dios exhalan aromas y á los pájaros de los bosques que dicen sus plegarias en el canto armonioso. En todas partes en la tranquila magestad del cielo, á través del maravilloso equilibrio de los astros, en las sobreexcitaciones del mar, en todo el prodigio de la naturaleza fecunda, nunca vió Ricardo la ley física en su fuerza fatal de metamórfosis, sino el espíritu de Dios! Y en la marcha de la humanidad, no comprendió que las estenuaciones de la orgía, el desbarajuste moral, la pérdida de la robustéz física y la disminución en la inteligencia de los corrompidos, esclavizaba á las naciones. Para él la causa del azote estaba en Dios. Así se vengaba de la ingratitud de los malos hijos. Desataba los ciclones para destruir sus viviendas y sus sementeras. Por eso los hombres quedaban transformados en una turba de hambrientos y mal vestidos de harapos bajaban pronto hácia la muerte. Así el Eterno arroja los ejércitos virtuosos sobre los preto-rianos, podridos en todas las crápulas y sobre las demagógias, podridas en todas las lascivias y cambia la suerte de las naciones para que

eso sirva de ejemplo y de prueba de su poder infinito. Los conquistadores no se movían por la natural brama de adquirir más riquezas, ni porque quisieran saciar la ambición de dominio. Eran siervos ellos á su vez de la voz del creador. Obedecían. Así pensaba Ricardo en ese misticismo guerrero, que no aceptaba el esfuerzo humano ni en el arte siquiera. Dios estaba sobre todas las cosas. El solo era el gran poeta. Guiaba la mano del escritor y daba color y alma á la paleta del artista; debastaba el mármol, sirviéndose del brazo del escultor; escribía las músicas de las naturalezas y el hondo estrépito de las pasiones, y derramaba su magnificencia en el esplendor arquitectónico de las catedrales. Todo desaparecía en su yo infinito, la conciencia, la mente y la voluntad. Nosotros no somos sino almas desvalidas y errantes romeros hácia lejanas y desconocidas tierras, un ejército fragil, nacido del pecado, duendes entristecidos sin derechos y esclavos de la divina esencia. En sus arrobamientos llegaba algunas veces hasta las visiones. Veía á todos los hombres en fraternal consorcio, salvados por la religión. Moradores del cielo, tenían la felicidad imperecedera en el seno de Dios, en la corte saturada de belleza y espléndida de amor divino, en el empíreo, cuyas auroras no tienen crepúsculos y cuyas noches están iluminadas por la fulgurante luminaria de

los eternos soles. Así se hizo el cantor de las maceraciones y de las penitencias, capaces de redimir el yo humano hácia la gloria perdurable. Sublimó la Tebaida. Hizo la apología de los estáticos y de los castos. Idolatró á los cruzados, á los férreos medioevales en marcha hácia el Sepulcro Santo. Sus odas eran alabanzas para la Roma católica y anatemas contra Italia, que á metralla destruyó sus seculares murallas, y salmos los que brotaban de sus labios, llenos de iras fulmíneas y excomuniones contra el pueblo sacrílego. Lamentaba con encono el muerto poderío católico y pensaba en la reconquista. Era menester repristinar esa historia, con nuevos apóstoles y con todas las necesarias crucifixiones. A la lucha! A la lucha! El mundo era una gran catacumba enferma. Para salvarlo, ellos estaban allí prontos para morir, como los antiguos cristianos y si necesario fuera la guerra y la muerte para que retoñara en vigoroso triunfo la idea católica . . . á la guerra, pues, y al exterminio! Enhorabuena. Todo por amor de Dios! Para eso él era un gladiador de fuerte músculo y de carnes juveniles, y podía arrojar su vida entera en la nueva cruzada, á fuer de caballero de corazón leonino y espíritu de acero. La fé era su ejida y su guía el Dios de Godofredo y del duque de Alba. Pero los soldados estaban dispersos. Era necesario hacer ejército,

llevar á los hombres hácia Dios, para ir después á Roma con ellos. Con la madre conversó mucho de esto, porque ella era la gran caritativa, el angel de todos los menesterosos y el amparo de la niñez desvalida. Los pobres acudían á su casa en tropel, á recibir el pan de cada día de manos de Dolores y santa le dijeron entonces á esa hermosa solitaria de cabellos blancos. Era la vestal de la vieja casa, donde en copa de alabastro ardía la llama sagrada del recuerdo, mientras en urna de oro, en el viejo comedor de roble, dormía la lira fuerte del poeta médico. Oh! memorias! Oh! amables diosas, que os quedáis cuidando las virtudes, que en la casa dejan los muertos! Porqué Dolores vivió con aquel gran corazón que ya no latía y perfumó, con las violetas de los canteros primaverales, la honesta y bravía leyenda de su caballero. Fué la divina enamorada de su sepulcro. Todas las tardes bajó el ancho corredor de la casa, vestida de negro, en la hora en que con la luz parece morir el alma de las cosas, de rodillas rezaba las oraciones crepusculares, tan hondamente llenas de caridad y de silencio. Amó en los hijos el alma del padre y pensó que todos los niños debían ser amados. Fundó sociedades para darles alimento y educación; la infancia tuvo su gran abuela y su apostolado ardoroso conmovía á todos; los ricos daban dinero y las niñas vendían flores en los

festivales piadosos, en la noche primaveral de los parques ducales, caminando entre el azulado fulgor de los globos eléctricos, sobre la fotografía metálica del bosque, acostada en los aromados senderos, mientras los cisnes resbalan silenciosos sobre el lago dormido y luciente y las góndolas surcan la sombra, llena de madrigales. Así los novios servían á la caridad cristiana. En otras partes los escritores daban conferencias; los poetas declamaban versos y la música congregaba á los hombres. Así el arte servía para la caridad cristiana, fecundada por sus fuertes aristocracias. En el alma popular hubo un profundo sacudimiento. Los obreros se reunían. Se trataba de la infancia. Ricardo enardecía la muchedumbre, hablando de la Fé y de la necesidad de salvar la inocencia. En sus bailes recojían dinero para la gran obra. Los gobiernos fueron también subyugados por el fervor sincero, que agitaba á la nación. Surgieron hospitales y casas para la infancia desvalida. Llegaban los chicos, manchados de suciedad y de miserias, con la piel terrosa y el cuerpo enflaquecido. Había muchos enfermos por el hambre y otros que traían en los órganos dolorosas herencias de predestinados á morir temprano. Para los más la cama limpia y el buen pan era una resurrección. Se ponían alegres como los pájaros y rosados como las cerezas. Dolores era la

madre de todos ellos. Caminaba por las salas cuidando todo amorosamente, con su sentir suave y con el alma llena de melancólica ternura. Algunas hermanas de caridad la ayudaban en la labor piadosa, en su ausencia sobre todo, cuando ella se preocupaba de los talleres instituidos para las jóvenes pobres.

Mucho trabajó, salvando almas de la deshonra, pero en ese caminar á través de la ciudad, ella sentía que había otra fuerza que destruía su obra. Algo siniestro serpeaba por los conventillos. Hablaban de una mujer diosa, vestida de raso, que arrastraba á las muchachas al mal. En los barrios lejanos, cuando la divisaban, corría por todas las casas como un calofrío de terror y señalaban la víctima que desaparecía pronto para no reaparecer jamás. Una leyenda de mujer invulnerable la rodeaba. Era la querida de los poderosos. Los mareaba con las carnes tibias y blancas, diseminadas en la forma perfecta; se desprendía de su cuerpo un aroma acre de hembra en celo irresistible y muchos caían en el abrazo insaciable de esa Friné desnuda. Era una corruptora esa ninfómana febril; manchaba inocencias y las entregaba á los obreros para que las despedazaran. Al rato las muchachas eran sectarias de la anarquía. Era Goga la cortesana, un violento apostol, dominada siempre por el alma sombría de Germán. Se encontraron una vez con Dolores en

un miserable tugurio. Un anciano moribundo estaba acostado sobre un catre. De rodillas rezaba la hija, con el rostro apenas iluminado por la luz mortecina de una vela de sebo, puesta en una botella, en el rincón del cuarto. Al entrar Dolores vió á Goga que parecía enojada. Había como un relámpago oblicuo en sus ojos y sus senos hinchados subían y bajaban. Crujía la seda. Dolores saludó, sin que Goga le contestara y cuando se acercó á la niña á decirle palabras de consuelo, la cortesana contestó con aspereza:

—Siempre llegan tarde ustedes los ricos. Vienen en busca de ángeles y se olvidan que cuando uno es un miserable y un harapiento, no se puede ser ángeles. La indigencia mancha las alas y ensucia los ojos, señora! Ustedes que no tienen nada que hacer, podían prevenir las pobrezas. Cuando se nace en ellas todo es inútil. Las alas se manchan y los ojos se ensucian, lo repito!

Dolores la miró con dulzura y quedó deslumbrada ante la cabellera de oro de la cortesana, que caía en bucles sobre el rostro, casi ocultando su marmórea belleza, aún más egregia en ese momento de pasión. El corazón amable de Dolores se entristeció, mientras el moribundo había cesado de respirar, entre la desesperación sollozante de la hija. Esta salía al patio llorando.

Hubo en el cuarto un momento de silencio, que Dolores interrumpió:

—No quiere usted, que las dos amemos á la huérfana? No quiere usted acompañarme á ser la madre de ella? Le pido disculpa si la he interrumpido; pero yo pensé que usted quería acompañarme en esta obra de piedad cristiana. Lo que usted ha dicho, es cierto, señora. Mejor es prevenir los males que curarlos después.

—Usted? Conmigo? exclamó Goga con violencia. Entonces usted no me conoce? Yo soy Goga, una prostituta; oye? Ha debido ver pues usted, que yo tengo la cara procaz y las pupilas lujuriosas. O se imagina que una se ha revolcado en todos los chiqueros y que le puede todavía quedar corazón para ser madre de nadie y que los hombres con el cuerpo, que le roban á pedazos, obligándola á una á las más infames bajezas, no le roban también todo lo demás, el amor, el dolor, la piedad y la fé y todo? Cómo se conoce que usted no ha vivido en el pantano! Yo madre? Eso es ridículo! A mí que he abortado siempre! Pregúntele lo que le han enseñado los hombres á ésta.

—Ya! Ya! tan joven, preguntó Dolores con dolor y temblándole la voz.

—Hace rato, señora. Hace mucho rato, contestó Goga. En qué mundo vive usted señora Dolores.

—Usted me conoce? dijo sorprendida ésta.

—A cada paso la encuentro á usted, replicó la mujer. Y la admiro, sobretodo porque usted no aprende. Ha venido aquí á salvar á esta muchacha, como va á muchos conventillos. Bueno. Siempre llega tarde como aquí. Yo le voy á contar su historia delante de este muerto. A los trece años, entiende? un rico la despedazó, como á mí, como á mí, entiende? entiende usted?

La voz de la ramera se hizo estridente. Las frases saltan silbando como lonjazos.

—Tuvo un hijo de él, siguió Goga. Fué á dar á un hueco de basuras. Allí murió de frío y de hambre. Después ella se hundió de cabeza donde se hunden todas; se hizo una inmundia, y este viejo entonces resolvió morirse y ha cumplido su promesa. Que sencillo es todo esto, señora Dolores, y qué cruel! Es inútil que usted trate de salvarla. No lo conseguirá. Yo la admiro así mismo. Usted quiere redimir á todos los que sufren y levantar á todos los caídos; pero se olvida que la carne que se pudre tiene que desaparecer y que el alma muere podrida como el corazón. Oh! señora! A nosotras que no estamos contentas, si no nos revolcamos con diez hombres todos los días, es mejor que nos dejen. No podemos, ni queremos servir para ser lástima y repugnancia. Déjennos morir tranquilas en nuestros chiqueros, vestidas de seda

y borrachas de orgías, un cuarto de hora en la vida siquiera. Vaya por ustedes, pues, que viven la vida entera así! No nos incomoden... pero cuídense! Nosotras no estamos con las manos en la cintura! No hay cuidado. A cada chanco su San Martín! Ya han de ir nuestros obreros á romperles las hijas á ustedes. Alguno ya lo dijo; á tí se te hará lo que hayas hecho á tus semejantes!

Goga hablaba con la cabeza echada para atrás y el cuerpo erguido. Sus narices se dilataban en ese himno de ódios y de venganzas. Una luz fría iluminaba el azul de sus ojos. Dolores la miró con tristeza y se acercó á ella y suavemente le contestó con voz llena de humana pena:

—Cuánto mal le habrán hecho los hombres, no es verdad señora? Qué culpables son? Por qué pierden estas divinas hermosuras? agregó Dolores levantando las manos al cielo como si rezara, porqué las arrebatan á Dios? Venga Goga. Cálmese. Siéntese aquí.

Acercó una silla. Goga le dirigió una extraña mirada y se sentó.

—El error de ustedes, siguió Dolores lentamente, está en pensar que somos felices por que somos ricos. Se imaginan que no hay en nuestras casas silencios dolorosos y tristes crepúsculos. Se equivocan pues! A nosotras

también se nos mueren los hijos. Nosotras también nos quedamos sin padres.

—Pero siquiera los han tenido alguna vez, interrumpió Goga, y hermanos, eso que llaman familia, para que haya un amparo para las que no usamos para defendernos sino las uñas. Son nuestras armas. Después usted sabe lo que sucede. El cuerpo se acostumbra al mal. Ya no retrocede uno. Se necesita el hombre. El sexo es déspota....

—Usted se olvida, Goga, de muchas cosas, añadió Dolores, tomando entre las suyas la mano de la ramera.

Tenía en ese momento en los ojos Dolores una luz de santa. Sus palabras eran como un sereno Evangelio.

—Usted se olvida, repitió, de muchas cosas. Así la voluntad, Goga ha permitido la redención. Los pecadores han podido rezar. Dios no desprecia á la criatura y Magdalena que tenía como usted el cabello de oro y el alma ardorosa, fué perdonada. Era como usted hermosa casi fuera de lo humano. Jesús, la salvó.

—Yo no se nada de eso, señora, contestó la mujer. Habrá que decir que hubo una que tuvo suerte. Es una no más y ese Jesús, de que usted habla, debía ser muy grande y muy bueno; pero es uno también. El mundo nos trata como á perros. Somos sarnosas. Nadie

cree en la sinceridad de la prostituta que reza.

—Ese es otro error de estedes, replicó Dolores. Yo sé de muchas almas amables que aman la desventura y esperan á los arrepentidos.

—Pero dónde están? preguntó Goga con ímpetu. Porqué no nos salvan? Y permiten que vivamos en el odio y nos vengamos corrompiendo todo lo que tocamos? Qué diferencia entre ese Jesús que usted nombra y German Valverde. Quién es ese Jesús que usted nombra?

Dolores no contestó. De nuevo ese apellido se cruzaba en su camino. Estaba pálida. Tenía miedo por sus hijos; pero Goga había seguido hablando con violencia:

—Mejor es que no lo conozca, señora, á German. Viera como es. Que terror me inspira! Yo soy una cosa cobarde en sus manos. Qué hielo tiene en los ojos! Asusta. Su alma es como un infierno. Como trabaja. Esta sembrando la huelga y el delito en todas partes. El con los obreros, yo con las muchachas. A la revolución vamos. Conoce á sus enemigos. Son los obreros católicos. Los va á hacer pedazos. Su hijo, señora, es el gefe. Cuidelo. Yo le aviso porque usted es la primera mujer buena que encuentro en mi camino. Usted ha sido cariñosa conmigo como una madre

como una santa; pero yo me voy á olvidar, porque tengo mucho vicio en el corazón. German lo sigue á su hijo. Si se encuentran, dígame que no lo vaya á herir á German. Yo lo amo. Yo soy su hembra, sépalo! Quiere destruir las sociedades de obreros, que está formando su hijo y lo ha de conseguir. Ya la vez pasada se miraron como enemigos. Yo estaba presente. Que se cuide su hijo; pero que no lo hiera á German. Si lo hace, que se guarde de mí! oye? que se guarde de mí. Yo me voy á olvidar de usted, porque tengo mucho vicio en el corazón!

El diálogo fué interrumpido. La muchacha había entrado y ya se hacía de noche. Había sombra en el cuarto y la luz de la vela parecía más viva. Llegaron algunos hombres para vestir al muerto, en momentos en que Dolores daba dinero á la huérfana, sin decirle una palabra. Ya afuera sintió que la seguían. Era Goga.

—Desea usted hablarme? Goga, preguntó Dolores deteniéndose.

—Quiero pedirle disculpa, contestó ella. No haga caso de lo que le he dicho. Ya sabe que yo soy una miserable. Soy un alma de burdel.

—No diga eso, exclamó Dolores. Usted no es sino una desventurada. No diga eso, por qué la piedad de Jesús es infinita. Todos cabemos dentro de su perdon.

—Jesús! Jesús! repitió la cortesana con extraña curiosidad. Quien es pues? dígamelo de una vez. Lo único que se de su vida es que murió en una cruz.

—Usted no sabe de veras Goga?

—No! No! Nadie me ha enseñado. No se. No se, contestó con impetu la mujer. Dígamelo pues!

—Yo se lo voy á decir. Escúcheme, agregó Dolores estrechándole la mano. Jesús es el bien. Es el amor casto. Es la resignación y el sacrificio. Es el martirio que sonríe, muere y redime. Es la caridad inagotable. Todos los humildes están en El. Todos los buenos y los sufrientes están en El. Cuando murió en la cruz, el sol se fué y los cielos se nublaron. El universo se sacudió, como si le arrancaran los cimientos y la tiniebla amortajó su cadáver. Entonces la naturaleza lloró, porque había muerto la bondad! Una mujer se abrazó de la cruz en ese momento, con la cabeza echada hácia atras en el divino éstasis y el oro de sus cabellos, sueltos en la tormenta oscura. Era Magdalena, la meretriz. Mucho amó á Jesús y fué santa. Acuértese de Él Goga, cuando tenga algún dolor, y no se olvide de mí tampoco. Recomiéndeme todos los pobres que quiera. Mi casa y mis bienes son para ellos. Una cosa solo le exijo y es que crea que nosotras las ricas solemos tener también

cosas cariñosas en el corazón y amamos á nuestro prójimo, como quisiéramos ser amadas! Dolores desapareció en la sombra y Goga la vió perderse á lo lejos y se acordó mucho rato de sus palabras:

—Cuando tenga algún dolor, acuérdesese de Jesús y de nosotros, porque amamos á nuestro prójimo, como quisiéramos ser amadas! Una alegría profunda se apoderó de ella. También los ricos tenían noblezas entónces, pensaba en su camino á través de la ciudad. El dinero no hacía egoistas siempre y al lado de los perversos, había familias de caritativos silenciosos, y muchas santas llenas de amor hácia los demás y de modestia.

Ese momento feliz de su corazón duró poco. German la esperaba para entregarla de nuevo al lodazal.... y ella, la lujuriosa, cayó esa misma noche con su cuerpo desnudo, de posada en posada, anhelando el abrazo de todos los vampiros, sin saciarse jamás, sombría y ávida de limo, como la flor de la ciénaga....

ÉLBIO

Una noche Ricardo Mendez narraba, sentado en el patio, sus laboriosas jornadas de apóstol. Angélica y Dolores lo escuchaban en momentos, en que Martín y Elbio Errecar entraban á visitarlos. Elbio era médico. Mientras él estudiaba, la madre murió y el viejo Martín con su espesa barba blanca y la piel llena de arrugas, sin haber perdido su altivez formidable, sintió en aquella desgracia, como si le cavaran el sepulcro y pensó morir también. Se agarró de Élbio, para que eso no sucediera y éste se desparramó, como la yedra alrededor de la pared vetusta y lo sostuvo. Cada día las arrugas del viejo se hacían más hondas y más rosada la tez. Le salía más barba. Toda su cara estaba llena y blanca de seda. Los ojos brillaban entre la espesa ceja y las pestañas espesas. Se había encorvado un poco, sin que su cuerpo perdiera el músculo pode-

roso. En el dolor su alma se hizo más clara todavía y más intrépida. Conservó el aposento, como cuando vivía la vieja compañera y de noche, antes de acostarse, siguió rezando su rosario con más fervor, desde que había dos muertos más á quien cuidar. Ya no trabajaba. En el último cuarto de la casa, guardado estaba su banco de carpintero, el amigo de sus días viriles, el confidente silencioso de su fuerte acción. Los años lo habían gastado. En algunas partes faltaban pedazos y se veían profundos huecos; porque el brazo robusto de Martín, armado del martillo poderoso, había hecho más de una vez saltar astillas. Los cepillos y garlopas estaban ordenados sobre el y las sierras colgadas de la pared. Ese cuarto era como un templo, donde se guardaban las sagradas armas, una panóplia, que había grabado muchas horas de honesto sudor, en una vida útil. Martín los miraba sonriendo. Era su triunfo. El había sido el atleta del taller, el alegre artista de aquella orquesta del trabajo, el creador de las estridentes y hercúleas sinfonías. Por eso amó sus herramientas, como el guerrero viejo la espada de acero. Casi sin querer, cuando las limpiaba hasta dejarlas lucientes, años tras años, iba recordando su pasado tan sereno y tan lógico, hasta producir el bienestar del presente. Un día después de otro, ocho ó diez horas, pero todos los días; sin de-

sertar jamás, sin huelgas, paciente y pertinaz, como uno de tantos laboriosos de esos que construyen ciudades y fecundan campos. Así se envejeció Martín Errécar y así educó á sus hijos. Por eso oyendo esa noche las narraciones de Ricardo y los tumultos de la ciudad, Martín movió la cabeza, pensando con pena, cómo podía el alma de la muchedumbre enfermarse hasta el delito y el espíritu sectario llegar hasta la injusticia. Así cuando Ricardo, con voz sonora y gesto brusco, lanzó anatemas contra los socialistas, y anarquistas que interrumpían su acción, Martín se levantó con ímpetu y poniendo la mano arrugada y con manchas de vejez sobre el hombro de aquél! le dijo:

—Esto no anda! Esto no anda! Ustedes rezan demasiado y trabajan poco y los anarquistas son holgazanes y obedecen á malos predicadores. Vamos! Esto no sucedía antes. La fortuna nunca se hizo de repente. El día era corto para nosotros. No teníamos tiempo de pensar en la haraganería y en el incendio; pero también te digo Ricardo, que nuestra mejor oración era trabajar de sol á sol. Nunca pensamos, que se debía transformar al obrero en sacerdote. Es una exageración. Nos bastaba que fuera honesto y varonil. Yo no digo que no sea preciso rezar; pero á su tiempo. Creo que la mujer que abandona los quehace-

res de la casa y vive en la Iglesia, hace mal. Dios no puede encontrar bueno eso. Todavía existen muchos compañeros, que han hecho como yo. Estos eran desiertos. No había sino ombúes, pitas y pantanos. Hemos construido manzanas enteras de casas; hemos puesto rieles de trenvías y empedrado las calles. Todo esto debe ser bueno, mejor que rezar el día entero, hacer buelgas y cometer delitos. Debe ser bueno, porque hemos formado familia y adquirido un modesto pasar. Después por algo se vive setenta años. Yo no he visto concluir bien á los que lo esperan todo del cielo, ni tampoco á los revoltosos, á los que gritan contra los patrones y contra los ricos. A nuestra vista se han empobrecido los primeros y los otros han concluido en los hospitales ó en las cárceles. Esto no anda! No te parece Elbio que tengo razón en lo que hablo? Yo le dije, pues, te acuerdas, á ese Germán una tarde, que hacía mal en seguir echando á perder á los obreros; pero ese hombre parece loco. Eran albañiles y carpinteros. Todos me rodearon. Yo estaba tomando sol en la plaza, en ese día de invierno. Te acuerdas Elbio? Es el rico Martín. Será como todos, decían. Qué le importa á él que el trabajo nos enferme y que la paga sea miserable? Acaso ha sido pobre nunca y le ha faltado pan, como á nuestros hijos? Ud. los ha

asistido pues, Don Elbio. Bien sabe que es de hambre que se enferman. Entónces porqué lo reta á Germán? Qué quiere que hagamos con tres pesos por día? Necesitamos uno y medio para comer con la familia y lo demás para casa y vestido. No nos alcanza. Las cosas están muy caras. No sabemos porqué. Entónces Germán que se retiraba dió vuelta y gritó con los ojos descompuestos:

—Yo les voy á decir porque están caras las cosas.

El pueblo dió como un rugido. Te acuerdas Elbio? Se hizo un remolino. A mí me tiraron de aquí para allá y cien voces se oyeron que parecían de trueno:

—Díganos! Díganos! Viva Germán!

—Porque aquí, amigos míos, los gobiernos no se ocupan del pobre. No hacen otra cosa que ayudar y proteger el trabajo de los ricos, para que aumenten su fortuna. No tiene nada que hacer el pueblo aquí. Esto no es sino una plutocracia, un gobierno de ricos y si no protegieran tanto las fábricas y dejaran que entrasen de Europa con más libertad las cosas de allí, que son tan baratas, ustedes se vestirían y comerían con la mitad de lo que gastan ahora. Cuando Germán concluyó de hablar había un gran silencio. Me acuerdo muy bien.

Arriba de nosotros el viento torcía las ramas de los árboles. Yo estaba oyendo las

respiraciones de todo ese pueblo y me sentía renacer al lado de los obreros; porque esa fuerza tenía yo también cuando joven. Ellos se miraban callados. No habían entendido á Germán. Entónces este tomó de un brazo á un albañil y le dijo á dos dedos de la cara:

—No has comprendido. Ya lo veo. Ese sombrero que tienes puesto te cuesta seis pesos, no es cierto? Bueno, los de Europa los podrias tener por tres; pero, si los traen de allí, les hacen pagar muchos derechos. Entónces no se pueden vender menos de ocho pesos; luego todos compran los de aquí. Esto lo hacen, para que las fábricas ganen lo que quieran, con perjuicio del obrero. Porqué te han de obligar á gastar seis pesos? Esos tres que das demás, te los roban los ricos. Empiezas á entender ahora? Lo mismo pasa con tu calzado, con tu saco, con el vestido de tu mujer, con la cartera de cuero, que tu hijo lleva á la espalda, cuando va á la escuela, y con los fideos de tus sopas. Y pagas el azúcar malo el doble de un buen azúcar y te obligan á beber el vino malo de aquí, el vino protegido por muchos centavos de peso el litro, cuando, el bueno de Europa, vale centavos de franco y se tira á la calle por demasiado abundante. Tú eres trabajador. Necesitas el vino, como el aire que respiras y la carne que comes. Y como no puedes comprarlo, bebes los aguardientes

venenosos de los almacenes y eres un borracho de mala bebida. Entiendes ahora porqué es cara la vida? Y después este país, tan grande, se lo han repartido entre cien familias de ricos. La tierra nadie la cultiva. El desierto está por todas partes y al labrador, que lo pide para sembrarlo, lo sacrifican siempre. Yo no hablaría, si todos fueran como este viejo — y me señaló — á quien respeto; porque este necesitó treinta años para educar á sus hijos y hacer su fortuna. mientras que ahora, con la sangre y los ahorros de ustedes, se enriquecen y se sacian los protegidos en poco tiempo, sin escrúpulos. Hay que hacer la América al galope. Es decir: hay que robarla y después irse. Por eso los salarios de ustedes son escasos y muchas las horas de trabajo. No se respeta á la mujer, ni á los niños. Gípen, brutos! Para eso han nacido! Vuestras mujeres os dan un hijo cada año. Saldrá raquítico, porque no ha podido ella descansar en la preñez y después de los partos, á los pocos días, tiene que trabajar. Así se envejece pronto, cansándose antes de haberse repuesto y se muere. Les repito esto para que se fijen: los hijos de ustedes saldrán raquíticos, porque la mujer del pobre no descansa en el embarazo y se muere pronto, porque no se puede reponer después de los partos, desde que tiene que trabajar (*). Esas

(*) Tesis del Doctor Angel Gimenez.

fortunas rápidas crecen sobre una generación de desaparecidos miserables, como los cipreses sobre el cementerio. Esto no se arregla con padres-nuestros. No hay más que una forma: empobrecerlos! Para eso está el fuego y está la huelga. Que entreguen lo que han quitado. Que repartan sus riquezas! Acaso ellos no más han de tener frazadas en invierno y han de estar bien nutridos. Y nos tratan con insolencia! Y somos animales! Y desprecian á nuestros hijos! Y cuando uno pide aumento de salario, reposo en los días de fiesta y disminución de las horas de trabajo, se encojen de hombros, cuando no contestan con la bofetada ó el garrotazo que queda impune. Vamos! Es preciso que una vez por todas se convenzan. Esto no se arregla con padre-nuestros! Y si los poderosos se meten; ya saben ustedes lo que hay que hacer. No serían los primeros, que iban á conocer, como despachurra las tripas la dinamita!

Al llegar aquí se calló Martín, moviendo tristemente la cabeza como si quisiera así repetir su estribillo: «esto no anda! esto no anda! Se acordaba del pavoroso espectro y tuvo un gesto de asco varonil. El sol occidente iluminaba; en ese momento, los ojos lúgubres de Germán y el resplandor del rojo horizonte difundía al rededor de su persona, como una aureola de in-

cendio. La muchedumbre estrepitaba fascinada por el anarquista.

Así en algunos años de sorda labor y de tenaces luchas, la huelga se había desparramado por toda la ciudad. Reventaba hoy en una fábrica, mañana en un taller y los que resistían eran ultrajados, cuando no los ensangrentaban á palos ó á puñal. Había mucho hambre y mucho arambel. Los obreros vivían en una inquietud muy cercana de la demencia y la deshonra entraba á menudo á polucionar sus casas. Los figones estaban llenos de borrachos. Allí entre el humo de las pipas y sobre las copas de caña, estudiaban los gefes las formas violentas para dejar desierto al trabajo y meditaban las venganzas. Allí llegaban los cuentos horribles de los que en invierno se habían muerto de frio y se sabían los vejámenes de los patrones y de los poderosos contra los proletarios miserables que los servían. Cuando salían de la sentina y entraban en sus tugurios, el espectáculo de la familia harapienta aumentaba el encono y por todas partes se sentía el estrépito del subsuelo, con tonalidades de borrasca. El alma lóbrega de German atizaba las malas pasiones, saltando de taberna en taberna, de mechinal en mechinal, siempre agitado, siempre consejero del delito, mientras Goga, la meretriz, corrompía las muchachas de los talleres. Pero muchas veces

se volvía indócil, resistiendo las órdenes del anarquista. Entonces éste la abofeteaba hasta sacarle sangre y cuando ella se quejaba exclamando: « Jesús! Jesús! Dolores sálveme! »; Germán la arrastraba de las mechas por el pavimento de ladrillo. Huía ella después, perdiéndose días enteros y vagando por la ciudad como un alma desconsolada. Iba siempre hacia la casa de Mendez. Quería hablar con Dolores; pero cuando llegaba cerca, se la veía retroceder y perderse lejos de nuevo. Volvía á ser una orgiástica; volvía á German, hechizada por aquel corazón ponzoñoso. Mientras tanto, éste, en su propaganda, se había encontrado muchas veces con Ricardo. Habían tenido diálogos acres. Se arrebataban los prosélitos en esa lucha formidable, en que los católicos aumentaban sus sociedades y se fortalecían por la fé y la riqueza. Entre las dos fuerzas, Elbio Errécar trabajaba para que sus amigos no se afiliasen y una gran masa de obreros lo seguía, seducidos por su honesta palabra y porque preferían no ser sectarios. Eran un enorme grupo de robustos y de sanos, esos vencedores del porvenir. Se llamaban: libres trabajadores! Los socialistas por su parte, se agitaban y se confundían con los de la anarquía, en su lucha contra los católicos. Eran conferencias, reuniones en media calle, protestas, amenazas y un furioso bregar por

adquirir adeptos, mientras los libres trabajadores iban engrosando sus huestes, sin preocuparse de otra cosa que de la labor y del ahorro. La ciudad sufría por el abandono de los talleres, por los malos inviernos, por las cosechas perdidas y por el recuerdo de la abundancia del pasado. Todos temían la catástrofe. Los choques se producían á cada rato. Había heridos. En los conciliábulos se trataba de las batallas futuras y la pobreza aumentaba los enconos. Mucho harapo por las calles, mucha hambre. Los borrachos pululaban. Se oían cantos feroces en las ventas del arrabal y de los barrios sucios de la ciudad y las estrofas de la anarquía concitaban á la venganza, mientras los predicadores por su parte exacerbaban el misticismo.

La hora trágica había llegado. Fué eso en un día de primavera, cuando el barro empieza á secarse en las calles, el olor de humedad á irse de las casas y las manchas de las paredes y de los cielo-rasos á borrarse; cuando la luz es más clara, el aire más límpido, el cielo más sosegado y azul. Los obreros llegaban á las plazas en son de huelga, con fúnebres propósitos, enfrente de la alegría del renacimiento, á través de los días de sol, entre el estrépito de la zumbadora sinfonía de la ciudad, mientras en las quintas cantan los pájaros, florece el durazno y aparece el nido y se miran con desconfianza las nieblas invernales en

derrota, cuyos girones yertos se ven todavía en el horizonte, como una amenaza. No parecía, apesar de eso, que las casas iban á tener más bienestar. Las almas estaban tristes. Nadie se acordaba, que el calor hace brotar los trigales y que las cosechas iban á ser copiosas. Nadie tenía esperanzas de una vida mejor, con más pan y menos pobreza, y aunque las fábricas trabajaban más, ellos no ganarían con eso. La primavera no les traería la riqueza, que hace el corazón benévolo. Sus trajes seguían raídos. Todavía no estaban secos, después de las lluvias y las escarchas del invierno, y los obreros no bendecían por eso al sol de Septiembre, que surca el éter, como un señor glorioso y derrama á torrentes el calor fecundo. Se iban á emborrachar lo mismo, á dormir en los umbrales y á morir. Un carro de basura los recogería por la mañana, para ser arrojados en la fosa común, como una bolsa de huesos. Y cuando llegaba la noche de primavera, bajo el maravilloso azul oscuro, donde los astros brillan en grupos, en innumerables constelaciones, unos más cerca, otros más lejos, otros más allá todavía, formando peldaños brillantes en todas direcciones, bajo las estrellas solitarias, las chispas que apenas se ven y aletean y las brumas luminosas diseminadas, ellos iban á ser como los astros que se adivinan en aquel infinito; pero que no dan

luz, rechazados y escondidos en alguna convulsión cósmica, como seres desheredados y malditos! Iban á caminar como anacoretas roñosos, bajo las líneas fulgurantes de los monumentos celestes, bajo los pórticos, los intercolumnios y los mausoleos luminosos, bajo aquellos esqueletos de catedrales que se ven dibujados en el cielo, señalados con estrellas los vanos de las paredes hundidas, señaladas con estrellas las columnas, las grecas, los chapiteles y las líneas de los campanarios atrevidos, tan esplendorosa toda esa magnificencia, que parecia estar preparada para recibir almas de ricos, mientras las cruces de astros, dibujadas en el azul obscuro, tal vez plantadas sobre calvarios que no tienen historia, quedan allí como amparando á los pobres, que mueren de dolor y son las antorchas lúgubres, que alumbran los cementerios de las multitudes, sacrificadas sobre la tierra, de los desconsolados, á los cuales la vida no satisface y buscan reposo en la desaparición temprana! Por eso son tan tristes, para los ilotas, las noches primaverales, bajo la gloria del cielo apacible y sereno. Allí está diseminada la augusta magestad del Creador y se ve palpar la obra divina, en la armonía sublime de los mundos, que revela el infinito equilibrio de su mente. Allí la luz de las estrellas se conglomeraba hácia la tierra y blandamente descende en suavísimos claroscuros; tiemblan

los pastos de las praderas nativas, al cielo, mandando sus perfumadas esencias; el rocío las humedece; sobre hojas y raíces reposan las gotas de cristal y se difunde un olor á tierra mojada, como si fuera efluvio de germinación, como una alegría de vida sana, al lado de los miserables, que siguen llevando á cuestas los amargos inviernos, sin calor y sin frazadas, esos dolorosos que se arrugan en la noche yerta, en la hediondez de los cuartujos tristes! Para qué van á rezar? Los obreros no tienen primaveras. La indigencia les ha agarrado el corazón y no los suelta. Dios cuida la casa rica, que regala altares, cirios y custodias; luego los pobres usan la blasfemia y el sarcasmo y se azotan á la calle con la protesta. Llenan calles y plazas, acariciando la huelga. Germán guía á la muchedumbre. Habla al pueblo. Son frases crueles. Hieren. Es el eterno ritornello que los hace estremecer de miedo, y sobre su banco, en la gran plaza de la ciudad, á la caída de la tarde, entre los rayos del sol tibio, que se hundía en la pampa, mientras los árboles brotan y los pájaros gorjean, la figura del anarquista tenía la apocalíptica grandeza de un fantasma.

— El plomo los envenena, gritaba Germán después de un rato de silencio. El cansancio y la mala comida los mata. El arsénico los envenena. El frío los tulle en el trabajo. Tienen

para muchos meses de cama. Se ponen tísicos á los veinte años. Se enceguecen por las esquirolas. Se mueren, porque viven amontonados, como en cajón de basuras. La nicotina les despedaza las tripas y el aguardiente ponzoñoso les raja y les seca las entrañas. Los ricos les roban la plata, los deshonoran y las mujeres de ustedes mueren, después de los partos, porque no tienen descanso! Están destinadas á reventar á los treinta años!

—Entonces nos roban, rugió la muchedumbre. Nos matan nuestras mujeres; porque no pueden descansar después de los partos. No queremos morir, ni trabajar ya! A ellos! A las fábricas! Allí tienen dinero en las cajas y buenos vinos en las bodegas!

En medio de aquella luz de púrpura sucedió una cosa terrible, bajo las llamaradas del transmonto, sobre el césped destruído, entre la arboleda de la plaza, que parecía teñida de sangre. Un ejército de mujeres invadió en desorden, con clamores de tumulto. A la cabeza Goga, con el pelo suelto y mostrando el pecho desnudo. Tenían pollera de alpaca negra, cubierto el toráx por la blusa de percal azulada, sujeta por un cinturón de cuero. Muchas habían salido en tropel de las casas de costuras; la mayor parte hedían á tabaco. Eran cigarreras, de cuerpo flaco y de lívida piel, inquietas y desazonadas y con la sangre enferma de nicotina.

Vivían arrojándola con los vómitos, con los intestinos ulcerados, casi enloquecidas, entregando la flor de la juventud, al trabajo venenoso. De cuando en cuando, entre el estrépito ensordecedor, se oía la tos de las tuberculosas, funerária, como si fuera el tambor de la muerte. A medida que iban llegando, la luz rosada del poniente teñía los rostros demacrados, llenos de huecos oscuros y óseas hinchazones y daban al ojo procaz y arrebatado un tinte lúgubre. A esa hora, ya el sol se hundía detrás de las casas y la penumbra se venía entrando por las calles. En la plaza la luz rápidamente desaparecía y el aroma vespertino de la arboleda y los olores sabrosos de los canteros regados se desvanecían también, entre el tufo y la mugre de aquellas sudorosas agitadas: El hacinamiento escribía allí sus trovas dolorosas: tristes historias de muchachas que abortaban por la fatiga, para morir después inficionadas; caídas de inocencias, que terminaban en el despeñadero suicida y miserables odiseas de ancianas, que ya no sabían rezar. Y aquí el ajenjo; allá el ajenjo; por todas partes el enfermo delirio y las pavorosas visiones! Y narraban como las que aman á sus hijos y vuelven á la fábrica, para poderlos mantener, les dan mala leche y mientras ellas manejan los tabacos, en la cuna que tienen al lado, el chico muere cada día más.... y la madre lo toma

en los brazos y lo arrulla!... pero el chico muere cada día más, porque ella no sabe que su leche mata. Y narraban, pues, esas trovas, como se arrojan, patas arriba, en los lupanares, muchas cansadas y enfermas de trabajar, y hundían para siempre los corazones en las inmorales ausencias, mientras el hambre y el cinismo mostraban esa tarde, entre aquella muchedumbre, la impudencia de muchas matrices preñadas y no eran aquellas humanas voces, sino alaridos de desesperaciones inconsolables. Así entre el tumulto se oían las palabras estridentes de Goga. Estaba ébria. Era una bacante que se revolvía entre los grupos, con las crenchas al viento, en hebras de oro, como una loca vociferando:

—Germán! Qué estás haciendo? Pura boea. Yo estoy borracha y no te tengo miedo Aquí te las traigo. Son doscientas. No van á ir más á la fábrica. Oh! diablos! No las podía convencer que, con un manotón, tendrían más plata que sirviendo veinte años y que lo mismo era largarse boca arriba con cualquiera, en cualquier catre de posada, que dar vuelta los dedos para hacer cigarrillos el día entero ó coser de la mañana á la noche. Ganan un peso y medio y dos cuando revientan. Se precisa ser idiotas! De repente me hablaban de la virtud y que tenían que socorrer á los padres. La virtud? Los padres Germán? Vos sabés lo que es

eso? Esta Eufrasia, ven ustedes—y Goga señalaba una muchacha de quince años—ésta tiene un zapallo en el vientre. Mírenla. El padre tiene la culpa. Me hablaba de la virtud. Pobre inocente! Allí hay veinte que se enfermaron, cuando empezaron á ir á la fábrica. El tabaco las hacía vomitar. Se volvían como de cera. Así han quedado. Están de epidemia. Puro hueso y ni para la cama sirven. Ah! esta Catalina! La ves, Germán? La ven ustedes? Bueno. Es una robusta muchacha. Ese es el marido y Goga indicó un mocetón vigoroso. Quieren tener hijos; pero el tabaco la ha hecho abortar veinte veces. Ya están cansadas. Ahora vienen con nosotros. Y hasta la muerte! Cuánto me ha costado traerlas! Prefieren vomitar sangre y morirse tísicas, antes que salir del taller, donde cosen todo el mes, para ganar veinte pesos, donde apenas tienen luz y lo pasan muertas de frío en el invierno. Ahora están resueltas. Hay que prenderle fuego á las fábricas. Hay que romper las cajas de fierro. Que entreguen lo que no es de ellos!—

Un hurrah! estentóreo saludó las últimas palabras de Goga. Dos obreros levantáronla sobre sus hombros y la sentaron en medio de un estrépito de infierno. Las piernas quedaron colgando, cubiertas por la media de seda negra, y la piel rosada aparecía, entre sus mallas

aquí y allí, en puntos y en estrellas. Era una sombría ninfómana, de ojos grandes y azules y de rostro tormentoso, hermosa hasta fuera de lo humano y con todas las pasiones del lodazal! Crujían las sedas de su vestido, estrujadas contra el cuello de los atletas, que la sostenían.

--Tenés razón, gritaba toda esa multitud, aglomerada alrededor de ella. Tenés razón. A las fábricas! Ya estamos cansadas de padecer!

—Sí, pues. Y de una vez, contestó Goga, echándose á la espalda la cabellera. Hace tiempo que le digo á estas muchachas: qué van á sacar con entristecerse? Aquí andan una porción con la nariz colorada. Se emborrachan para olvidar penas. Y muchas ya están pensando en suicidarse, tirándose bajo los tramways. Son unas cobardes! Más valor han tenido, para hacerse preñar como las yeguas! Germán, gritó la mujer, sacudiéndose toda y haciendo tambalear á los obreros, que la cargaban, qué esperas? Estos te van á seguir. Para eso les has dado toda tu plata. Los has servido de todos modos. O quieres que se te vayan? Esta es la ocasión. O quieres que los Mendez destruyan tu influencia?.....

Una luz de furor hizo temblar los ojos de Germán.

—Vamos, rugió. Vamos. Allí enfrente hay

kerosene; pero antes te vas á bajar, gran p....!

De un tirón de las piernas la bajó y le escupió en la cara estas palabras brutales :

—!Chancha! En qué has andado? Qué tienen que hacer los Mendez aquí? Cuando menos te habrás revolcado, con ese frailón hipócrita!

Los artesanos retrocedieron y formaron corro alrededor de ellos. La cara de Germán era una máscara tenebrosa y todos sus músculos saltaban, como en espasmo epiléptico. Alguna cosa de exterminio pasó por allí, con la brusquedad del escalofrío. Hubiérase creído, que Goga iba á morir á manos del amante y cuando él le echaba los dedos al cuello, como tenazas para estrangularla, se sintió arrancar con violencia y rodó lejos como una pelota. Muchos se habían interpuesto; Elbio también, con su hercúlea figura. salvaron á la prostituta. Los obreros no se atrevían con el médico, porque les asistía á los hijos sin cobrarles; les daba dinero para los remedios, frazadas y vino para sus enfermos. Algunos se retiraron para rodear al anarquista :

—Tiene razón Goga, le decían, hablando muchos á la vez. Los Mendez son tus enemigos.

—Ya lo sé! Ya lo sé! Contestó Germán con voz ronca. Un acceso de tos le impedía hablar. Escupia sangre....

—A mí me han venido á ver, dijo un obrero. Cien voces repitieron:

—A mi también! A mi también!

—Fué don Ricardo, siguió el obrero. Que nos íbamos á perder contigo, nos dijo. Que nos acordáramos, que éramos cristianos y que nuestras viejas rezaban el rosario. Nada nos iba á faltar. Los círculos católicos nos darían trabajo. Tendríamos casa barata. Hasta carne y ropas nos prometían. A mi mujer le dieron ropas y vistieron á mis chicos. Están llenos de plata. «Tu vas al crimen, con ese German, me agregó don Ricardo. No cree en Dios. Cualquiera día te arrastran á la logia, donde se meditan los grandes delitos». A mí no me importa. Yo sé que esos círculos viven de los ricos. Yo los odio.

—Bah! Eso no es nada, gritó una mujer. A mis muchachas las llevó la señora Dolores á los talleres de la sociedad, que llaman de San Vicente de Paul. Que les cuenten ellas.

—Yo me mandé mudar. Quién les hace caso? dijo una muchachuela flaca y lívida de vicios. Me hacían rezar y coser para los pobres. Eso sí lo he visto. Íbamos á visitar enfermos. Les mandan médico y remedios. Les pagan el alquiler. Querían enseñarme la doctrina, porque se lo pasan juntando chicos y rezando con ellos padres nuestros y rosarios. Me preguntaron si tenía novio, para hacerme

casar, á mí, que me caso todos los días. Qué aburridas son y qué curiosas!

Se oyeron entonces muchas voces de mujer.

—Es cierto, decían á la vez. A mí me preguntaron. A mí también y á mí también. Que la religión no permite vivir juntos sin casarse, me decían. Bah! Y quién nos paga el casorio?

—Nosotras. Nada les va á costar, contestaban.

—Nada? gruñó una vieja andrajosa, con el pecho bronceado al aire. Nada? Hum! No paran hasta dar, con las hijas de ustedes, en un convento. La niña Angélica y la niña Dolores hacen eso, y uno no está para que le quiten los hijos. Así le sucedió á mi Teresa. Yo la mandé que se ganara la vida por ahí como yo. Y para qué tiene el cuerpo? Oh! Y no quiso pues. Empezó á resistirse y á rezar. Yo se la iba á entregar al talabartero; porque de alguno tiene que ser, pero cuando éste la sugetó de los brazos, delante de mí, para echarla á la cama.....

En ese instante muchas mujeres rodearon á la vieja. Le querían pegar. La apostrofaban:

—Bruta! Cochina! Delante de vos, gritaban. Échenla. Échenla! A la cloaca! A la cloaca!

La vieja no se inmutó. Era una horrible figura, una bolsa de grasa, henchida de olores hediondos. Hacía saltar su vientre de aquí

para allá en una ancha parábola, cuando caminaba, para evitar los golpes. No se le movía un músculo de la cara. El ojo era sucio y frío y la pupila cínica. No había conocido más vida que prostituirse. Su casa era el prostíbulo; su profesión de vieja, emburdelar doncellas; su cuerpo una roña y su alma una tiniebla. Ella contestaba á gritos:

— Ustedes son peores. Aquí hay más cornudos que gente. Son capaces de pegársela á á Jesu-Cristo! Ni la boca tienen virgen. No embromen! Siquiera mi Teresa, la muy puerca, se metió al convento. Descúidense con los Mendez. Les han de quitar los hijos y ustedes en vez de gritar, debían agradecerme el aviso, malas ovejas!!

Un ímpetu de furor cruzó la muchedumbre, que se hizo tumultuaria y un largo rujido se oyó de punta á punta, mientras se formaba, al rededor de la vieja, un remolino vertiginoso. La noche había caído sobre aquel enjambre de hambrientos; una noche quieta y caliente, sin estrellas en el cielo y sin paz. La ciudad se iluminaba por todas partes, por el gas de las calles y los esplendores que de los negocios salían. Era triste la escena en ese drama de miserias, que se representaba en aquella plaza, donde rujía el alma tenebrosa del populacho. La lucha con los patronos había estallado hacía rato. No querían ceder. Nada los persuadía; ni el

espectáculo de la pobreza, ni el dolor de las familias, que no ganaban para comer. La idea homicida penetraba en la multitud. Había llegado la hora fascinerosa. Pero como si esto no bastara, se agregaron, á la barahunda infernal, nuevos y brutales fragores. Las aceras se sacudían y la atmósfera, enloquecida, huía silbando de aquí para allá y de léjos se sentía venir un pueblo rujiente, una enorme masa negra, avanzando entre las trepidaciones epilépticas. Eran nuevas huelgas, nuevos ejércitos de descamisados, que llegaban vociferando y destrozando, en una gritería horrenda. La desesperanza agitaba, sobre los tumultuarios, sus lúgubres hachones. Hubo un espantoso vaiven. Las dos másas habían chocado y en la irrupción formidable, la vieja rufiana azotada, pisoteada, con las ropas en girones, que dejaban ver la carne rojiza, arrugada y marchita, fué arrojada al suelo. La multitud iba á pasar sobre ella, cuando cuatro brazos vigorosos la levantaron para aventarla de nuevo. Así rodó por los aires, y cruzó y volvió á cruzar como una deforme carnasa, entre las imprecaciones de la horda.

—A la cloaca! A la cloaca! era el grito bárbaro. Tomá! y la escupian. Tomá! Llevale hembras á los ricos! Alcahueta!

Y cruzaba y volvía á cruzar, como una sombra nefanda, entre los palmoteos y los sarcasmos.

—A la cloaca! A la cloaca! seguían los bramidos á lo lejos.

Se echaron al medio de la calle, arrastrándola. Los adoquines saltaron. Cincuenta barretas agujereaban el pavimento en el siniestro repiqueteo. Empezaron á abrir una cueva que se hacía cada vez más honda. De repente no consiguieron ir más abajo. Estaban sobre la bóveda. El trabajo era lento. No podían despedazarla. Se apoderó de la muchedumbre un furor vandálico. Los barretazos arreciaron. Nada. Se iba muy despacio. Aquella plebe culebreaba al rededor del antro, en una impaciencia demoníaca.

—La dinamita, gritó una voz.

La palabra se dilató á lo lejos, saltando por el aire, como un tableteo de trueno y se vió á Germán entonces con su fría máscara de aparecido.

—Muchachos! dijo. Déjenme á mí. Yo se eso. Retírense lejos.

Hubo silencio. Al rato se sintió un sordo y profundo rumor en el agujero. Un obrero estaba en el fondo barreneando. Germán se asomaba.

—Más abajo. Pronto. Aquí tengo la bomba!

Siguió el silencio más hondo todavía á medida, que iba llegando la catástrofe. La brega era fulmínea. Estaba concluido. De

un salto estuvo Germán abajo y un momento después, huían de nuevo los dos, hacia los grupos lejanos. La multitud retrocedía des-pavorida, cuando reventó el horrendo estampido, como un reboato de terremoto, como el estallido de una enorme grieta, que hubiera dividido la tierra, entre las paredes de las casas que temblaban, el retintín bullicioso de mil vidrios despedazados y el zumbir de los fragmentos de la cloaca en todas direcciones. Luego la muchedumbre excitada fué presa de un vértigo. Estaba como borracha. La vieja moribunda iba á ser sepultada, entre la oleada de estiércol, que había llenado la cueva. Entónces, en medio de la nausea inmundada, entre el hedor gangrenoso de aquel ambiente, cuatro bandidos levantaron su cuerpo y marchaban hacia el pantano. De pronto se detuvieron. Un hombre había abierto los brazos delante de ellos, una figura hercúlea y resuelta. Tenía en la cara una fiera y sombría expresión de energía. Era Elbio Errécar!

—No! No hagan eso, muchachos, les dijo, adelantándose hacia ellos. Eso es un crimen!

—Déjenos. No se meta con nosotros, le contestaron. Ha perdido á nuestras hijas. Es una puerca!

—Algún servicio les he hecho yo, no es cierto? agregó Elbio con violencia y deteniendo á los hombres.

Eso fué un terrible alarido. Sus palabras se oyeron lejos!

—Es cierto, contestaron mil voces. Vd. cuida nuestros hijos. Vd. es el médico de los pobres. Pero estos están haciendo justicia. Déjelos!

Elbio entónces se encogió como si fuera á saltar sobre ellos. Todos sus músculos se hincharon y sobre su frente pasó algo como un lúgubre relámpago heróico. El atavismo de su raza generosa se condensó en ese hombre. Era el alma fuerte de la montaña vascongada, el templo de gránito de un pueblo honesto, el ozono de las hondas arboledas, la rica savia de las selvas incontaminadas y pasó por allí el rumor de los torrentes cristalinos, que dan á la madre tierra la fecundidad de la mies jugosa y fresca y corria el sudor que da los sueños hondos á los pueblos trabajadores! Esa era la forma atlética, nutrida de carnes puras y de robustas sangres de púrpura, erguida en frente de las mortales palideces de los degenerados y la salud moral, señalando la divina misión de virtud del hombre sobre la tierra, erguida en frente de los enfermos de todos los siglos y de los equivocados de todos los pueblos! Alguna cosa de epopeya significó aquel hombre. Tal vez el triunfo del bien en esta tierra y la gloria feliz del hogar honesto. Por eso cuando él gritó: «Nunca!

Nunca!» todos se detuvieron. La vieja fué acostada en el suelo y su almohada fué un adoquín.

—Nunca, repitió Elbio. Mientras yo viva, eso no sucederá. Mientras yo sea el jefe de trabajadores, eso no sucederá!

—Estamos cansados de palabras. Retírese, rugió un grupo de anarquistas.

—No es con los que no trabajan que hablo yó, replicó el jóven acremente. En este tumulto hay diez mil hombres buenos. Con ellos hablo.

Muchos contestaron á la vez:

—Tiene razón. Que hable. Y porque no han de querer? No los hemos dejado á ellos que rompan la cloaca? Aquí no hay esclavos. Hable. Cuando lo hemos necesitado, Vd. ha sido como nuestro hermano. Vd. está siempre, cuando en nuestras casas hay tristezas.

Era un zumbido intenso. Alrededor del jóven se empezó á formar una negra masa de artesanos, que aplaudían sus palabras.

—Hable no más, le decían. Acaso no hay otra cosa que hacer que matar. Pero sepa esto Don Elbio. Los patrones no aumentan los salarios. Queremos las ocho horas; tener Domingos y que paguen á nuestras mujeres como á nosotros, cuando ellas trabajan tanto como nosotros. Ese Germán es un mal hombre. Nos aconseja el delito. Queremos cum-

plir; pero sentimos en el cuerpo que necesitamos descanso. Las ocho horas no las pedimos de haraganes. Queremos más sueldo, para poder comer mejor y tener mejor ropa. Así el trabajo es más completo.

—Imbéciles; tronó una voz detrás de ellos. Imbéciles! Siempre el lloriqueo! Siempre la humillación!

Era Germán que se retiraba seguido de una cohorte de obreros. Se oyó el grito fatídico y salvaje:

—Viva la anarquía! Abajo los burgueses!
Viva la revolución social!»!

En ese momento, Elbio sobre un banco, hablaba al pueblo. El pudo contemplar entonces la muchedumbre inmensa, que se extendía á lo lejos, como un gran mar obscuro, balanceándose de aquí para allá, en una agitación de borrasca. Y como el mar tiene una sinfonía de susurros playeros, de lejanas imprecaciones, de bofetadas contra los acantilados, de estrépitos vastos y bufidos de rabias y estentóreos bramidos de tormentas, escondidas en las tinieblas de sus hondas cavernas, así de la entraña de las muchedumbres aglomeradas, se elevan los himnos del alma pobre, las protestas de los parias desheredados, el ahullido de las hambres angustiosas, el clamor de las deshonoras, ocultas en las matrices preñadas, y el dolor de la labor y de la virtud tan estériles á veces.

Porque la vida es para los más un áspero serrucho, que sigue estrujando hasta la muerte á los que hiere y la inteligencia colectiva se ha enfermado alguna vez por la certidumbre, que adquiere en el triunfo del mal, y los estenuados por la labor demasiado ruda y el salario demasiado escaso, los fríos sin ropa y el insomnio desconsolado, caen fácilmente en las trampas tenebrosas de los perversos, agazapados en las puertas de los talleres, para contaminarlos. Por eso las palabras del médico fueron graves y solemnes:

—Hablo á los ricos; hablo á los gobiernos, dijo. Es necesario que escuchen esto. Los pintores, los tipografos, los grabadores, los sombrereros deben trabajar pocas horas, porque el plomo es perjudicial y el arsénico mata. Los que andan con tabacos, deben trabajar pocas horas! La nicotina es muy tóxica. Se lleva mucha gente. Es necesario cuidar á los que manejan alcoholes y aconsejarles que no tomen. En las escuelas y en las calles debía enseñarse que eso estraiga, que eso pudre el alma, y mata, y hablarles de los hijos que por culpa de ellos nacen enfermos! Porqué han de estar tanto tiempo agachadas las costureras sin aire y amontonadas, sin buen alimento, sin luz y sin descanso? A caso el carbón, que calienta las planchas no destruye la vida, disgregando la sangre, con su llamarada anemiante? Ya se sabe que las

planchadoras se mueren tuberculosas, cuando trabajan mucho! Y es indiferente, que los herberos respiren, el día entero, los tufos empireumáticos de las anchas fraguas y los hombres de las minas traguen las guijas de los carbones homicidas en la eterna y húmeda noche de las cuevas insondables? Luego á los ricos hablo! A los gobiernos hablo! Los pobres se mueren tísicos, porque no los cuidan.

Es preciso que trabajen menos. Es preciso que coman mejor, porque los obreros se emborrachan cuando están fatigados y cuando están pobres. Alguien ya lo dijo: «la sed de alcohol no es la causa, sino el corolario de la miseria (*). Los venenos deben alejarse, en lo que se pueda, de las industrias. O acaso las mujeres y los niños que manejan el fósforo no se enflaquecen hasta secarse con ese amarillento color, que parece el heraldo de la lividez cadavérica? Y después no se puede estar, oh! mis amigos, el día entero, los inviernos enteros, con los brazos y los piés en el agua, como las que lavan la ropa, como los cortadores de ladrillos, sin que la escrófula les pudra el cuello ó el reumatismo los tulla. Oh! lo que yo he visto, oh! mis amigos! y la palabra del joven temblaba de dolor y de emoción—lo que yo he visto en mi

(*) Tesis del Dr. Gimenez.

sala del hospital. Pobres muchachos de veinte años, pálidas criaturas, acostadas tres meses con las coyunturas dolorosas y con el corazón mordido por la enfermedad y ya para siempre! Por eso ustedes tienen razón en lo que piden. Quieren conservarse para educar á sus hijos y hacen bien. Al fin tienen todos los derechos las cunas de madera, donde ellos duermen y sobre las cuales se agachan ustedes á besarlos en el silencio de la noche. Y Dios y los hombres deben dar la paz para la casa pobre, donde las madres rezan el rosario, porque cada uno las ha tenido cerca, llenas de amor infinito, de dulzuras y de perdones infinitos! Muchas de ustedes son madres y deben acordarse de los hijos, que están solos en estos momentos. Bueno. Entonces es preciso que no desesperen. Pueden hacer la protesta; pero no maten y malo es que se use el ultrage, para pedir un derecho. Y yo les pido á mi vez que no desesperen, porque yo se que los sufrimientos del pobre van disminuyendo con los tiempos y los poderosos los van necesitando cada vez más. Yo conozco muchos ricos y sé como piensan. Hay miserables entre ellos, almas esquivas y necios estériles; pero los más, hasta por necesidad de conservación, aman al labriego que trabaja sus tierras, al pastor que de sus rebaños cuida. Mucho dinero de ricos sirve para consolar dolores, ves-

tir harapientos y educar desvalidos. Podría ser más, es cierto; pero entonces es preciso no confundirlos á todos en los mismos ódios. Cuando ellos sepan, que muchos obreros tienen que usar venenos, que les acortan la vida y que los hacen enjendrar hijos raquíticos, disminuirán las horas de trabajo. Cuando ellos sepan, que la embriaguéz puede dar lugar á locuras y degeneraciones hasta los nietos de los nietos, pagarán mejor y construirán para ustedes casas más sanas. Si la tisis se propaga, sus hijos están espuestos. No ha de haber tanta alegría, como ustedes piensan, en el palacio, que está asomando sus ventanales sobre los patios del conventillo, lleno de suciedad y de viejas podredumbres, cuyas emanaciones lo atropellan y lo acosan con amenazas de muerte. Pidan siempre; pero no ultrajen y no lleguen nunca á la destrucción y al incendio. Los obreros deben tener dos Domingos por semana, porque en esos días las madres asean á los chicos y les ponen sus mejores trajes. Ustedes los llevan á misa y por la tarde sale la familia á tomar el aire libre de las afueras. Entonces ustedes se sientan bajo los pocos ombúes, que todavía quedan, mientras ellos retozan y juegan, hacen músculos robustos y almas sanas. Por eso yo creo, que deben ser dos los Domingos, porque estos descansos unen á la familia en el cariño, que no desa-

parece nunca y estos recuerdos sirven para estrechar hasta la muerte el corazón de los hermanos. Ninguno de ustedes va á querer que la dinamita y el fuego destruyan la tierra, que hemos amado desde chicos y en cuyo seno están enterrados los padres de nuestros amores. Porque ustedes se arrodillaron al lado de la cama para besarlos, cuando estaban moribundos, y les prometieron con lágrimas, que iban á ser honestos y los pobres viejos que ya tenían una mano en la eternidad, colocaban la otra sobre vuestras cabezas para bendeciros! Entonces morían, sabiendo, que nunca la mala conducta de los hijos iba á manchar sus memorias y que, por culpa de ellos, ningun extranjero iba á escupir nunca las glorias de nuestra tierra!

Los obreros estaban conmovidos. Se sentía en todas partes un poderoso estremecimiento. Elbio, rodeado por un profundo silencio, pronunció las últimas palabras melancólicas. Había en la muchedumbre un deseo de irse pronto, como si quisieran huir del remordimiento. Un grupo de ancianos se acercó para estrecharle la mano. Uno de ellos le dijo: —Yo he tomado mucho Dn. Elbio. La vida sobre el pescante es muy mala. Tanta agua y tanto frío y tantas rabias el día entero. Yo no siento por mí, sino por los hijos, que han nacido enfermos, porque yo soy un borracho. . . . »

Elbio le estrechó la mano, mientras dos grandes lágrimas caían de los ojos del cochero que seguía hablando:

—Aquí estamos más de quinientos; pero no sabemos hacer las cosas, sin cometer delitos. Defiéndanos usted, que nos cuida los hijos.

De todas partes, á lo lejos, contestaron millares de voces:

—Sí. Defiéndanos usted !Defiéndanos!

Todos se acercaban á estrecharle la mano. Querían darle las gracias por los beneficios recibidos. Los artesanos, allí reunidos, lo consagraron jefe en esa memorable noche. Entonces él se olvidó sus pobreza de médico y de los fríos pasados en sus correrías á través de los ranchos miserables y su corazón se estremeció, cuando ellos bendecían el nombre de la niña Angélica, que les mandaba ropas y de Dolores del Rio, que socorria sus miserias. Elbio estendió la mano y consiguió acallar los gritos, que lo consagraban jefe.

—Bueno, muchachos, empezó de nuevo el joven. Yo los voy á defender; pero es preciso volver al trabajo. Los patrones tienen que dar más salarios, para que vuestras mujeres puedan atender la casa y vuestras hijas puedan ser educadas cerca de la madre, porque el hogar de la mujer no es la fábrica; la calle tiene muchos peligros, y esas amables y delicadas criaturas, que son para ustedes como los ánge-

les de la gentileza, no debén enfermarse en el aire confinado, ni marchitarse en el abandono. A un paso de la inocencia, que es flor del cielo está el mal, que tiene exhalaciones venenosas, para matar sus divinas purezas. Las niñas no deben salir de al lado de los padres nunca, sino para formar las nuevas casas. Pero si ustedes no trabajan, para darles de comer y vestir las, si se emborrachan, ellas tendrán que salir no más á buscar el pan ajeno para traerlo; ellas que no tienen fuerzas y entonces sucederá que alguna noche las esperen inútilmente.... inútilmente....

Aquella asamblea tuvo un doloroso sacudimiento. Esa era la historia de muchos de los que estaban allí. Un rumor lejano y sordo interrumpió aquel profundo silencio. Parecian descargas de fusilería; talvez los soldados dispersaban otras huelgas, mientras Elbio había seguido hablando.

—Este es el gran delito del sueldo miserable! Esto es lo más inícuo! La justicia humana debía estar presente, para castigar las avaricias de los patrones. Esto es lo más inícuo! Esto es lo más inícuo! Mucho se ha arreglado ya. No desesperen. Día ha de llegar en que el obrero gane lo suficiente, para que sus hijas no tengan que trabajar afuera y en que no se permita, que los varones lo hagan hasta los diez y seis años. Yo he visto á estos

niños desfilan por las calles, en manifestaciones de gremios. He sentido entónces como una tortura en el corazón y he pensado que hacer trabajar á los chicos, es un crimen contra Dios y una profanación de las leyes de la naturaleza. Quitarles, en las fábricas, el aire abierto, el gran sol, el ejercicio de sus músculos; ahogar en ellos la necesidad inquieta de la vagancia; privarlos de los juegos triunfales que producen fuertes adolescencias, es contribuir á arrebatarse energías á las naciones y prepararlas á morir. Y para que no se cometan estos brutales delitos, ustedes deben ser constantes, por qué es preciso conservar á los hijos. Así los ancianos podrán irse tranquilos y bendecirlos. Entónces desde mañana al trabajo. Yo los voy á defender; pero antes vamos á hacer una obra de caridad. Nadie sabe, lo que esta mujer ha sufrido, para llegar tan abajo—y señaló á la vieja, acostada en el suelo. Necesito cuatro hombres, agregó.

Se atropellaron todos para servirlo. Un obrero llegó corriendo con un catre. Sobre él la colocaron y cuando el grupo se alejaba hácia el hospital llevándola, y los trabajadores se iban á dispersar, unas cuadras más lejos, cerca de la casa de Méndez se sintió un violento tropel y una llamarada de incendio iluminó el horizonte nocturno. Sonaron tiros en medio de un estrépito ensordecedor. Parecía

que mil ginetes hacían temblar la tierra. Una inmensa muchedumbre enloquecida, se azotaba sobre los que llevaban el catre. Elbio dió un terrible grito, lleno de ira y de coraje:

—Son los soldados! Sávenla pronto. Es Germán. Ah fascineroso! Ha incendiado la fábrica! Vuelven deshechos! Los soldados los han fusilado! Sávenla! En ese zaguán! En ese zaguán! Así. Cierren.

No obedecían.

—Pronto, replicó el joven con violencia y empujándolos.

—Usted también. Don Elbio, dijeron los que lo rodeaban. Sálvese!

—Pronto esa muger, les digo. No se ocupen de mí.

En sus palabras había una vigorosa energía. Obedecieron mientras el médico se dirigía, rodeado de un pueblo inmenso, hacia la casa de Méndez.....

Elbio era un sano, de pecho levantado y pulmón ámplio, de corazón fuerte, con ritmo lento y robusto. Su piel blanca, un poco gruesa y áspera., una piel sin manchas, involucraba el armonioso cuerpo de hombre vigoroso y alto y los relieves del músculo. De ojos grandes y oscuros y de mirar dulce y amable, adquirían aquellos extraordinaria agudeza en presencia de la injusticia. Sobre su frente mar-

mórea y nítida, nunca una arruga amarga, nunca una contracción de alma indecisa, y en toda su cara de plácida bondad, jamás una mueca de desprecio, ni relámpagos de orgullo, antes más bien la serena luz resplandecía de su alma caritativa. Era un sobrio y un casto. Dormía hondo este generoso, que vió muchas madrugadas, enamorado de las alegres frescuras de las auroras nacientes; este idólatra del sol, de las savias del bosque y de las gentilezas de las flores primaverales. Amaba y defendía á los niños y á los adolescentes y veneraba á los viejos, porque era ecuánime dentro de lo humano. En su profesión un misionero, un intrépido sin jactancia y un tranquilo dominador del peligro y caminaba entre las epidemias siempre sonriente, siempre amigo de los pobres moribundos, atrayendo á todos con el cortés decir y con el razonar lógico y persuasivo. Solamente el mal y la tiranía, con sus perversidades y humillaciones, suscitábanle, en el corazón, el anatema casi salvaje y el ímpetu batallador casi heróico. Por eso le disgustaban los católicos, que formaban sectas y los anarquistas y socialistas, que maltrataban la justicia con el crimen y la huelga y bregaba por la libertad del alma humana. Era un apasionado de la independencia y los «libres trabajadores» eran una emanación de su persona. De

ahí sus palabras á veces violentas; de ahí su transfiguración en el fuerte apostolado. Si hubiera tenido emblema, sus símbolos no habrían glorificado la fuerza y probablemente no habría habido en él .sinó una enorme pupila clarovidente, iluminando pañoramas de inmaculada justicia.....

..

..

G O G A

—

Y porque era un justo, los obreros lo rodearon, formando cuadro. El caminaba en el centro de la robusta faianje, que hendía al tumulto, en silencio, entre el ahullar de los aterrorizados en fuga, en medio del fragor lejano de la fusilería. Salieron de la plaza forcejeando en medio de la muchedumbre, mientras en el aire volteaban furiosas las vociferaciones de la anarquía y los fragmentos descompuestos de las almas enfermas se azotaban por todas partes, en la penumbra de la calle agitada. La falange engrosaba. Nuevas hileras de silenciosos se formaron al frente y á los costados, siguiendo su camino sin conmoverse, mirando adelante siempre, impertubables y serenos como si eso fuera un solo corazón formidable. Pasaban entre bramidos de cólera, sin decir una palabra, rozando las blusas sudorosas y

achatando contra las paredes y las puertas cerradas á un ejército de espectros. Eran grupos de anarquistas, rechazados á balazos de la fábrica, después de haber chocado en sangrienta reyerta con los católicos, que volvían de la peregrinación. A lo lejos el cielo estaba rojo de chispas y de llamas y los fulgores empezaban á iluminar el rostro de los caminantes, mientras se formaban nuevas hileras á vanguardia, siempre adelante, siempre en silencio, lentas y solemnes. Sonó un estallido. Algo había reventado á lo lejos, seguido de vivísimas incandescencias. Se sentían estrépitos sordos y los ecos de una enorme algarabía, un inmane rumor, que sacudía la entraña de la ciudad, como el anuncio de una desventura. La gente seguía huyendo entre la infernal gritería:

—Nos fusilan. Canallas! Los soldados están como fieras. Mis hijos! Mis hijos!. Me los han muerto! Asesinos! Los católicos los trajeron! No importa. Todavía somos muchos. Lo mismo rezan que degüellan! Infames! Viva la anarquía! Viva Germán! Viva la revolución social! Derramen sangre no más. La tierra la chupa. Hagan mártires. Han de nacer mucho más que los que mueren!! ...

Eran nuevos tropeles y nuevos gritos; era la blasfemia por todas partes, el rujido de los odios mortales y los estridores de la vengan-

za impotente; las sombras del alma homicida, el reto temerario al patíbulo, el ajeno lúgubre despertando la maldad impulsiva y las desesperaciones aglomeradas de la miseria haragana y súa; eran los misioneros juveniles, los sinceros que ignoran que el incendio y las demoliciones no crean; las tradiciones de veinte siglos de dolores de pueblos y de truhanerías de déspotas, sufridas de generación en generación; la doliente elegía de las ergástulas que encierran los libres de todos los tiempos, á los soñadores de todos los ideales y á los apóstoles de todos los proletarios; los destierros seculares; la protesta amenazadora de los mechinales del zótano, de la bohardilla, de los chiribitiles y de las casamatas contra los histriones de las cortes orgiásticas, vestidas de rasos y borrachas de champagnes contaminados; las congojas de las virtudes tenaces, que no dan sino hambres y desolaciones y los fúnebres remordimientos de las caidas irreparables! Eran los ilotas, los gauchos, los rotos, todos los que sufren, todos los que obedecen! Habían encontrado la dinamita. Habían descubierto el incendio. Demolian. Desencuadernaban lo existente, y esa legión, llevaba, guardados en el seno, en la hora de la derrota, los girones de sus rojas banderas, para más tarde, cuando brotaran mártires de la sangre de mártires, para rehacer las cohortes y crear al fin, sobre el cemen-

terio de los verdugos, el ejército de los vagabundos triunfales, los batalladores de los desenfrenos fecundos, destinados á imponer la reforma, la riqueza, el bienestar, la ley y el saber para todos! Y huían no más y se estrellaban en la mole férrea del cuadrado formidable de trabajadores en marcha. Huían; pero sin miedo. Era una retirada para retomar alientos y volver de nuevo en ocasión más propicia. Así en esa calle de la ciudad, bajo el cielo de la noche sin estrellas, se escribía en ese momento el drama sombrío de los expatriados por la civilización, que no ha producido felices. Con ella ha aumentado el hambre, la desnudéz y el dolor. Inventó el ejército y los impuestos que empobrecen. Inventó al Estado, sayón criminal de todas las plutocracias. No ha destruido todavía lo que llaman el honor regional, como si eso fuere más perfecto que el bienestar de la humanidad entera y á fin de sostenerlo, no encontró nada mejor que las guerras, para que desaparecieran los humildes en la matanza. A los huérfanos preparó la fábrica y en el último rincón de los enterratorios, la huaca negra del sepulcro sin cruces, para devorar miserables. Mejor era volver al punto de partida entonces, á las desiertas naturalezas, á la larga procesión de los salvajes primitivos á través de la estepa. Mejor era eso, que poseer en las ciudades la funesta psicología de la horda va-

gabunda, sin techo, sin pan, obligada á todos los deberes y sin amparo asimismo, infecunda como los mares solitarios. Habrían sido libres siquiera. Habrían conquistado á las fieras en pleno sol, en hidalga lucha y en vez de ser los lívidos peregrinos de las calles y los andrajosos de los conventillos, habrían marchado hasta la muerte, cubiertos de pieles, erguidos los torsos de bronce, heróicos y sanguinarios y comido la carne sana de sus víctimas. Y sus mujeres, con los pechos de fuera, turgentes por la cuajada de sus leches frescas y sabrosas, habrían alimentado hijos robustos, al lado de los que ahora tenían enfermos de mortales raquitismos y las hijas con las formas desnudas, mórbidas como las rosas, hubieran sido virginales, en medio de la inocencia de la naturaleza, sin conocer los vicios precoces y las monstruosas abominaciones que intervienen y manchan los sexos. La civilización ha muerto la obra de Dios y ha torcido el sendero natural de las cosas. Los hombres nacieron para ser hermanos; ella los dividió en señores y siervos. La naturaleza tiene el sol para todos, el ozono, el bosque y las aguas cristalinas para todos; aquella construyó las ciudades para suprimir los admirables elementos, que dan vida y á los vastos horizontes, contestó con las callejuelas estrechas, con la inmundicia de las oscuras y mortíferas viviendas y los que na-

cieron, circuidos entre las ponzoñas urbanas, caminan pronto hacia la huesa, de donde ya no se vuelve. Entonces era necesario destruirla, para que hubiera salud y para que los hombres fueran iguales en todas las fraternidades. Al incendio! Al incendio! Perezcan los culpables de las seculares pobrezas y surja de una vez el sol de la nueva vida sobre el escombros impío!

Estas cosas decía Germán con otras palabras en su arenga fulmínea, cuando se separó, con sus anarquistas, de los trabajadores, que rodearon á Elbio. Caminaron con rapidez hacia la fábrica de tabacos, seguidos de muchos cigarreros, en medio de blasfemias y de gritos aterradores. Más que marcha de hombres, parecía aquello una tropa de toros embravecidos y más que voces humanas parecían los bramidos de todos los delirios. Qué sinfonías brutales y qué vibraciones de la demencia sacudían el aire por el hondo cajón de la calle! Germán adelante, como una mala sombra, en el tumulto de aquella borrachera de homicidio y Goga al frente de las mujeres, hermosa y satánica, al viento la cabellera de oro y desnudos los senos, como una agitada Erinis. Las mujeres, flacas y lívidas, la llevaban como en triunfo, á vociferaciones, á insultos contra los ricos, corriendo y deteniéndose y

volviendo á la carrera frenética, en una siniestra bacanal de desórden y á veces mezcladas con los hombres y confundidas, chocándose piernas y vientres, les escupían en las barbas lascivas imprecaciones, levantando polleras y enaguas, para marearlos con el tufo de las muslos mugrientos, y escribían así en la calle, comprimidas y azotadas en todas direcciones, el canto carnal á las locas divinidades de los saturnales. Aquí el delirio en marcha, allá el delirio en marcha; las lúgubres imaginaciones del ajeno, con los espectros que matan, con los bandidos que asaltan y queman, entregados á todos los estupros, en la noche de los crímenes tenebrosos. Y muchos viejos seguían la cohorte, arrastrando sus osamentas y doblando para caminar sus canillas secas, con los musculos atrofiados por el plomo y la cara y el cerebro apizarrados y enfermos. Con ellos, las dolientes crucifixiones de la locura saturnina, como si fueran quejidos de animal, herido por los harpones invisibles del veneno, ó el ahullar de un vasto circo de fieras moribundas, de gladiadores moribundos, con las carnes arrancadas y sangrientas bajo los toldos de púrpura, entre el canallesco palmeteo de una plebe embriagada de delitos. Y acompañaba á la turba la locura del alcohol, con la alucinación pavorosa, el chuchido de terror, y el ímpetu desenfrenado ha-

cia el suicidio, que aleja la visión infernal y procura la eterna paz. Al lado de estos un tumulto de mujeres andrajosas, con el cuerpo lleno de moretones, ultrajadas, el día entero, por la bofetada del hombre, violentas y serviles, enloquecidas por la miseria y por las preñeces sin amor y sin dulzuras, lastimadas como esposas y heridas por los hijos malvados; en sus cariños de madres; unas cosas sin voluntad que caminaban, cargando á sus escuálidos marranos. Y muchos inconcientes arrastrados en el vértigo y muchos perversos nacidos para el mal, que azuzaban las pasiones de los deprimidos, contaminándolos, en el camino, con funestas utopías. Pocos sinceros; una muchedumbre de tristes y sobre todos una aura de manicomio epiléptico, con su síntesis dolorosa de fronterizos; los casi idiotas de cara abotagada y lábio caído; los impulsivos de resuelto ademán y brincos de macho cabrío; los perseguidores y los perseguidos por la quimera sombría, que escuchan, en las visiones de las malas bebidas, criminales consejos, y uno que otro megalómano de risueño talante é imperiales aposturas, soñador de glorias tribunicias y de imposibles tesoros. Aquí y allá fragmentos de un gran hospital quejumbroso y súcio, manchado de enfermos sudores, de lacras sifilíticas, sonando las tóses roncadas de las gargantas, dilaceradas por las

mordeduras del tubérculo; muchos predestinados á morir temprano; rábias sordas y hondos enconos por la miseria interminable; algo de cárcel vengadora, algo de lupanar en marcha y en todas partes á través de la revuelta confusión, entre el ahullar de la muchedumbre frenética, los dolores no merecidos y la desventura moral! Entre ellos familias enteras de convencidos de su misión de justicia; trabajadores honestos, arrastrados por las predicaciones de Germán y grupos de atletas diseminados; manípulos de herreros, cansados de trabajar, sin haber conseguido el bienestar, con caras ennegrecidas por el carbón, de torsos formidables y almas bravas y feroces. Y cocheros blasfemos y flacos, peones de hornos, de las fábricas de cristales, con las manos y la cara llena de cicatrices, de los molinos, changadores de lienzo al hombro y cordel á la cintura, zapateros de pecho hundido y enfermos de anemias, esas que dan pronto con los hombres en el sepulcro, tenderos casi lívidos, casi sin fuerzas, con la sangre contaminada por el tufo de las tinturas venenosas y gauchos con los muslos quebrados y la aorta dilatada. En esa huelga, bajo los globos eléctricos y azulados, donde todo era tropel y barahunda, se atropellaba un ejército de muchachos, aumentando el furioso ulular y la delirante zinguizarra, y cantaban allí como

en los tumultos de todas las épocas, las canciones de los rapazuelos vagabundos, nacidos del polvo de las calles, los que tienen casa en las plazas y dormitorios en los zaguanes, que no se cierran nunca, los niños poetas de la miseria, los raquíticos arbustos de las gusaneras y de los burdeles urbanos. Marchaban porque sí, con todos ellos, atraídos por los victoreos, seducidos por el desorden y como el rumor de las naves, que taján las aguas, despierta á los delfines, los niños juguetones del mar, que preceden, brincando adelante de las proas veloces, así ellos preceden á los tumultos, como si fueran las bandadas, que anuncian las tormentas lejanas. Gritan, saltan y juegan los pequeños bastardos vagabundos. Son los creadores de la estrofa temeraria y ellos que aman al soldado, son los primeros que caen sin saber por qué, heridos por las balas de sus fusiles, sobre el pavimento de las calles! Siempre ha sido así en todos los tiempos. Caen y mueren, sin saber por qué, esos heróicos y sobre ellos sigue pasando y canta la niñez desventurada, los pájaros solitarios, que no tuvieron nido, ni madres, cantan las alegres canciones de la vida, porque van á morir pronto y á desaparecer en el seno de la naturaleza piadosa, dei eterno Dios piadoso, que reciben y acarician á los desolados, que no tuvieron amor! Por eso la huelga es mala. Mata á los chicos, angustia á la mujer

y empobrece á las casas. Sobre ella no se edifica. La lucha contra el capital es peligrosa. Si lo destruyeran, harían desaparecer la civilización moderna, que ha sido producida por él. Por él, florecen las artes y la fraternidad universal empieza, porque el capital ha suprimido la distancia, que alejaba á los hombres. Estos han comprendido, que se precisa hacer todo lo posible para ser felices. Por eso triunfan los sinceros y los honestos que trabajan y la fuerza, acumulada en las naciones, tiene por objeto definitivo imponer la bondad! Pero otras ideas guiaban la turbulenta marcha de los anarquistas, cuya bandera roja seguía pasando bajo los faroles. Goga iba adelante siempre. Estaba ébria, y más hermosa todavía, en su desnudez de bacante. Cantaba de cuando en cuando. Su voz era suavísima y honda. A ratos dominaba los rumores de la noche y las palabras, llenas de congojas y manchadas de infamias, se oían en aquella orgía claras y potentes. Nunca tuvo la basura moral poetisa de más génio, ni se cantaron á la carne más crueles poemas. Las muchachas la rodeaban en su caminar delirante. Era una proesa rítmica aquella, como una musa de otros tiempos, como una resurrección del alma de las dionisiacas. Era el triclinio de la tierra baja, la meretriz triunfante, en su lasciva apoteosis. Los vagabundos vivían en ese cantar pavoroso; los humildes y los desheredados

vivían en ese himno, con su sino maldito y cada estrofa ahullaba de repente en el aire, como un brusco anatema. De improviso, su voz se volvía más extraña y más voluptuosa para cantar la balada sensual, el espasmo de la orgía, manchada de vino, entre las locas embriagueces, cuando cada una recuerda el sofocado alarido de las sangrientas defloraciones. Había, en la estrofa libidinosa, un crujir de sarazas razgadas, y un chasquido de besos convulsos, en esa danza de los vientres blancos, entre la trenza trepidante de los abrazos carnales. Todo su cuerpo se retorció en aquel himno afrodisíaco á las desnudeces procazes y al tripudio de las calientes fecundaciones y de su boca roja saltó un gigantesco vaho de lujuria, un olor de mujer enloquecida, en sus perversos ensueños de ninfómana. Era la hembra en la naturaleza, de alba y divina hermosura, la ánfora gloriosa, rebosante de pólen y entregada á los desenfrenos procreadores. Las mujeres caminaban, aturdidas en aquel mareo lascivo, á través de las calles nocturnas y repetían en coro los ritornelos. Goga detuvo un momento el paso y todo el tumulto se le fué encima.

—No se desnuden! gritó. No se desnuden!
Cubran el pecho. El hombre espía.
Es animal carnívoros!
Cuiden las rosas!

El hombre es gusano;
 ensucia con babas las flores del prado,
 que cuelgan sangrientas, se arrugan y mueren!

Las mujeres repetían :

—Cuiden las rosas! Cuiden las rosas!

Después siguió Goga la marcha y con voz áspera y dolorosa cantó de nuevo :

Inútil cuidarlas! No lloren! El hambre,
 los fríos, las carnes sin ropas,
 las noches tan solas, dan miedo á las vírgenes,
 tan solas las pobres, sin Dios y sin madres!
 No lloren! La herida es fecunda,
 y el beso canalla del lábio canalla
 que os quita la honra, enjendra bandidos y forja puñales
 que vengan las honras perdidas! No lloren!
 Están solas las vírgenes, sin Dios y sin madres!

En esta estrofa, estaba escrita la historia de muchas de las que estaban allí esa noche. Hubo un temblor de angustia, aplausos y gritos brutales.

—La anarquía queremos! Goga el himno!
 El himno!

La cortesana miró alrededor un rato y exclamó después :

—Yo quiero hombres y besos!
 Más hombres que me aplasten el vientre
 y me muerdan los senos!

—Qué dice? Se preguntaban los obreros.
 Está loca!

—Jesús! digo. Dolores! digo, contestó la

mujer, con una extraña mueca de demencia. Y sin detenerse, agregó:

—Más hombres que me muerdan los senos!
Más besos! Más besos!

—Qué tiene que hacer eso aquí? replicaban los obreros con fastidio. Queremos el himno!

Entonces el rostro de la mujer se transfiguró todo en un gesto de ferocidad y empezó á cantar las estrofas de la anarquía, aprendidas en las sociedades secretas, la oda bárbara de los ilotas descamisados y miserables:

Talleres oscuros, sin aire, refugio de hambrientos,
prisiones, prostíbulos y fráguas ardientes,
ejércitos, claustros! Vampiros del pobre!
Osarios del pobre! Que sientan los ricos sus mugres!
Verán si se pudre la seda, tocando la roña,
si matan las fráguas,
si el pecho encorvado, costiendo, se enferma,
si agrada que mueran los hijos,
cumpliendo veinte años! Verán si se pudre
la seda, tocando la roña!

—Bravo! Bien! Que siga! Muy bien! se oía exclamar por todas partes. Estaban locos y tumultuosos. Caminaban hácia la fábrica, como una gran falange tenebrosa, entrando y saliendo entre la luz mortecina de los faroles. A lo lejos se sentía el fragor de la fusilería. Los soldados dispersaban otras huelgas. Goga siguió cantando:

Los campos? Están llenos de brutos humanos,
viviendo en pesebres. Los chicos se comen los pastos,
los hombres las hojas caídas

y muerden feroces los troncos. Las vírgenes
derraman su sangre, manchando los céspedes,
retozan y gritan y danzan, sintiéndose madres
y el bosque cobija en la sombra
y oculta los partos hediondos. Los campos
están llenos de brutos humanos viviendo en pesebres!

Un hurrah! exténtoreo saludó las últimas palabras, mientras Goga marchaba en medio de la turba de mujeres, entre sarcasmos y alaridos.

—El cielo! Goga, gritaba el populacho.

—El cielo? repitió la mujer con voz sibilante y culebreando entre los grupos como una víbora:

El cielo? No tiene ni azules, ni calmas
ni albergues felices,
que endulcen siquiera la muerte del pobre blasfemo.
Repudia sus blusas, los trapos raídos
que cubren el cuerpo del pobre, en el último viático,
en marcha hacia el limbo!
El cielo es del rico. No quiere tristezas de roñas,
porque ama los rasos crugientes,
el corpiño de seda,
las carnes sensuales, nutridas de vinos,
los blancos escotes de mármol. Los cielos injustos
rechazan al pobre en el último viático,
en marcha hacia el limbo!
Lo venga en la tierra la horda.....

—La horda! la horda! repitió la muchedumbre. La atropellaron á Goga y la comprimían, vivándola en una exaltación demoníaca. En ese momento las descargas arreciaban y parecían más cercanas. La mujer siguió con estridente sonido:

No dicen que es bueno,
 destruir de la horda la marcha salvaje,
 romperle las vértebras,
 crearle las guerras, el cañón y el eskrapnel
 y llenar la campaña de túmulos blancos,
 formadas de tibias, caderas y cráneos?
 No dicen que es bueno
 destruir de la horda la marcha salvaje?
 ¿Son hombres acaso? Podrá el poderoso
 destruir lo intangible, el fantasma, la sombra,
 que lleva en la entraña el dolor de los siglos,
 que lleva lo injusto, la cárcel sin culpa
 el hambre sin culpa, la miseria que crea el prostíbulo,
 que lleva la idea,
 que á cuchillo, á balazos, á incendios
 de los tiempos pasados los crímenes venga?
 Podrá el poderoso decirle á la luz que no brille? ¿La horda?
 Acaso las lágrimas
 la sangre de mártires, los negros patíbulos
 el reguero de muertos, que cruza la historia,
 el reguero de muertos de peste, de guerras
 de pobres suicidas, de pueblos caídos
 por las libres montañas, por las libres llanuras,
 fortísima ofrenda á la tierra nativa,
 la esclava misérrima, acaso el exilio,
 la nostalgia que piensa en la patria lejana,
 la nostalgia de horrendas congojas, acaso esa angustia
 ha rodado en el tiempo como larva infecunda?
 El humus ha hervido. Lo abonan las lágrimas,
 el reguero de muertos, que cruza la historia,
 sacrificio del pária á la infamia homicida del déspota,
 los pueblos caídos,
 fortísima ofrenda á la tierra nativa,
 á sus libres montañas, á sus libres llanuras;
 lo abonan los lutos del arte,
 las hambres, los fríos del pobre y el dolor del exilio.
 El humus ha hervido.
 De su carne caliente revienta la horda,
 el espectro salvaje é intangible,
 que lleva en la entraña el dolor de los siglos!!

Cuando concluyó Goga, los obreros la ha-
 bían levantado y la llevaban en triunfo. Ya
 no eran protestas y aplausos, sino un bramar

de rabia y sordos ahullidos de enconos seculares, como voces de amenazadoras tormentas. Pasaban entre la penumbra de los faroles, luego en la tiniebla y después otra vez en los claroscuros, habiendo perdido toda psicología humana, en ese orgasmo de la destrucción y del incendio. Goga siguió cantando con el rostro y el seno casi cubiertos por la cabellera rubia, cayendo como un río de oro. La llevaban en triunfo, mientras su voz se dilataba léjos :

Qué han hecho los ricos ?
 Mancharon de cieno la historia,
 de muertos sudarios, cubriendo á los Cristos !
 Qué han hecho ? Los lutos del pueblo,
 las tristezas del lábaro humano !
 Entonces sus pliegues, cubiertos de negros crespones
 del hombre infelice sombrearon la vida !
 Qué hacemos ? Venganza ! Exterminio ! Que mueran !
 Que caigan sus casas ! Que abraze el incendio sus lujos !
 Que mueran los hijos ! Así se transformen
 las régias mansiones en puercos osarios,
 en túmulos negros,
 en selva de fúnebres cruces
 y vuelen los buhos, graznando en la noche
 y traguen las hienas
 sus carnes podridas de hirvientes gusanos !!

Los tumultuarios se agitaron. Los soldados parecían acercarse más. El estruendo y el repiqueteo de la fusilería se oían mejor. Alguna bala pasaba chistando. Ellos también querían matar. Estaban furiosos. Entonces apresuraron el paso, mientras las voces, á millares, entonaban el horrendo coro de la anarquía :

Qué fuimos? La piara, el chiquero,
 las bostas inmundas que manchan los campos,
 los establos de fétido estiércol, la abyecta materia,
 que sirve de huano á los parques ducales,
 las carnes vulgares,
 que salvan muriendo á los reyes el trono,
 muriendo en los rogos de pugnas feroces!
 Qué fuimos? Anónimos,
 penumbras dolientes de tiempos nefastos,
 misèrrimos párias, vagando en la estepa del mundo,
 sin alma, ni amores,
 ni luz, ni intelecto, ni patria, ni cuna, ni casas,
 la abyecta materia, que sirve de huano á los parques ducales!
 Qué somos? Los hombres, lo justo
 que canta á los pobres alegres cantares;
 la fuerza que mueve los mundos,
 y obliga á los ricos
 á dar su tesoro, sus vinos, sus lujos.
 Seremos la parca . . .
 que corta las altas cabezas y engendra lo digno!!

Los tiros estrepitaban más cerca. Los soldados se batían con el pueblo, en otras huelgas, mientras una batahola de gritos y de blasfemias saludaba el último verso. A lo lejos se divisaba la fábrica. Apuraban el paso los obreros entre rugidos crueles, mientras Goga había dejado caer la cabeza sobre el pecho y permanecía sombría y callada. Era una indiferente, entre los formidables victoreos. Cuando descendió de los hombros de los robustos que la llevaban en triunfo, se le oyó decir:

—Dolores! Jesús!

La creyeron loca y cuando iban á contestar vieron, que empezó á correr por las calles, dando saltos, como una bacante borracha. Pro-

nunciaba palabras, que ellos no comprendían :

—Ya llegan los peregrinos, gritaba. Ya llegan! Jesús muere y redime.

Y se precipitó, corriendo entre la escasa luz de las calles nocturnas, con celeridad de vértigo....

Esa misma mañana, cuando el día se entraba en la ciudad, con su despertar rumoroso, los obreros católicos iban á Luján, en piadosa peregrinación, á rezar por la desventura, para que Dios salvara á los hombres del pecado y para que les diera fuerza y aumentara el número de los asociados. Ricardo Méndez precedía los hombres, Dolores y Angélica á una procesión de niñas vestidas de blanco, que rezaban el rosario, mirando al cielo, con los rostros juveniles y contentos. Habían ido á los templos, á reunirse para salir juntas, llevando los cordones de oro de sus estandartes y mirando á la Virgen, pintada en ellos. Rezaban el rosario por la calle, mientras los grupos indiferentes pasaban á sus talleres. Algunos reían; otros las llenaban de insultos. Las niñas seguían hácia la estación, casi estáticas y la plegaria monótona las acompañaba en el camino. Seguían sin desviarse, sin mirar á los costados, sin oír las voces de la maledicencia, como si fueran invulnerables, así vestidas de blanco, mirando siempre á su virgen, á la dulce madre dolorida, pidiéndole,

que no olvidara las pobres criaturas, en el desamparo del mundo. Muchos se sacaban el sombrero, en frente de los lábaros blancos y marchaban á los costados, resueltos á defenderlos. Rezaban también. Eran obreros católicos, que iban á la peregrinación y caballeros que tenían almas de cruzados. Nada temían. En la fé estaba la fuerza, que llevaría á los creyentes al triunfo, aunque fueran frágiles niñas, porque vivían enamorados del divino misterio y saturados de amor á Dios, en la embriaguez de las místicas Eucaristías. Llevaban ofrendas de oro y de plata en las manos; llevaban las flores de las coronas y de los ramos primaverales. Cumplían así sus votos de gracias á la Virgen milagrosa, que había arrebatado á la muerte física á algún amado cuerpo moribundo y á la muerte moral algún vagabundo extraviado, de esos sensitivos á los cuales el mundo contamina y aleja de la Iglesia y la plegaria materna atrae y reconduce al seno del Dios bueno, que ama y perdona á los desventurados, que lo abandonan. De otros templos salían procesiones blancas, que se incorporaban rezando y nuevos grupos de hombres pobres se aglomeraban en la calle para acompañarlas, con muchas flores y muchos corazones de plata para la Virgen y se veían algunos, que iban á depositar á sus piés, las muletas, que habían sostenido su marcha de

enfermos, mientras otros arrastraban como podían sus organismos convalescientes, señalados todavía con el lívido estigma de la enfermedad pasada, porque María la dulce madre había mitigado sus dolores, acariciando de noche la frente exacerbada por el insomnio y visitándolos en sus delirios, rodeada de luz, entre los cánticos paradisiacos, acompañada por millares de ángeles, volando en largas espirales y susurrando las palabras de la esperanza! Entonces las flores frescas de sus jardines eran para la divina madre, que da pan á los pobres, rocios á la naturaleza y salud á los chicos enfermos, que ellas cargan en ese momento, para ofrecerlos en su santuario. Así se ven algunos rostros, llenos de costras negruzcas y cicatrices de viruela, pieles manchadas, tumores, infelices que van á pedir paz para sus espasmos histéricos, coreicos que saltan por la calle, con la cara descompuesta por horribles muecas. Y mientras la peregrinación blanca marcha entre las avemarías del rosario, entre el perfume de las flores votivas, todo alrededor se difunde como una hediondez de hospital, como un vaho malsano desprendido del pecho aplastado de los tuberculosos, sucios de sudores, que arrastran consigo ese calor acre de la cama enferma, donde se condensan las náuseas y las podredumbres.... Y se ven caras flacas y

amarillas; enormes vientres de hidrópicos y monstruosas fisonomías de leprosos delirantes; se huelen bochornos pecaminosos de ocultas apostemas y se adivina en las mortales palideces la ponzoña de las fétidas malezas, que cuajan las ropas y señalan á lo lejos el camino del sepulcro. Aquí un alucinado, allá un epiléptico, más lejos un hemipléptico, describiendo curvas para arrastrar su pierna parálitica y algún ahullido entre la monótona letanía, interrumpida á ratos por el patálear de los atáxicos sobre el piso de madera; el templo y el hospital en marcha, la religión de los felices y la religión de los desventurados y de los miserables. Todos rezan, mirando como fascinados á las madonas milagrosas de los pálios de seda y cuando la muchedumbre va á llegar al tren, del centro de la romería blanca, donde caminan las niñas, se levantó un coro de melodía suavísima, el himno á María, la madre de los desamparados y de los tristes, la compañera de las vírgenes castas. Eran salmos. Cada uno le ofrece su dolor, para que lo mitigue y á ella le narran los melancólicos poemas, que se escriben en las casas desoladas, al lado de los padres enfermos, al lado de los hijos de quince años, que pueden morir, las crucifixiones de las noches largas, la eterna noche de la enfermedad, que no cura y los ímpetus de gratitud del alma arrodillada! Los

más son los vigorosos de los círculos obreros, que aman á Dios porque sí, en la profunda y fuerte ingenuidad de la fé y que proceden, sosteniendo á las hermanas y á las madres, como si fueran un baluarte de combatientes, de cabeza descubierta y alma leonina. Cantan todos, y la melodía tiene la dulzura de las almas puras y sencillas. Algún poema, de la niñez de todas las casas, cruza á través del corazón de los peregrinos y algún reflejo azul del cielo misericordioso anima las pupilas de esa muchedumbre, que, en sus cantares, entrega á la divina madre, las flores de la naturaleza, á porfía, como enamorados fervorosos, mientras los paralíticos arrastran el pie muerto por el pavimento; los atáxicos hacen sonar su lúgubre pataleo; los tísicos empujan sus lívidas momias y en los leprosos asoman los rojos tubérculos, como una monstruosa máscara, como una evocación de algún carnaval fúnebre de leyenda y rezan y cantan ellos, agradeciendo que no los rechacen, con las lágrimas en los ojos, esos pobres abandonados, como hermitaños malditos y solitarios! Los romeros los ayudan á caminar piadosamente. La deformidad no les repugna y no quieren alejar á los mal olientes, que van á pedir á la Virgen la salud de sus cuerpos anquilosados. Por eso, los himnos de gloria á María dilatában en la calle, á lo lejos, sus cadencias celes-

tialmente tranquilas, hablando al corazón de los desvalídos y de los sufrientes y recordando las claridades de las místicas auroras, que no tienen dolor nunca, ni noches nunca, ni soledades; donde no hay huérfanos, ni esclavos, ni desterrados, ni crujiás, ni delitos, ni novias abandonadas, ni malos hijos, ni felonias; donde no hay doloridos de la mente, esos inquietos á quienes la vida no sacia, con la cruz del Calvario en el corazón, que no saben, porque han nacido, ni para adónde van y recordando á las ciudades que prevarican, á las sentinas del subsuelo, donde se cuaja la inmundicia moral, que hay esplendores de caridad que iluminan y redimen todas las tinieblas y devuelven la virginidad del alma á los cuerpos corrompidos, como las rosas y los lírios, como los pastos perfumados crecen sobre las podredumbres y regeneran los valles muertos.... Así fué llegando á la estación, entre rezos y cantares, la muchedumbre de peregrinos, rodeando á las niñas vestidas de blanco, muchas de ellas con el rostro cubierto, por el tül de la inmaculada pureza. Se sintió un silbido; luego el caño de la locomotora se llenó de humo y empezó á resoplar. Cada bufido arrojaba nubes cenicientas y abollonadas, bajo el gran techo de vidrio. Se sintió un chirrido de vapor de agua, que se levantó de un costado; luego algunos apurados resoplidos. Bramó

largo la máquina en marcha y empezó á entrar en la luz, arrastrando los wagoes. Iban pasando casas y más casas, huertas y patios súcios, una boca-calle, luego de nuevo las paredes de los fondos, algún palacio, más allá un monte de eucaliptus y siempre el riel bruñido, escondiéndose bajo las ruedas, como si huyese hacia atrás y un ruido, sordo y continuo, acompañado por una trepidación brusca y argentina de vidrios, por sonidos más violentos, como de hierros que chocaran, más sonoros y más rítmicos y siempre jardines y cercos de alambres y más fondos de casas, á ratos breves praderas y el riel huyendo, huyendo siempre bajo la mole negra de la locomotora, que raja el aire, con ímpetu de conquista y arroja el paralelepípedo de los wagoes en fuga, la mole larga y enorme, precipitada en una carga brutal, siempre adelante, envuelta en un nubarrón de polvo. Nadie hablaba en el tren. Los peregrinos pensaban en Dios. Era el silencio de la meditación piadosa, la plegaria que no tiene palabras, la genuflexión callada de la mente, ante la grandeza del infinito misterio y las reverencias silenciosas de las almas contritas; el recogimiento de los que iban al santuario, á implorar el perdón, que consuela y la salud, que alegra la existencia. Así agradecían al milagro y á la inagotable caridad de María. Nadie hablaba. El sosiego era profun-

do. Parecía el tren un gigantesco solitario, una grande alma desolada, un cenobita apurado hacia algún desierto, que no tuviera confines, como si fuera á hacerse pedazos al final de la fuga en alguna sombra estéril y á disolverse en millares de átomos infecundos. Todas las alegrías humanas y todas las fuerzas habían desaparecido en aquellas criaturas; el fanatismo solo estaba allí en toda su inercia infinita! Los romeros no hablaban. Eran contemplativos, como hermitaños de alguna lúgubre estepa, donde nunca se oyeran sino himnos de soledad, donde los vientos no trajeran sino soplos de yermos y vastos cementerios. Mientras tanto la máquina azota adelante su pecho redondo y negro; crujen las ruedas y las palancas; la hornalla deja, en el camino, carbones y chispas de fuego; estrepitan los wagones y la vida bulle y tripudia en esa gran cosa inanimada, devoradora del espacio, con su correr huracánico. Adentro, sentados en los wagones, los peregrinos empezaron á rezar el rosario. El tren silencioso, que volaba, como un fantástico enigma, habló entonces pero así en voz baja, cual si fuera un soliloquio, en un tono quejumbroso y monótono, como la expresión de algún mundo destinado á quebrarse y á morir, ó el lenguaje lánguido y triste de alguna época, de cuyo recuerdo ya no quedarán, en la historia humana, sino átomos que fueran á perderse, líneas

tétricas ó manchas espectrales de alguna gloria muerta! Los cantos á María, no son gritos triunfales! El tren se tornó silencioso de nuevo y los viajeros callados. Y en la profunda quietud se oía un largo rumor, el interminable jadeo de la marcha, contestando á las místicas ausencias, á las serenas y religiosas quietudes, con el furor del trabajo. Pasan ranchos, ombues, hondas sombras de bosques y parece el horizonte describir un gigantesco semi-círculo, acercando las poblaciones, para que desaparezcan en seguida y vuelvan otras, para desvanecerse. Y labriegos, majadas, arados, trilladoras, altos conos de parvas, largas zonas de tierra negra y verdes praderas, llenas de flores. Y más bosques y más ranchos y alambrados y la máquina siempre en pos de ese horizonte, cerrado adelante y que se retira cada vez más lejos, sin ser nunca alcanzado, como la dicha humana! Por todas partes el tren silencioso, que huye enfermo de misticismo y de desgracias, rodeado, acosado, empujado, herido casi por las alegres canciones fecundas, por las zozobras inmortales de la vida, en los campos en flor y aromas, zumos calientes, mugidos de toros, estrépitos de trabajadores, muchachos y terneros que brincan, corren y juegan; familias numerosas y mugeres de grandes y fuertes caderas, como diosas creadoras de sanas energías. Y saludando al tren, que parece ir á

estrellarse en alguna inanición tristísima, se elevan de la campaña, ardiente bajo el sol meridiano, los lamentos de las húmedas preñeces y los cantos de las cunas, escondidas en los altos pastizales, mientras responden al bramar del fugitivo, á los rezongos de los rosarios reiniciados, el relinchar de las yeguas mordidas por el potro, acariciándolas en sus caracoleos lascivos, subyugadas al fin y reventadas en las praderas, entre el fulgór genésico de la pampa abierta, sobre el humus preñado de semen y el himno de los trabajadores que hacen fructificar, con el sudor de sus cuerpos, á los gérmenes, escondidos en las matrices sangrientas de la madre tierra! Tal vez esto era la victoria de la verdad, erguida en frente de los wagones, que disparaban á lo lejos con su negra línea de féretro, y lo que decía en ese momento el suelo cultivado, toda la salud moral de los campos, en su labor virtuosa, eran los anatemas á las degeneraciones, que detienen la vida en el ascetismo y á las degeneraciones, que meditan el desórden por la anarquía homicida! La máquina soltó un largo reboato y empezó á detenerse. Descendieron los peregrinos Se formó de nuevo la procesión blanca en el centro y alrededor el cortejo de los obreros católicos. Caminan, rezando el rosario, por el medio de la calle y de cuando en cuando cantan las alabanzas á la Vírgen. Los enfermos siguen

la marcha difícil con las pupilas y el alma trémulas de esperanzas y ayudados por los jóvenes se dirigen al santuario. La emoción religiosa es profunda, casi el éxtasis. Y mientras el enorme grupo adelanta camino, se arrastran penosamente, algunos puestos de rodillas, cumpliendo sus votos. Aparecieron las agujas de la iglesia gótica; un estremecimiento se apoderó de la multitud y los cantos, más sónicos y más llenos de unción, poblaban el eter azul y tranquilo. Llegaron debajo las naves, sostenidas por columnas, bajo las pinturas murales, que escriben la historia de celestiales milagros, donde está pintado el dolor de María, madre del Crucificado, en medio del poema del Calvario y de las glorias de la resurrección; donde están pintadas las cortes celestes, animadas por toda la familia angélica, lleno de luz el rostro de los santos y de plácida beatitud y consagradas por el llanto de las arrepentidas, á cuya cabeza camina Magdalena, de sublime cabellera de oro, la bendita, porque mucho amó. Debajo de las naves se fueron los romeros lentamente arrodillando, para oír misa y comulgar después, cerca del altar florido, de cuya central hornacina de oro, la Virgen los bendecía, vestida de manto azul, de benigna efigie y de serena pupila santa, la madre enamorada de los humildes, la mártir que consuela todos los ajenos martirios. Un orador subió al púlpito;

un joven sacerdote, un batallador que, con Ricardo Méndez, mantenía en los círculos católicos el fuego de la fé sagrada. Habló del mundo y de los peligros de su índole contaminada. Habló de la carne, del torvo ardor de la carne que mancillaba á los virginales y dijo mucho de las enervadas imaginaciones, que habían perdido la religión, para precipitarse en la diabólica orgía y dijo mucho de Jesús el bueno, que perdonaba á los caídos en el pecado y á los que delinquían en la tiniebla del delito. Habló de las sectas y estigmatizó á los liberales, por destructores y pobres dementes los llamó de una civilización corrompida y destinada a morir. El socialismo no se salvó del anatema. Ellos pretendían sustituir el culto de la razón humana, las leyes del trabajo y de la lógica á las verdades reveladas, el libro de la vida al libro de Dios y juzgaban el progreso del mundo, como un corolario de la virtud del hombre, sin apercibirse que el Omnipotente guiaba pueblos, cosas y naturalezas hacia el empíreo, hacia la luz de gloria, que no tiene noches! Pobres soberbios los llamaba, emponzoñados de luzbelianas formas, y caducos temerarios que iban á perecer en el incendio, producido por el satánico orgullo! Lo único sano eran los obreros católicos, que debían vivir unidos y multiplicarse. Ellos practicaban la virtud; ellos cultivaban las púrezas inmaculadas. Dios

en el cielo y la plegaria sobre la tierra, los llevarían al triunfo.

—Perseverad, hermanos míos, exclamó al final. Vuestros centros pululan en toda la República; la victoria asoma ya con sus banderas desplegadas y día ha de llegar en que, por vuestro esfuerzo y por vuestra hombría de bien, los pecadores cedan el campo y el Estado hecho por el hombre y para él, sea cambiado por la nación de Dios, gobernada por los católicos, que son sus caballeros cruzados, para que los gobernados se salven todos en su infinita caridad, en el paraíso de la eterna vida!

Desde arriba, sobre la cabeza de los fieles arrodillados, el órgano saluda la fé victoriosa con la gloria de sus sinfonías. Todas las sonoridades estallan. Vibran los clarines el himno de la guerra santa, las conquistas de la idea cristiana, la fuga de los enemigos, hacia el anadamiento, que no tiene resurrecciones, heridos y hechos pedazos por las iras del salmo. Los violoncellos sollozan. Narran talvez la odisea de los desterrados, bajo los sauces de Babilonia, tan dolorosa, como la nostalgia del cielo, que está tan lejos, como si los hombres estuvieran tristes hasta la muerte ... tan lejos que está el cielo, tan lleno de piadosos amores!! ... Y corría, desde el coro al altar, con ímpetu, la brama de vivir con Dios en extático arrobamiento, toda la vida para merecerlo

y á pesar de eso se sentía el llanto de la duda melancólica y el pesar de no alcanzarlo. Los peregrinos acompañan con sus cantos la melodía dulcísima y triste. Dicen adiós á las cosas de la tierra; á la casa paterna, á las madres, que de rodillas mecieron las cunas, á los ángeles que arrullan los sueños infantiles. Oh! amables memorias, oh! santas ancianas de cabellos blancos! Para qué la niñez, si todo es estéril, si la tierra no tranquiliza? Y piensan los adolescentes en la comarca nativa, en sus vírgenes naturalezas, llenas de aromas y de bálsamos, en el poema de sus serenos firmamentos, en las frescuras de sus aguas diáfanas y en los enamorados fantasmas que cruzaron la adolescencia vagabunda. Adiós! La tierra no tranquiliza! Oh! novias! Oh! gentilezas! Porque adornan la cabellera negra, como la selva salvaje, que no ha sido contaminada por paso humano, porque la adornan con la rosa roja que es flor de pasión, si la tierra no tranquiliza, si al cielo vamos á descansar en Dios, en su amor infinito, porque el idilio de las criaturas es pasajero, como la luz que se esconde en la pena silenciosa del crepúsculo, como las hojas que caen y se acuestan en el otoño y ya no renacen? Al cielo vamos! Allí dura eternamente el traje de raso blanco, el largo tul y la corona de azahares. Adiós novias! Oh gentilezas! Todos los que allí rezan,

quieren dejar el mundo! Hasta los hombres, que están de rodillas y á quienes la vida ha endurecido los músculos y las pesadumbres han puesto granitos en las arterias envejecidas, los hombres con tanto deber, con tanta virtud á producir, con tantos fragmentos de esperanzas y tanta sangre abandonada en el zarzal del camino, hasta ellos agachan la cabeza, conmovidos por el esplendor augusto de las armonías del órgano, que parecen coros celestes y que no hablan sino del Dios que ama, perdona y espera á los hijos pródigos. Quieren irse pronto con él. Quieren la agonía, porque la tierra no tranquiliza! Están cansados del rudo combate y han bebido hasta el fondo de la copa la amarga ponzoña. Para qué más? Adios ensueños de gloria, banderas, ejércitos y estruendos de batallas! Los laureles se entristecen y se marchitan pronto! Adios larvas divinas del arte, creadoras de la belleza eterna, grimas inmortales del poeta! Mueren y se van! Las lágrimas de las cosas acompañan la marcha de los poemas, que desaparecen! Oh! esfuerzos, pasiones, odios, ambición y rencores, bondad y delitos, trabajos, sudores, miserias y dolor, energías humanas, susultantes y formidables, monstruos, genios y cíclopes, todo lo que brega y todo lo que marcha, símbolo gigantesco del alma viril, adios! porque todo es estéril é inútil las luchas áspe-

ras y porqué el órgano dice que al cielo vamos, al seno de Dios que es la infinita alegría y la paz perdurable! Cómo suena en sus armonías la infinita vanidad de todas las cosas! Y los viejos peregrinos que rezan de rodillas y que con una mano, acarician las mejillas de los nietos y en la otra llevan las anémonas sepulcrales, también quieren irse á descansar para siempre como caminantes fatigados. El ardor de la plegaria, las alegrías del extásis místico y el órgano, que sigue cantando las sinfonías celestes, producen en sus corazones como un anhelo de morir, porqué bebieron ellos también la ponzoña y encontraron en los últimos años la misma inquietud! Para qué más? Adios entonces para siempre! La vejez ha roto las fibras y el alma se vá como una cítara, que hubiera abandonado en la vida las cuerdas hechas pedazos. Se va á buscar el aliento divino, el fresco rocío del firmamento y las celestiales praderas floridas! Y los nietos? Y las estufas prendidas en las noches de invierno, cuando los hijos escuchan la palabra solemne del gran abuelo? Y los trofeos y los recuerdos de amor, de heroísmo y de virtud? Y la mesa tendida y las flores de los centros de plata y las amables purezas de las hijas? Son los amores de la vejez; son sus caricias; es el besar de los nietos, que juegan sentados sobre nuestras rodillas! Oh! amores de la vejez! El abuelo se va

lejos con sus cabellos de plata, con su mejilla roja de sangre sana, sonriendo siempre y perdonando siempre y cuando pasa el umbral para entrar en el seno de Dios, el cierra contra su torso de atleta, las cabezas juveniles y llora, como la lira rota! Adios amores de la vejez! Al cielo vamos, porque la tierra no tranquiliza, porque todo es estéril y la infinita vanidad de las cosas rueda y entenebra al Universo!!

Y cuando el sacerdote exclama: Sanctus! Sanctus! los dorsos se encorvan y el órgano revienta, por todos sus tubos, en una melodía formidable, en un himno de gigantesco triunfo, en que se mezclan todos los ruidos del mundo y los gritos de las pasiones seculares. Debajo, los fieles se sienten arrebatados en ese poema sinfónico, en que se acumulan las victorias sobre los genios del mal, sobre las adversidades, sobre los enemigos de la religión, sobre las catástrofes de la naturaleza, para entrar todos en Jerusalem, la ciudad de Dios y vivir la vida paradisíaca. Después, el sacerdote vuelto hacia los fieles, elevó la hostia cada vez más arriba, como si fuera á volar al cielo con su gran esplendor blanco. Los dorsos se encorvaron más; las frentes se encorvaron más y toda la epopeya del órgano murió en una sordina mística, en una lejana modulación, en un eco suavísimo y triste, como cántico de alguna ruina perdida entre la maleza de siglos, como

un sollozo prolongado que quisiera ocultarse! Luego en la bendición final, cuando los fieles salían, la música readquirió sus melopeas triunfales, acompañándolos hasta el camarín de la Virgen. Entraban de á dos á visitarla, rezaban y se iban. Casi todos ascendían de rodillas hasta el pedestal. Algunos lloraban; otros colgaban sus muletas y ponían á sus pies las joyas votivas. María los miraba. Sus ojos eran azules y tranquilos y sobre su cabeza descansaba la corona de brillante pedrería. Todo su manto de seda estaba recamado de oro y perlas, las paredes y el altar cubiertos y atestados de dádivas. Eran las reverencias á la reina magestuosa, á la madre caritativa del mundo cristiano. Eran brazos y piernas pequeñas de plata y oro, muletas y espadas, trenzas y velos nupciales, diademas de piedras preciosas, azahares y crespones. Eran cascos y uniformes de guerreros, lazos, riendas, estátuas, miniaturas de barcos; copas de alabastro, urnas de cristal, retratos, arquitecturas y ramos de flores secas, todo mezclado y confundido, todo en desorden y polvoriento, la piedad religiosa de la nación entera iluminando la cristiana y abigarrada ropavejería! Pero lo que salía de aquella opulenta riqueza era una epopeya de cantos dolorosos; historias de crueles sufrimientos; esperanzas perdidas para siempre y negros hastíos salvados por la plegaria; amo-

res castos que la Virgen había protegido, viudeces inconsolables, por ella mitigadas; gratitud de soldados, vueltos incólumes de las guerras de la patria y de marineros arrodillados en las naves, mientras bufaban los ciclones, levantando al cielo las popas y zarandeando las aguas en un atropello, en un bramar de borrasca. Muchas lágrimas se habían secado sobre esos votos y muchas alegrías de los deshauciados por la ciencia humana, salvados por la Virgen buena, habían acompañado á los peregrinos al entregarlos. El milagro estaba allí, con todos sus arcanos misterios, con sus robusteces ocultas. Los incrédulos podían venir para aprender hasta donde llega la omnipotencia del Creador! Desgraciados! Y caminan por el mundo, hablando de los creyentes, como arquetipos de la ignorancia, que necesita el nigromante, que busca lo maravilloso para explicar las cosas, y los tratan como á pobres de espíritu, que se enamoran del sortilegio, fascinados por la cábala, infantiles cultores de la magia extrahumana. Porqué han perdido la Fe, niegan el milagro y pretenden, que muchos de los que á la Virgen se acercan, no son enfermos, sino pobres histéricos, salvados por la sugestión y enervados que arrastran sus languideces en el cansancio moral. Entonces cualquier cosa es para ellos vigor; una plegaria, la Eucaristía, el sermón de un sacerdote. Oh

enfermos! María os espera, tuberculosos, paralíticos, leprosos, oh! artríticos, misérrimos anquilosados! La ciencia es deficiente por humana; la caridad del cielo es inagotable, tanto que la luz de gracia iluminó, alguna vez, el alma de los extraviados impios, que han perdido la fé en el milagro, que cura lo incurable! Muchos de ellos se han confesado y como los peregrinos han pasado por el camarín de la Virgen. Rezaron entonces á su vez, para salvar á los pecadores, que pululan sobre la tierra. Así han creído en la divina therapeútica!

El tren se puso en marcha. En él volvían los peregrinos y los sepulcrales de la ida se tornaron alegres y bulliciosos, con algo de fiesta en sus diálogos, como si hubieran dejado en el santuario remordimientos y tristezas. Habían comulgado. Estaban en paz con Dios. vivieron su día en procesión, por las calles, en la Iglesia, en el camarín de la Virgen. Los enfermos habían pedido la salud. Volvían enfermos, pero reconfortados. La ciencia había sido impotente. Se precisaba el milagro y lo esperaban con plácida beatitud. A pesar de todo, muchos de ellos ya no verían á María, porque el féretro estaba cerca y detrás, el sepulturero pálido con su mueca satírica. Y mientras los romeros terminan el día estéril, siguiendo su viaje festivo, á través de las pra-

deras, entre el silbar de la máquina y la fuga de las haciendas curiosas, que se acercan; los campos, cansados de trabajar, terminan el día útil, abatidos y melancólicos, contemplando, como en el poniente el sol, su alma creadora, se hunde allá abajo en su tálamo de púrpura, como una gloriosa divinidad triste, como si fuera un victorioso, que quisiera desaparecer, para siempre, en su luminosa larva. Quieren descansar los campos. La jornada ha sido ruda y larga. Rezaron el día entero en ese culto del trabajo, bajo los rayos ardientes, entre los aromas de sus pastos. Quieren descansar oh peregrinos, después del día útil! Y mientras la máquina los cruza con su negro borrón violento y los wagones corren entre las algazaras y las risas de los santificados, los campos imploran las frescas penumbras del crepúsculo, que les darán rocíos. Entonces se eleva de su manto verdinegro, de los lejanos caseríos que desaparecen, de los campanarios oscuros que se van, de las estancias, que huyen con sus bosques tenebrosos, del firmamento infinito y gris, se eleva el salmo de las castas plegarias, la tierna armonía de la tierra, el lamento religioso, con que ella despide á su sol, al novio que preña sus virginales entrañas. A esa hora la naturaleza es un templo. Adora al Dios que se ha ido; un efluvio de pólen la inunda y perfuma el

peplo, en que se envuelve, mientras incensarios invisibles derraman por los campos la mirra perfumada é invisibles sacerdotes elevan las Eucaristías, hacia las primeras estrellas, que aparecen. Hay un sosiego de paz angelical y como una amable dulzura de infinita bondad. En todas partes, mientras el tren va y va sin detenerse, las luciérnagas saltan por los pastos; se ven luces en el horizonte; las ranas gorgotean en los bajos; las haciendas mugen y balan en retirada, lentamente, hacia las casas y salen y van y vienen mil indecisos rumores, écos de sonidos lejanos, notas de arcanas melopeas, como si, en el seno de la tierra, hubiera un harmonium melodioso, que acompañara el santo y piadoso caminar del crepúsculo hacia la noche... La máquina sigue bufando; el tren corre; huyen los alambres y los postes del telégrafo; desaparecen las estaciones, con sus faroles súcios de kerosene y vuelve la fragancia fresca de los pastos á saturar á los peregrinos y mientras el insomnio agitado desvela á los que rezaron, quieren dormir los campos, cansados del trabajo sano y enmudecen y parecen morir, cubiertos por el ropaje obscuro de las sombras, que se han apoderado de la naturaleza, bajo las estrellas del cielo, tranquilamente encorvado, como una techumbre magestuosa, sobre las cabañas sin luz, sobre las praderas tenebrosas. Lo único

que se ve es la máquina que resbala con su pupila de fuego adelante, y un largo rectángulo luminoso que corta la noche. Los peregrinos van llegando. El tren se mete entre las casas, entre el tufo de los fondos, entre el aire contaminado y escaso, que aprieta el torax.... De repente un rumor grave y sordo se dejó oír, mientras las ruedas detenían su marcha. Por la boca enorme de la estación entraban los wagones....

Cuando ya puestos en fila, los peregrinos se disponían á salir, Goga llegó á saltos con las ropas en desórden y con la cabellera rubia volando, detrás de la espalda semidesnuda. Una sensación de asco se apoderó de la muchedumbre. Estrañaron aquello. Qué tenía que hacer allí esa prostituta? Algunas muchachas pobres, á las cuales ella quiso perder, apretaron el brazo de los hermanos. Tenían miedo. Recordaban el abismo, en que casi cayeron. Un movimiento brusco de retroceso se inició, como si quisieran huir de aquel escándalo de carne, de aquella hermosa lujuria, que se acercaba como una triunfante procáz. Goga se detuvo. Había comprendido. Iba á hablar. Yá había dicho: «Dolores! Jesús muere y redime» cuando se apercibió, que todos pensaron, que esas palabras no podían ser pro-

nunciadas por aquella boca sacrílega. Entonces se dió vuelta y lentamente caminando con la cabeza agachada, con los brazos caídos; empezó á alejarse. Parecía que le hubieran muerto en el corazón la última nobleza; pero antes de trasponer el gran vano del portón, Dolores se desprendió del grupo enorme, á duras penas, con una imponente severidad en los ojos, se acercó á ella y la llamó. Goga se detuvo moviendo tristemente la cabeza.

—Qué quiere Goga? le dijo Dolores. Dígame qué quiere? le repitió.

Entonces la cortesana alzó hacia ella las pupilas, llenas de pena y le dijo brúscamente como deteniendo un sollozo.

—La llamé porque Vd. es tan buena, porque desde el otro día yo me imagino que Vd. es mi madre.... porque cuando una mujer no ha bebido sino veneno y no han hecho otra cosa que pegarle en el cuerpo y lastimarle este corazón, que yo tengo tan podrido; cuando no ha respirado sino la basura y á esa mujer le hablan así, con ese dulce modo que Vd. tiene en los ojos, aunque uno sea peor que los perros pulgientos, peor que el barro de los huecos.... como los trapos súcios.... porque si de chica me hubieran sostenido Dolores, pero no... las dejan solas á las pobres hijas de la calle.... solas! solas!....

Goga sacudía la cabeza. Sus ojos estaban

secos y dolorosos. Se interrumpía á cada rato y mirando á los católicos, que se acercaban inquietos, agregó:

--Ellos no saben, Dolores; no saben, que á uno le puede quedar algún pedazo sano en el cuerpo, que no haya sido tocado por la porquería y que uno es capaz de morir....

Dolores se estremeció

—Nó! Eso no Goga! le dijo, apretándole la mano. Porqué Goga? Si Vd. tiene tanto amor en el corazón; si Vd. tiene tanta ternura! Qué muchacha grande y buena es Vd! Jesús la salve!

Entónces pasó, por los ojos de la ramera, como un esplendor. Se acercó impetuosamente á Dolores.

—Váyase, le gritó, con voz sofocada. Llévela á Angélica. Ustedes corren un gran peligro. Llévase á todas esas criaturas. Allá los veo venir.

—A quienes? interrumpió Dolores asustada.

—Toda la canalla, como furias! Son como furias!

—Dónde van?

—A la fábrica que está aquí en frente. La van á quemar. Llévense á esas criaturas. No las dejen solas. Como á mí, como á mí.... En la obscuridad de la noche se sentían tiros lejanos. Los soldados deshacían otras asonadas á balazos. Una quietud de terror reinaba

en los alrededores. Ni un coche. La huelga había hecho allí el silencio. Apresuradamente, escoltadas por muchos obreros, se retiraron las niñas y los católicos, que habían oído las últimas palabras de Goga, emprendieron su marcha lenta hacia los clubs del centro. Eran muy numerosos y cuando supieron que las hermanas y las madres habían encontrado seguro refugio, entonaron un himno á María, que se dilató por las calles, como un soplo de fe y de heroísmo.....

A lo lejos, se veía venir el tumulto de los anarquistas, con hachones encendidos, que arrojaban en lo alto sus crenchas de llamas verdes. Parecía un ejército de fantasmas, en un desenfrenado desorden, ocupando calles y veredas y furiosamente bramando hacia el gran portón de la fábrica. El edificio estaba silencioso y sin luz, como si hubiera sido abandonado, con algo de esquivó y tenebroso. Parecía esconder una celada. Para llegar á él, tenían que atravesar las filas de los católicos, que seguían cantando el himno á María. Por fin vino el choque. Las dos psicologías se prepararon á despedazarse. De un lado los cruzados, dispuestos y á morir y á matar por la religión; del otro los vengadores, dispuestos á morir y á matar por los sacrificados de todos los tiempos.

El apostolado de las dos sectas había sido rudo y se habían encontrado muchas veces en los mismos conventillos, en pos de prosélitos y mientras aquellos prometían la felicidad futura, éstos hablaban del bienestar del presente. Aquellos conquistaban con el cielo, éstos profetizaban la caída de la injusticia humana. Así los católicos alababan las fuertes resignaciones y la alegría del martirio y los anarquistas concitaban á los proletarios á las energías feroces, aconsejaban la huelga y la sangre, para que el terror obligara á ceder, á lo que ellos creían la maldad de los hombres. Los primeros educaban la grey hacia atrás, hacia la revelación y el dogma; escribían la poesía de las catacumbas y la gloria de los circos enrojecidos de sangre cristiana; los otros apuraban el porvenir, á través de la utopía de la nivelación humana, para que todos tuvieran el mismo dinero, el mismo saber, los mismos derechos; desconociendo aquellos los beneficios de la libertad intelectual y éstos la necesidad de la selección paulatina y la superioridad de los selectos. Y como muchas ideas del presente incomodaban á los dos partidos, los católicos usaban el anatema para los herejes modernos, cuya ciencia había destruido muchos anacronismos y mucho dogma, conquistado el libre examen, el culto libre y que había transformado en zahareños y levantiscos á los cate-

cúmenos de antaño, tan sometidos y los anarquistas usaban el anatema contra los burgueses cobardes, cuya avaricia sórdida y cuyas tiranías detenían el progreso del mundo. Ser ricos era un crimen. Ser poderosos era un crimen. Ellos no iban á tolerar la villana lascivia, que había formado las castas, el gobierno y las universidades para los menos y el hambre, la enfermedad, el conventillo, la ignorancia y la muerte para los más! Por eso las dos demencias chocaron esa noche, los que habían hecho la peregrinación en beneficio del santuario y los que habían hecho la huelga contra los ricos; los del rosario tan dolorosamente estériles y los de la dinamita tan dolorosamente delincuentes. Un atavismo sombrío guiaba á las dos cohortes. Ambas eran redentoras. Una tenía el Calvario, los cadalsos la otra y habían pasado y seguían pasando entre la incredulidad y el escarnio de las muchedumbres. El claustro encerraba á los místicos, estrecho y sin luz, con límites pequeños para la inteligencia y con una fría sordomudez para el corazón y la sociedad secreta á los anarquistas, el húmedo sótano que esconde á los afiliados el esplendor de la libertad y la lucha sana del aire abierto, que oculta el progreso por el trabajo tenaz y por el ahorro tenaz y predispone al pensamiento homicida y hace acariciar la obra destructora. Si domi-

naron al mundo alguna vez, fueron injustos. Levantaron patibulos, los primeros en nombre de un Dios iracundo, pervirtiendo así ese ideal de infinita bondad y castigando herejes, se hicieron herejes á su vez y los otros, en nombre de los oprimidos, oprimieron, y mataron como lúgubres bandidos. Esas dos fuerzas, cuya meta era la desolación perniciosa y triste, la primera á través del anacoreta y del desierto, y la otra á través del regicidio y de la muerte del orden existente, se estrecharon en la pelea para dilaniarse. Brilló el cuchillo. Sonaron tiros. La imprecación llenó de bava las fauces secas y mientras los católicos peleaban por Dios y por la fe y los anarquistas por el pueblo sojuzgado y por los mártires, que regaron con sangre el sendero de la anarquía, los débiles cantaban el himno á la Virgen y cruzaban, por la penumbra, las estrofas violentas del himno de los vagabundos y de los descamisados. Los jefes se encontraron; Ricardo con un revólver, Germán con un puñal. Muchas veces, en la propaganda, se habían clavado los ojos, con odios de sectarios, los dos ardorosos, creyendo cada uno al otro profundamente perjudicial. Más que con palabras, en ese encuentro, se arrojaron con fragmentos de alma feroz. Se oían las frases en la barahunda.

—Ustedes manchan la inocencia, ustedes contaminan, á los hombres, dijo Ricardo.

—Ustedes los aislan, contestó Germán y los hacen estériles. Ustedes los matan así.

Los gritos y el estruendo seguían. De cuando en cuando un estampido, ayes de dolor, y en toda la masa agitada, un vasto vaiven de pelea y un jipar de iras brutal.

—Lo que Vd. hace no le cuesta nada, gritó Méndez, acercándose amenazador. No tiene más que barro en el corazón. Agarra, tira y ensucia. Su camino está lleno de deshonras!

Germán se aproximaba cada vez más, con el puñal arriba y con los ojos enloquecidos.

—Y ustedes crericales? Bah! Homicidas! Sus centros son un gran cementerio! Donde tocan, hacen la muerte moral! No es el suicidio lo mejor!

Y cuando se iban á herir con furor; una oleada de pueblo los arrebató en alto y los separó, en una espantosa zinguizarra, arrastrándolos á través de la gritería y del estrépito. Aquí caía uno; allá otro, manchado de sangre; más allá un alarido de dolor, que sacudía la tiniebla; el sordo rodar de cuerpos por los adoquines, una marejada humana, aplastada contra las paredes y tirada por todas partes; el tambalear de una muchedumbre, que parecía borracha de cólera, en medio del desesperado pujar de brazos y cuerpos y del estertor sofocado de los que se asfixiaban. Una llamada de incendio resplandeció bruscamente, en

la calle tumultuaria y aparecieron, en la claridad, los rostros trágicos de los combatientes, iluminados por el fuego siniestro. En frente de ellos ardía la fábrica y detrás de los cristales sucios, se veía el fulgor de la hoguera y las llamas escapaban fuera, resoplando en medio de la estridente carbonización de los tabacos y del estampido de los techos al derrumbarse. El horizonte se tiñó de rojo y una nube de humo, salpicada de chispas y de haces ardientes, se dispersó en el aire caliginoso. Y mientras el calor quemaba las ropas y hacía retroceder y huir á la multitud agitada, una descarga de fusilería, llena de amenazas, apuró los miedos de los fugitivos, que se atropellaban por las calles iluminadas, en medio de alaridos feroces.

—Los soldados! Los soldados! gritaban. Los católicos los traen. Asesinos! A la casa de Méndez! Al Jefe canalla! La muerte! La muerte!

Y cuando los anarquistas se dirigieron, rugiendo, hácia la casa de anchos corredores, los clericales se reunieron lejos silenciosos y resignados, en un enorme grupo, heroicamente lentos, aceptando aquel inmerecido martirio. Y desaparecieron, siempre tranquilos, en su marcha solemne por las calles desiertas, como si aquel morir de los amigos por la fé, fuera savia que robusteciera y manantial de divina

gracia. Los heridos, que podían caminar, los acompañaban sin quejarse y agradecían, en silencio, al Dios de los fuertes, que los hubiera probado. Eran almas de grandeza estóica, que veían correr la sangre de sus cuerpos y la ofrecían en holocausto y ultrasectarios que rezaban muriendo, convencidos de redimir al mundo, mientras los anarquistas, que yacían con vida sobre el pavimento, aceptaban el sacrificio, que iba á mejorar la vida de los proletarios entristecidos, los parias miserables de todas las épocas!

Detrás de los dos partidos destrozados, los trabajadores, que acompañaban á Elbio, siguen su marcha en triunfo. La columna es enorme; el caminar tranquilo. A medida que encuentran heridos, los curan, para llevarlos en camillas á los hospitales. Elbio es el médico y los obreros lo ayudan. Ellos practican la caridad humana. Ese ejército no conocía sectas. Sus soldados no son católicos, ni anarquistas, ni socialistas siquiera. No pertenecen á ninguna agrupación. Cultores de la labor sana y del ahorro constante han construido sus modestas viviendas en esta tierra, donde todos los pertinaces prosperan y formado la familia numerosa, cobijada bajo la virtud de esos santuarios. Almas ecuánimes estas, y robustos cuerpos, que beben la luz desde la madrugada, cuando se

dedican á la obra sudorosa y saludan con este himno al sol fecundo, que hace nacer la vida sobre la tierra y en las horas del trabajo, el sol los bendice, haciendo rodar su disco por el firmamento, como una gran mano deslumbradora y buena, que acaricia los aposentos donde durmieron, calienta las mejillas rosadas de los hijos y entra por las puertas de las casas pequeñas, cuando los niños rezan el Padre Nuestro, antes de ir á la escuela y las compañeras lavan la ropa, en los patios estrechos. El sol los sigue en los calientes meridianos, cuando esos honestos no han dejado la obra, cuando chirrían las sierras, las fraguas estriden, se siente el rumoroso trajinar de las máquinas, en los apurados talleres, las marcas asan los glúteos de las haciendas, volteadas á lazo y los bueyes abren el surco lentamente, arrastrando el arado y miran los céspedes, con la mansedumbre del grande ojo glauco. Ya más tarde, cuando ellos están cansados y se retiran á sus casas, satisfechos en aquella gloria del día útil, el sol también busca la noche, quiere el descanso y se acuesta en las plegarias de las melancolías crepusculares y los hogares entonces rezan y duermen; porque, como él, hicieron el bien el día entero y como él, vivieron todas las horas, en la salud moral y en la fructificación vigorosa. Mientras curan heridos éstos, que conservaron en la po-

breza el corazón hidalgo y se aglomeran cada vez más numerosos, en su marcha benéfica y las familias arrojan flores, para saludar esa fuerza vencedora, que no hace sino pensar el bien y hacerlo, estos creadores del presente, estos preparadores de un porvenir, que no ha de retroceder jamás, mientras curan heridos, pueden irse de esta tierra los que la han contaminado con la doctrina perversa, los criminales que alejan al hombre de la labor y á la muger de la honra, criaturas malditas, dementes lúgubres y emanaciones de esclavos, castigados por autocracias seculares!! Pueden irse. No hacen falta. No tapen al sol con el crespón de la anarquía, ni con el pálio místico! No opriman. Eso es doloroso. Se pretende manchar una tierra de promisión, llena de virginales gracias, donde el pobre puede dejar de serlo y donde se han rehecho muchas aristocracias, que tuvieron por años la mortal tristeza del recuerdo de los días felices. Esas familias rodeaban, de noche, la persona del padre trabajador. Colgado de la pared. está el emblema, que ha glorificado el apellido á través del tiempo. Eso significa muchas azañas, mucha caballería y mucho Dios! Lo trajeron á esta tierra, vestido de luto y mojado con las lágrimas de la miseria. El pampero lo secó; los trebolares lo perfumaron; la libertad y el trabajo lo llenaron de sanas robusteces; la ri-

queza honesta hizo la resurrección y los gloriosos, que duermen el sueño secular, en las tumbas de las viejas mansiones empobrecidas, bendicen á la tierra generosa, que ha permitido que se reinicien las alegres glorias de antaño, á través del blasón rejuvenecido. Y pretenden manchar una nación, cuya grandeza existe por la tesón de los artesanos, que jamás conocieron la huelga violenta, sino para condenarla, la huelga que destruye sin rehacer, la tiranía de los psicópatas de imaginación enferma y alma emponzoñada. Váyanse! Esa es planta que no ha de retoñar aquí. Los obreros que marchan curando heridos, pasan sobre los fragmentos de las sectas, rotas en esa noche de lucha. Pasan como los atletas, como los inmortales! Váyanse! Vuelvan á la gleba, de donde salieron y sepan que las manzanas de casas, los alfalfares y los trigales están diciendo á gritos, que esa es riqueza de pobres que trabajaron. Váyanse! No contaminen! Vuelvan á la gleba, de donde salieron! Y porque no son ni católicos, ni socialistas, ni anarquistas, es inmenso y tranquilo el pueblo, que sigue á Elbio. Allí están los peones que, un ladrillo sobre otro, construyen las pequeñas casas del arrabal, los peones de todos los oficios y de todos los talleres, los dependientes de las casas de comercio, todos los que quieren ser dueños pronto, los que buscan

por el sacrificio su independencia, los que bregan y sudan de sol á sol, los que no tienen tiempo para perder en la iglesia, ni lo pasan oyendo filípicas de tumultuarios utopistas, ni entregan su dinero á los círculos místicos, ni á la asociación malsana, porque eso sirve para mantener á los padres viejos y educar á los hijos. La integridad moral guía los pasos de esa cohorte, á través de las penumbras, en las calles angostas. Entraron, de repente, en el claroscuro del incendio, ya casi extinguido. Una densa humareda mordía la garganta con su tufo acre. Por todas partes agua, muebles rotos, humeantes fardos de tabaco, rejas de hierro dobladas y tirantes hechos pedazos y carbonizados. Algunos muertos, como bultos oscuros por el suelo y mucho silencio; un abandono de soledad y una tristeza de tragedia! De cuando en cuando pasaban hombres, huyendo delante del incendio, como manchas de espectros y el repentino fulgor de las últimas llamaradas iluminaba coágulos y regueros de sangre. Encontraron heridos. Elbio los curaba con el ceño adusto y el alma consternada. Todos los amigos lo rodeaban para ayudarlo y se veía, bajo el farol, la blancura de los algodones y de las vendas. Los más robustos emprenden la marcha, hacia los hospitales, llevando las camillas. Algunos chicos tienen heridas de sable en la cabeza; uno

estaba muerto y apretaba un rosario entre las manos ensangrentadas. Elbio pasó cerca y se detuvo. Su alma caballerezca se entristeció. Le lavó las manos y dulcemente lo estendió en una camilla, colocándole el rosario sobre el pecho. Entonces, al lado de aquella pequeña cosa muerta, desfilaron los obreros en afligido silencio, como si así hubieran querido manifestar su reverencia. Y cuando lo sacaron de allí, para llevarlo á la casa de la madre, Elbio bajó la cabeza sobre el pecho y se quedó pensando:

—Las madres crían á los hijos. Los mecen de noche en las cunas y les cantan las canciones de las amorosas ternuras. Los chicos salen á la calle. El desórden los envuelve y los soldados los matan. De todo eso no queda sino un inmenso dolor y una casa triste! Las sectas pasan cerca y no saben que han sido infanticidas! Habrá algún utopía que justifique estos crímenes?

Siguió su tarea Elbio. Se arrodillaba para curár otros heridos. El pueblo enorme lo ayudaba en silencio. Uno de ellos, que tenía un agujero negro en el pecho y á quien Elbio bendaba, le estrechó la mano y le dijo con voz entrecortada.

—Vd. salvó la vida de un hijo mío, doctor Errécar. Se van á quedar sin padre.... Vd. es generoso!....

No pudo continuar. Tuvo un vómito de sangre. Al rato ya con voz moribunda agregó:

—Los compañeros han ido á quemar la casa de Méndez. Váyase.... Son feroces ... Los van á matar... Salve mis hijos!... ..

Tuvo un estertor y golpeó con la frente los antebrazos del médico. Había muerto ...

Era cierto. Un grupo de hombres, arrancado de la estación por la fuga, perseguido por las descargas de los soldados, borracho de alcohol y de rábía, se azotó, corriendo, hacia la casa de Méndez. En la punta Germán, con torvo gesto, lo animaba, con la blasfemia homicida. Su cara era tétrica; sus ropas estaban manchadas de sangre. En la carrera velóz, tosía á cada rato y arrojaba esputos rosados. Nunca, como en ese momento, había sido más lúgubre su alma de crimen, salvaje en el rencor de la derrota, enajenada en aquella orgía del delito, en aquella lujuria de devastación y de muerte. Su voz nó se oía, en el clamoreo horrendo de la horda; pero sus ojos daban miedo, rodeados de una vislumbre escarlata. Todas las puertas estan cerradas; todas las ventanas estan cerradas. Hay en la calle, entre las sombras de la noche, el terror de la estepa solitaria, por donde pasan aquellos rastreros de la

tierra baja. Tristes malditos, arrebatados por la sombría demencia! Y Germán adelante siempre, gigantesco y lívido, como si caminaran con él las cárceles de todos los bandoleros, las sentinas y las zahuurdas, que cobijan y ocultan los vicios y las degeneraciones de la recua humana. Ya no era un hombre aquel; parecía un furioso orgasmo, que alzaba sobre todos la cabeza satánica, en un paroxismo de cólera, en esa agitación de exterminio y de venganza. El espectro de Enrique Valverde le gritaba al oído las palabras fatídicas:

—Te encontrarás con los Méndez. Han ofendido á tu padre. Aniquílalos!

Cien varas adelante, corría Goga con las crenchas al viento, con las ropas desgarradas. Su carrera era vertiginosa. Sentía detrás el estrépito de los bandidos, que se acercaban. A lo lejos un redoblar de tambores; las casas temblaban. Si llegaría en tiempo para salvar á Dolores? Agarró el llamador con toda su fuerza y la calle resonó de los estampidos del hierro. Acercó el oído á la cerradura y sintió como un murmullo tranquilo y largo. Goga había comprendido.

—Están rezando el Rosario, exclamó. Jesús! Los van á matar!

Y levantó el llamador y la calle resonó del grave estampido de los golpes. Entonces se azotó muchas veces como una loca, con todo

su cuerpo; contra los batientes. Adentro se sentía el mismo murmullo tranquilo y largo. Seguían rezando el rosario, en momentos que aparecía la lívida máscara de Germán Valverde, iluminada por un hachón de resinas. Traía en la mano una daga brillante; otros blandían hachas. Cuando llegaron cerca, Goga daba espaldas á la puerta y había estendido los brazos para defenderla. En ese momento tenía en el rostro una serena hermosura de ángel y en los ojos una transfiguración de cielo. Sus cabellos caían, como un río de oro, sobre el pecho desnudo. Era casi una casta, en su tranquilo heroísmo de mártir!

El redoblar de tambores se oía más cerca. Los soldados ya dispersaban la retaguardia en momentos, en que las hachas caían sobre la puerta á despedazarla.

—Fuera Goga! Fuera, rugió Germán abalanzándose sobre ella. Gran perra! también vos los defiendes!

—No quiero! No quiero, gritó la muger y se aplastó más contra la puerta, mientras las hachas seguían astillándola. Entonces hubo como un relámpago. La daga había fulgurado, de arriba abajo, en la mano de Germán. Se sintió un crac. Era la punta que había penetrado en la madera, pasando á través de las costillas de Goga y cuando los otros creyeron que iba á herirla de nuevo, vieron que

éste se tambaleaba como un borracho, pálido de cera y que de su boca saltaba una oleada de sangre caliente. El pulmón tuberculoso se había hecho pedazos y había dado en tierra con su cuerpo patibulario. Entonces hubo un agitado remolino; se atropellaron los foragidos los unos sobre los otros; arrojaron las hachas y huyeron en una fuga pavorosa para perderse en las sombras. Y seguían huyendo con una carrera de fantasmas, como flagelados por la lubricidad del delito, mientras los soldados disparaban sus fusiles en las tinieblas. Cuando Goga sintió el frío del cuchillo, dió un grito y bajó la cabeza, murmurando con voz entrecortada:

—Jesús la salve!... Tanta ternura... en el corazón... y empezó á resbalar hacia abajo sobre el filo de la daga. Después no supo más.

Los trabajadores habían llegado. Elbio reconoció á Germán, que se arrastraba por el pavimento. Una sensación de repugnancia le agarró el alma; pero viendo sus ropas llenas de sangre, se acercó á él para curarlo. Creyó que estaba herido. Germán lo miró con una luz de encono en los ojos. Se había puesto de pie y sin decir una palabra se alejó imponente y frío como un espectro.....

—Alguna cama de hospital, exclamó Elbio,

lo va á recibir en su última noche Qué doloroso fin!....

A Goga la colocaron en una camilla para curarla. Estaba pálida y fría. Un hilo de sangre caía sobre sus ropas y se cuajaba gota á gota y sintiendo que Dolores y Angélica le estrechaban la mano y lo miraban á Elbio ansiosamente, abrió más los ojos aflijidos y sonrientes, mientras el médico vendaba en silencio el pecho fatigado. Goga tosió. Sus labios se mancharon con sangre. De cuando en cuando murmuraba, como en un tranquilo delirio:

—Sucedió, Dolores....

Esta se acercó á sus lábios.

—Sucedió que Vd. ha tenido conmigo, con la pobre maldita, ese modo tan dulce y cariñoso....

Dolores se estremeció de pena.

—Por eso, siguió Goga con voz débil, por eso yo tengo tanto amor en el corazón.... Jesús! Dolores!

—Qué quiere? Goga! Dígame lo que quiere, exclamó Dolores ansiosamente.

—Yo quiero, contestó Goga, antes de morir, que Vd. me diga que soy una muchacha grande.... una muchacha buena.

—Más que eso, agregó Dolores con ímpetu, más que eso! Vd. es una mártir, una generosa

mártir! La han herido por querernos defender!

—Chist! dijo la muger poniendo el índice estendido sobre los lábios. No quiero que se aflija. Todo esto ha sido muy sencillo. Ud. ha sido tan buena. . . . como si fuera mi madre.

No pudo continuar. La fatiga la ahogaba. Su cara se había puesto un poco obscura; las narices se dilataban apuradas. y en la penumbra se veía bajar y subir la blancura de las vendas. El médico había concluido su tarea.

—Hay que llevarla en seguida, dijo.

—Tengo frio, exclamó Goga. Tanto tiempo en la calle y tan desnuda. Llevenme al hospital. Dolores no se ofenda. De todos modos me voy á morir. No se va á ofender si le pido, que me bese antes de irme al hospital. . . . Y después también yo temí que las ultrajaran. . . . porque estaban solas. . . .

—Nosotros la vamos á entrar á casa, dijo Dolores, hasta que esté un poco mejor. Así no puede ir al hospital. Porqué me mira? No es verdad Ricardo, que no vamos á dejar que la lleven así?

Este, que llegaba en ese momento sudoroso y con las ropas desgarradas, contestó:

—Sí, mamá. No vamos á dejar que la lleven.

—No me mire así Goga, con ese dolor en los ojos, agregó Dolores. No ha oído lo que

dice Ricardo? Y tú Angélica, tú también quieres?

—Yo voy á incomodar. Yo mancho todo. Yo ensucio todo, interrumpió Goga con una voz desgarradora.

—No es verdad, Angélica, que tú quieres que entre? volvió á preguntar Dolores.

—Sí mamá. Yo quiero, contestó la niña con emoción. Yo le voy á dar mi cuarto á ella. Sabe Vd. Goga que mi cuarto tiene una linda ventana que dá al jardín? Hay muchas flores. Yo voy á poner en frente la maceta que más le guste, para que Vd. la vea desde la cama.

—Ve Goga! Todos queremos. Y Elbio va á venir mañana á curarla, dijo Dolores.

—Yo la voy á cuidar, Goga, agregó Angélica. Voy á poner flores sobre su mesa de noche; me arrodillaré, al lado de la cama, para rezar el rosario con Vd., para que Jesús la salve.

—El rosario replicó Goga? Yo? Yo ensucio todo lo que toco y movía tristemente la cabeza.

—Sí Vd., contestó Angélica. Con nosotros. Vd. está triste y tiene las manos frías. No la vamos á dejar que vaya al hospital. Nosotras

tenemos que agradecerle á Vd. que nos avisó del peligro que corriamos.

Pero Goga no contestaba. Tenía los ojos abiertos desmesuradamente. Lloraban. Ningún sollozo. Las pupilas parecían dilatarse, en esa helada palidez de su rostro.

—Élbio! gritó Dolores consternada. Se muere Goga! Se muere! Sálvela!

Todos rodearon impetuosamente la camilla.

—Es un síncope. Adentro, ordenó bruscamente el médico.

Dos hombres colocaban á la moribunda suavemente, un rato después, en un sofá, en el cuarto de Angélica....

LA SALUD MORAL I

Angélica salió con Elbio. Se detuvieron en el umbral. Los dos jóvenes se estrecharon la mano sin hablar. En el claroscuro se habían mirado, para agradecerse mutuamente la obra buena. Fué un delicioso diálogo de amor sin palabras, y cuando los obreros siguieron á Elbio en su marcha, hacia el centro de la ciudad, la niña se quedó en el vano de la puerta, viéndolos pasar y pensando en su fuerte y sana pasión. Entró la enorme columna en las calles angostas. Estaban desiertas. El pavimento de madera resonaba de esa formidable marcha de vencedores, bajo la luz de los globos eléctricos. Ni un grito, ni una maledicencia, ni una diatriba. Parecía al contrario que, en ese ejército de buenos, hubiera hecho presa la inmensa tristeza de tanto delito. Aquí y allá encontraron signos de otras reyertas; sangre, una vírgen de seda por el suelo súcio; una

bandera roja desgarrada y una desolación de dolorosa tragedia. Iban á disolverse en la gran plaza de la ciudad. La luz eléctrica difundía mucho esplendor. Aparecían los monumentos, en un fulgor de escultural magnificencia, como bloques de gloria; la Catedral á la izquierda severa y magestuosa, donde el pueblo se congrega en los días triunfales de la patria; el puerto en frente, dibujando en el eter lejano y obscuro una selva de mástiles, los brazos gigantescos que hienden las borrascas de los mares solitarios y llevan y traen la vida; el Capitolio rosa pálido, donde los gobiernos han escrito más de una vez capítulos de honor humano, para fijar, en letras de oro, los grandes ideales de tolerancia mútua, condición de progreso en la vida moderna y de cuyas gradas bajaron algunos para esconderse en la perpétua tiniebla; los que, prevaricando, fueron inferiores á su tiempo. En el centro un monolito; la pirámide, con esta sencilla epígrafe: «Mayo»; enfrente un guerrero y alrededor mucha ráfaga heroica y muchos trofeos. Una calle luminosa abre su ámplio cauce. Es la Avenida, costeadá por la soberbia mole de sus palacios, cuyas ventanas numerosas parecen grandes pupilas, destinadas á saludar á los huéspedes, que de lejanas tierras llegan, para buscar una vida más feliz y en todas partes un himno de virtud que dice á gritos los

triunfos del trabajo honesto. Elbio hablaba al pueblo. Dijo que muchas generaciones de obreros pasaron por esas calles y fundaron. Abuelos eran de blancas cabelleras, de hondas arrugas rojizas en el rostro, de músculos atléticos, que arrojaban á los hijos hercúleos, sobre los andamios, suspendidos en el espacio, en medio del gran sol del día. Hijos y padres eran, envueltos en el polvo de las obras, con las ropas y las botas blancas de cal y trabajadores de los pavimentos, armados de barretas y machucos, haciendo sonar los bronces de la acción titánica y consolidando civilizaciones, en el baluarte formidable de los palacios. Nunca una huelga, nunca horas perdidas en las sinagogas de predicadores enfermizos! Esos creadores no lastimaron jamás el sueño de la vieja patria! Los barrios surgieron por el vigor de los temerarios, que entregaban el cuerpo á las intemperies de las frías naturalezas, á las borrascas del viento y de las aguas, que encenagaban el arrabal y con iras de fuertes contestaban á los días lluviosos, que impedían el trabajo, con sordas rábias de querer seguirlo á pesar de todo. Desde la casa, que ellos habían construido con sus ahorros, rodeados de los hijos, cerca de la compañera robusta, espían el cielo ceniciento, por si el sol rajaba las nubes, para echarse fuera de nuevo con el pico al hombro. Así desparramaron por la

ciudad un enjambre de muchachos, con ímpetu de conquistadores, con sañas bravías, para seguir las huellas paternas y engrandecerlas. Estos nunca oyeron en sus casas las quejas femeninas de los impotentes, ni la ironía amarga contra el rico, ni las sombrías meditaciones del delito para despojarlos. Eran émulos solamente. Trabajan para ser tan ricos como ellos! Y por toda la ciudad, hasta hace poco tiempo, era un martillar estruendoso, un zumbar de colmena, una férvida alegría de vivir y de crecer, todos los músculos para la obra, toda la inteligencia para su perfección. El resultado de todo este honor fué que los hijos superaron á los padres. Y mientras la vieja raza se dilaniaba en la política y se despedazaba en la inercia y en el juego, entraron los nuevos retoños, repoblaron sobre las cenizas de la soledad y del abandono é hicieron rebrotar la vida, en la célula de los moribundos, que iban á desaparecer en la noche. Fué como el reventar de una aurora, como un sacudimiento de luz. El alma vieja se saturó de los zumos frescos de las nuevas generaciones y vivió. Después vinieron de Europa los enfermos, que formaron el socialismo agresivo y los dementes que predicaron la anarquía y el obrero católico surgió en frente, con sus sermones valetudinarios. Todo esto es un mal. Los trabajadores

perdieron su libertad y se transformaron en sectarios.

—Nosotros no, gritaron todos los que rodeaban á Elbio; nosotros nó! Mueran las sectas! Vivan los libres trabajadores!

Elmédico estaba parado en un banco. Dominaba ese mar inquieto de varoniles cabezas. Su voz era vibrante. Había algo de gigantesco en esa historia, narrada así con sencilla palabra, en esa historia de salud moral, que había creado una ciudad y forjado una alma inmortal. Sin quererlo se había transformado en un conductor de razas. Era un selecto de cuerpo, una blanca estátua de varón fuerte, un corazón de sangre incontaminada y una sana integridad de intelecto. Amaba á los trabajadores y los guiaba hacia la justicia.

—Eso es, contestó irguiendo su cuerpo y levantando la mano al cielo. No pertenezcan á ninguna asociación. Ni católicos, ni socialistas, ni anarquistas! Hay algo superior á todo eso: ser libres!

Como el espasmo de una nueva vida saltaron esas palabras á través de la noche, con un aletear de banderas virginales hacia el porvenir, como la revelación de una religión nueva, cual si corrieran ellas en un rodar de ariete, á romper cadenas de esclavos . . .

—Eso es el supremo bien! Eso es lo honesto, repitió Elbio y su cuerpo pareció er-

guirse más, como el de un Dios y su mano se acercó más al cielo, mientras su alma de reformador, su alma severa y justa penetraba en el espíritu de la muchedumbre. Esta había sentido la gloria de ese ideal y aclamaba á su caudillo

—Es cierto eso, se oía gritar por todas partes. Abajo las sectas! Han ensangrentado! Han entristecido! Son la mentira! Son la mentira! Hemos de convencer á los hermanos trabajadores! Hemos de arrancarlos de los sótanos donde los enferman! Con la plata que ellos ganan, sudando como brutos, con la plata de los hijos se construyen conventos y santuarios! Con la plata de los hijos se sostiene la huelga haragana! Abajo las sectas!

—Sí, contestaba Elbio. Sí, convenzanlos! Digan que el fanatismo católico no crea! Digan que están contaminadas las zahurdas, donde se predica el abandono del trabajo, donde se medita el desórden y el homicidio. Digan que hay una moral superior, que enseña la caridad para todos, que ordena y dirige á los hombres hacia la amistad benevolente, y cree en la piedad infinita de Dios, y hace sagrado el amor del hogar, el amor de nuestra patria, la ternura para los huérfanos y obliga á respetar la inocencia y ayudar á los viejos enfermos y que para comprender esto se necesita ser libres, para no torcer las naturales y

afectuosas tendencias del corazón, en beneficio de las utopías casi todas sórdidas, casi todas malsanas y que sepan que solamente así se marcha hácia la justicia, que es el beneficio supremo! Antes eran necesarias esas sociedades. El mundo era una tiniebla. No había hombres. No había ciudadanos. Eran parias, esclavos y libertos. No había naciones. Los déspotas aplastaban las conciencias, con el guantelete de hierro. La casa de los que deseaban la libertad, era la prisión de estado y los patíbulos se mancharon de mucha sangre de caballeros. Se comprende pues en esos tiempos lo imprescindible del misterio, el triunfo del secreto en las reuniones y la necesidad de la secta, para agruparse en la mútua defensa. Pero hoy quién ataca á quién? La ley ha igualado á todos y ha suprimido las castas. Esa es la éjida y el hombre ha recuperado todo su libre albedrío y puede marchar solo. Qué necesidad de entregarlo á las sectas? Qué necesidad de disminuirse? Háganlo fuerte ese *yó*, que ustedes tienen adentro, háganlo desdenoso y fiero! La asociación antigua y el antiguo convento bregaban por gloriosas emancipaciones del espíritu; hoy enseñan la reacción ó la licencia. Díganles eso á los amigos, que han entregado el alma altiva para que la recuperen y sean de nuevo los formidables solitarios. Acaso por que lleguen

á esto, las almas honestas no han de respetar vuestras plegarias y cuando la familia se arrodille de noche para rogar, habrá acaso quién se ría y escarnezca ese sublime momento? Acaso van á ser ateos, porque se arranquen de esos círculos, donde pierden tiempo y dinero? Recen; pero salgan de los círculos católicos. Trabajen; pero no sean socialistas. No pierdan tiempo y dinero. Acaso ellos solos aman al prójimo, protejen la pobreza, mejoran el estado de los proletarios, bregan por el mayor salario, por la mayor higiene y por el mayor descanso? No es cierto que cada bien nacido es un socialista y un cristiano que pugna por lo mismo desinteresadamente, más que ellos y mejor que ellos? De dónde salen esos caballeros siendo los únicos depositarios de la virtud y del progreso humano? Luchen; pero no sean anarquistas. No hagan la huelga. La mejor manera de demoler á los patrones, es hacerse uno mismo patrón. Eso no se consigue con la haraganería, sino con el trabajo constante y con el ahorro. Acaso es imposible llegar? Se precisa no ser observadores, para afirmar semejante error y no haber vivido aquí. Y después la huelga resulta un plagio vulgar. Nunca podrá ser sino un artificio; nunca una emanación natural de esta tierra, donde hay trabajo para todos. Un plagio es, si alguna vez no resultara una torva revelación

de escondidos y mortales pudrideros! Sean libres! Ni socialistas, ni anarquistas, ni de círculos católicos! Sean trabajadores. No rechacen nunca este glorioso epíteto! Como emblema, eso basta y sobra!.... Es la bandera que ha hecho el bienestar de los que no beben, de los que no juegan y de los que no son mormones! La ciudad está sembrada de pequeñas fortunas; los campos se han dividido mucho. Es preciso que se dividan más. Así mismo la mayor parte de los agricultores pueden, con los ahorros, educar á sus hijos y preparar su descanso para la vejez. Estos no han necesitado la secta para ser felices. No han creído en la peregrinación, ni han hecho jamás la huelga. Por última vez: sean hombres libres!

En el silencio que siguió á estas palabras se oyeron aplausos y victoriosos. La multitud, que llenaba la vasta plaza, se arremolinó para acercarse á Élbio. Un obrero encorvado y viejo le estrechó la mano y le dijo:

—Hay una cosa mala en todo esto. Son los patronos. No hacen caso. Abusan del jornalero. Nos enfermamos en el trabajo y ellos nos echan. Las máquinas nos lastiman y nos arrancan los miembros y ellos nos tiran al hospital. Uno solo bueno conocí. Era Martín Errécar. Era tu padre!....

El médico abrazó al obrero y lo tuvo largo

tiempo sobre el corazón. Estaba triste, porque sabía todos los silenciosos poemas de infortunio, que formaban la vida de los trabajadores.

—Oh mi viejo Pedro! exclamó el joven, en medio de la mayor emoción. Tú has vivido veinte años en mi casa. Tú eras el amigo de mi niñez. Yo quiero decirle á todos los que están aquí presentes, como ha sido grande y noble tu vida y como tú eras hermano nuestro, sin tener nuestro apellido! Pero tú te fuistes. Dónde y porqué? Cuanto te buscamos. Qué altivo, qué caballero eras mi viejo y querido Pedro!

Entonces el obrero se desvinculó suavemente y lo miró un largo rato.

—Estás fuerte y alto Elbio, contestó el viejo, dando vuelta su boina, entre las manos. Yo me fuí de tu casa, porque una noche Martín me dijo: Ya no voy á trabajar más. No quiero que salgas de aquí. Vivirás con nosotros. Tendrás el mismo sueldo. Hum! le contesté. Gracias! Eso parece limosna. Yo me voy. Tu padre no quería; pero me fuí no más. Así rodé de patrón en patrón, hasta que uno me pegó aquí en la cara, porque yo defendía un compañero, que él maltrataba injustamente. Entonces agarré un formón y se lo enterré hasta el mango. Después una cárcel muy larga. . . . muy larga. Ese hombre mejoró de la herida, y cuando salí me hizo decir, que fuera

otra vez al taller; pero los hombres ya no se pueden juntar, cuando ha corrido sangre.

—Vuelve á nuestra casa, contestó Elbio. Es muy grande, ahora más que antes. Martín, el bueno, te espera siempre.

—Ya sé, replicó el obrero, con un gran temblor en la voz. Carlitos se ha ido; la señora también. Eran dos cariñosos. Nunca se fijaron, que uno era muy pobre! He rodado mucho para volver. Los católicos me llamaron. Tienen lindos reglamentos; pero al principio no más le hacen saber á uno, que han fundado los círculos, para pelear contra los socialistas y la impiedad (1). Es el primer artículo. Yo no quise entrar. De la impiedad no digo nada. Yo la combatiría, porque creo en Dios y soy religioso; pero ¿por qué me han de obligar á que yo lastime á mis amigos socialistas? Me he criado en las fábricas. Conozco á todos los obreros. Hay muchos buenos y honrados en el socialismo. ¿Por qué los he de maltratar? Los católicos hacen el bien; yo no digo menos. Quieren que uno sea casado, que no juegue, ni hable cosas deshonestas. Si uno se enferma, le dan médico y plata. Yo soy muy ignorante, pero á mí me parece, que las sociedades deben hacerse para el bien solamente, no para hacer «marcada oposición á

(1) Reglamento del Círculo de Obreros Católicos.

la funesta propaganda del socialismo». Así dice, te juro Elbio, el primer artículo. Yo no entro. No puedo pelear con nadie. Lo he hecho una vez y no quiero saber más nada. Y después no sé, si no es, con plata de los trabajadores, que se levantan conventos y capillas por todas partes. La plata me cuesta ganarla. ¿Por qué se ha de entregar á los demás? Por eso te he hablado. Tú has dicho la verdad. Lo mejor es cortarse solos....

—Sí, gritaron los obreros arrebatados por aquella sencilla y clara elocuencia. Queremos ser libres! Nuestra plata es para los hijos!

—Tienen razón, añadió el viejo. He visto muchas cosas. He estado en los sótanos de los anarquistas. Creyeron que, porque yo salía de la cárcel, iba á tener el alma enferma de rabia. Me buscaron. ¡Qué cosas he visto! Parece imposible que sea gente juiciosa. Tienen cuartos enlutados con calaveras y puñales, para recibir á los que entran. Supongo que quieren asustarlos. Hablan de matar y de incendiar con una facilidad, que dá miedo. Según ellos, la gente no se ocupa sino de hacer mal á los pobres; los ricos son unos puercos, que han robado la riqueza que tienen y los reyes y los gobiernos son los enemigos de sus pueblos y están podridos hasta los huesos. Las casas de ellos son casas malas, donde viven con las prostitutas más infames y es el dinero de los

proletarios, como nos llaman á nosotros, el que mantiene las farras sucias.... Qué mal olor hay, cuando hablan de ellos! A uno le parece que está cerca del carnero, donde echan los cuerpos muertos de los miserables. Y después, según ellos, Dios los ha encargado de la venganza. Gritan y hacen gestos feroces, cuando hablan; pierden la cabeza; se ponen locos y furiosos y lo peor es que tienen escuelas y educan así á las mujeres y á los hijos. A vos te han perseguido, me decían. Te has muerto, de hambre y de frío en la cárcel. ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué no nos acompañas? Yo les contesté: No! Yo no entro. ¿Por qué he de matar yo á los ricos? ¿Qué me han hecho á mí? Yo no quiero matar á nadie. Y después yo no veo, que estén tan corrompidos, como ustedes dicen. Al contrario. Sé que hacen muchas limosnas. Y sobre todo, ¿por qué los he de matar yo? ¿qué me han hecho á mí? ¿Por qué he de tirarles á los gobiernos con dinamita? No entro. No quiero darles la plata de mi trabajo, para que compren puñales y pólvora. No quiero perder mi tiempo, escuchando sermones. Yo no tengo nada que vengar. Mi patrón me dió una bofetada; yo debí contestar con otra. En cambio le enterré el formón. Eso fué una barbaridad. Yo había cometido un delito. Hicieron bien en zambullirme en una cárcel. No tengo nada que

vengar. ¿Y saben ustedes lo que sucede cuando se comete un crimen? ¿Acaso es lo peor, que lo encajen á uno, en la cueva oscura por años?

La voz del viejo se había hecho profunda y dolorosa. Su cara tenía algo de profética. Alguna desventura iba á narrar Pedro. En medio del silencio, los obreros estrecharon más el círculo, para oír mejor.

—Sucede, continuó sin detenerse, que la casa de uno se deshace; la mujer tiene que hacer la comida y trabajar para comprar el pan y la carne; el tiempo es corto, lo que gana no le alcanza y los chicos tienen hambre. Entonces agarra, con su cuerpo, á través de las calles y lo sacude por los burdeles. Cuando vuelve, ya no puede besar á sus hijos, porque ha perdido la pureza! Y sucede más. Nadie tiene lástima de la familia que se pierde. Los muchachos andan á monte y se hacen fascinerosos y á las chicas las estropean, mucho antes de que ellas sepan nada de nada.... Entonces ¿por qué los católicos me aconsejan que odie á los socialistas y por qué quieren los anarquistas que yo mate á los ricos y al gobierno? ¿Acaso ellos van á salvar á los míos? Un solo hombre he conocido, que cuidaba las familias de los trabajadores, que caían á la cárcel. Era tu padre, Élbio. Era Martín el bueno, como le llamábamos sus peones. Y

¿por qué también he de entrar yo con los socialistas, que hacen nacer, en mi corazón, la rabia contra los patrones, que me obligan á que yo lastime sus intereses con la huelga y que yo desprecie á sus familias? Y si yo quiero trabajar, ¿con qué derecho han de obligarme á que no trabaje? Y eso á garrotazos y á puñaladas! Han conseguido las ocho horas y que á las mujeres se les pague bien. Han conseguido la carne más barata y el pan más barato. ¿Qué quieren ahora? ¿Que yo cometa delitos, para obligarlos á que me den la plata, que tienen en las cajas? Ellos han sido obreros como nosotros. Han sufrido. Se han privado de todas las fiestas, y formado sus familias. Han trabajado, como bravos, para todo eso. ¿Y yo debo quitarles la plata, para los borrachones y los haraganes? Los socialistas han hecho enojar á mucha gente. Han tirado tanto de la cuerda, que ésta se ha hecho trizas. Han exigido tanto, que ellos mismos se han dividido y van á concluir por no ser una fuerza. Déjenme mi libertad. Yo no quiero estar con ellos. Élbio, tú tienes razón. Se precisa ser hombres libres!!

El viejo calló, mientras los aplausos resonaban largos y formidables. Se oían voces por todas partes casi tumultuarias.

—¡No queremos sectas! No queremos tiranías! Vivan los libres trabajadores! Que ha-

ble Elbio! Entonces ¿qué hacemos para defendernos? Queremos la felicidad de nuestras casas, la salud de los hijos y la honra de las mujeres! ¡Abajo el delito!

Los aplausos se guían atronadores. Por la plaza se produjo un movimiento de vaivén. Todos querían acercarse más, y abrazar al viejo Pedro. Era una alegre fiesta de la virtud, era el palmoteo triunfal de una nueva vida, la algazara de la salud moral, que fortalecía el alma de los obreros!

—¡Que hable Elbio! gritaban. ¡Que hable! ¿Qué hacemos si nos perjudican?

—Yo ya sé lo que ustedes quieren preguntarme, replicó el joven en seguida. Ustedes hablan de las injusticias de los hombres, ustedes hablan de la brutalidad de los patrones.

--Eso es! Eso es, repitieron impetuosamente algunos obreros.

- Hay algunos muy malos, Elbio. Son súcios y tacaños, agregó Pedro con voz casi estridente. Alimentan mal á los trabajadores. En vez de carne, les dan sobras y porquerías. No quieren las ocho horas. Hacen trabajar á los chicos y á las mugeres, como animales. Los tienen en cuartos, que son cuevas, á la humedad y al frío y los hospitales están llenos de hombres, que se enferman en el trabajo. Eso lo sabes tú mejor que yo. Está bueno que yo creo que se deben respetar sus intereses, pero

el mal corazón, eso no se les debe perdonar! ¿Por qué se han de morir los obreros á los treinta y cinco años, cuando recién empiezan á formar sus familias? Y ellos, los ricos y los patronos, ¿por qué han de vivir sesenta? Eso es lo que te pregunto, Elbio. Y yo digo entonces que solamente ellos tienen Dios!! ¿Por qué no cuidan á los pobres? O no saben que se mueren de frio y de hambre, porque ellos les pagan poco, y de cansancio, porque trabajan demasiado? Esto es injusto! Yo he vivido siempre con ellos. Los he oído conversar, á la noche, con sus familias y los he visto bajar la cabeza, cuando hablaban de que toda la vida iban á tener que trabajar, sin tener descanso, y los hijos también. . . . los pobres hijos que no tienen la culpa de nada. . . . ¿Por qué cuando han hecho una vida de hombres de bien, por qué tienen que trabajar toda la vida, Elbio? Eso es lo que te pregunto! Cuántos he visto entristecerse y disparar de la gente, como perros rabiosos, andar como bandidos, por los callejones solitarios y buscando la bebida, con una sed de locos . . . Después, es claro. Sucede que hieren; sucede que matan. A la cárcel! Y salen á los años, con las ropas súcias y el corazón roñoso. Y están mucho tiempo, porque la justicia quiere á los ricos y aborrece á los miserables. Yo soy el primero que respeta los bienes de ellos; pero no les puedo

perdonar el mal corazón! ¿Por qué hacen tanto convento y tanta iglesia? ¿Por qué los anarquistas y los socialistas tiran la plata, para sostener casas, pagar abogados y hacer huelgas? ¿No sería mejor juntar todo eso y hacer refugios, para los inválidos del trabajo? Que hubiera muchos; uno en cada barrio, donde pudieran ellos tener el buen pan, el agua fresca y pura y la carne rica y sana. Yo no puedo perdonar el mal corazón de las mujeres, que dan su dinero, para enriquecer cofradías y se olvidan de las miserias de los infelices, de las criaturas que no comen, de las muchachas que no se visten! ¿Por qué no se juntan todos? ¿Por qué no hacen eso? Dá rabia ver, cómo no entienden, que todos deben tener su descanso! Malos corazones! Malos corazones!

Se sintió por toda la plaza como el estrépito de una gran bondad que pasara. El viejo había echado hacia atrás la cabeza y, en las pupilas dilatadas, cruzó como un esplendor de visionario. Se hizo un silencio profundo en ese temblor de almas, sobrecogidas por el vigor de aquellas fuertes verdades. De arriba el cielo mira á los trabajadores, como envolviéndolos en su grande ojo azul obscuro, lleno de paz serena y de divina benevolencia. Una armonía de luz astral llega hasta la tierra, una tranquila y suave armonía, en ese quieto titilar de las estrellas. La catedral abre sus in-

tercolumnios, negreando de pueblo, y en la tiniebla de sus naves, los honestos de antaño rezan arrodillados las oraciones de la caridad y del perdón, blanqueando en los largos sudarios. Y mientras la multitud de las calles, de la plaza, de la Avenida, de las gradas del templo ha sufrido en las amarguras del viejo presidiario y á gritos pide el refugio para los obreros inválidos, que sustituya las salas desoladas de los hospitales, donde no hay madres, donde no hay hijos, los honestos de antaño cantan, en los largos sudarios, los TEDÉUMS triunfales, la victoria de la piedad cristiana sobre la avaricia sórdida, sobre los misticismos que detienen la vida, y sobre las demencias que ensangrentan las calles! Y cuando el médico empezó á hablar, un escalofrío horripiló la enorme masa de hombres, que se le echaba encima. Nunca había sido más escultural su figura, nunca había tenido en su alma mayor tristeza . . .

—¡Qué honrado eres, Pedro!, dijo el médico. ¡Qué de cosas santas has dicho! Yo voy á abrazar en tí, á todos los trabajadores, que cumplen con su deber, á los que rezan, á los que aman á sus hijos, á los que se ierguen contra la injusticia, á los que consuelan la desgracia y lloran por las amarguras y las congojas de los pobres!

—No es á mí. No es á mí, interrumpió el viejo. Es á tu padre á quien debes abrazar.

Es Martín-Errécar, que me ha enseñado á pensar así. Muchas veces me decía después de las huelgas, en que corría sangre: Oh, Pedro! Es necesario tener buen corazón. Hay que querer á los que sufren y ayudarlos. Es preciso perdonar! Es preciso perdonar! Los que tiran sobre los obreros, esos, que los matan en las calles, son unos miserables! ¿Por qué no van mis peones? Esos no iban, Elbio, á la huelga, porque Martín era el padre de todos nosotros! ¡Miserables! repetía tu padre. ¡Pretenden que sean sensatos los hombres, que se mueren de fatiga y de hambre y que tienen á los hijos en los hospitales! ¡Miserables!

—Oh! ese hombre exclamó Elbio temblando de emoción. Qué justo es. Cuánto vale Pedro ese hombre santo y generoso! Tienes razón. Los hospitales están llenos de pobres, que se enferman por el trabajo. Las arterias se les ponen como piedra. La tísisis les gangrena el pulmón; se mueren por los venenos que están obligados á usar; el alcohol los enloquece y destruye. Son viejos á los veinte años. El exceso de trabajo les dilata la aorta. Son decrepitos por las hambres, por las desnudeces y por las miserias. A los treinta y cinco años se mueren. Tú lo has dicho. En las salas del hospital, en el desamparo, en la soledad fria, durante las noches largas sin caridad y sin amor, entre el quejarse de los que viven

y el lamento desgarrador de los moribundos, llevándose esa estridente música de las desesperaciones siniestras, los cadáveres de los pobres salen arrastrados por los sirvientes y los prematuros de los treinta y cinco años, asesinados por las impías avaricias, por las ignorancias de una sociedad, que no ha encontrado formas serenas de justicia, que les permita una vida más feliz y más duradera, son arrojados desnudos á podrirse en los sepulcros, donde no hay cruces, donde no flota sino un desierto y melancólico anónimo! Y la culpa llega á lo bestial, cuando ruedan las mujeres jóvenes y los niños hácia el silencio de la muerte, porque la fatiga destroza los débiles cuerpos, la fábrica emponzoña, y las mazmorras, que les sirven de casas, les gangrenan la sangre, que necesita la pureza para vivir. Y aquí estamos oh! amigos míos, oh! trabajadores fuertes y honestos, para que esto no suceda más, nunca más, nunca más

Elbio se agigantó en aquellas palabras. Su rostro tenía algo de apocalíptico y parecía un sombrío dominador de acontecimientos. Había un silencio profundo en la plaza, donde estaban diez mil trabajadores reunidos y el horror religioso, inspirado por las vibraciones iracundas de aquella voz, preñada de anatemas, los mantenía quietos. Nunca el dolor humano había encontrado un himno más intenso,

nunca la verdad triste había tenido un intérprete más saturado de noble pasión! Élbio era un apóstol de lo bueno en su quintaesencia. Qué mal hacía vilipendiando la indiferencia y la crueldad? Oh! no importa acaso nada el martirio de los millones, que mueren á los treinta y cinco años y qué culpa tiene Élbio si esa es la estadística, si esa es la verdad que no tiene objeciones? Nadie hablaba y cuando el joven empezó á sacudir dolorosamente su fuerte cabeza, un aplauso largo y terrible, un estentóreo bramar de voces casi amenazadoras, se levantó de la entraña de aquella masa, con algo de tumulto, como si fuera una sorda ira de protesta.

—Que hable! Que diga lo que hay que hacer!

No queremos irnos á los treinta y cinco años!

De una vez! De una vez!

—Bueno, siguió el médico. Ya vamos á concluir. Pedro pidió refugios para los inválidos. No se olviden de eso. Yo voy á agregar que la acción del socialismo ha sido útil. Y mientras el principio del pasado siglo creó los derechos del hombre, en su fin y en el principio de éste han sido consagrados los derechos del pobre. El socialismo reveló la fuerza de los obreros y sus miserias. Ha obtenido las ocho horas, pero no han ido más allá. Yo les pre-

gunto á todos ellos, si creen, que los trabajadores que usan venenos, pueden trabajar ocho horas? Que contesten!! Han ahondado acaso el problema? O no saben, que, á pesar de eso, las salas del hospital están llenas de envenenados por el plomo y por el tabaco y que, de las trece mil costureras que hay en la ciudad, un gran número se tuberculiza á pesar de las ocho horas? Contesten! Yo he estudiado eso un poco. El labrador puede. Vive en plena luz; suda en plena luz, en el vasto y sano vaivén del aire de los campos. Doce horas también puede. No así los que trabajan en los chiribitiles de las fábricas. Siempre pregunto á los tuberculosos, que van á mi sala, cuántas horas trabajaban. Son siempre ocho y los talleres súcios y húmedos, á pesar de eso, siguen llenando el hospital de tísicos. Siempre pregunto lo mismo á los que andan con venenos. Contestan siempre ocho horas y á pesar de eso se mueren á los treinta años. Ese término no es sino una fórmula, una piadosa mentira, cuyos beneficios no se ven casi nunca. Los que observamos á los proletarios enfermos, sabemos bien eso. En vez de detenerse allí, en esa utopía, debieron enseñar y exigir la destrucción del hacinaamiento é impedir con el grito cruel de la estadística que las costureras y las planchadoras, los pintores, los tipógrafos, los cigarreros, los

pálidos de las tiendas y los encorvados sobre los libros y muchos otros trabajen ocho horas. No han resuelto el problema; por eso están detenidos; porque no es con sentencias y con axiomas que se gobierna al mundo. La muerte de los obreros á millares, es la contestación lúgubre á los que pretenden, que las ocho horas resuelven el problema de la salud. Se seguirán muriendo si no trabajan menos y si no les pagan mejor. Podrían, se me ocurre, los socialistas tratar de entrar á los parlamentos, para decir allí, que esos trabajadores han encontrado el modo de suicidarse á los treinta años; que esos sacrificios son cuotidianos y que tienen la culpa los que, en el gobierno, desconocen las necesidades y progresos de la vida moderna. Es natural. Aquí no se adelanta. Surgen partidos políticos en estos momentos, con las viejas banderas. En nombre de la libertad del sufragio exigida á balazos en los atrios y de la honradez administrativa conculcada siempre, volveremos talvez á las antiguas reyertas y á la sangre derramada en las guerras civiles, tan tristes y tan sacrilegas! Y siempre lo mismo! Y nada más que esto! Mientras tanto el mundo está sacudido por la necesidad de las mejoras económicas y cuando nosotros nos enronquecemos, gritando por las calles tumultuosas: « *Viva la libertad del sufragio! Viva la honradez administrativa* », los

pueblos modernos se apoderan de la mayor cantidad de oro y de saber, para tener bienestar, dominio y longevidad. Y estudian y resuelven los problemas higiénicos, que dan la fuerza y la salud del cuerpo y la mayor integridad de la mente y los hacen superiores! Así estos están en frente del problema obrero y cuando aquí clericales y socialistas se destrozan en la diatriba y en los choques callejeros, ellos han comprendido que para llegar á la sublime justicia de la nivelación en los hombres, es preciso enriquecerse é ilustrarse para tener riquezas y saber, qué repartir á todos. Por eso las sectas, que son tiranas y se dilánian entre ellas, malgastan fuerzas y se vuelven estériles; por eso es estúpida y dolorosa la lucha actual, entre católicos, anárquicos y socialistas. Ninguno llegará á la verdad, porque no son hombres modernos y no son hombres libres. Es curioso lo que pasa! Volvamos para atras! Como antes, se pretende imponer el dogma, que significa la ausencia de la razón humana y por otro lado los despotismos, que significan la ausencia de la justicia! No se entiende la tolerancia, ni el respeto mútuo y así no se triunfa. No hay más objetivo real, lo repito de nuevo, en estos momentos, que la riqueza por el trabajo perseverante y honesto, y que la mayor cantidad de saber!

Allí está la victoria. Pero para esto es necesario ser hombres modernos!

A cada rato los aplausos interrumpían esta arenga fulmínea, dicha con palabra caliente y gesto sobrio. Después de la última frase, estalló un largo victoreo, estruendoso y terrible, que se dilató por toda la plaza. Élbio al rato siguió hablando:

—Yo sé, que los socialistas han obtenido ventajas. Los niños han sido protegidos; los viejos han sido ayudados; los salarios han mejorado y los artesanos han tenido mejor casa y mejor alimento. El socialismo obtuvo estos triunfos y fué una religión sublime, que predicó la piedad y el amor á los desvalidos; pero en cuanto se sintieron fuertes, degeneraron en tiranía, estableciendo, que la huelga agresiva resolvía el problema de la justicia. No sabían, que los despotismos son malos, aunque vengan de abajo y se pretenda justificarlos por las congojas y las pobreza's seculares y olvidan que los violencias han perdido las más nobles causas. Por eso se han dividido y corren el riesgo de desaparecer. Yo pregunto: ¿han resuelto con la huelga violenta el problema de la justicia? Contesten! Ese desorden perjudica á todos: á patronos y á obreros; encarece la vida; encona el alma, y desviando á los hombres de las fruiciones del trabajo rudo, los precipita en la indolencia, que no crea, ni tiene virtud, en la

indolencia, que se emborracha, que enferma y desgaja. Una cosa, felizmente, ha ganado en estas luchas dolorosas. Es el buen sentido, que ya no cree en la utilidad del desorden y ha comprendido que la huelga no es una forma de progreso y á fuerza de ser trágica en apariencia, no resulta sino un lúgubre sainete, que revela la insuficiencia humana! Y yo pregunto también á los católicos, si creen que van á resolver el problema de la felicidad con la peregrinación, con el exceso de iglesia y de plegaria, si van á llegar á lo justo, no creyendo en la energía de la razón y no enseñando la verdad científica? ¿Por qué no hacen amar la libertad en todas sus manifestaciones? ¿Qué necesidad hay de las férreas disciplinas jesuíticas, que suprimen las iniciativas individuales? ¿Quieren ser hombres ó qué quieren ser? ¿O acaso de veinte siglos acá la humanidad no ha marchado? Quieren la tortura moral todavía; quieren el vasallaje de la altivez humana! Sépanlo! El inquisidor ha muerto; el hierro del potro ha sido fundido para la regeneración de pueblos! Esos *tatas* se han concluído; usen púrpura, ó espada, ó sean caudillos desgrena-dos y melenudos! El nigromante ha muerto! Las aguas lustrales de las pilas marmóreas ya no curan! Los sueros empujan hacia la verdad terapéutica y los creyentes del milagro, los pobres místicos, que arrastran á las multitu-

des fuera de la ciencia, que es la verdad, los soñadores de lo maravilloso y los déspotas caerán, quebrados, como los árboles resecos caen, bajo el hacha del leñador moderno, porque están muertos y la gangrena puede contaminar las saludables energías de la justicia! Así ¡oh mis amigos! ni huelgas, ni santuarios, ni tiranías, ni demagogías!

Fueron vibrantes las últimas palabras entre el silencio profundo. Los obreros miraban á Elbio con una atención llena de fe. El médico siguió más lentamente, desde su púlpito de piedra y su voz se oía clara y solemne á través de la noche. . .

—Sean libres!, exclamó Elbio. Cuando tengan inconvenientes con los patrones, cada gremio debe reunirse y discutir con ellos. La razón ha resuelto más problemas que la asonada. Si no consiguen por la terquedad ó la avaricia, deben recurrir al Estado, escúchenme bien, al Estado que ya no es enemigo de los trabajadores, sino que es su corolario, una emanación de su fuerza, dos capítulos de un mismo libro y que no podría existir, sino con esa condición, en la vida presente. Dentro del Estado, es preciso crear un nuevo poder. Debe llamarse: *tribunal de arbitraje para obreros*, compuesto de los más egregios, de los más sabios y de los más virtuosos, y resultar de la elección tumultuosa y fecunda de

las asambleas populares. Ese será el árbitro de la discrepancia. Ese resolverá la disputa. Sus decisiones serán ley y estarán apoyadas por todo el vigor de la Nación y cuando ellos estudien profundamente la complicada sinergia social, los deberes y los derechos de patronos y jornaleros, la estadística de enfermos y las causas de los males, que afligen al proletario, aconsejarán el remedio y ordenarán su ejecución. Podrá tal vez así llegarse á la mayor justicia posible y el pueblo, que debe elegir á sus jueces, podrá elegir lo mejor. Muy superiores serán éstos, por cierto, á los que elijan los gobiernos, que suelen ser tan malos, tan malos!

Yo me imagino lo que sucederá. Ha de estudiarse profundamente lo que gasta el obrero, cuándo ahorra, para que se sepa lo que debe ganar; la comida, las condiciones de la casa, el traje que precisa y la educación que necesitan sus hijos. De ese modo se establecerá el salario con justicia. Las horas de trabajo deben revisarse. Ese sería un estudio, lleno de generosidad, porque ahorraría la vida de muchos. Las ocho horas, ya les he dicho, nada resuelven. El estudio de la habitación se haría bien; el resultado tal vez fuera la higiene del conventillo y el aseo de sus mechinales. Yo no comprendo, cómo no se preocupan de ese refugio de inválidos, que tú aconsejas, Pedro.

¿Por qué ño contribuyen los patrones con parte de sus beneficios? ¿Por qué los artesanos no dejan algo de lo que ganan para su vejez? ¿Por qué los ricos no dan dinero para los inválidos, que han entregado su juventud, para fomentar la riqueza de ellos? ¿Por qué desprecian la desgracia, que ya no tiene fuerza, por los muchos años, que es desgracia y pobreza? ¿Por qué ultrajan, en los asilos, que significan caridad, el derecho de los altivos, que han trabajado? Y digo ultrajan, porque así reciben limosna, cuando en los refugios ellos serían los dueños. ¿Por qué ño hay estas cosas acá; no gana más el obrero y no hay bienestar en una nación tan rica? Yo voy á decirles lo que pienso. Porque somos plagiaros y no observamos. Así se esplica, que las leyes protectoras y de moneda hayan entronizado la tiranía económica, en un país en formación, en cuyo crisol hierven las razas y la grandeza. El chico tiene sangre y estirpe; pero no crece. Los sabios le han aherrojado las muñecas y le han puesto una plancha de bronce sobre la cabeza; porque, según ellos, las otras naciones protejen su trabajo y sé olvidan, que esas no necesitan crecer, sino consolidarse, mientras nosotros, que recién marchamos, debemos gozar de la mayor libertad, en todás sus manifestaciones, para engrandecernos.

El país está detenido. Las tiranías nunca

han dado otro resultado. En este camino vamos á la muerte por inanición y vamos á morir como los decrepitos, que no han tenido juventud. En los funerales, usaremos el sofisma para consolarnos y la discusión bizantina nos ha de hacer creer, que somos una gran nación! Mientras tanto ustedes sufren; no ganan más jornal; los hijos no son sanos; no viven sesenta años; corren el riesgo de caer en las trampas de los tenebrosos, que aconsejan el mal, ó de perderse en los círculos místicos, que tienen plata. Serán arrebatados para atrás y serán obligados á bregar por el Papa-Rey y á olvidarse de la tierra, donde han nacido. Tengan cuidado. Eso no debe suceder. Conserve la independencia, que dá el trabajo y la virtud. Cuidado! Eso no debe suceder!!

Élbio fué interrumpido por una voz poderosa. Todos se dieron vuelta. Un viejo atlético estaba apoyado á una de las columnas de la Catedral. Era Martín L'rrécar. Su barba lucía blanquísima, en el esplendor de la luz eléctrica. Parecía un profeta.

—Viva Martín! Viva el padre de los obreros!! se oyó gritar por todas partes.

Se descubrieron para saludarlo. Élbio miró al padre y se descubrió también, inclinando la cabeza sobre el pecho....

—Yo te quería hacer saber, hijo mío, que eso que acabas de decir es muy honesto, di-

jo Martín, con voz clara, que se oía por todas partes. ¡Cuántas veces he pensado yo que los más virtuosos deben cuidar á los obreros y que se debe hacer un libro de leyes, que estudien y castiguen los delitos de los patrones, que son crueles y de los jornaleros, que perjudican! ¡Muchos se mueren á pesar de las ocho horas! ¿Por qué no estudian eso? Los salarios son escasos. Solamente tres gremios conozco yo, que ganan cinco pesos por día: los grabadores, los yeseros y los rayadores! Todos los demás están entre dos y tres. ¿Cómo pueden vivir con familia, Élbio, pagar alquiler, vestirla, educarla y salvar el honor de la casa? ¿Sabes tú lo que pasa ahora? Te va á dar miedo lo que te voy á decir! *Hay años, en que en esta ciudad, ha disminuido el consumo de los alimentos, aunque hayan aumentado los habitantes* (1). Eso quiere decir que los obreros comen menos. Sufren hambre, porque no tienen plata. Cómo va á ser alegre la niñez, que no come y fuertes los trabajadores; cómo van á ser puras las muchachas que no se visten; cómo va á ser grande un pueblo, que no ama á sus pobres y no paga bien el trabajo, que no cuida á sus proletarios, que son la sangre de su fuerza, que son los que sufren y mueren por los demás, cuando

(1) Tesis del Dr. Giménez.

se precisa morir? Bueno, Èlbio, siguió Martín con un dolor en el acento, que hizo temblar á todos. Yo bendigo ese pensamiento tuyo del tribunal de arbitraje; pero eso debe ser más de lo que tú has dicho, eso debe ser todo el gobierno! Los trabajadores deben pedirlo en las calles con energía, reunirse, ir á los congresos, llenar su aire y su vida con esa idea, desparramarla en todas las casas, entrarla en todos los corazones, hacer amar, hacer sufrir, hacer llorar, gritando por todas partes, que no quieren la huelga, ni el delito, ni la sangre; pero que tampoco quieren la injusticia, ni la miseria no merecida, ni la deshonra no merecida, ni morirse á los treinta años, dejando á sus mujeres en el desamparo y á los hijos huérfanos . . . á los hijos, eh! que son las lastimaduras de nuestras entrañas . . . oh, trabajadores, oh, pobres y honestos hermanos míos!!

Un bramido hondo y largo se oyó. Diez mil voces retronaron en la atmósfera, voces con lágrimas, con protestas, con esperanzas . . .

—Sí, sí. Queremos eso! Queremos eso! El amparo! La justicia! La justicia! Que sea ésta el Dios de nuestra vida, el único Dios! Que no haya más delitos, ni cárceles, ni hambrientos!

—Eso tiene que ser todo el gobierno, les repito, siguió el anciano. Nada se arreglará, mientras no haya justicia y los obreros no gocen

el bienestar que merecen. Se gasta mucha plata inútilmente, que podría emplearse para eso. En armas, en soldados, en barcos tiramos nuestra fortuna. Los impuestos son muchos.

Los pobres no pueden soportarlos. Está bueno que paguen los que tienen; pero nadie tiene el derecho de hacer sufrir hambre á los que no tienen, cobrándoles impuestos todavía. La instrucción debe ser barata, muy barata, para que los trabajadores puedan ir ellos á las escuelas nocturnas y mandar á los hijos á las otras. Pobre país si sus hijos no aprenden! Yo sé todo lo que he sufrido con no saber y lo que he perdido cón no saber! Esto debes decirlo tú á gritos! Las casas donde viven los jornaleros son malas, por la avaricia de los patrones, que buscan siempre la usura. Quieren el doce por ciento, y para conseguirlo, construyen porquerías. Y los gobiernos callan siempre. Eso es injusto! Y después los jornaleros se hieren en sus faenas. Nadie los sostiene y las familias perecen de hambre y de deshonras. En otras partes son socorridos. Se decreta plata para eso, mucha plata. Y las familias de los muertos, aplastados por las obras, magullados por las ruedas de las maquinarias, hechos pedazos en el trabajo de los campos, no se quedan sin amparo. No les falta el pan y por mucho tiempo. Se les considera como

soldados y al taller como el campo de batalla. Por eso te digo que aquí no andan las cosas, porque el gobierno se olvida de estos deberes! Pero no teman. Sean perseverantes y esperen. Yo soy viejo y he aprendido mucho viviendo y veo que las cosas mejoran, porque el mundo marcha hacia la justicia. En todo lo que pasa, se nota la necesidad de mitigar el dolor de los que sufren y hay un gran deseo, lleno de ímpetus irresistibles, para que todo viva dentro de la verdad. Yo veo el futuro del mundo como una gran luz, llena de bondad y de gloria, extenderse sobre las mentiras de los tiempos pasados, sobre los cementerios, donde están enterradas las tiranías y los delitos, el hambre y las congojas de los pobres, las cárceles que encerraron inocentes, las deshonras injustas, todos los sacrificios de los miserables y las malas lujurias de los poderosos y de los ricos! Los hombres serán buenos; los hombres serán justos y sinceros! Tendrán riqueza; tendrán saber, porque habrán trabajado! El honor guiará el camino de las casas hacia la virtud, en medio de la pureza y las vírgenes serán castas y de alma limpia, como el tul y la corona de rosas, que les adorna la cabeza, en el día de la primera comunión y las madres serán honestas compañeras hasta la muerte, porque habrán trabajado! Todos vivirán muchos años, porque habrá higiene,

porque serán cristianos y respetarán la Ciencia y el Evangelio! Y después allá á lo lejos, cuando concluya el mundo, cuando á Dios tengamos que darle cuenta de lo que hemos hecho en la vida, yo veo, que esa Alma infinita y magestuosa, va á recibir en su seno de luz, en triunfo, en la gloria del cielo y en la felicidad que no tiene fin, á los pobres que sufrieron por el amor de los hijos y de los hermanos, por el cariño hacia la patria y va á recibir á los ricos que hicieron caridad, que salvaron la inocencia y vistieron y dieron pan y vino á los menesterosos y á los hambrientos! Y porque esto va á suceder juren oh! hermanos míos! porque tienen madres, hijos y honor, que serán libres, que no harán huelgas y que volverán al trabajo!

El viejo parecía un inspirado y un profeta. Había avanzado hasta la pirámide, para decir las últimas palabras. Los jornaleros gritaban, arrebatados:

--Sí juramos! Viva Martín Errecar! Sí juramos!

Entonces el anciano sacudió la gran melena blanca y estrechando la mano del hijo, como si quisiera sostenerse, como si esos vaticinios hubieran quebrado sus músculos, agregó:

—Y últimamente, porqué ustedes aman la tierra donde nacieron, esta plaza que tiene tanta gloria, esa catedral, donde comulgaron

cuando eran chicos, donde vienen á rezar las viejas de todas las casas y ese puerto y esa Avenida, llenos de luz de civilización, juren oh hermanos míos, santificados por las abnegaciones, que por todos los esfuerzos y todos los sacrificios resolverán sus cuestiones por la razón y obtendrán el tribunal de arbitraje, formado por los más sábios y los más virtuosos de este país!

Los obreros pronunciaron de nuevo el juramento, mientras un esplendor de virtud rodeaba la cabeza del viejo obrero, ese ingénuo poeta de la utopía generosa, ese sublime cantor proletario y cruzado de la fe en la labor vigorosa y creyente fervoroso en su triunfo definitivo. Y todos se conmovieron cuando abrazó al viejo Pedro, que lo había seguido y les dijo á los obreros:

—Adios muchachos, hermanos míos! Yo abrazo en este amigo desgraciado y bueno al alma noble de todos y les digo en verdad, que es preciso cuidarlos porque se enferman en el trabajo!

Los obreros se iban saludándolo y estrechándole la mano. Un largo rato duró la procesión. Victoreaban á Élbio y á Martín y seguían pasando en gruesas columnas y se perdían á lo lejos. Y seguían desfilando vigorosos y alegres por la obra buena. Ellos iban á contarle á las mugeres lo que había

sucedido. Las casas iban á ser más sanas; los hijos iban á tener más pan! Y después de un largo rato de marcha como soldados, sin gritos, ni tumultos, los trabajadores fueron llenando la Avenida, siempre adelante hacia sus casas. Martín y Élbio los vieron alejarse.... Allá en la luz, muchas cuadras adentro, los últimos desaparecían. Cuando quedaron sólo, el reloj de la vecina iglesia dió las doce de la noche. Las horas se oyen lentas y rítmicas y anuncian á los monumentos, con su esquila melancólica, la muerte de un día más, un triste día de crimen y de virtudes. Por la plaza se sienten callados murmullos, como si fueran plegarias de invisibles sacerdotes, entre las negras manchas de la arboleda diseminada. Una religiosa quietud reina por todas partes. Duermen las glorias; duermen los grandes, guardados en los sarcófagos de la catedral y envueltos en el polvo heroico de sus larvas. Dios reza en el hondo azul del cielo, tan apacible y tranquilo, un treno de piedad dolorosa, como un reproche y los astros siguen brillando, suspendidos en el éter, como si fueran almas bondadosas, que quisieran endulzar la noche de los desconsolados y de los vagabundos. Ale-tean y chispean arriba esas veladoras de la alcoba infinita, encorvadas sobre los mundos. En el puerto lejano, en el río lejano hay tinie-

blas y silencio y por la Avenida desierta, la luz eléctrica ilumina las veredas solitarias y la calle bruñida y sin rumores, mientras las manzanas de casas detrás y á los costados ocultan el reposo de la muchedumbre. Hay una paz de santuario en el éter, una divina paz! Al lado de la pirámide, Elbio se había arrodillado á los piés del padre. Martín puso su mano temblorosa sobre aquella cabeza juvenil, sobre esa frente blanca y honesta y lo bendijo. El joven cruzó los brazos sobre el pecho, como si estuviera rezando, en esa larga genuflexión y miraba al padre. Los ojos del anciano se llenaron de lágrimas, que caían sobre la frente del hijo. Ni una palabra se dijeron en la tranquila mansedumbre de aquella noche, donde Dios rezaba en el hondo azul y donde había una paz de santuario en el éter, una augusta serenidad de altar taciturno! La catedral está en la penumbra; la plaza en silencio; los árboles quietos y la aguja de la pirámide más alta, más cerca de las estrellas, . . . un obscuro monolito, elocuente como un poema de gloria! Aquí, allá y más allá, los globos eléctricos iluminan la verde grama de los canteros y al oeste, en el fondo, se espesa la honda tiniebla del cielo encorvado sobre los mástiles. Cuando los hombres se fueron, la plaza enorme se quedó sola, impregnada de misteriosas inquie-

tudes, gigantesca, como una sombría vanguar-
dia de la ciudad inmortal y bendecida por el
espíritu de Dios, que vagaba á través de la
noche!!....

DOLORES DEL RIO

Germán Valverde, á duras penas, atravesó la muchedumbre, rozando las paredes y agarrándose á cada rato, para sostenerse y cuando salió fuera del tumulto, quiso huir, escurriéndose, como una sombra. Otro vómito de sangre lo azotó contra las piedras. Una cama de hospital lo tuvo. En la sala, cuya puerta estaba guardada por un centinela armado, había otros heridos, mientras rezaba, arrodillada al lado de él, una hermana de caridad de celestial hermosura. Pedía, que el señor recibiera al moribundo, en su infinita misericordia. Cuando supo el nombre del enfermo, todo su cuerpo se estremeció. En la luz escasa de un farol de kerosene, nadie había visto su temblor y cuando se puso á rezar el rosario, algunos presos despiertos la acompañaban. En el hospital dormido, había una profunda quietud. A ratos el delirio del

enfermo la interrumpía. Eran gritos sofocados y violentos sonidos de protesta, en que vivía el alma rugiente de las turbas desencadenadas, los desesperados por hambre, los mártires de todas las épocas, los deshonrados de todos los mechinales, en ese atropello brutal de gestos y de palabras. De repente se quedó callado. Miraba fijamente. Un relámpago de ódio contraído con saña sus cejas. Una visión pasaba. El ruido de Germán horripiló á todos.

—Allí van, decía estendiendo el puño, preñado de amenazas. Son los espectros. Los mártires de Montjuy han perdido sus carnes. Tienen agujeros en los pies y esquirlas en el tórax. El potro les ha fracturado los huesos y la bofetada les cuaja la sangre sobre la boca! Qué más quieren? Los degollaron en las cuevas del castillo. Se están pudriendo. Qué delito cometieron? Ahogar en sangre la tiranía! Y qué creyeron los déspotas? Acaso no estamos cansados de ser la basura?

Una mueca satánica se dibujó en sus lábios, mientras la monja, arrodillada, rezaba el rosario.

—Quién rezonga allí? gritó el anarquista, inclinando la cabeza, como para escuchar.

—Yo soy, contestó la mujer. Ruego al señor por Vd.

—El qué?, replicó Germán con violencia. Rezar? A quién? Para qué? Porqué no impidió que asesinaran al pueblo de Milán, ese

Dios suyo? Caían los obreros, los unos sobre los otros, en montones. Los soldados tiraban contra ellos; porque pedían pan. Es claro. Qué saben los Gobiernos de todo esto, si ellos no tienen hambre?

No podía hablar. La fatiga lo ahogaba y de cuando en cuando, sus labios se ponían rojos de sangre. De repente se le vió estirar el brazo derecho, que quedó ríjido en el aire. Sus grandes ojos negros chispeaban en la penumbra . . .

—Ahí pasa, ahí vá, dijo al rato.

Todos los enfermos miraban con terror. No había nadie. Era un nuevo fantasma, que cruzaba el salvaje misterio de su delirio.

—Vera Sassoulicht, agregó al rato, has triunfado! Oh vengadora de las miserias de la estepa, de los frios, sin pan, de todos los vagabundos! Las Universidades ya no mueren en los destierros de la Siberia y los hijos de Rusia van á sacudir las autocracias. . . . Viene el esplendor de la luz. Ya no hay crujiás . . . Los criminales, que huyen por el mundo, cubiertos de harapos, los pobres parias, los perseguidos, los asesinados han recobrado su vestimenta de hombres, porque los mártires les han vuelto á entregar el alma, que vagaba, ululando como una pordiosera, como una melancólica desesperación solitaria! . . . Ahí va Caserio. Ahí pasa Bresci. . . . Déjenlos! . . . Son

los vengadores de los últrajes; son los enconos de los muertos por los poderosos, que han encontrado su brazo.... Cuidado á los sicarios que oprimen y roban la sangre del pobre!.... Quiero la dinamita, la dinamita!! Ah! El estruendo ese, que raja los granitos y despedaza y tritura miembros de tiranos y cráneos de ricos, que no han trabajado!

La cabeza de Germán se hundió en las almohadas. Estaba muy pálido. Tenía en la garganta como un estertor, en momentos en que, á su lado, la hermana seguía rezando, para que aquella alma desierta no fuera condenada.

—Qué hace Vd. aquí? le preguntó Germán al rato con voz ronca. Está Vd. perdiendo el tiempo. Qué le importa á Vd. de mi?

—Me importa de todos los que sufren, porque la misericordia de Dios es infinita!

—Oh. la misericordia, agregó el anarquista con ira sorda. Qué estúpida mentira! Qué mentira grosera! Mire los cuarteles. A los soldados los estiran en el cepo, los abofetean y los hieren. Mire las fábricas. Los trabajadores están enfermos y podridos! Vea la campaña. Los Gobiernos la roban. Los Gobiernos ajan allí la dignidad humana! Dónde está la misericordia? A caso en las calles, llenas de mendigos y de andrajos, en los lupanares, alimentados con carne de infelices, en las cárceles, que encierran tanto inocente, en los des-

tierras, donde mueren los elegidos de todos los pueblos y en las guerras, que no producen sino sangre, dolor y vasallos? Si vuestro Dios hubiera sido misericordioso, no habría creado esta infamia, que se llama vida, para que fuera pasto de verdugos! Yo lo maldigo! Yo lo maldigo!

Aquel hombre era el salvaje, que iba á morir, rugiendo, como las naturalezas desoladas y reventando en un brutal clamoreo, como un símbolo de horda, que fuera á despedazarse! Ya no dijo sino delitos y su boca fué impía hasta el último rato.... Bramaba sordamente, interrumpiéndose por momentos, mientras su cara de espectro se esfumaba cada vez más en su color ceniciento.

—La virtud es una quimera, gritaba, el honor una hipocrecía, la mujer es cántaro de lascivia, los chicos recua de bestiales onanismos y el mundo una covacha de vicios puercos! Nosotros somos los doloridos y los libertadores. Maldigamos! Hay que pisotear los tronos destruidos; aventar á la región del no ser á los ejércitos muertos; triturar los dientes y la mueca cadavérica de los reyes desaparecidos; pulverizar cálices, custodias y altares y hacer saltar en el aire templos, monumentos y hogares, con los dioses, que no son sino esfinges y con la historia entera, que no es sino una lúgubre procesión de turpitudes y de delitos!!

Somos los doloridos. Maldigamos! Somos los libertadores y los triunfantes! Sobre las ruinas, donde la gangrena hierve, edifiquemos y maldigamos!!

Ya no eran palabras las de Germán, sino estridentes blasfemias. No continuó más, porque un chorro de sangre caliente saltó de su boca y fué á manchar la toca blanca de la monja. Luego la cara se contrajo en un trismus diabólico y un poco de espuma enrojeció sus lábios. Germán Valverde se había quedado quieto y atónito con las pupilas dilatadas. Había muerto, en medio de un silencio de sepulcro! ...

Esa madrugada, en la casa de anchos corredores, entre una fiesta de deliciosa primavera, los gorriones saltan de rama en rama, en los perales en flor y por los canteros, las calas abren su cartucho nacarado. Hay en el aire un perfume de jazmines, húmedos del matinal rocío y el cielo arriba azul y riente, sin una nube, se encorva sobre el jardín, con una quietud de plegaria. Angélica, envuelta en un peinador de seda, con la cara fresca y plácida del buen descanso, cortó muchas rosas y entró á su cuarto. Se detuvo en la puerta. Goga había puesto el índice sobre sus lábios y cuando la niña se acercó suavemente á la cama, le dijo, indicando á Dolores, sentada en un sillón:

—Recien se duerme. Toda la noche estuvo aquí al lado mío, como una madre.

Goga tenía fatiga. Estaba pálida. Había llorado.

—Yo no quiero que llore, yo no quiero que llore, repitió Angélica con una voz tan leve, que era un cuchicheo....

—Y qué voy á hacer? Angélica. Yo sufrí mucho. Y después le voy á contar; pero no le diga á ella. Anoche yo cerré los ojos, para que Dolores creyese, que yo dormía. Entonces se arrodilló aquí al lado de mi cama. Había un silencio tan grande, que le oí, que rezaba por mí, por esta pobre maldita. Y cuando se levantó sentí, que se acercaba más, sentí el calor de su boca y que me besaba la frente. Entonces, como no voy á llorar Angélica? Ya no puedo hablar. Me sofoco.... Goga dijo estas cosas con voz lenta y honda. A cada rato se detenía. Cuando concluyó, el aposento entró en el silencio, y se sentía la respiración tranquila de Dolores dormida. Un rato después Goga habló de nuevo

—Vd. está triste Angélica? le preguntó.

—Yó?

—Si Vd. Porqué está triste?

—Porqué Vd. llora, cuando yo le traía, para alegrarla, estas rosas, que son las flores de la Virgen. Son de un rosal, que da todo el año,

aun en invierno, con la escarcha.... Yo quería perfumar su cuarto.

—Mi cuarto? murmuró con voz dolorosa la meretriz.

—Si. Si. Pero entonces Vd. no sabe? Yo lo convencí á Ricardo. Quiero que sea para ella, le dije, para siempre. El me miró. Se puso sério. Y si yo quiero? le repliqué? No nos ha salvado la vida dos veces? Qué tienes que fruncir el ceño tú? Eso es mío y mando yo. Le voy á llevar flores. La voy á entretener hasta que esté sana. Ahí tengo mi piano. Verás tú con que sentimiento voy á tocar. Eres un oso y un perverso. No voy á hacer caso de tu cara de tormenta. No nos ha salvado la vida dos veces? Y ya he empezado. Tome. Tome y desparramó las rosas sobre la colcha y siguió conversando: He visto pasar Goga, como una luz por sus ojos. Usted se sonrie. Le voy á pedir un servicio. Me va á decir que flores tenía en su jardín. Las que más le gusten, yo se las voy á traer. Quiero que sea feliz!

—Gracias, Angélica. No he tenido jardín, ni flores. Nunca he sido feliz!

—Pero sus padres la habrán besado cuando chica.

—Mis padres? No. Nunca.

—Pero porqué hicieron eso? Porqué? Porqué? repetía Angélica.

—Porque hay muchas desgracias, que Vd. no conoce, replicó la mujer, y además, Vd. tiene un alma tan santa y tan buena y me dice cosas con tantas dulzuras, que me lastiman.

—Entonces ellos fueron malvados, interrumpió Angélica, con ímpetu. No vieron que usted es de una divina hermosura y que se parece á la Virgen? Porqué no la besaron, cuando chica? Los chicos están para eso, para que los besen y los acaricien. Como van á vivir entonces, como van á crecer si no los besan? Yo lo voy á hacer por sus padres.

Angélica se acercó á la herida; pero esta ya le había puesto una mano, suavemente, sobre el pecho.

—No quiero, le dijo Goga. Vd. no me puede besar á mi.

—No puedo yo? Y porqué?

—Porque yo no merezco.

—Como no merece, si Vd. nos ha salvado la vida? exclamó la niña.

Goga hablaba con dificultad. Tosía de cuando en cuando y su toráx se levantaba con frecuencia. Tuvo como un sollozo, que ella quiso detener en su garganta. Titubeaba.

—Vd. solloza, Goga. Está muy mal Vd. Yo la llamo á mamá. Déjeme llamarla, repitió Angélica.

—Espérece. Ella duerme. Que alma cariñosa es la suya Angélica! Vd. sabe, que el

doctor no quiere, que yo me emocione; por eso le puse la mano sobre el pecho.

—Entonces Elbio no sabe, contestó la niña. Le voy á contar todo, como Vd. vino á la estación, como habló con mamá y defendió la puerta, para que no lo echaran abajo. Y después la hirieron allí de tan mala manera, una dolorosa herida... por culpa nuestra.

—Y tanto que yo lo amaba, se le escapó decir á la pobre mujer, sollozando.

—Y él la ha herido? Y Vd. lo amaba?

—Estaba loco, Angélica.

—Vd. lo amaba? Vd. se lo había dicho? Y él la ha herido? Pero porqué? Entonces ese hombre no conoce á Dios y no sabe, que uno no debe lastimar á los que nos aman.

La cortesana movía la cabeza melancólicamente. Sus ojos estaban llenos de lágrimas....

--Si yo lo hubiera conocido, seguia Angélica apurada y tierna, si yo lo hubiera conocido! Le habría dicho: Porqué la hace sufrir? Vd. no ha visto, que su novia tiene los ojos como el cielo y los cabellos como los ángeles? Ella lo ama, lo ama! Le regala su corazón. Le regala todas las flores de su corazón! Y se arrodilla de noche para rezar por Vd., para que el señor le de paz! No. No. Vd. está maldito! Le he roto el pecho con el cuchillo! Pero se equivoca Vd. Ella no va á morir. Nosotros

no queremos que muera. Va á tener el consuelo de nuestra casa, de nuestro amor, de nuestros besos! . . . Cómo va á poder Elbio herirme á mí, si yo lo amo? Yo quiero que Vd. sane Goga. Vd. va á tener el consuelo de nuestra casa, de nuestro amor, de nuestros besos. . . . Mamá! Mamá! Goga se muere gritó la niña, acercándose á ella, y le acariciaba el cabello, mientras las rosas caían por el suelo, sobre la alfombra y Dolores se despertaba en sobresalto y se acercaba á la cama. . . .

La mujer había tenido un síncope. No sintió á la niña y no tuvo el dolor de saber, que había sido besada con tanta pureza. Un rayo de sol filtraba, á través de los vidrios, húmedos de rocío y la luz brillaba en el oro de su cabellera abundosa. Era su cara un pálido alabastro, un egregio arquetipo de belleza y la orgía no pudo destruir sus delicadas formas. En el jardín, los gorriones saludaban á toda orquesta á la pobre bastarda del lodazal, mientras Dolores le limpiaba la frente con un pañuelo de seda perfumado. . . .

—Que venga Elbio, le dijo á la niña. Hazlo llamar pronto. Ayúdame antes. Vamos á sacar las almohadas. Hazlo llamar.

La cabeza de Goga se hundió pesadamente en el colchón. Dolores, ya sola, empezó á echarle viento, con un abanico de plumas, espiando ansiosamente. En ese momento el sol

había llenado de esplendor el aposento; la luz chispeaba en el espejo de los roperos; las esencias del jardín embalsamaban el cuarto y los gorriones seguían saludando, á toda orquesta, á la pobre maldita del lodazal . . . Goga abrió los ojos. Un rato después, empezó á murmurar, como delirando:

—Cuánto sol! Qué lindo sol! Dónde estoy yo? Oh, Germán! Cómo me has herido! Bárbaro! Tanto que yo te amo!! Y ella te hizo algún mal acaso? Por qué querías matarlos? Si supieras cómo me trataba . . . tan cariñosa, como si yo fuera una hija, tú la hubieras amado! Cómo cantan los pájaros! Cuánto sol! Dónde estoy yo?

—Usted quiere, Goga, que yo le entorne los postigos, si le hace mal la luz?, dijo Dolores, acercándose á los ojos de la mujer.

—Yo la conozco á Vd. Estaba como dormida, contestó Goga lentamente. Vd. es Dolores, mi buena madre . . . la santa de mis noches solas. Me habló de Jesús y me dijo que para redimir murió . . . Vd. es Dolores, la santa de mis noches solas . . . en aquella cueva oscura, donde yo vivía, entre tanto trapo súcio, entre tanta hediondez. No cierre, Dolores, los postigos. Qué lindo es el sol! Nunca he tenido yo eso en mi cuarto. Déjeme la luz. Qué tarde ha venido todo esto. Me duele tanto el pecho . . . Me voy á morir! . . .

—No, Goga. No diga eso. Yo le voy á rezar tanto á la Virgen y tanto le voy á pedir, que me ha de conceder su salud.

—Estoy herida en el corazón, Dolores. Mire el pañuelo. Está lleno de sangre.

—Qué dice? Sangre? No. No puede ser, replicó asustada Dolores. Y Elbio que no viene! Dios mío! Dios mío!

—Dolores, no se vaya. No se acerque á la puerta. No me deje sola. Tengo frío y miedo de estar sola.

—Pero Elbio no viene, Dios mío! Angélica! Angélica! Que venga el médico! gritó Dolores en el umbral de la puerta.

—No es eso, Dolores! No. Lo que quiero es á Vd. Acérquese. Tengo una alegría para Vd. Los dolores del cuerpo no son nada. Escuche.

—Una alegría, dice? preguntó Dolores creyendo que deliraba.

—Sí. Escuche. Venga. Sabe lo que he aprendido?

Dolores se sentó cerca de la cabecera y tomó, entre las suyas, la mano derecha de la mujer.

—He aprendido—y Goga alzó los ojos al cielo como en éxtasis—he aprendido, repitió, que hay en el mundo cuartos aseados y limpios, con ventanas, para que entre el sol bendito y jardines, llenos de flores y de pájaros que cantan Yo no conocía más que sótanos y con-

ventillos... y que hay casas, donde la flor del aire cuelga de las rejas en las ventanas, ¿no ve allí Dolores?

—Hija mía! No hable así. No se agite. Le va á hacer mal á la herida.

—Y después, agregó la joven, como si no la escuchara, hay en las camas, sábanas bordadas y blancas y alfombras, que dan calor y caricias, al lado de esos pisos de ladrillos, tan helados, tan helados, como si Dios no supiera que los pobres sufren.

—Sí sabe, Goga, y los espera en el cielo.

—Pero llegan allí con muchas bofetadas en la cara, con muchos moretones en el cuerpo, con muchos días de martirio! ¿Para qué tanto dolor? exclamó la mujer.

—Porque la vida, hija mía, es una dura prueba y un desierto camino de Calvario.

—Sí; pero para casi todos, la dicha eterna empieza sobre la tierra. Cuánto he aprendido, en estas pocas horas, en su casa, Dolores! Cuánta paz hay aquí! Los jóvenes aman. Angélica ama. Cultiva las flores para el novio de su corazón. Se entregará al sacrificio el día, que el padre la case y la santifique así. Tendrán hijos, cunas y besos. A nosotras nos quiebran el espinazo, sobre el borde las camas, porque somos lindas y nuestros hombres nos tiran, como carne agusanada, para que todos se la coman...

Goga de nuevo no pudo seguir. Le faltaba

aire. Tosía, mientras Dolores la abanicaba suavemente y le decía:

—Vd. no respira bien. No hable, Goga. Voy á abrir la ventana.

Entró al cuarto un raudal de brisa fresca, lleno de arómas, y el sol lo invadió todo, en un esplendor glorioso.

—Qué tarde llega todo esto! murmuró la enferma, con una triste sonrisa.

—No tanto, Goga. El Dios de misericordia le ha traído entre nosotras. La tendremos acá para siempre, para que no le falte la luz y las flores; pero estése calladita, vamos! Hablar le hace mal. Elbio lo ha dicho, contestó Dolores, secándole la frente, empapada en sudor.

—No sé qué tengo. No puedo contener este habladero, dijo la mujer. Me bulle la cabeza. Por qué este apuro de decirlo todo, Dolores? No hubiera sido mejor morir en la calle? Por qué me dan ustedes todo este bien, que no merezco?

—Qué muchacha grande es Vd., Goga! Qué buen corazón tiene! exclamó Dolores. Vd. vá á sanar y á vivir. Elbio dijo, que Vd. iba á mejorar.

—Porque ahora me puedo ir sin pena, Dolores, contestó la mujer. Ahora sé que hay otros modos de vivir, que el que yo he tenido. No se puede imaginar mi alegría y mi sorpresa. Antes creía, que todas las casas eran sótanos y

que todos eran malvados y que la vida era un castigo y que el infierno estaba aquí, cargado de delitos y de deshonras! Pero no! No es así, agregó la cortesana, como acongojada!

—Vamos. Tranquilícese. Le vuelve la fatiga.

Tiene como un delirio doloroso, dijo Dolores.

—No es así! No es así! repitió Goga. Ustedes aman y besan. Socorren á los que sufren. Ustedes perdonan. Oh mi mala vida, mi mala vida! Cómo he podido yo pensar, que no había nada mejor y tener tanto encono y tanto pensamiento perverso! No ve? Mire allí en el rincón, Dolores. No ve lo que está escrito? «Tu vida ha sido una mentira, una maldad, un crimen....»

Entonces Dolores se acercó más á ella, hasta rozar, con sus labios, los labios secos y febriles de la mujer.

—Bueno. No hable más, le suplicó. No hable más! Usted está perdonada. Ha amado con dolor ¿no es cierto?

—Sí! sí!, contestó Goga, mientras un rayo de luz cruzaba por sus pupilas.

—Ha besado con dolor! Ha sufrido y ha perdonado también! Hay tanta sublimidad generosa en su vida!...

—Y después, Dolores, y después? interrogó la herida ansiosamente.

—A usted no le enseñaron, Goga. Fué abandonada! Era una pobre hija de las calles solas!

Era como un símbolo de la miseria, que no tiene dónde apoyarse; un alma ingenua y desventurada, sin abrigo, sin caricias, una vagabunda, llena de afecto y de dulzuras. ¿Qué culpa tiene usted, si no le enseñaron á rezar, si su alma creció sin savias, así como una flor del desierto y si el viento la azotó y si le destruyó las fibras?

—Así ha sido no más, exclamó Goga. Así ha sido!

—Y á pesar de eso, siguió Dolores con una voz dulcísima, que parecía un susurro, á pesar de haber vivido entre el mal, ha conservado la frescura de su corazón; quiere todavía al que la lastimó; Vd. no odia y le pide al buen Dios del Calvario, que le perdone.

—Oh, sí! Que le perdone y lo salve, exclamó Goga, juntando hacia el cielo las manos!

—Luego los que aman, Goga, se salvan siempre y encuentran siempre, quién los ame y acaricie!

—Oh! Gracias, gracias!

—Y el mal, que se ha hecho, nunca es tan grande, como el bien, que se puede hacer!

—Yo quiero vivir, Dolores, para eso! Yo quiero vivir!

—Entonces es preciso, hija mía, que Vd. se deje amar por nosotras.

—Oh! qué cosa de cielo tengo en el corazón, Dolores! Sí, sí!

—Y que permita, que le traigan las flores del jardín y se acostumbre á pensar, que este sol es suyo y que las brisas, que entran son suyas y suyo el cuarto y las alfombras y las sábanas aseadas y la gratitud de nuestras almas.

—Oh! gracias, Dolores, gracias!

—Así también debe saber, que la angustia no es eterna sobre la tierra y que las que no han conocido madre, alguna madre pueden encontrar por ahí, que sea capaz de besarlas....

—Usted, exclamó Goga incorporándose hacia ella con ímpetu, usted! usted!

Cayó otra vez sobre las almohadas. La fatiga era horrible. Sus narices se dilataban, mientras el sudor caía gota á gota, sobre la cabellera rubia, que le cubría el pecho.

—Ve, Goga, dijo Dolores, cómo es usted! Conversar le ha hecho mal, con esta vehemencia suya.... con ese prodigio de corazón que tiene ... Bueno ya no hable. No le voy á decir más ni una palabra.

Elbio entraba en ese momento. Se acercó á la enferma á tomar el pulso y estuvo así un largo rato, en medio de un profundo silencio. Luego la hizo sentar suavemente y empezó á auscultar. Puso su oído sobre el dorso del toráx mucho tiempo, mientras Angélica y Dolores, paradas á los pies de la cama, sujetaban de las manos á Goga, que tenía fatiga. Por momentos mucha tos, con un ritmo acele-

rado y estridente y cuando el médico hubo sacado las vendas y los algodones, el aire entraba por la herida y salía bruscamente soplando. Tomó nuevos algodones Elbio y los colocó sobre el agujero obscuro. Volvió á vendarla y la acostó muy despacio. Hizo una inyección de morfina. . . . La enferma no decía una palabra. Miraba al médico, con gratitudes en las pupilas. Poco á poco se fué calmando y cerró los ojos. Dormía. Cuando Elbio salió, lo rodearon todos, en el patio, para interrogarlo. Este movía la cabeza. Estaba triste.

—Yo no tengo esperanzas, dijo. Está muy mal herida.

—Sálvela, contestó Dolores. Llame á sus compañeros. Nosotros queremos que viva. Es muy joven. Ha de mejorar. Porqué no ha de mejorar Elbio?

—El corazón no puede más, agregó el médico. Está muy cansado.

—Siempre el corazón, exclamó Dolores, siempre el corazón! Todo va allí, todo va allí para hacerlo morir!

—Que no hable, agregó el médico. Yo vuelvo pronto.

Ya en la calle, al trasponer el umbral, Ricardo le preguntó:

—Y?

—Mal, contestó Elbio.

—Tanta mala vida, pues! No es cristiana. Como la va á salvar Dios, agregó Ricardo.

—No es eso Ricardo.

—Jamás se ha confesado, Elbio.

—No hace falta eso.

—Ni ha rezado, ni conoce á Dios, ni es cristiana.

—No hace falta. No hace falta, repetía el médico.

—Y sobretodo, es preciso cuidar á Angélica, agregó Ricardo. Yo ayer no me dí cuenta; pero la reflexión ha venido. Cómo podemos consentir, que se manche de esta manera toda nuestra tradición. Si cura, cómo va á vivir con nosotros? Es imposible.

—Es claro, rompió Elbio impetuosamente, es claro! Jesús perdonaba, pero ustedes lo han perfeccionado y ya no perdonan! Son muy rígidos ustedes! Sabes tú lo que exhala ese pobre cuerpo, sabes tú lo que exige esa alma, quebrada injustamente por la miseria y por el abandono? Te callas no? No ves que lo que exige, es la compasión infinita, son todos los perdones, no ves que es una moribunda? Lo que yo observo, es que, cuanto más sectarios son ustedes, resultan menos cristianos!

Ricardo bajó la cabeza, sin contestar. Elbio no se movía. Era la primera vez, que una aspereza irritaba el alma de los dos amigos. Ricardo había puesto una mano, sobre el hombro

del médico. Estuvieron callados un rato, hasta que el joven lo miró fijamente y le dijo:

—Te aseguro, Elbio, que yo no sabía que estaba tan mal!

Había mucha emoción en su voz. Un rato después los dos amigos se abrazaron. La religión de la caridad y del perdón los había reconciliado.

Llegó la hora de la siesta. Dolores se había retirado á descansar y Angélica velaba á la enferma. El cuarto estaba en la penumbra. Olía á rosas. En esa quietud de templo, solamente se oía el cantar de los gorriones y el respirar agitado de Goga. La niña se había arrodillado á rezar sus oraciones. Tenía la cabeza un poco levantada y las manos entrelazadas adelante. Sus ojos miraban, como arrobados, algún panorama del cielo; su alma estaba en Dios. Era una santa!

Goga la llamó un rato después y le dijo:

—Usted ha rezado, Angélica, por los que sufren!

—Por usted, Goga, para que Jesús la salve!

—Me dijo Dolores que murió en el Calvario y que se había sacrificado por los demás!

—Es el hijo de Dios, contestó Angélica. Fundó la religión cristiana. Pero usted no hable. Elbio no quiere. Yo le voy á contar como fué eso para entretenerla. Era en el país de Judea, sabe usted; una tierra estéril y triste. Allí

predicaba y los apóstoles lo seguían. Según su doctrina, todos somos hermanos, pobres y ricos. Era un enamorado de la caridad. Respetaba á la mujer y los pueblos lo seguían, porque en la vida eterna no entran sino los que padecen y los que lloran!

—Pero los pecadores no entran allí entonces, exclamó Goga con dolor.

—Magdalena lo amó, Goga, y está en el cielo, contestó Angélica. Antes que El viniera, todos vivían en el pecado y ahora el reino del Señor está lleno de salvados por la religión, porque lo amaron como Magdalena. Después los cristianos sufrieron mucho. Hubieron suplicios. Las fieras los desgarraron en los circos. Las niñas morían de rodillas alabando al Señor; pero al fin triunfó la religión que reza y que perdona.... No me conteste nada Goga. Elbio no quiere que usted hable....

—Yo no he amado sino hombres.... hombres, murmuraba la enferma.

—Eso no está prohibido, agregó Angélica.

—Entonces usted? preguntó Goga.

—Yo amo á Elbio, contestó sonrojándose.

—Dios la haga feliz, Angélica, replicó la mujer.

—Si soy. Le voy á contar, pero usted no hable. Le voy á contar, porque usted es buena. Yo le regalo flores. Ruego al Señor por él. Pienso que es un caballero y tengo orgullo de amarlo. Todos dicen que es un caballero! Si yo

le dijera, que pienso el día entero en él. Qué loca, no? Sabe usted que le gustan mucho los claveles? Una noche, ve usted? estábamos los dos sentados en el jardín, al lado de unas macetas. Era como ahora, en primavera. La luz de la luna lo bañaba todo. Yo corté unos claveles y se los dí. Me agradeció y me dijo:

- Hace bien, Angélica, en cultivarlos. Era la flor, que mi madre quería. Siempre había frescos, delante de la Virgen.

Me pareció muy conmovido. Yo no contesté nada; pero al día siguiente, yo misma con la regadera le echaba agua á las plantas y sostenía los tallos con cañitas y cintas de seda.... Cuando usted se mejore, yo se las voy á enseñar. Hay dobles con vivo color de carne! Y después la vamos á llevar á orillas del mar, para que la frescura de las aguas le dé fuerza. Tenemos una casita allí! Usted no conoce, Goga, el mar? No conteste á esta preguntona! Una tarde le voy á contar. Era la hora de la tarde. La playa estaba sola. Yo y Elbio paseábamos por la orilla. No hablábamos. El mar cantaba adelante con ese rumor que tiene siempre, con esas espumas, que se rompen y crepitan.... Yo tenía tanta tristeza en el corazón, porque estaba oyendo las campanas tocar ánimas, como si fueran lamentos... Pensé que mamá podía morirse y que yo iba á quedar sola! Elbio se había sacado el sombrero

y se había arrodillado sobre la arena. No había nadie en la playa.... Era como una catedral la naturaleza, donde algún ángel tranquilo tocara un harmonium, religiosamente melancólico... como si fuera eso la plegaria moribunda de un coro de santas! .. Los dos rezábamos, porque había tanta paz, tanta dulcísima paz,.... rezábamos al Dios de nuestros corazones y pedíamos la salud para todos, el pan para todos, el amor y la caridad para todos.... para que ya no hubiera más desgracias, Goga, para que ya no hubiera dolor!.... Estábamos tan solos allí, donde todas las cosas rogaban á Dios, rodeados de toda esa campaña, que se iba acostando en la noche, para el descanso, así arrodillados, entre el murmullo de las aguas y las esquilas de las campanas, que tuvimos miedo de las sombras y nos acercamos más.... tomados de la mano. Luego Elbio me miró con esos ojos grandes y generosos, que tiene, y me dijo:

—Recemos, Angélica, para que ya no haya miserias sobre la tierra ... para que no haya dolor.... y para que nunca vivamos solitarios; porque la criatura necesita el amor de los besos y las dulzuras de la caridad humana.

Entonces, Goga, yo dije: Ave María, llena eres de gracia, bendito sea tu nombre! y Elbio contestó:

—Santa María, ruega por ella, para que nun-

ca sufra, para que no tenga nunca ni soledad, ni desamparos!....

Luego, enfrente de nosotros, salió la luna é iluminó las aguas con una larga faja brillante y Elbio, de la mano, me fué acompañando á lo largo de la playa desierta y me contó la leyenda del astro, llena de divino amor, llena de humana pena. Veo que la molesto con mi charla; pero yo tengo tanta angustia, tanta angustia....

Angélica se calló bruscamente. Parecía, que un sollozo la hubiera ahogado. Se dirigió lentamente hacia el piano y empezó á tocar, mientras la enferma balbuceaba, como si hablara consigo misma:

—Cuánta virtud hay que yo no conocía! Cuántos hombres de honor hay! Cómo le agradezco sus amables cuentos, Angélica!

—Chist!, dijo la niña, dándose vuelta y poniendo el índice sobre los labios. Tenia los ojos con lágrimas.

—Usted llora, mi buena Angélica, exclamó Goga.

—Chist! replicó Angélica. Elbio no quiere que hable.

Volvió á tocar. Apretó el pedal de la sordina y los sonidos bajaron. Era más bien un murmurio .. un diálogo entre esa alma exquisita y las melodias, la historia de un esplendor de luna, la égloga celeste de la elegante

solitaria. Pobre reina triste, destinada á iluminar la noche del cielo, oh! peregrina de los campos azules! El mar saluda su luz suavísima, con los cantares de las aguas oscuras y ella acompaña al navegar de los barcos, con la fúlgida estela. Sobre la proa sentados los marineros, los pies reposando en las gruesas cadenas del ancla, las trovas modulan, que aprendieron en la niñez, en las nativas riberás, las trovas que narran los amores juveniles, en frente de las glaucas marinas, los tiernos adioses, cuando, desde la playa, agitan las muchachas el pañuelo blanco de seda, en que está escrito: «Recuerda». Adiós! Que la luna acompañe siempre la peligrosa travesía nocturna! Las niñas rezarán desde la playa la Salve, que protege á los navegantes y acompañarán á los viejos, que caminan encorvados, al lado del agua, mirando las velas, que cruzan el horizonte Y si ellos, cansados de esperar á los hijos, que no vuelven, inclinan la cabeza sobre el pecho para morir, las niñas reanimarán la vida llenando sus cuartos, con los olores de las algas del mar, con los bálsamos de sus musgos salinos Así, bajo los dedos de Angélica, el piano escribía, en el aposento quieto, la leyenda del astro, que de noche, suspendido en el éter navega sobre el silencio de los campos, iluminando las praderas dormidas y las manchas de las cabañas. Ella recitaba, en voz baja, los

cantos de los pastores, en las vastas soledades nocturnas, cuando los ecos saltan de valle en valle y se confunden con el rumor de los torrentes y con las armonías misteriosas, que surgen de la madre tierra: murmullos de frondas, susurros de malezas, aleteos de águilas, en las serenas alturas, bajo las estrellas Y tal vez, en el enigma de las notas, el idilio, á lo largo de la ribera y sobre los campos perfumados por los pastizales, narra la historia de juveniles amores y describe los roces del largo vestido de raso, cruzando la noche, como una visión blanca . . . Después se entristeció la música. Parecía un largo llanto, como si los azahares hubieran caído uno por uno á marchitarse, sobre algún sarcófago de piedra, sobre la pálida persona de alguna novia muerta, y envuelta, como en un sudario; en el largo tul transparente, mientras, sobre aquella gentileza, la luz del astro alumbra las bodas sepulcrales del amor y de la muerte

De repente el piano cesó. Angélica había apoyado sus antebrazos sobre las teclas, que dieron un estridente sonido, y sobre ellos la cabeza Por primera vez, su alma había sentido otras formas de vivir, en que el mal desgarraba la virtud y empañaba la inocencia y comprendió la odisea y las hondas crucifixiones de la pobre perdida, que estaba allí en su cuarto. Estuvo un rato así y entre los sollozos

que no podía contener, oyó que Goga le decía con una voz que parecía de moribunda:

—Yo le pido perdón, Angélica, por la pena que le causo. Yo no quería venir acá, ¿se acuerda? Yo no la conocía á Vd.... Si me hubiera muerto ayer, me habría llevado un amor menos en el corazón.... Cuando ya no esté y donde quiera que esté, le voy á pedir á Dios por ustedes.... que han recogido á la miserable de los calles.... Oh! Si yo supiera rezar!.... ¿Por qué este recuerdo de los hombres me ensucia tanto el corazón? ... Y después, usted es una flor delicada.... como las violetas ... como estas rosas, que me ha traído ... luego yo he venido aquí, como los gusanos, á echar babas venenosas ... Le pido disculpa, por la pena que le causo! Oh! Si yo supiera rezar para después, cuando me muera ... pedirle á Jesús!!....

Se interrumpía á cada rato. La fatiga la ahogaba.

—Yo le voy á enseñar, exclamó Angélica, en seguida, con ímpetu, adelantándose hacia ella y con el semblante iluminado, por un esplendor de alegría.... Pero Vd. no hable. El-bio no quiere. Se ha fatigado mucho Vd!....

Angélica se arrodilló al lado de la cama y empezó á rezar....

—Padre nuestro, que estás en los cielos, sea tu nombre santificado, cuando amanece y das

luz á la naturaleza, para que los hombres ganen el pan de cada día y alimenten á los que no pueden trabajar, y á los enfermos que necesitan la caridad cristiana!

—La caridad cristiana, concluía la mujer como un éco lejano.

—Bendito seas, siguió la niña, cuando sostienes á los chicos, cuando protejes la inocencia y das á los viejos, que ya están por dejar la tierra y que tienen frío, el abrigo de la chimenea prendida, en el comedor de la familia y los besos de los hijos y el calor de los nietos, que rodean, embelesados, la enflaquecida persona!

—Bendito seas! exclamó Goga, con voz suplicante...

—Así sea tu nombre santificado, cuando vistes al pobre, cuando das limosna á los que mendigan, y sostienes, en la vida, á los que pierden sus hijos, cuando permites que las novias conserven, hasta la muerte, inmaculada, su corona de azahares... para entregarla blanca y pura, como la Hóstia, después, cuando ya sean abuelas, á las otras novias, que dejan la casa paterna!....

—La casa paterna, repetía Goga sollozando....

—Así, oh señor! bendito, seas, cuando perdonas, y levantas del lodo á los caídos en el pecado, porque muchas veces no tienen la

culpa de lo que hacen esos pobres abandonados, en el desierto del mundo, para que cuando llegue la noche, todos se arrodillen en las casas y santifiquen tu nombre; los que sonríen, para que la alegre sonrisa perdure y los que lloran, para que tu oh divino señor! seques sus lágrimas!

—Bendito seas, exclamó Goga con voz desfalleciente

Las mujeres, callaron, porque Elbio entraba en ese momento. Tomó el pulso y no estaba en la radial. Buscó más arriba, con cierto apuro y lo encontró por fin cerca del codo. Las manos de la enferma estaban oscuras y frías. La dispnea había aumentado. Elbio hizo algunas inyecciones bajo la piel. El pulso reapareció, como un hilo de agua, que resbalara bajo los dedos, como un aleteo débil de ala cansada El médico se puso sombrío, mientras Angélica lo interrogaba con los ojos

—Llamo á mamá, Elbio? preguntó la niña.

—Sí, Angélica. Llámela, contestó el médico.

Cuando la niña salía, Goga estrechaba la mano del médico.

—Muchas gracias, le dijo la mujer, ya moribunda; pero todo es inútil Hágala feliz.

El médico se estremeció.

-- Y, además yo quería decirle, agregó Goga

que Angélica es una santa.... Que sea usted feliz!....

Ya no pudo hablar. Empezó la agonía. Fué lenta y dulce hasta el anochecer. Se apagaba, como el día, en una plácida penumbra, entre el tañido lejano de las campanas, que tocaban ánimas.... En el cuarto, rezaban el rosario, arrodillados, en voz muy baja.... Querían acompañar así á ese espíritu, que ya se iba hacia la noche infinita... Le trajeron el Extremaunción, mientras Dolores le pedía á Dios, que no abandonara, en la hora triste, á la desventurada, que había sufrido tanto.... Goga miraba sin hablar y de sus ojos, celestiales aun en el extravío de la muerte, resbalaron dos grandes lágrimas silenciosas. Murmuró algunas palabras.... Dolores se acercó y le oyó decir:

—Hombres!... Adios hombres!.... Más hombres y besos!....

Puso entonces, delante de ella, un pequeño crucifijo de bronce y el rostro de Goga se transfiguró.

—Dolores, mi dulce madre!....

Adios Jesús! murmuró de nuevo, ya casi sin voz.

Hubo un silencio profundo y en esa quietud, llena de amor y de piedad dolorosa, murió Goga, la pobre maldita del lodazal.... La noche había entrado en el cuarto y la luz de la luna, á través de la ventana abierta, ilumi-

naba la cabellera de oro y su rostro pálido y divino.... Dolores rezaba de rodillas por los que sufren ... Angélica había hecho cortar muchas rosas y las desparramó sobre la cama, á manos llenas.... Una fragancia suavísima inundó el aposento, donde nadie interrumpía el hondo silencio. En el jardín dormían las flores y los árboles en su noche de primavera, sin que se moviera una fronda, sin que se agitara un pétalo.... y el cielo escribía la palabra: paz! con la luz de los astros....

Elbio y Angélica se amaron para casarse. Era una fuerte pasión, casi ecuánime. Ellos hicieron la fiesta, en el largo idilio desde niños, de manera, que las bodas no fueron un acontecimiento. Este corolario se compuso de una marcha nupcial, una corona de azahares, un largo traje de raso blanco y el tul de las novias rozando, hacia el altar mayor, las alfombras del templo, entre el esplendor de mil cirios, bajo las pinturas murales, que adornaban las naves. Y como nunca habían dudado que eso iba á suceder, sonriendo se cambiaron el anillo, símbolo de la eterna unión, delante del sacerdote. Ellos sabían, hacía tiempo, que ese juramento concluiría, cuando los dos muriesen ... Entraron á la casa de Martín y la noche acompañó, con sus silencios, el canto fecundo, el principio de una nueva familia y

el formidable estallar de una aurora.... Martín, después de haber besado á sus hijos, fué á ponerse de rodillas en el santuario, cerca de su banco de carpintero. Había mucha luz allí y las herramientas bruñidas y nítidas brillaban en aquel esplendor. Soñó muchas cosas ese caballero del trabajo, entre aquellas panóplias y bendijo sus torturas y el varonil sufrir de tantos años. Una orquesta vigorosa de chirridos de sierras, de estampidos de máquinas, de ásperos roces de garlopas, el largo y violento choque de los martillos, agitados en la faena, acompañó los ensueños del valeroso. Su alma sana se estremecía de fiereza, contemplando aquellos instrumentos, sus compañeros en la batalla, sus colaboradores en la conquista. Los muertos lo acompañaron esa noche. Sacó de una caja de fierro un cofre, en que estaban las flores, que le había regalado su mujer. No había, allí adentro, sino un polvo oloroso y algunos ramitos secos. Incluyó su cabeza sobre el cofre y sus cabellos blancos, echados hacia adelante, lo protegieron. Después se apercibió, que allí estaban guardados los retratos de Carlitos y de su compañera. Se puso á mirarlos y lloró en silencio. Se acercó á la ventana abierta á rezar, en frente del cielo, cubierto de estrellas, oyendo los rumores lejanos y desvanecidos de la gran ciudad, que se acostaba á dormir. Se acordó que el

había contribuido á construirla y rogó al Señor para que protegiera sus grandezas. Entonces fué pasando por su memoria un ejército de trabajadores, que habían sido sus amigos. Ellos no habían muerto. Perduraban, á pesar del frío del sepulcro y los hijos continuaban la labor llena de virtud. Luego pensó, que su vida iba á concluir pronto y á Dios le pidió unos días más, hasta que fuera posible la felicidad de los trabajadores, por la mejor salud y por el salario más alto. Eso iba á ser el triunfo del alma buena de Elbio. Así podía morir y se veía acostado en una caja de ébano, marchando hacia la eternidad, con aquel cofre sobre el corazón, acompañado, en el viaje misterioso, por la plegaria de los hijos y por los perfumes de aquellas flores secas, que eran todavía su religión de amor, después de tantos años....

Otro persona velaba también á esas horas en la casa de anchos corredores. Era Dolores del Rio. Ricardo la abrazó antes de ir á acostarse y cuando él hubo desaparecido, hacia su dormitorio, Dolores abrió su ropero y empezó á colocar sobre la cama todos sus recuerdos. Uno por uno los fué besando. Era su larga vida de amor y de bondad, la que estaba escrita en ellos; eran los cantos de la piedad cristiana, sus queridos muertos y Carlos, su noble y profunda pasión. Así cuando

ella se puso de rodillas para rezar, aquella gran sombra de poeta y de médico llegó al aposento, con un vigoroso estremecimiento de alas, como un fantasma lleno de ternuras y de gloria. Y le venía á decir, que no había muerto y que encontraba en toda la casa los fragmentos de su recuerdo, reviviendo en la primavera, como las flores de su jardín y le daba las gracias, acercándose al oído de aquella celestial Dolores, de los años juveniles y había en el aposento, en esa hora solitaria, un susurro de amor. En el silencio, contempló de nuevo el retrato de Carlos. El estaba allí arrodillado cerca de su cuerpo y ella lo seguía adorando, como antes y le acariciaba la frente con su mano blanca. Y cuando le preguntó, si todavía se acordaba de su Dolores amable, de la compañera de los días tristes, una ráfaga de luz iluminó el dormitorio y los ecos lejanos de una voz suavísima, que la hicieron estremecer, le decían:

—Yo te amo, oh madre de mis hijos, oh casta y angelical peregrina, que has cuidado el santuario! Está todavía mi viejo comedor de roble, mis viejos perales y tú guardas, en el corazón, la memoria de tu muerto caballero! Bendita seas!

Entonces, así vestida, se acostó, en medio de sus recuerdos.... El sueño se apoderó poco á poco de su cuerpo inmóvil, mientras la som-

bra de Carlos Méndez vagaba por la casa y acompañaba á Dolores en su noche sola

Pero en los días siguientes se empezó á morir. Sintió que el corazón le faltaba en ese tumulto de latidos, que le hacían saltar el pecho. La acostaron. Desde entonces, uno por uno se iban sus átomos. Palideció. En su cara de alabastro, brillaban todavía los ojos de terciopelo negro, resignados y tristes. Murió poco á poco, como las hojas de otoño, como mueren las penas del crepúsculo, en el crespón de la noche. Cada día estaba más delgada, cada día más blanca y llena de angelical transparencia. Los hijos la velaron muchos días, esperando, que el buen sol de primavera reanimase su sobrehumana hermosura, y le llevaban flores frescas, creyendo, que la exquisita fragancia le pudiera entregar la sangre sana, que le faltaba. Ella los besaba en silencio y sonreía á los ramos de violetas y á las rosas lozanas, mientras sus células se iban unas tras otras, apuradas por entrar en la eterna vida y su cuerpo se desvanecía y se esfumaba sin un dolor, sin un quejido, en un religioso silencio, como si eso fuera una cosa natural. Y ella dejaba, que la enfermedad la disgregara, sin quererse quedar más sobre la tierra, sin pedir ayuda, como si algún honesto caballero estuviera, esperándola allá lejos, detrás del éter infinito, que ella divisaba á través de

la ventana. Debía ser cierto eso, porque en la noche, cuando los hijos dormitaban al lado de la cama, Carlos descendía hasta la cabecera, rompiendo el horizonte y fulgurando.... Entonces ella lo besaba, y cuchicheaban los dos, sin que nadie supiera de esos coloquios, llenos de pasión. De repente se inclinaban para acariciar la negra cabellera de Ricardo, que descansaba su cabeza dormida, sobre el borde de la cama. Seguía muriendo, hasta que no fué ya sino una larva de alabastro, que respiraba apenas. Una mañana le trajeron la Eucaristía. Ella se sentó en la cama, para recibirla. Después pareció mejorar. Conversó tranquilamente con los hijos y con Elbio, y cuando éste salió del aposento, lo vieron alejarse, llorando, bajo los perales.

—Tú la salvarás, le dijo Ricardo, que había salido detrás. Tú la salvarás, Elbio, le repitió sollozando. Está mejor hoy.

Elbio se detuvo y lo miró profundamente en los ojos, sin hablar.

—Dime la verdad, Elbio, añadió Ricardo. Tú la salvarás ¿no es cierto?

Entonces el médico abrazó á Ricardo y le contestó al oído:

—Es preciso amar mucho todas las cosas de ella... como ella amó las de todos!....

Entraron al dormitorio. Dolores conversaba con Angélica. No sufría, y cuando vió á los

dos jóvenes, que llegaban, tomados de la mano, su rostro se iluminó. Hablaba en voz baja. Sus hijos se acercaron más.

—Es necesario ser buenos, decía interrumpiéndose á cada rato, siempre buenos siempre justos y perdonar en todas las horas de la vida, aun á los que nos hacen mal Esa es la única verdad! Así fué Carlos, siempre bueno y justo

Su voz se hacía cada vez más débil y la blancura más intensa. Tenía en las pupilas como una celestial belleza.

—Vengan, mis hijos, acérquense, añadió. Quiero repetirles, que Carlos fué siempre bueno, siempre justo y que amó el dolor de los demás, como sus propios dolores Y también es necesario perdonar perdonar siempre!

No pudo seguir. Palideció mucho más todavía; sus rasgos se afilaron y su alma voló al rato, saliendo por las pupilas dilatadas y se fué al cielo, á través de los rayos del sol, que iluminaba el cuarto.

Ricardo tomó una mano de la madre, entre las suyas y la apretaba, llorando, como si quisiera tenerla todavía sobre la tierra, y Angélica se inclinó, para besar la frente de la muerta. Fué un beso largo, que no concluía y cuando Elbio dulcemente la separó, ella tenía los ojos llenos de lágrimas, que rodaban silen-

ciosas y grandes por sus mejillas. No hubo un solo grito, ni sollozos en aquel dolor hondo y severo. La envolvieron en una mortaja de raso y la acostaron en el cajón de ébano y sobre su cuerpo, plácidamente dormido en el sueño eterno, tejieron guirnaldas de rosas y de retamas. Los dos hermanos, de cuando en cuando, se acercaban á mirarla. Después, de rodillas, rezaban el rosario. La madrugada los encontró sentados, cerca de la madre, mientras los pájaros afuera cantaban la canción de primavera, los nietos tal vez de los que habían acompañado á Carlos á y Dolores en la hora juvenil, en las alegrías de los fuertes y fecundos amores. Y la saludaban, en el momento en que se llevaban el féretro, donde estaba encerrada la divina persona, tan tranquila, en la honesta gentileza de la muerte. Los amigos seguían detrás en silencio, inclinando la frente ante esa buena, que se iba para siempre, después de haber dejado, sobre la tierra, tanta caridad para los desválidos y los sufrientes! En ese momento por toda la casa de anchos corredores, se sintió una honda angustia y un eco doloroso y suave, que repetía sus últimas palabras:

—Es preciso ser justos! Es preciso perdonar perdonar siempre!!

Han pasado años. El médico lucha en el parlamento por su tribunal de arbitraje; Ricardo sigue su propaganda católica con el mismo fervor. Se ha casado y tiene hijos. Todos viven en la casa de anchos corredores, donde han llevado al viejo Martín. Es el día del santo de él. Lo encuentran sentado, bajo un peral frondoso, mientras los nietos juegan, corriendo por los patios. Angélica y Elbio, parados detrás de su sillón, le van alcanzando á los chicos, uno por uno. Hay muchos y son sanos y robustos. Es en día Domingo, á las doce. Ricardo llega de misa en ese momento, con la compañera del brazo, y otros niños hacen irrupción y se confunden en una bandada festiva y parlera, para rodear, todos juntos, al gran abuelo, sonriente, en aquel esplendor del mediodía.

—Serán, como nosotros, honestos y laboriosos, pensaba el anciano.

Y el escritor piensa, á su vez, que su tarea ha concluído y que las nuevas familias esperan también su nuevo escritor, que narre cómo resultan honestos los que de honestos derivan! Y así éste no vea, en la hora de la vejez, á sus pobres libros volver, mustios y desconsolados, al seno del hogar, donde hubieren sido escritos, como vuelven los hijos pródigos,

al amor de los dioses tutelares y al calor de las viejas chimeneas prendidas, como vuelven, en busca de paz, los fragmentos del corazón, lastimado en las bregas del mundo, á través de las ásperas peregrinaciones!

FÍN.



